

L A U R A F R A N T Z

*El destino  
de Elisabeth*

Libros de  
seda



© *Laura Frantz*

**Laura Frantz** es una apasionada de todo aquello que tenga que ver con la Historia, y en especial del siglo XVIII. Escribe sus libros primero a mano, incorporando a menudo temas escoceses, dada la ascendencia escocesa de su familia. Es descendiente directa de George Hume, del castillo de Wedderburn, en Berwickshire, Escocia. Hume tuvo un papel en la revuelta jacobita de 1715 y, debido a eso, tuvo que exiliarse en las colonias americanas. Llegado allí, se estableció en Virginia. Frantz vive y trabaja en una cabaña de madera situada en el corazón de Kentucky. Según *Publishers Weekly*, «Frantz ha hecho los deberes de Historia».



**Una historia de amor, revolución y lucha en una época fascinante de la historia de Estados Unidos. Premio Christy 2018.**

*Lady Elisabeth Lawson lleva haciendo encajes desde que tenía cinco años. Su tranquilo mundo se pone patas arriba cuando en el Williamsburg colonial la paz salta por los aires en vísperas de la Revolución Americana. Su prometido la abandona y por si fuera poco, la acusan de ser una espía británica. Todos odian a los británicos, así que ella se queda sola, sin nadie que la apoye salvo Noble Rynallt, un hombre que ya tiene suficientes enemigos de por sí. ¿Y qué hacer ahora? ¿Podrá confiar en él? ¿Se quedará con los revolucionarios o se mantendrá fiel a sus raíces británicas?*

*El destino  
de Elisabeth*

*El destino de Elizabeth*

Título original: *The Lacemaker*

Copyright © 2018 by Laura Frantz

Originally published in English under the title:

*The Lacemaker*

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Eva Pérez Muñoz

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)

[www.facebook.com/librosdesedaeditorial](https://www.facebook.com/librosdesedaeditorial)

<https://twitter.com/librosdeseda>

[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Conversión en epub: Books and Chips, S.A. de C.V.

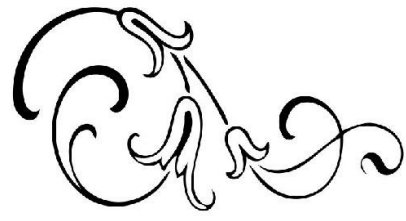
Imagen de la cubierta: © Lee Avison/Arcangel Images

Primera edición digital: abril de 2020

ISBN: 978-84-17626-29-7

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

*Para Susanna Thorne Hightower,  
mi tatarata-tatarata-tatarata-tatarabuela  
y una reconocida patriota de Virginia,  
que apoyó al Ejército Continental con suministros  
durante la Guerra de la Independencia.  
Te prometo tu propia historia.*



# Capítulo 1

MAYO 1775

Elisabeth tomó una profunda bocanada de aire, terminando con una intensa hora de concentración. En ese momento fue consciente de lo mucho que le apretaba el corsé y se enderezó, aliviando así el dolor que sentía en la espalda y hombros. En el regazo del delantal que llevaba puesto tenía la almohadilla con el nuevo encaje en el que estaba trabajando. Tan delicado como los copos de nieve, el intrincado diseño estaba elaborado con hilo de lino importado, de un prístino blanco y con una longitud de casi dos metros, por ahora. Prefería el blanco al negro. Cualquiera encajera experta sabía que el encaje blanco era mucho mejor para la vista.

Alzó los ojos y miró a través de las delicadas vidrieras a un mundo lleno de vibrantes verdes, rotos por salpicaduras de flores coloridas. Sus favoritas, las rosas amarillas y las peonías rosas, se balanceaban al son del viento que soplaba en las esquinas de la casa. Por fin llegaba el verano. Pero no solo estaban a punto de entrar en junio. También estaba a las puertas de su boda.

—*Oh là là*. ¿Pero qué tenemos aquí? —Desde el rincón del dormitorio le llegó una voz alta y melódica—. ¡No es posible que una novia esté bordando su propio encaje!

—No, Isabeau. No tengo tanta paciencia.

—No para un vestido de novia entero, *merci*. —La doncella rodeó la cama con dosel tan rápido como se lo permitió su voluminosa constitución, sosteniendo un par de medias bordadas—. Ha estado toda la mañana ocupada y seguro que se le ha olvidado que ya es casi la hora del té con la condesa. Lo más probable es que *lady* Charlotte quiera hablar sobre su baile de compromiso. Se rumorea que lord y *lady* Amberly estarán allí.

Elisabeth casi sonrió ante la costumbre de su doncella de alardear de títulos. La humilde hugonota<sup>1</sup> seguía tan deslumbrada por la nobleza como el primer día que puso un pie en las costas de Virginia. Dejó a un lado la almohadilla con el encaje y contempló a la sirvienta sacar dos vestidos de té del armario enorme.

—¿Cuál le apetece hoy? ¿El azul o el amarillo?

—El amarillo —respondió ella. El amarillo era el color favorito de *lady* Charlotte y Elisabeth intentaba complacerla siempre que podía. A cambio, en el Palacio del gobernador disponían una mesa de té con todo lujo de detalles que no tenía nada que envidiar a la del mismísimo rey de Inglaterra.

Echó un vistazo al pequeño reloj que llevaba prendido en el corsé y se levantó de la silla para que Isabeau pudiera quitarle la ropa y vestirla para la ocasión.

—Hace un día espléndido, seguro que la condesa querrá dar un paseo por el jardín. ¿Cree que



la acompañarán sus niñas?

—Eso espero. El ejercicio y el aire fresco les vendrá bien, aunque últimamente su padre prefiere que se queden dentro.

Isabeau la miró preocupada.

—Por la agitación que se respira en el ambiente, ¿verdad?

Elisabeth intentó no pensar en eso.

—Según dice *lady* Charlotte, el sol podría estropearles el cutis. ¿Y sabes? Tiene razón. ¡Solo hay que verme! —Aunque no se le marcaban mucho, la hilera de pecas que le cruzaba el puente de su nariz y la parte superior de los pómulos hacían que su piel tuviera un aspecto irregular que ni siquiera los polvos podían disimular. Era la penitencia que tenía que pagar por pasar horas y horas sin sombrero, bordando en el rincón del jardín que tanto le gustaba.

—Es usted *tres belle* incluso con pecas —dijo Isabeau, tirando un poco más de los lazos del corsé—. Y se ha llevado al mejor pretendiente de toda la colonia de Virginia ¿no?

—A uno de ellos. —Elisabeth tragó saliva para no decir nada más al respecto. Su prometido, Miles Cullen Roth, era muchas cosas, pero no estaba cortado por el mismo patrón que sus compatriotas William Drew, George Rogers Clark y Edmund Randolph.

Isabeau bajó la voz hasta que esta se convirtió en un susurro.

—Aunque me pregunto qué hay del amor.

Elisabeth miró la puerta ligeramente entreabierta del dormitorio. Su padre siempre decía que se mostraba demasiado cercana con los sirvientes, pero lo cierto era que prefería las charlas informales a las conversaciones remilgadas de salón.

—El matrimonio es un asunto de negocios.

—Eso es lo que dice su padre. —La doncella frunció el ceño contrariada—. Pero yo soy una romántica. Uno debe casarse por amor, ¿no cree?

—¿Eso es lo que se hace en Francia?

—¡*Oui, oui!* —contestó la sirvienta.

Aunque Isabeau fuera una sirvienta ligada por contrato<sup>2</sup>, no tenía un padre que dirigiera cada uno de sus pasos. Teniendo en cuenta ese detalle, Elisabeth solo podía imaginarse lo que debía de estar pensando su doncella. «Soy libre. Libre para entrar y salir al terminar mi jornada. Libre para casarme con quien quiera».

¿Y ella? ¿Quién era Elisabeth Lawson? El reflejo en el espejo no le dijo mucho. Cuando se escribieran los libros de historia y se llenaran de polvo, ¿qué dirían de ella?

¿Que había tenido la suerte (o la desgracia) de ser la única hija del vicegobernador de la colonia de Virginia, el conde de Stirling? ¿La hija de una madre activista que usaba la pluma y la tinta como si de un arma se tratara? ¿Poseedora de un pedigrí y de una dote que envidiaría cualquier otra belleza colonial? ¿Amiga y confidente de *lady* Dunmore? ¿Esposa de Miles Cullen Roth? ¿Señora de Roth Hall?

Fin.



El sello escarlata de la carta que le estaba entregando su ama de llaves era tan inconfundible como la letra. Noble Rynallt se hizo con ella y se retiró a la tranquilidad de su despacho de Ty Mawr. Luego se sentó en una silla de cuero, apoyó las botas polvorientas en el amplio alféizar de la ventana con vistas al río James y rompió el sello.

*El tiempo es de vital importancia. Necesitamos saber quiénes son nuestros auténticos aliados, así como nuestros enemigos. Haz lo que haga falta para conseguir asistir al baile de lord Dunmore del 2 de junio de 1775 en el palacio del gobernador. Al fin y al cabo, se celebra por tu primo. Consigue toda la información que pueda ayudar a nuestra causa.*

*Patrick Henry.*

Estaban a finales de mayo. A Noble le quedaba poco tiempo para conseguir nada. En breve, su primo se casaría con la belleza de Williamsburg, *lady Elisabeth Lawson*. Algo en lo que no había pensado mucho, no le apetecía absolutamente nada asistir a acontecimiento alguno en el palacio del gobernador, y menos a uno que se celebrara en honor de la hija de su némesis. Lord Stirling iba detrás de él, detrás de todos los hombres que querían la independencia y ninguno de ellos había recibido invitación. Pero como Henry había señalado, el primo de Noble era el novio. Lo más probable era que su invitación estuviera de camino, salvo que la hubieran pasado por alto.

Frunció el ceño, pensando en el revuelo que provocaría si se presentaba allí. Seguro que a lord Stirling le daría un ataque nada más verlo. Aunque de ser así, al menos habrían eliminado a uno de los principales detractores de la lucha por la independencia de Virginia. Además, su asistencia al baile anunciaría que estaba dando por finalizado su período de luto.



El ejemplar immaculado del *Virginia Gazette*, que seguía oliendo a tinta y a papel de periódico nuevo, parecía estar gritando a los cuatro vientos la noticia de su matrimonio.

*La futura esposa de Miles Cullen Roth, lady Elisabeth Lawson, una afortunada dama joven y simpática, presidirá el baile del gobernador del 2 de junio de 1775...*

La florida columna incluía detalles no solo del acontecimiento tan esperado, sino también de su propia dote, mencionando nimiedades que ni siquiera ella conocía. Dio la vuelta al periódico sobre el tocador y dejó de sonreír. Sin duda se trataba de un asunto delicado.

Isabeau, que enseguida se percataba de los estados de ánimo de su señora, murmuró:

—¡Pero qué pordioseros! Habría preferido que hablaran de su carácter alegre y cristiano. O de su estatura menuda, su cabello rubio y de que tiene todos los dientes, salvo uno que, gracias a *Dieu*, es una de las muelas traseras.

—Soy la novia de Williamsburg —dijo Elisabeth mientras su doncella le abrochaba el vestido con eficiencia—. Los medios locales creen que pueden publicar lo que quieran sobre mi persona. Al fin y al cabo, he nacido y me he criado aquí y nunca me ha faltado de nada.

—¿No le molesta que se jacten de esa forma? —Isabeau se la quedó mirando, observándola—. Me parece bastante feo escribir sobre los pormenores de la dote de una persona para que se entere todo el mundo.

—Más bien es una tontería. En Williamsburg todos sabemos lo que vale cada uno. No hay necesidad de publicarlo.

—Pues explíquele eso mismo a su querido padre —repuso la doncella con el ceño fruncido—. Esta mañana ha hecho que un lacayo repartiera varios ejemplares de la *Gazette* en el mercado como si de bombones se tratara.

Aunque no le sorprendió en absoluto, decidió no hacer ningún comentario al respecto. Se dio la vuelta, haciendo que su falda de seda crujiera por el movimiento, y extendió un brazo para que Isabeau le arreglara los lazos de la manga. En ese momento les llegó desde abajo el sonido apagado de los cascos de caballos sobre los adoquines.

—¿Su prometido? ¿Siendo puntual? ¿Y con este mal tiempo? —Isabeau la miró estupefacta con sus ojos de color jade.

Elisabeth se volvió hacia la ventana abierta y escuchó con atención, pero lo único que oyó fue el sonido de la lluvia.

—El señor Roth me ha prometido que vendría. Eso es lo único que importa. Lo que no me dijo fue cuándo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—En abril —reconoció de mala gana. ¿Por qué le preguntaba eso su doncella cuando, después de estar con ella día y noche, sabía cuál era la respuesta? El gesto contrariado de Isabeau le recordó que no era precisamente partidaria de Miles, a pesar del prestigio del que su prometido gozaba en Williamsburg. Elisabeth buscó otra forma de excusarle—. En sus cartas me decía que estaba muy ocupado, supervisándolo todo para que la casa de Roth Hall esté lista para cuando nos vayamos a vivir allí.

Decir aquello hizo que se sintiera un poco incómoda, ya que solo le había enviado dos cartas en seis meses. A cambio, recibió regalos extravagantes e innecesarios, como pendientes de oro en forma de herradura, un vestido de montar verde botella, piñas, limones y limas del invernadero que su prometido tenía en su propiedad, un carruaje hecho en Londres... Un sinfín de presentes de los que pronto perdió la cuenta. Y ninguno de ellos modificó la pobre opinión que tenía de él.

Aquella generosidad hizo que tuviera un mal presentimiento sobre su futuro. No quería sus regalos. Quería su presencia. Si al final terminaba siendo como su padre, tan a menudo ausente... No era muy difícil entender lo que quería de verdad. Un hogar feliz. Una familia completa.

—El recogido es *magnifique*, ¿verdad? —señaló Isabeau con satisfacción mientras sacaba un

espejo de mano para que tuviera una mejor vista de los adorables rizos de la peluca que le caían por el hombro, empolvados en un costoso rosa pálido. Cerca de la oreja derecha le sobresalían dos plumas de avestruz de un tono también rosa, pero más oscuro.

—No lo sé —Alzó la mano y se quitó los alfileres que mantenían la peluca en su lugar, liberando las plumas que habían sido colocadas con tanto acierto—. El polvo está empezando a quedarse un poco anticuado. He decidido que esta noche iré a la moda.

La doncella levantó las cejas, pero le quitó la peluca y la dejó en un soporte cercano, donde perdió todo el esplendor que había lucido puesta. Después, Isabeau se miró en el espejo y se colocó uno de los mechones plateados del pelo que tenía, negro como el azabache, dentro de la cofia. Con la edad que tenía, todavía era una mujer atractiva, tan morena como Elisabeth rubia.

—Tenemos que darnos prisa. Pero antes... —La doncella se hizo con las plumas de avestruz y las colocó en el cabello de Elisabeth, mientras ella volvía a mirar el reloj que había en su tocador. «Tarde».

Miles siempre llegaba tarde. A ella, sin embargo, le gustaba ser puntual. Dejó el espejo de mano e intentó controlar la frustración que se apoderó de ella.

—Me pregunto qué estará haciendo mi madre esta noche.

Isabeau alzó la vista y la miró con un brillo de compasión en los ojos.

—Su *mere* volverá cuando acabe todo este asunto sobre el té y los impuestos, ¿no?

Elisabeth no tenía una respuesta. Su madre llevaba meses en Bath, Inglaterra, y parecía que el problema del té y los impuestos no se iba a acabar nunca.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Instantes después se oyó la voz apagada de otra sirvienta.

—Ha venido un caballero a verla, *milady*. Está esperando en el salón.

¿Un caballero? ¿No su prometido? Sonrió con ironía. Lo más probable era que los sirvientes no se acordaran de Miles.

Por un momento se sintió molesta, aunque enseguida se le pasó. Las visitas de Miles eran tan escasas que, cada vez que lo veía, también a ella le parecía un extraño. Esa era la razón por la que dedicaban buena parte de sus encuentros a conocerse de nuevo. Y esa noche no sería distinta. Quizá pudieran recuperar el tiempo perdido en el carruaje.

Isabeau la llevó hasta el taburete que había frente al tocador y le colocó con destreza un collar de perlas. Aquella rutina la calmaba. Le resultaba familiar. Escogió un frasco de cristal y lo destapó. Al instante se vio abrumada por el aroma del último perfume de Londres. Geranio rosa. Volvió a mirarse en el espejo con una sensación de incomodidad creciente.

Esa noche todo le parecía nuevo. El perfume. Los zapatos. El corsé. El vestido. Nunca había llevado una prenda así, ni se había sentido tan vulnerable. Aunque el encaje color crema le caía generosamente sobre los hombros desnudos, aquel escote resultaba atrevido. El vestido estaba hecho de seda de un tono rosa perla que brillaba y realzaba cada una de sus curvas. La modista experta en estilo *mantua* se había superado con creces. Era una prenda digna de la reina Carlota.

Segundos después, se dirigió a la puerta, preparándose para lo que estaba por venir.

—Es de mala educación hacer esperar a las visitas.

Isabeau puso los ojos en blanco.

—¡Ojalá el señor Roth pensara lo mismo!

La doncella la siguió y ambas atravesaron un pasillo apenas iluminado que daba a un rellano con una ventana en voladizo y un banco tapizado. La aterciopelada oscuridad que se podía ver más allá del cristal estaba salpicada de lluvia, sin estrellas, y el aire cálido estaba lleno de humedad. Aquel era el rincón al que siempre acudía para rezar. Isabeau se detuvo un instante mientras ella agachaba la cabeza antes de continuar.

Entonces comenzaron el largo descenso por la escalera de caracol. Isabeau volvió a colocarse un mechón suelto y la falda polonesa antes de llegar a la puerta abierta del salón, una estancia con una mezcla de llamativos tonos dorados y escarlatas que resultaban abrumadores y opresivos incluso a la luz de las velas y que le recordaba mucho a los uniformes rojos de los soldados británicos. Cuando entró en la habitación, la doncella se retiró. Luego clavó la vista en la chimenea de mármol donde esperaba encontrar a Miles Roth.

—*Lady Elisabeth.*

Se volvió tan rápido que se le balanceó la falda y empezó a darle vueltas la cabeza. Por Dios, qué apretado llevaba el corsé. Y tampoco había comido mucho durante el té.

Detrás de ella había un hombre, con el rostro oculto entre las sombras. Extendió una mano para mantener el equilibrio, pero no llegó a la silla que necesitaba por cinco centímetros y tuvo que aferrarse a lo primero que encontró: la manga de una levita. El caballero bajó la vista hacia ella y ella alzó la mirada, encontrándose con su cabeza morena justo debajo de las tenues nubes pintadas en el techo azul. Fuera quien fuese, desde luego no era Miles. Su prometido solo era cinco centímetros más alto que ella.

—Señor...

—Rynallt. Noble Rynallt, de Ty Mawr.

¿Qué? El nombre irrumpió en sus recuerdos de inmediato. Noble Rynallt era un primo lejano de Miles. Tan lejano que no sabía exactamente cuál era el parentesco. Se apresuró a hacer una recopilación mental de lo poco que conocía de él. Galés de pura cepa. Propietario de una extensa finca en el río James. Hacía poco que había perdido a su hermana. Antiguo abogado y actual miembro de la Cámara de los Burgueses. Los Rynallt eran famosos por sus caballos, ¿verdad? ¿Carreras de caballos? Los mejores de Virginia, por no decir de todas las colonias.

Solo tenía una cosa clara.

Noble Rynallt estaba allí porque Miles no había venido.

La sorpresa dio paso a la resignación. Hizo una pequeña reverencia.

—Señor Rynallt, qué placer más inesperado.

—Puede que más inesperado que otra cosa.

Elisabeth vaciló un instante. Al menos estaba siendo sincero.

—¿El señor Roth...?

—Se ha retrasado. —El hombre se las arregló para parecer desconcertado. Y contrito.

Ella intentó mostrarse impasible mientras un sinfín de impresiones inundaban sus sentidos. Tenía frente a sí a una mole de músculos, paño y sándalo. Vestía un traje particularmente elegante, oscuro excepto por el chaleco azul bordado con un ligero toque plateado y el pañuelo de cuello color crema. No se fijó en el color de sus ojos, ni en el resto de su apariencia, porque lo único en

lo que podía pensar era en la idea de que Miles volvía a llegar tarde.

Disgustada, por fin pudo apoyarse en la silla.

—Me ha pedido que sea su acompañante hasta que llegue —continuó el señor Rynallt con tono conciliador—. Si usted me lo permite.

Tuvo la decencia de sonar un poco avergonzado, como debía sentirse. Al fin y al cabo, se trataba de su baile de compromiso; un baile que celebraba lord Dunmore en el palacio del gobernador, al que acudiría la flor y nata de Williamsburg. Y ella no haría su entrada con su prometido, sino con un... extraño.

No, era peor que eso. Bastante peor.

Pero su buena educación le impidió olvidar sus modales. Así que sonrió y dijo:

—Le agradezco su amabilidad. ¿Sabe si mi prometido tardará mucho?

—Espero que no —respondió él, ofreciéndole el brazo.

Con independencia de quién fuera Noble Rynallt, su actitud cortés le indicó que lo tenía todo bajo control. Aunque aquello no consiguió tranquilizarla lo más mínimo.

—Al llegar, me he dado cuenta de que su carruaje estaba esperándola —comentó él mientras la conducía hasta la entrada, pasando por delante del mayordomo hasta la zona de montar—. Iré cabalgando a su lado.

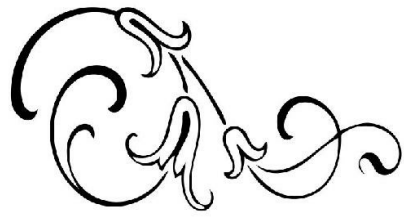
A su espalda, el reloj del vestíbulo de su abuelo sonó demasiadas veces. El baile ya había comenzado y lord Dunmore detestaba a los invitados que llegaban tarde.

Y ellos, como mínimo, se harían de rogar.

---

<sup>1</sup> N. de la Ed.: Los hugonotes eran los seguidores de los protestantes franceses seguidores a su vez de la doctrina de Calvino. Fueron perseguidos en muchos casos, por lo que no pocos emigraron a América.

<sup>2</sup> N. de la Trad.: Los sirvientes ligados por contrato eran hombres y mujeres (tanto adultos como niños) que debían trabajar para un empleador durante un período de tiempo determinado, a cambio de transporte, comida, vestido, alojamiento, pero sin percibir salario alguno. En cuanto el sirviente cumplía su contrato, quedaba libre. Fue una figura muy usada en la Norteamérica colonial (a veces en condiciones similares a las de la esclavitud), mediante la cual muchos empleadores costeaban el pasaje a jóvenes europeos para que estos trabajasen para ellos hasta pagar el precio completo de dichos pasajes.



## Capítulo 2

**B**ajaron por la larga y encharcada avenida de la calle Palace, con sus catalpas y casas adosadas iluminadas por la luz de las velas que resplandecían detrás de las ventanas. Noble alzó la mirada hacia la cúpula encendida que había sobre el tejado plano con balaustrada al final del exuberante camino de hierba. Junto a la residencia del gobernador se apostaban todo tipo de vehículos, aunque ninguno tan elegante como el carruaje que iba a su lado. Pintado en un exquisito tono crema con escenas de las cuatro estaciones en cada panel, atraía la atención de todo el mundo. Nunca había visto un coche semejante en las colonias.

A pesar de todos sus defectos, Miles Roth tenía buen gusto. Y un gusto caro también. La estructura, con sus resortes de acero alemanes, apenas se sacudía cuando se movía. Con independencia de lo contrariada que se hubiera sentido Elisabeth Lawson por su imprevisto acompañante, el carruaje no incrementaría su decepción. Aunque las cortinas estaban cerradas y no podía oír nada más que el estruendo de los cascos de los caballos, se imaginaba lo que estaba sucediendo en el interior del carruaje. La doncella de Elisabeth lo había mirado con el mismo disgusto que sorpresa había mostrado su señora al verle.

Se enderezó sobre los estribos y echó un vistazo sobre su hombro en dirección a la taberna Raleigh. Se dirigiría allí tan pronto como pudiera excusarse. De momento, la oscuridad de aquella noche húmeda se cernía sobre él como una losa. Prefería el amanecer, cuando un nuevo día se asomaba por el horizonte, bañando con su luz las fachadas, los tejados a dos aguas y los jardines fragantes de Williamsburg. La noche le recordaba lo que había perdido. Y esa, además, parecía melancólica, abrumadora, llena de obligaciones no deseadas. Para alejar las sombras, repasó lo que sabía de la joven que iba en el carruaje por si tenía que mantener una conversación con ella.

Elisabeth Lawson era guapa, de tez pálida y había afrontado con elegancia la noticia del retraso de su prometido. Aunque lo más probable era que tuviera mucha práctica en esos menesteres. Si bien era la primera vez que Noble la acompañaba a una reunión social, en la ciudad solían bromear con el hecho de que no era la primera vez que Miles Roth hacía algo similar, como si tuviera la esperanza de que, enviando a otros hombres en su lugar, la dama se fuera a enamorar de uno de ellos. Bueno, él solo haría el tonto en esa ocasión y acudiría al baile únicamente porque se lo había pedido Henry. No podía negar el hecho de que, cuando el alcohol corría libremente, la gente hablaba de más y eso jugaba en favor de los patriotas. Pero esa sería la última vez que asumiría una responsabilidad tan arriesgada.

Desde el momento en que salió de su habitación del Raleigh, rezó porque *lady* Elisabeth no insistiera en conocer la verdadera razón de la demora de Miles Roth. Noble no le mentiría. «Retrasado» le pareció el término más seguro, aunque «entregándose a sus propios placeres» habría sido más exacto. Miles con unos dados en la mano era el vivo ejemplo del lema que



colgaba en letras doradas sobre la repisa de la chimenea de la sala Apolo de la taberna: *Hilaritas sapientiae et bonae vitae proles*. Regocijo, el resultado de la sabiduría y una buena vida.

Dudaba que Patrick Henry tuviera ningún problema en hacer que a Miles se le embotaran los sentidos con cerveza y licor. Pero esta noche no era una noche cualquiera. El descarriado de su primo no solo estaba jugando, sino que también estaba haciendo esperar a una mujer gentil; lo que molestaría tanto al gobernador Dunmore como al poderoso padre de *lady* Elisabeth. Después de abandonar el luto tras muchos meses evitando la vida social, asistir a un baile le apetecía tanto como tomarse una sopa de cangrejo que llevara hecha una semana. Prefería la tranquilidad que le ofrecía Ty Mawr, más allá de la carretera Quarterpath. Las risas estridentes y las ruidosas charlas que provenían del Palacio del gobernador arruinaban la hermosa noche que hacía. En ocasiones Williamsburg era como un absceso que necesitaba drenarse.



Elisabeth cambió de posición en el acolchado de terciopelo del asiento del carruaje y dio gracias porque la tensión que debía de reflejar su rostro quedara oculta bajo la oscuridad que las rodeaba. Aun así, sabía que Isabeau se percataría de la confusión interna que en ese momento sentía, igual que ella percibía la de su doncella. Una confusión mutua que parecía enrollarse a través del aire sofocante que había entre ellas.

—Se le han descolocado las plumas, ¿verdad? —murmuró Isabeau con tono angustiado en un rápido francés—. ¡A su prometido debería darle vergüenza! ¡Llegar tarde a su baile de compromiso!

—Pero no estaba pensando en Miles Roth ahora mismo —confesó ella—, sino en él.

—¿En *monsieur* Rynallt? *Oui, oui*, por fin ha dejado el luto.

—Eso parece —replicó Elisabeth con sequedad.

Oyó a Isabeau abanicarse. En el interior del carruaje hacía mucho calor.

—Seguro que un montón de damas estarán encantadas con la noticia, aunque a usted no le haga mucha gracia. Me gustaría que no tuviera ese aspecto tan de granuja.

—¿Granuja? —Elisabeth miró a su doncella a través de la oscuridad—. Yo no lo describiría de esa manera.

—¿No? —repuso Isabeau con voz aguda. Seguro que estaba a punto de empezar a retorcerse las manos—. Ese hombre es... ¿cómo se dice? ¿Un canalla? ¿Un bribón? Moreno como un bucanero y con esa mirada sombría. Algunos dicen que por sus venas corre más sangre gitana que galesa.

—¿Cómo es que sabes tanto de él? —Menuda tontería acababa de preguntar. Isabeau conocía a casi todos los que vivían en Williamsburg y sus alrededores y se enorgullecía de saber lo que sucedía por esos lares.

—Circulan un montón de rumores sobre él en la ciudad.

—¿Y no te acuerdas de ninguno bueno?

—*Oui, oui!* —Isabeau frunció los labios pensativa—. Ty Mawr es conocida por su hospitalidad. Jamás rechazan a nadie que vaya a pedir limosna. Y no solo eso, las sirvientas del Raleigh dicen que *monsieur* Rynallt es el mejor cliente que tienen porque siempre les deja muy buenas propinas.

Elisabeth abrió el abanico y removió un poco el aire sofocante.

—No me interesa su bondad sino sus tendencias políticas.

—¿Sus tendencias políticas? —Isabeau bajó el tono hasta convertirlo en un susurro contrariado—. ¿Se refiere a si es uno de esos Hombres de la Independencia?

«Hombres de la Independencia». Aquellas palabras, que su padre solía pronunciar como si de una maldición se tratara, acudieron a su mente al mismo tiempo que otro dato igual de siniestro que se abrió paso en su memoria.

—También es un disidente que ya no va a la iglesia.

—No a su iglesia. Es un pris... pres...

—¿Presbiteriano? —Sabía tan poco como Isabeau sobre ese asunto. Según su padre, solo había una iglesia verdadera. La iglesia de Inglaterra. Se abanicó con más brío—. Quizá debería haber declinado su ofrecimiento de escoltarme al baile. Pero me pilló tan de sorpresa...

—*Oh, la vache!* —Isabeau volvió a alzar la voz—. ¡No sé qué decirle! Piense en ello, señorita. Va a presentarse en el baile no del brazo de su prometido, *monsieur* Roth, sino del brazo de un... de un...

—De un radical que evita ir a la iglesia y, además, partidario de la Independencia —señaló ella, aunque luego agregó—: Hoy en día se puede encontrar a mucha gente de ese tipo en Williamsburg.

—Su padre... se va a poner furioso, ¿verdad?

—Por supuesto. —Elisabeth hizo una pausa y se permitió un instante de diversión—. Aunque creo que mamá estaría encantada con toda esta situación.

—*Oui*. Pero su querida *mere* no está aquí.

Elisabeth tomó una profunda bocanada de aire para tranquilizarse.

—Podría darme la vuelta y decir que no me encuentro bien, pero este baile lleva meses planeándose. *Lady* Charlotte va a ocupar el puesto de mi madre. Y sus hijas serán mis damas de honor...

El carruaje se detuvo suavemente y dejó sin pronunciar las palabras siguientes. A pesar de que estaba lloviendo, había un ajeteo considerable en la entrada al palacio y el aire húmedo estaba impregnado de olores provenientes de la cocina. Podía oír el dulce sonido de los violines. Una innegable chispa de emoción fluía en la atmósfera cargada de junio, aunque no fuera suya. Pero antes de poner el pie en el primer peldaño de la escalera del carruaje, decidió dejar atrás sus sentimientos y desempeñar el papel que le correspondía para asegurarse un futuro.



Las plegarias de Noble por conseguir entrar de forma discreta al palacio fueron escuchadas. En el mismo instante en el que él y *lady* Elisabeth accedían a la entrada llena de flores, una mujer que se encontraba en el otro extremo del salón se desmayó y varios lacayos vestidos con librea corrieron a ayudarla. Todas las miradas se dirigieron a la indispuesta *lady* Grey y él solo tuvo que tomar a *lady* Elisabeth del codo y llevarla hasta el centro de la glamurosa concurrencia. Después, empezó a sonar un minueto y ambos se movieron junto con las demás parejas sobre el reluciente suelo de parqué como si hubieran estado allí desde el principio.

Entonces ella alzó los ojos, con ese brillo de inteligencia que se reflejaba en ellos, y lo miró con un ligero rubor en las mejillas, como si fuera (no sabía si atreverse siquiera a pensarlo) una especie de héroe. Cuando volvió a bajar la vista, Noble se permitió estudiar su delicado rostro ovalado, sin pasar por alto ningún detalle. Un hoyuelo en su mejilla izquierda, visible incluso sin sonreír. Cejas oscuras y arqueadas. Nariz aguilina. Unos ojos de un azul increíble. Unos hombros suaves y pálidos parcialmente cubiertos por un vestido con un suntuoso bordado que parecía atrapar la luz de todas las velas del salón.

Un aspecto inocente y puro. Pero en realidad la habían mancillado. No solo el canalla de su prometido, sino también él mismo y sus intenciones poco honorables a la hora de acompañarla al baile. Al lado de Elisabeth Lawson no se sentía un caballero en absoluto. Al fin y al cabo, la había usado con fines políticos, sin importar lo noble que fuera su causa.

Aunque tenía la sensación de no haber bailado en una década, ella hizo que apenas le costara retomarlo. En ese momento le vino a la mente un recuerdo ya olvidado. *Lady* Elisabeth era la misma mujer que había visto no hacía mucho con las hijas de lord Dunmore en los jardines reales, intentando aprender los pasos de una danza rural complicada. Se acordó de su risa, no aguda ni aflautada como creía que sería, sino profunda e intensa como el sonido de un violonchelo. Recordó también que al profesor de baile no le había hecho mucha gracia que él y el compañero de la Cámara de los Burgueses que le acompañaba ralentizaran el paso para verlas cuando salieron del palacio del gobernador.

Ahora *lady* Elisabeth ya no estaba pendiente de él, sino que miraba alrededor del salón, buscando sin duda a Miles Roth. Se sintió un tanto decepcionado. Su primo se merecía una buena tunda por su caprichoso comportamiento. Deseó que Miles hubiera sido más serio y no cayera tan fácilmente en las tretas de Henry. Aunque también era cierto que los patriotas como Henry y él se valían de las debilidades de Miles para conseguir objetivos para su causa. Aun así, Noble no se sentía cómodo por haber participado en ese astuto plan en particular.

De pronto se dio cuenta de que había demasiada gente mirándolos, convirtiéndolos en el centro de atención por varias razones. Sin haberse puesto de acuerdo ni haberlo previsto, los dos eran las únicas personas en el salón que no llevaban peluca. Y su encantador vestido con esa profusión de encaje era el contraste perfecto a la acanalada seda oscura de su traje. En ese momento parecían estar creando casi tanto revuelo como la ausencia de Miles y su inesperado final de luto.

Para cuando Miles decidió por fin deleitarles con su presencia, las brillantes esculturas de hielo habían empezado a nadar en los cuencos situados en el comedor contiguo y el glaseado de azúcar de la inmensa tarta de varias capas se había derretido. En cuanto lo vio, supo que alguien había tenido que quitarle los dados de la mano para llevarlo allí. Con aquel traje de satén amarillo

parecía una abeja gigante, tenía una mancha de oporto en el chaleco y el pañuelo de cuello torcido. Se sintió tremendamente violento por Elisabeth Lawson.

Sin embargo, hizo lo que le dictaba el deber y la condujo a lo largo de las concurridas paredes del salón al lado de su prometido. Le sorprendió la pareja tan incompatible que hacían. Ella tan pura y gentil; su primo tan libertino y en un estado de semiembriaguez.

Le pareció un desagradable presagio del futuro que les aguardaba juntos.



Antes de que Elisabeth pudiera pensar en sus modales y agradecer a Noble Rynallt su gesto, este le dio la espalda y se fue hacia un grupo de caballeros que había cerca de una ventana abierta. El hombre se escabulló entre la multitud; lo que no era una tarea fácil, teniendo en cuenta el ajetreo de las trescientas personas presentes. Elisabeth le vio marcharse con una mezcla de alivio y remordimiento.

Su padre no tardó en acercarse a ella, colocándose a su lado y mirándola. A simple vista, no parecía molesto, pero ella lo conocía demasiado bien.

—Esperaba verte por aquí mucho antes.

Las palabras cortantes iban dirigidas a ella, no a su prometido, como si fuera la culpable de la tardanza de Miles junto con su propio retraso.

—Mis disculpas, señor. —Miles se enderezó el pañuelo de cuello mientras echaba un vistazo al concurrido salón—. Me demoré más de lo previsto.

Por lo menos Miles tuvo las agallas de hablar por ella. A pesar de los defectos que tuviera, era uno de los pocos hombres a los que no intimidaba su padre. Para bien o para mal, era así de incorregible.

Miró consternada la mancha púrpura que llevaba en el pecho; todo lo contrario al impecable atuendo de Noble Rynallt. Se puso delante de Miles y extendió la mano enguantada para abrocharle el botón de la levita, escondiendo la ofensiva mácula.

—Ah, *milady*, siempre cuidando de mí —dijo él con un rastro de ternura en su voz.

Elisabeth se ablandó por aquellas palabras inesperadas. Consciente del escrutinio al que les estaba sometiendo su padre, contuvo el deseo de entremeterle un mechón de cabello rubio que se le había escapado de la peluca. El amarillo no le sentaba nada bien. Le hacía parecer más pálido y le daba un aspecto descuidado. ¿Es que no tenía un ayuda de cámara? En cuanto se casaran le ayudaría a escoger los tonos adecuados para su guardarropa.

—Supongo que deberíamos bailar —murmuró finalmente Miles, mirando a la multitud.

Su padre los observó mientras sonaba una danza escocesa, tan alegre como tranquilo había sido el minué anterior.

En cuanto Miles la tuvo entre sus brazos, se vio abrumada por el olor a sudor, tabaco y alcohol. Su prometido se movía de forma un tanto descontrolada, con las extremidades flácidas por el exceso de oporto.

A través de la aglomeración de parejas bailando y girando, pudo ver a Noble Rynallt con gesto impasible. Ahora estaba cerca de las puertas del comedor y parecía el protagonista de alguno de los retratos que colgaban de la pared. Cautó, atento a todo, serio.

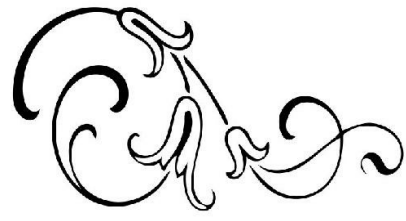
No muy lejos de él estaba *lady* Charlotte. Su vestido de seda carmesí ofrecía un contrapunto absoluto con el de tafetán azul claro que llevaba su hija mayor. Si estaba molesta por la presencia de alguno de los Hombres de la Independencia, lo estaba disimulando perfectamente. De hecho, en ese momento la estaba mirando y sonriendo amablemente, quitando hierro a cualquier asunto que pudiera preocuparla.

En cuanto a su prometido. Se le veía aburrido e irritado. Y eso que el baile se estaba dando en su honor.

«Oh, Miles, no estás disfrutando con nada de esto».

Se le cayó el alma a los pies. La censura en los ojos de su padre, junto con la apatía de Miles y su propia incapacidad para participar en el jolgorio del acontecimiento, apagaron cada chispa de dicha que pudiera haber albergado. A veces la gente de Williamsburg la llamaba Sunny, risueña en inglés, por su carácter alegre.

Pero esa noche no se sentía alegre, ni mucho menos.



## Capítulo 3

Al día siguiente, Elisabeth caminó por el pasillo oscuro y se detuvo en el dormitorio de su madre. El silencio que provenía del interior decía mucho. Abrió la puerta y un nuevo sentimiento la invadió por completo. Priscilla Lawson casi siempre estaba sentada en una poltrona, ocupada con la costura o escribiendo, con su esbelta figura cubierta de coloridos vestidos de seda o satén de Francia y Gran Bretaña, adornados con encajes que ella misma había confeccionado. Su ascendencia francesa se reflejaba precisamente en la tradición de realizar sus propios encajes, que se había ido transmitiendo en la familia durante las cinco últimas generaciones, empezando con su bisabuela, Gabrielle, y pasando después a su abuela, Isabelle, que se había mudado a Inglaterra, llevándose aquella habilidad con ella. La madre de Elisabeth, a su vez, había traído sus conocimientos a Virginia e incluso había fundado un pequeño grupo de encajeras en Williamsburg, del que era mecenas.

Hacia años, Priscilla Carter había sido la belleza de Bath; algo que todavía reflejaba su hermoso cabello castaño y sus delicadas manos y pies. ¿Habría cambiado mucho cuando volviera de Inglaterra?

—No tiene que preocuparse, *milady* —dijo una voz. Se trataba de Mamie, la doncella de su madre, que, a pesar de su tamaño, había entrado en la estancia desde el vestidor sin hacer ningún ruido—. Ella volverá pronto.

Mamie le ofreció un pañuelo y Elisabeth se secó con él las lágrimas. Luego pasó por delante de la poltrona vacía y se sentó en un taburete bordado, pensando en todo lo que le habría gustado hacer con su madre en los días previos a la boda.

—Esta tarde tengo la última prueba del vestido de novia. Margaret Hunter ha enviado una nota avisando de que ya han llegado los abanicos de boda que mamá eligió.

—¿No va a ir con usted la señorita Cressida? —preguntó Mamie, ahora sentada frente a una pequeña rueda en un rincón.

Elisabeth asintió y usó un tono más ligero.

—Cuando volvamos de la modista, quizá queramos tomar el té en la pérgola. Haré una parada en la pastelería y compraré alguno de esos dulces de castaña que tanto le gustan a mamá.

Mamie sonrió, moviendo su cuerpo regordete al mismo ritmo que la rueda de la rueda.

—El doctor Hessel tiene que estar al caer.

—¿El doctor Hessel? ¿Por qué?

—Usted debería saberlo mejor que yo. —El cariño que la doncella sentía por el joven médico se sobrepuso a la leve irritación de su tono—. Su padre lo llamó para que hiciera una última revisión a la novia antes de la boda. Dije al mayordomo que lo enviara directamente arriba.

Nada más pronunciar aquellas palabras oyeron unos pasos. Resignada, Elisabeth abandonó el

dormitorio tan silenciosamente como había entrado y salió al pasillo, donde estuvo a punto de tropezar con el doctor.

—Ah, estás aquí —dijo él. Su voz retumbó en la quietud del pasillo. Su falta de formalidad, incluso la omisión de un saludo adecuado, era uno de sus rasgos más atractivos. Prácticamente le consideraban uno más de la familia. Bajo la tenue luz del corredor, el doctor la buscó con la mirada y pareció entender la situación de inmediato—. No tienes buen aspecto.

—¿En serio? —Apretó el pañuelo húmedo que tenía en la mano, sintiendo que necesitaba algo que curara su pesar—. Puede que bailar y estar de fiesta hasta altas horas de la madrugada me haya dejado débil como una muñeca de trapo. Pero no me quejaré. —Lo que en realidad le sucedía era que echaba mucho de menos a su madre, aunque no se lamentaría por ello.

—He traído algunos remedios por si los necesitas —señaló él, abriendo su maletín mientras Mamie rondaba a su alrededor.

—Será mejor que los guardes para otro de tus pacientes —dijo ella—. Estoy perfectamente sana.

—Tu padre me ha dicho que pasaréis vuestra luna de miel en las islas del Caribe. He pensado que sería prudente prescribirte quinina para el viaje.

—Qué detalle por tu parte.

—¿Detalle? Me dedico a eso. —Su sonrisa irónica hizo que ella esbozara otra igual—. Mamie me ha dicho que estás completamente recuperada de tu fiebre primaveral. He de confesar que no habría aconsejado una boda tan pronto.

—¿Pronto? Pero si llevamos meses organizándola. —Se encogió de hombros de forma delicada—. Mi padre tiene sus planes.

—¿Está por aquí?

—No, últimamente se pasa todo el día fuera, encerrado con lord Dunmore. —¿Se daría cuenta el doctor Hessel de lo aliviada que se sentía por eso?—. Desde lo del incidente de la pólvora...

—Por supuesto. No hace falta que me des más explicaciones. —La compasión suavizó sus hermosos rasgos. Incluso en la penumbra, podía notarse su ascendencia holandesa, al igual que su juventud. Aunque todavía no había cumplido los treinta y cinco años, su formación y años de práctica en Holanda le habían convertido en uno de los médicos más solicitados de las colonias—. Tu padre tiene la idea de que has heredado la constitución frágil de tu madre y que debemos tomar todas las precauciones posibles.

No la llamó inválida de milagro. Recordó todas las veces que había estado a punto de morir mientras él la cuidaba y aquello le amargó el día. Primero una fiebre virulenta y después una infección en el pecho muy grave, seguida de otros tantos males de menos entidad.

Extendió la mano pálida y la colocó sobre la manga de su abrigo. La gratitud que sentía por él superó su consternación durante unos instantes.

—No me va a pasar nada. Dentro de poco estaré casándome en la iglesia parroquial Bruton y llevaré una vida feliz en Roth Hall. Estaré lo suficientemente cerca para mandarte llamar si te necesito.

—Cierto. —Él le dio una palmadita en la mano, más como amigo que como médico—. Ojalá todos mis pacientes fueran la mitad de amables que tú.





¿Qué fue lo último que le había dicho su madre antes de embarcar en el *Sparling*?

«Hay un mundo en constante cambio más allá de las cuatro paredes de nuestra casa».

Elisabeth se colocó el ala del sombrero para protegerse del sol de la tarde e intentó alejar cualquier pensamiento sobre bodas y viajes al extranjero mientras la calesa en la que iba se abría paso por la calle Botetourt. La colonial Williamsburg parecía vibrar al ritmo de la disidencia. Esa misma mañana, la milicia local se había reunido en el nuevo palacio de justicia y los hombres estaban acudiendo en tropel al café Charlton para hablar de las últimas noticias que llegaban de Inglaterra. A las mujeres no les estaba permitido entrar en Charlton, pero ella se tomó su tiempo para mirar la fachada. La boca se le hizo agua en cuanto la brisa le trajo el aroma a chocolate caribeño recién hecho.

Su amada Williamsburg ya no era una localidad *tory*, como llamaban a los ciudadanos leales al rey Jorge III. Su padre decía que muy pronto se convertiría en una guarida de radicales rabiosos. ¿Sería posible que la tensión que se respiraba en su hogar se debiera más a los aires de revolución que al conflicto que mantenían sus padres?

Cuando se acercaban a la vivienda de los Shaw, el cochero volvió la cabeza.

—Por dónde quiere que vayamos, *milady*, ¿por la entrada delantera o por la trasera?

—Por la trasera, por favor.

Cressida vivía un poco más allá de esa calle. Como de costumbre, la estaba esperando con gesto impaciente dentro de la delicada tracería con puerta de hierro forjado que había en el jardín trasero. El hogar de la familia Shaw se encontraba unos metros apartado de la calle y era espacioso y elegante como correspondía a un comerciante prominente. A Elisabeth le gustaba especialmente el camino pavimentado que iba hacia la casa, flanqueado por tilos que le daban sombra. Pero ese día casi ni se fijó en él, ya que iba preparándose para las preguntas que sabía que su amiga le haría.

Apenas habían hablado en el baile, pues Cressida, al igual que ella, contaba con una dote cuantiosa y la habían abordado un sinfín de viudos y solteros. A diferencia de Elisabeth, Cressida no mostraba en su rostro ninguno de los efectos que conllevaba el bailar demasiado y la falta de sueño.

La señorita Shaw había heredado el cabello negro como el azabache y los ojos oscuros de su madre caribeña y el temperamento escocés de su padre. Comparada con ella, Elisabeth parecía anodina. Si Elisabeth Lawson era la novia de Williamsburg, Cressida Shaw era la belleza de la ciudad.

—London, ve por el camino más largo —dijo su amiga al cochero, metiendo una moneda de seis peniques en su mano enguantada—. Y conduce tan lento como una tortuga, por favor.

El hombre asintió, la ayudó a subir a la calesa descubierta y cerró la portezuela.

Cuando Cressida se sentó junto a ella, sus vestidos se rozaron, pareciendo un mar de tafetán verde y frambuesa.

—¿Dónde está Isabeau? —preguntó su amiga.

—Le duele la cabeza —respondió ella.

—Mejor. Le ha dado la tarde libre a Molly —informó Cressida sobre su doncella—. Tú y yo tenemos mucho de que hablar. —Al ver que no le respondía, se volvió hacia ella y la miró a la cara—. ¡Pero bueno, Lizzy! Se te ve tan sombría como una tormenta. No estarás teniendo dudas, ¿verdad?

—¿Sobre qué?

—¡Sobre tu boda!

¿Dudas? Jamás se había permitido tener dudas. Su padre había organizado cada uno de sus pasos desde su nacimiento. Y nunca se lo había cuestionado hasta que se hizo amiga de Cressida. Su querida Cress, a la que su progenitor permitía hacer lo que le viniera en gana.

—Tenía la esperanza de que mi madre nos acompañara hoy —dijo ella, intentando mantener sus emociones bajo control—. Pero no ha llegado todavía.

—Ha debido de ser duro tener a una inválida en casa que necesite alejarse del calor de Virginia. Pero no tengo muy claro que el frío de Bath le vaya a resultar más beneficioso, por no hablar de la larga travesía por mar. —Cressida alzó el abanico y saludó perezosamente a un carruaje que pasó a su lado mientras tomaban el camino desigual que llevaba a las afueras de la ciudad—. Pero no vamos a malgastar el tiempo hablando de madres y doncellas. No con Noble Rynallt habiendo terminado el período de luto.

La inesperada declaración obligó a Elisabeth a centrarse en la conversación. ¿Así que Cressida se había fijado en él? Pensó en lo rápido que había abandonado el baile y dijo:

—Apenas estuvo un rato allí. Si ni siquiera se quedó para los refrigerios de medianoche.

—Porque prefiere ir a la taberna Raleigh, seguramente por sus tendencias políticas —murmuró Cressida—. No es ningún secreto que él y lord Dunmore no se llevan bien. Fue muy galante de su parte acompañarte al baile. Y muy valiente, teniendo en cuenta la postura del palacio con respecto a los patriotas. Estoy segura de que también molestó sobremedida a tu padre.

A Elisabeth no le gustó que le recordara aquello. Llevaba sin ver a su padre desde el baile, ya que se había quedado en el palacio, pero sabía que se lo echaría en cara en cuanto tuviera ocasión.

—Mmm. —Cressida continuó haciendo conjeturas—. Tal vez esté en juego algo más malvado.

¿Malvado? A su amiga siempre le había gustado un poco el drama.

—El señor Rynallt solo le estaba haciendo un favor a Miles. Recuerda que son primos. Vecinos.

—Ah, sí, vecinos, tanto como lo permiten las miles de hectáreas que los separan. Ty Mawr está en el río y Roth Hall no tiene nada que hacer a su lado. ¿Nunca la has visto? —Al ver que Elisabeth sacudía la cabeza, Cressida puso cara de pena—. Es una lástima. Toda mujer casadera de aquí a Boston debería visitarla. A Ty Mawr le hace mucha falta una señora.

—Querrás decir que le hace falta desde el fallecimiento de la hermana del señor Rynallt. —Apenas había conocido a Enid Rynallt. Era una mujer mayor, una solterona que siempre había preferido Ty Mawr a Williamsburg—. No, nunca he visto la propiedad de los Rynallt, pero ahora me pica la curiosidad.

—Querida Lizzy —Cressida se recostó en el asiento y adoptó una expresión de plena

satisfacción—. No sabes lo contenta que estoy de que hayas pasado por alto al soltero mas codiciado de toda Virginia.

Elisabeth la miró directamente, dándose cuenta de adónde quería llegar con todo aquello.

—¿Te has encaprichado del propietario... o de Ty Mawr?

—Puede que de ambos. —Cressida entrecerró los ojos—. Supongo que te imaginas lo sorprendida que me quedé cuando te vi entrar de su brazo. Entonces me acordé de que es pariente de Miles y de que muy pronto será tu primo político.

—¿Pero qué pasa con el señor Bennett?

—Pobre señor Bennett. —Su amiga soltó un suspiro digno de la ópera bufa que habían visto recientemente en el teatro que se había erigido en Palace Green—. Solo es un comerciante modesto, nada más. Mi padre cree que tengo que reconsiderar nuestro... acuerdo.

La actitud desdeñosa de Cressida hizo que se sintiera un poco incómoda. ¿Acaso no se daba cuenta de que su padre también era un comerciante? Hasta que logró colarse en las más altas esferas de Virginia (tanto como podía un ambicioso comerciante *tory*) se le había considerado, como mucho, un hombre de negocios normal y corriente.

—Los Bennett son una buena familia —dijo ella—. Y devotos creyentes.

Su amiga tuvo la decencia de sonrojarse un poco.

—Buena para otra persona. Imagínatelo, Lizzy. Si tú vives en Roth Hall y yo me convierto en la señora de Ty Mawr seríamos vecinas.

—Se te olvida que hay un novio de por medio... con sus ideas políticas incluídas.

Cressida esbozó una sonrisa taimada.

—Creo que puedo encargarme de ambas cosas. ¿Y tú? ¿Puedes encargarte del granuja del señor Roth?

La pregunta fue tan dura que Elisabeth casi se estremeció.

—Quizá con el tiempo. —¿Había sonado tan desanimada como se sentía?—. Pero mi padre ha llegado a un acuerdo con él y tengo que cumplirlo.

—Pues que sea tu padre el que se case con él —replicó Cressida con descaro.

Elisabeth no le hizo caso y continuó:

—Está claro que me ayuda bastante pensar en las buenas cualidades de Miles.

—¿Pero tiene alguna? —Por el gesto que puso, a Cressida parecía hacerle gracia todo aquello—. Aparte de su herencia, claro está.

Sintió una enorme vergüenza. Por Miles. Por ella misma. Pero entonces decidió dejar de pensar en eso y recobrar la compostura. Las palabras de los Filipenses le resonaron en la cabeza:

«Tened en cuenta todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, digno de admiración, en definitiva, todo lo que es virtud o mérito».

—Es generoso —señaló al cabo de un rato.

—Querrás decir extravagante —replicó Cressida.

—Estoy convencida de que, una vez que nos casemos, descubriré las demás buenas cualidades que tenga.

Su amiga no parecía estar muy segura de aquello.

—Noble Rynallt y Ty Mawr tienen tantas cualidades excepcionales que no me daría tiempo a

enumerarlas ni aunque fuéramos hasta Charles Town.

—Por suerte solo vamos a ver a la modista, así que no hace falta que te pongas a ello —apuntó ella un tanto dolida mientras divisaba el letrero de Margaret Hunter. Echó un vistazo al reloj y sintió la imperiosa necesidad de volver a su casa cuanto antes,

¿Y si el barco de su madre llegaba por fin ese día?



Con la boca llena de alfileres, Margaret Hunter contempló el vestido de novia desde todos los ángulos posibles con el ceño fruncido de preocupación. Elisabeth sintió el reproche de la modista. Cressida, por su parte, estaba deambulando por la tienda que una vez había estado rebosante de género, mirando las máscaras de seda y los abanicos que quedaban con una ayudante, lo suficientemente lejos como para no escuchar el tenso susurro de la señora Hunter.

—Es la tercera vez que tengo que meterle el vestido. ¿Es que no está comiendo lo suficiente?

Elisabeth vaciló un instante y se acordó de que ninguna de las delicias del palacio del gobernador había despertado su apetito y de que esa mañana solo había desayunado medio bollito y un poco de té. Supuso que el silencio era la mejor respuesta que podía ofrecer.

Se volvió ante el espejo de cuerpo entero y disfrutó de la suntuosidad del vestido, le quedara ancho o no. Desde el boicot a los productos británicos, las modistas de Williamsburg habían tenido problemas para abastecer sus tiendas. Su vestido de novia estaba hecho con rollos de seda que Margaret Hunter había debido de guardar en algún lugar del que luego se olvidó. Era un milagro que la siempre meticulosa Margaret se hubiera acordado de un artículo que jamás tendría que haber arrinconado.

¿Quién osaría pasar por alto una seda de Spitalfields?

Cressida se colocó detrás de ella y miró por encima de su hombro al espejo.

—Espero que hayas guardado más tela de esta calidad por algún lado. He decidido que quiero que mi vestido de novia sea de seda rosa.

La señora Hunter se sacó los alfileres de la boca y los pinchó en la almohadilla con forma de corazón que llevaba colgada a la cintura.

—No he leído en la *Gazette* ningún anuncio sobre sus nupcias, señorita Shaw.

—Lo harás en breve —replicó Cressida—. Será mejor que te pongas a coser de inmediato. He puesto los ojos en un caballero que vive a orillas del río James y no soy partidaria de los noviazgos largos.

La señora Hunter y su voluminosa falda desaparecieron de su vista antes de que Elisabeth siseara:

—¿Serías capaz de casarte con un rebelde?

—Por supuesto. Esos rebeldes impredecibles son mucho más gallardos que los conservadores de los *tories*. —Cressida volvió a sonreír con satisfacción, como si se tratara de un gato frente a un cuenco de leche—. Veré al señor Rynallt antes de que termine la semana y te aseguro que estoy

impaciente por hacerlo.

Elisabeth fue incapaz de pronunciar palabra alguna de lo consternada que estaba. Cressida siempre parecía ir un paso por delante de ella. ¿Se trataría de una cita planeada? Su amiga resplandecía de felicidad. Pobre señor Bennett.

O puede... Elisabeth se permitió el lujo de tener un pensamiento no muy cortés.

Puede que, al final, el señor Bennet hubiera tenido suerte.



Sentada a la sombra de la pérgola, Elisabeth abrió la caja de dulces de castaña, pero por extraño que pareciera la pasta crujiente y el relleno cremoso no despertaron su apetito. Volvió a mirar la silla vacía que tenía enfrente. Cressida había rechazado su invitación a tomar el té, alegando otro compromiso. Y su madre todavía no había aparecido. Tal vez le viniera bien fingir que su progenitora estaba sentada allí, en vez de un lugar vacío. Decidió que se daría el capricho. Echó un vistazo a las ventanas de la parte trasera de la casa y se puso a hablar en voz baja.

—Mi vestido está terminado, mamá. A tiempo para la boda. —Metió la mano en el bolsillo, sacó un abanico nupcial, lo abrió y lo colocó sobre la mesita—. Creo que el diseño que elegiste para este es precioso. Margaret Hunter también está de acuerdo.

Detuvo el monólogo durante un instante y contempló las artísticas líneas del abanico. En el delgado papel venía escrito su nombre en letras doradas junto con la fecha de la boda: 16 de junio de 1775.

—Tuvimos un baile de compromiso encantador en el palacio del gobernador. Varias damas preguntaron por ti y me dijeron que te tienen en sus oraciones.

En ese momento se acercó una sirvienta con una bandeja de té. Le hizo una inclinación de cabeza y le dio las gracias en silencio. Casi podía sentir la presencia de su madre. Oír su hermosa y melódica voz con acento inglés. Pero era su padre quien hacía caso omiso de las sinceras plegarias de su madre, imponiendo la oración que recitaba en cada comida y que tenía grabada a fuego en la mente

«Someteos por causa del Señor a toda autoridad humana, ya sea al rey como suprema autoridad, o a los gobernadores que él envía, porque esa es la voluntad de Dios. Honrad a todos, amad a vuestros hermanos y hermanas, temed al Señor y mostrad estima hacia el rey».

La sirvienta sirvió el té bajo la pérgola cubierta con fragantes rosas y sonrió con gratitud cuando Elisabeth le metió uno de los hojaldres en el bolsillo.

Pero justo en ese momento, la muchacha empezó a aclararse la garganta en una clara advertencia de que su padre venía. El buen humor de Elisabeth desapareció al instante. Allí estaba, acercándose por el camino pavimentado con gesto severo y actitud rígida. Normalmente llevaba una pipa y un ejemplar recién impreso del *Royal Gazette* de Rivington. Siempre se le veía tan sombrío como un cielo tormentoso. ¿Alguna vez había sido diferente?

Hoy, sin embargo, venía sin nada en las manos. Despidió a la sirvienta con un gesto

tremendamente cortante.

—Déjanos. Quiero hablar con mi hija a solas.

La muchacha hizo una rápida reverencia y se retiró a toda prisa.

Vio como su padre clavaba la vista unos segundos sobre las malvarrosas y polemonios que su madre había plantado con ayuda del jardinero del gobernador Dunmore, cuya belleza ofrecía un claro contraste con la expresión adusta de su progenitor. No pudo evitar fijarse en la estatua que había en el centro de jardín, representando a una niña que liberaba a una paloma. Desde pequeña había deseado volar tan lejos como esa paloma cuando su padre estaba cerca.

Volvió a mirarle. A la luz del sol, su rostro, antaño apuesto, se veía marcado por la viruela. La espesa capa de polvo que se ponía para intentar ocultar sin éxito las cicatrices le daban un aspecto demacrado cuando en realidad era una persona robusta.

—Elisabeth Anne.

—Sí, padre.

Sus miradas se encontraron y, durante una fracción de segundo, sus ojos parecieron perder el hielo perpetuo que había en ellos. Sus profundidades plateadas, tan astutas y calculadoras, evaluaron a su única hija, haciendo que Elisabeth recordara una vez más todas las esperanzas que habían puesto en su matrimonio con el protegido de lord Dunmore; un hombre leal al rey y, lo que era aún más importante, el heredero de lo que prácticamente parecía la mitad de Virginia.

—¿Te has recuperado ya del baile?

Ella vaciló. ¿Lo había hecho?

La sombra de Noble Rynallt pareció cernirse sobre ellos, así que no le sorprendió su siguiente pregunta:

—¿Por qué llegaste del brazo de uno de los Hombres de la Independencia?

Elisabeth dejó escapar un suave suspiro.

—Todavía no lo tengo claro del todo. —No hablaría mal de él, ni de Miles, aunque el aliento a alcohol de su prometido le había dicho demasiado—. El señor Rynallt solo me dijo que le estaba haciendo un favor a su primo. Creo que solo estaba actuando como lo haría un padrino.

Su padre la miró con ojos entrecerrados.

—Deberías saber que están planeando arrebatar la vida a lord Dunmore. Y todo apunta a que viene de los Hijos de la Libertad, partidarios de la Independencia.

Se le aflojó la mandíbula. Noble Rynallt le había parecido todo un caballero, al igual que el resto de los patriotas que conocía.

—Pero los Hombres de la Independencia no son unos locos, ni unos asesinos, ¿verdad?

—Desde el incidente de la pólvora, se murmura que están intentando alzarse en armas contra el rey. Noble Rynallt es uno de los principales disidentes. Los tiempos desesperados conducen a los hombres a tomar medidas desesperadas.

Elisabeth tomó un sorbo de té templado. Sí, eran tiempos desesperados, aunque lord Dunmore nunca había sido popular, ni siquiera entre la alta sociedad de Virginia. Sin embargo, no mintió cuando dijo:

—Lord Dunmore y *lady* Charlotte siempre han sido extremadamente amables conmigo. Sería terrible que les pasara algo. O a sus hijos.

Su padre miró los dulces intactos y su gesto cambió de tenso a hosco.

—La llegada de tu madre es inminente. Aunque me temo que su salud ha vuelto a deteriorarse. Estoy planteándome enviarla al balneario de Berkeley Springs para que se recupere.

¿Inminente? ¿Cómo lo sabía? En cuanto a lo de las fuentes, estaban demasiado lejos.

—Si vuelve con el mismo estado mental —continuó su padre—, puede que tenga que permitir que el doctor Hessel la ingrese en el psiquiátrico

Se quedó sin habla durante un instante, con la taza de té a medio camino de sus labios.

—¡Papá, no! —estalló antes de poder mantener sus emociones bajo control. ¿Iba a castigar a su madre por sus ideas políticas?—. ¿Pero y la boda...?

La mirada de reproche que le lanzó su padre le advirtió que había ido demasiado lejos.

—¿Quieres que vaya a la boda en una camilla o atada?

—Papá, por favor...

—¿Cuándo vas a aceptar el hecho de que tiene una salud frágil y una mente inestable?

Se estremeció ante semejante mentira. Vio a Mamie mirándolos desde una ventana de la planta de arriba. La mujer sabía la verdad. La dulce y confiada Mamie, que se había ocupado de su madre desde que se casó. Su padre, en un gesto de crueldad, había decidido que no acompañara a su esposa a Bath, escogiendo él mismo a otra doncella.

Elisabeth recordó las palabras de Mamie.

«Puede que tu madre sea frágil, pero tiene la cabeza más sana que tu padre. Él detesta sus ideas políticas. ¿Qué clase de hombre llama a su mujer loca y la amenaza con ingresarla en un manicomio solo para que cambie de opinión?».

—Todo este discurso del té y los impuestos está afectando a mamá en la misma medida que al resto de la gente —empezó ella, en un intento desesperado de defender a una mujer que no estaba allí y no podía hacerlo por sí misma—. Estoy segura de que Bath le ha servido para tomarse un respiro de la política colonial.

—Lleva por lo menos veinte años mostrando una actitud irracional. Antes de embarcar tuvo la osadía de hablar en defensa de los Hombres de la Independencia. Ese tipo de charlas suenan demasiado a traición. A veces tengo la sospecha de que estás siguiendo sus mismos pasos. Y que llegaras al baile con Rynallt no ayuda precisamente.

¿Iba a culparla también de eso?

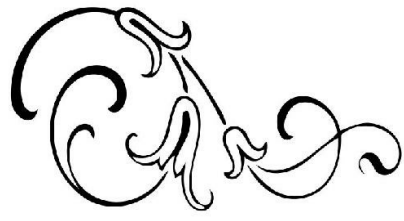
—Eso fue obra de Miles Roth, no mía —respondió ella en un inusual arranque de valor—. Fue él quien envió a su primo a que me escoltara porque se había retrasado. Yo no tuve nada que ver con eso...

—Exacto. ¿Sabes? Así es como comienza toda esta rebelión. Retorciendo la verdad.

Ah, ¿sí? ¿Quién estaba retorciendo la verdad en ese momento? Apretó los dientes y bajó la vista hacia su té, hacia la taza y el platillo de porcelana de Lowestoft con tonos azules y dorados.

Su padre alargó una mano y cortó una rosa para prendérsela en la solapa.

—Dile a Mamie que tenga preparado el dormitorio de tu madre para cuando vuelva.





## Capítulo 4

Noble Rynallt estaba de pie al lado de la iglesia parroquial Bruton, junto a la viga donde se ataban los caballos bajo la sombra de unos robles retorcidos en medio de una neblina de polvo y luz del sol. Los invitados se habían reunido para la boda matinal que debería haber comenzado hacía un cuarto de hora. Oyó bromear a alguien, diciendo que la novia había desaparecido. Era una prima lejana suya, Lucy Croghan, pero estaba tan perdidamente enamorada de su novio que nadie se planteó aquella posibilidad, y mucho menos él.

Aquello le hizo pensar en otro primo, en otra boda que se celebraría en breve. Miles le había pedido que fuera su padrino. Lo haría, aunque la idea le exasperaba demasiado.

Se alejó de la vista de los que acababan de llegar y se dirigió al cementerio cercado que había a pocos metros. Enid estaba enterrada al fondo, a la sombra de un majestuoso roble. Pasó junto a otras tumbas con sus urnas y sauces, sus querubines y adornos hasta llegar a la de su hermana, que solo tenía grabado un reloj de arena sencillo que representaba el paso del tiempo.

*Aquí yace el cuerpo de Enid Rynallt, amada hija de Kennard y Catrin Rynallt, que dejó esta vida a los veintinueve años...*

Con los ojos escociéndole por las lágrimas contenidas, miró hacía el oeste, donde el cementerio daba paso a unos prados que le recordaban a Gales. En momentos como ese era cuando contemplaba la idea de regresar a su país de origen. Pero como segundo hijo que se había abierto camino en las colonias, hacía años que había dejado a su hermano mayor. Enid le siguió poco después. Y ahora, a ese lado del Atlántico, con solo unos cuantos parientes lejanos cerca, se sentía a la deriva, a pesar de que había hecho de aquel lugar su hogar. Enid había sido un ancla, el corazón de Ty Mawr. Nunca se había casado, y no por falta de proposiciones, sino porque había amado demasiado Ty Mawr.

Una risa cerca de la entrada rompió el silencio temporal que reinaba en el cementerio. Se volvió y vio que la familia Shaw llegaba a la iglesia. Cressida se bajó del carruaje con ayuda del apeadero que había cerca de los escalones de la parroquia, envuelta en una nube de seda y encaje de color lavanda. Sus miradas se cruzaron un instante y, a pesar de la distancia que los separaba, Noble creyó ver que se ruborizaba.

Más tarde, en la recepción de la boda, si no le quedaba más remedio, bailarían con ella un minué o un *reel* antes de disculparse. Ojalá pudiera controlar lo poco que le gustaba la vida social, aunque solo fuera en ese tipo de ocasiones. Mantener una breve charla educada. El peso de sus responsabilidades se cernía sobre él y lamentaba tener que estar en una boda cuando tenía tantas cosas que hacer. Ese día tendría que haber estado en muchos lugares al mismo tiempo. En el

almacén de tabaco de Port Royal. Examinando los recursos financieros y el armamento de las milicias acampadas en Williamsburg. O mejor aún, echando un vistazo al nuevo semental que había adquirido en Maryland para montar a una yegua de cría.

Pasó un dedo por los pliegues del pañuelo de color marfil que llevaba al cuello, aflojándose un poco. Con el calor del verano y el pañuelo tan apretado sentía que se estaba ahogando.

El ligero tirón en su interior que siempre sentía por estar en casa se había transformado en un vacío inmenso ahora que su hermana ya no estaba allí. Se volvió hacia la iglesia y su melancolía disminuyó en cuanto vio a la novia llegar en su carruaje. Lucy lo saludó levantando una mano enguantada, pero enseguida desvió la atención al ver a su novio salir corriendo de la iglesia para recibirla. Noble se sintió como un extraño, como un mero espectador de toda esa alegría. Empezó a alejarse. La resolución de acudir a la ceremonia por el bien de su prima se iba desvaneciendo como la arena que se cuele a través de un colador.

¿De verdad habían pasado dos años desde la muerte de Enid? Mientras estaba parado junto a su tumba había tenido la sensación de que había sido ayer mismo. Se dio cuenta de que había ido hasta allí para lidiar con el doloroso recuerdo más que para asistir a una boda. Desde su fallecimiento había evitado todas las reuniones familiares. Puede que hubiera llegado la hora de seguir adelante, de superar la pérdida, dejar atrás el luto y deshacerse de la tristeza. Asistiría a la ceremonia y después iría a Christiana Campbell, el lugar donde se celebraría la recepción. Daría la enhorabuena a la feliz pareja, cumpliría con el protocolo de bailar una o dos piezas y esperaría a que llegaran días mejores.



Había dos lugares en el mundo por los que Elisabeth Lawson tenía especial predilección: su dormitorio con diseños florales y los jardines del palacio del gobernador, los dominios de James, el viejo jardinero. Allí todo era frescura, encanto, y el jardín estaba arreglado de una forma tan artística que robaba el aliento. Había color, luz y belleza por todas partes. Tenía unas pequeñas termas con unas elegantes líneas hexagonales, lechos de exuberantes flores superpuestos los unos sobre los otros y parterres de boj que conducían a un estanque de peces enorme al final de una pendiente. Era la viva imagen de un remanso de paz de prados de hierba y aguas tranquilas.

Una ráfaga de aire le enredó la falda entre las piernas y, durante unos instantes, fue capaz de olvidar el dolor por la ausencia de su madre y el último arrebato de su padre.

La imagen de la doncella de *lady* Charlotte corriendo por el jardín hizo que se detuviera. Y después, como si de mariposas de colores recién liberadas de una jaula se tratara, se vio rodeada por las hijas de lord Dunmore que pasaron revoloteando junto a la doncella con vestidos de seda a juego.

—Lizz, mamá quiere verte —informó *lady* Augusta. Pero nada más terminar de decir aquello la palidez de su tez se transformó en rubor, como si se hubiera dado cuenta de que había hecho algo mal.

—Para ti es *lady* Elisabeth —le recordó la severa doncella, siempre dispuesta a frenar su entusiasmo.

—Encontrarás a mamá en la pérgola de glicinas —dijo *lady* Catherine antes de disminuir la velocidad y alzarse la falda para mirarse una de las bailarinas que calzaba—. ¡Maldita sea! Me he torcido el tobillo y he perdido la mitad de mi zapato.

—No deberías correr como si fueras un caballo salvaje —le regañó la doncella, recogiendo el tacón. Luego hizo un gesto a las niñas para que volvieran por donde habían venido—. La señorita Galli está lista para reanudar sus clases.

Sin dejar de reírse, las niñas se dieron la vuelta y se encaminaron hacia la figura de la institutriz que las estaba esperando cerca del palacio. El jardinero se había esfumado, así que no le quedó otra que seguir a la doncella hacia el lugar donde *lady* Charlotte la estaba esperando. La pérgola estaba recién pintada, lista para el verano. En la parte superior había una veleta con el escudo de armas inglés. Elisabeth había pasado muchos ratos agradables allí, charlando, tomando té y compartiendo risas y estaba muy feliz de que le hubieran mandado llamar.

Había sido una invitada frecuente desde la llegada de lord Dunmore y su familia, hacía ya tres años, y se había encargado de que se familiarizaran con los entresijos de Williamsburg. La elegancia y belleza de *lady* Charlotte se había ganado los corazones de casi todos los que conocía, a pesar de que la popularidad de su marido estaba en duda. Pero Williamsburg no era Inglaterra y el paso del tiempo no había disminuido la nostalgia que la dama sentía por su tierra. Siempre que estaba con ella percibía la tristeza que subyacía en su interior, y ese día no fue una excepción.

—Ah, *lady* Elisabeth, me alegro de verte. —*Lady* Charlotte extendió el brazo sobre la mesa de hierro forjado y le estrechó la mano—. Este junio está siendo inusualmente cálido, ¿verdad? No creo que pueda soportar otro verano como el del año pasado.

—Mi madre dijo lo mismo antes de irse a Bath —recordó ella, sentándose en la silla que había frente a la esposa del gobernador. Las manchas en la piel de la dama le recordaron lo mucho que les había costado adaptarse al clima a los europeos que conocía. A pesar del aire sofocante y de las nubes de mosquitos, aquel calor hacía que te sintieras como en casa, ya que no conocía otra cosa.

—Tu padre me ha comentado que tu madre irá directamente al balneario de Berkeley Springs.

Elisabeth desvió la mirada de la mujer con peluca impecablemente empolvada que tenía delante al jardinero que podaba un seto al otro lado del camino.

—Desde las fiebres de paludismo que ha padecido, mi madre ha estado agotada. Lo único que quiere mi padre es que se recupere por completo.

—Si hay algo que pueda hacer... si necesitas que te ayude con algo relativo a la boda...

Elisabeth sonrió.

—El magnífico baile que celebraste ha sido más que suficiente.

*Lady* Charlotte asintió.

—Te vamos a echar muchísimo de menos cuando te vayas de Williamsburg. Las niñas se ponen muy tristes cada vez que lo piensan. Roth Hall está tan lejos... Aunque seguro que estás deseando convertirte en la señora de la casa.

Elisabeth se detuvo a recordar durante unos segundos la propiedad de su prometido. Solo la

había visitado dos veces desde que Miles y ella se conocieron y no le había causado una impresión digna de mención.

—Miles dice que la nueva ala con vistas al parque de venados está casi terminada. —Aunque no mencionó que todavía no le había dejado verla. Pero ¿y si quería mantenerlo como una sorpresa para cuando iniciaran su vida en común?—. Tú y las niñas siempre seréis bienvenidas.

—Recuerdo perfectamente lo que se siente siendo una novia —dijo *lady* Charlotte mientras la miraba con cautela con sus ojos azules—. Estaba tan enamorada de John que me habría casado con él aunque hubiera sido un deshollinador.

¿Hablaba en serio? Le entraron ganas de echarse a reír solo con imaginarse a Dandi Dunmore, como llamaban al gobernador, cubierto de hollín y con un cepillo en la mano. Pero su buen humor desapareció cuando *lady* Charlotte agregó:

—Esperaba que tu enlace con Miles Roth fuera por amor.

¿De verdad era tan obvio que era un matrimonio concertado? Se quedó completamente abatida.

—Le tengo cariño. —Reconocer aquello en voz alta la entristeció y la compasión que vio en los ojos de *lady* Charlotte hizo que se sintiera como una embustera—. Amor. ¿Qué es en realidad el amor? No estoy enamorada de Miles Roth, ni el tampoco lo está de mí. Pero mi prometido puede serle bastante útil a mi padre y nosotros a Miles.

Ahí estaba. Lo había confesado (y sin rodeos, como su padre habría hecho). Pero aquello no hizo desaparecer sus deseos, ni cambió sus circunstancias.

*Lady* Charlotte se retorció en su asiento y de la peluca que llevaba cayó un ligero halo de polvo sobre los hombros de su vestido azul pastel.

—Uno espera que el afecto marital crezca con el tiempo. Y después, cuando vienen los niños, el amor será pleno.

Elisabeth se quedó inmóvil, dejando que aquellas palabras penetraran en su interior y suavizaran el anhelo que siempre había tenido. Un deseo que surgió cuando era pequeña, jugando con sus muñecas, y que luego floreció en el sueño de vivir en un hogar feliz, de tener su propia familia; una familia distinta a la que había conocido.

—Te digo todo esto porque he terminado considerándote como a una hija. Cuando recuerdo tus muchas bondades y la ayuda infinita que nos has mostrado desde que llegamos aquí por primera vez... No conocíamos a nadie, no sabíamos cuáles eran las costumbres y cómo se comportaba la sociedad colonial. Y tú siempre has estado a nuestro lado, a pesar de que muchos otros se apartaron. —A *lady* Charlotte se le humedecieron los ojos. En ese momento Elisabeth pudo sentir su profunda lucha interna, la nostalgia que tenía por Inglaterra—. Solo quiero lo mejor para ti: un futuro lleno de felicidad.

Aquel discurso apasionado, tan inusual para la dama refinada que había llegado a conocer, empezó a hacer que su propia compostura se desmoronara hasta que casi se puso a llorar.

*Lady* Charlotte se llevó la mano al bolsillo y sacó una carta con su sello personal y escrita con su elegante caligrafía.

—Guarda esto cerca de ti hasta que estés en casa y tengas un momento a solas. Pensé en decírtelo en persona, pero es mejor dejar estos detalles por escrito. Por favor, quémalala en cuanto la leas—. Dicho esto le entregó la carta y se levantó con el mentón tembloroso y en medio de

frufú de seda—. Me necesitan en la casa. A Virginia le ha salido un nuevo diente y está de mal humor. Tu padre está dentro. ¿Vas a esperarle?

Elisabeth vio el carruaje de su progenitor en los establos.

—No, creo que me vendrá bien dar un paseo. Por favor, dile que me he ido a casa.

Cuando se dio la vuelta, sintió la necesidad de quedarse, aunque solo fuera un instante. Entonces se volvió de nuevo con la intención de dar un abrazo a *lady* Charlotte, pero ella ya había echado a correr hacia la mansión, llorando.



Elisabeth bajó caminando por Palace Green afligida por las lágrimas de *lady* Charlotte y sujetando con fuerza la misteriosa carta. Seguro que se trataba de algo más que de una mera felicitación por la boda. En los últimos días estaban recibiendo cartas y regalos procedentes de toda Virginia. Carnes ahumadas. Sillas de montar y equipos de equitación. Pavos reales para que ocuparan los amplios jardines de Roth Hall. Los sirvientes habían estado muy atareados catalogando y exhibiendo cada objeto en un salón al que daban poco uso, antes de envolverlos para llevarlos a Roth Hall después de la boda. A los escandalosos pavos los habían colocado en el jardín y les habían recortado las plumas de las alas para que no pudieran volar. Con la boda en ciernes, tenían controlados todos los detalles excepto uno.

¿Llegaría su madre a tiempo?

El arrebato emocional de *lady* Charlotte parecía indicar que estaba a punto de suceder algo importante. ¿Pero qué?

El magnífico día soleado de junio, junto con el paisaje familiar que tanto la calmaba, y los olores y los ruidos de la ciudad parecían burlarse de sus sospechas. Entró en la calle Nicholson y procuró apartar los ojos de la cárcel. Estaba repleta de piratas, deudores, esclavos que se habían fugado y ladrones, así que el encargado de esta estaba muy ocupado manteniendo el orden. Incluso en ese momento podían oírse golpes y gritos. Respiró aliviada cuando tomó la calle Duque de Gloucester y pasó por delante de la barbería King's Arms, la botica de Pasteur y Galt, la imprenta y sus numerosas tabernas y posadas.

Al final de la calle estaba la iglesia parroquial Bruton, enclavada en un tramo soleado. Nada más ver los ladrillos de color rojo claro se calmó un poco. La habían bautizado en aquella iglesia y, desde entonces, se había sentado casi todos los domingos en el banco reservado para la familia Lawson. ¿Fue el día anterior cuando se celebró la boda a la que su padre le había prohibido ir? Su padre había incluido a la familia de Lucy Croghan dentro de su lista negra de simpatizantes de los patriotas, como muchas otras de Williamsburg, y cuando le llegó la invitación al enlace la arrojó directamente al fuego.

Pero Cressida había acudido encantada y después le había enviado una nota contándole que habían asistido muchos Hombres de la Independencia y que incluso había conseguido bailar un par de piezas con Noble Rynallt. Un detalle que, sin saber muy bien por qué, le molestó. Por lo visto,

su amiga *tory* estaba cambiando de bando sin ningún problema. Aunque puede que ese cambio de lealtad solo se debiera a la atracción que Cressida sentía por el señor Rynallt.

Cuando se dio cuenta de que estaba empezando a llamar la atención frunció el ceño. Los hombres que levantaban sus sombreros a su paso y las damas que la saludaban desde sus carruajes se la quedaban mirando más tiempo de lo normal. ¿Sería por no ir acompañada? Casi nunca andaba de ese modo por las calles, y jamás lo había hecho sin su doncella. Pero no le pareció que aquella pequeña infracción de conducta fuera demasiado grave y le ofreció la libertad que tanto ansiaba en ese momento. Aunque le tenía mucho cariño a Isabeau, su doncella era una charlatana y cada salida con ella venía llena de peligros: «Se va a manchar el dobladillo. Cuidado con ese estiércol de caballo. Póngase el sombrero, que le dé mucho el sol no es bueno para la piel...».

A su derecha estaba la taberna Raleigh; un lugar que siempre le había intrigado con sus líneas blancas, su tejado a dos aguas y su reputación sediciosa. El establecimiento no necesitaba más publicidad que los exquisitos olores que provenían de su cocina y panadería. Había muchos caballos de pura raza atados a los postes de hierro negro en la parte delantera. La taberna era el lugar de parada de hombres con un gran poder persuasorio como George Washington, Thomas Jefferson y ese violento radical de Patrick Henry.

Ralentizó el paso y trató de imaginarse qué podía haber más allá del hermoso porche y la puerta de entrada con el busto de *sir* Walter Raleigh encima de ella. Cressida había intentado describirle la taberna porque había asistido a algunas de las reuniones que se habían celebrado en la sala Apolo; algo que a Elisabeth le había prohibido tajantemente su padre. A pesar de que en ese momento era mediodía y el tribunal no estaba celebrando ninguna sesión, el lugar bullía de actividad. A través de las ventanas abiertas, con sus contraventanas verdes, se oían risas y animadas conversaciones, en una clara invitación para entrar.

Soltó un suspiro. A veces deseaba ser un poco más atrevida y tener la capacidad de convencer a su padre para ir y hacer lo que quisiera. Si alguna vez lo conseguía, el primer lugar al que iría sería al Raleigh.

Empezó a cruzar la calle, pero varios vehículos se lo impidieron. Al otro lado de la carretera vio a varios Hombres de la Independencia, con Patrick Henry a la cabeza. El orfebre podía tener la lengua más suave y la más afilada a la vez. El luto por su difunta esposa no había hecho mella en su actividad política. Aunque no lo conocía, era un hombre por el que sentía una profunda y prolongada animadversión.

«Dadme la libertad o dadme la muerte».

Y también era uno de los principales culpables del problema en el que se encontraba su madre. Cuando su padre vio que el último poema incendiario que su esposa había escrito bajo seudónimo iba junto al discurso subversivo de Henry, la había enviado a Londres. Aunque Elisabeth dudaba que su madre hubiera dejado a un lado la pluma y la tinta al otro lado del Atlántico.

Siguió caminando hacia Market Square. La intersección de calles era un ir y venir de carros y carruajes y el lodo habitual que te llegaba hasta el tobillo se había secado hasta convertirse en una capa de polvo propia del verano. Una capa de polvo que se levantó en un remolino por una ráfaga de aire y le enredó las faldas hasta llegar a su sombrero de paja. Alzó la carta de *lady* Charlotte para protegerse la cara, pero eso le impidió ver el caballo negro que se dirigía en dirección a ella

hasta que casi lo tuvo encima.

«¡Dios bendito!».

Al verse atrapada entre una carreta y unos caballos desbocados entró en pánico. Oyó el ruido de los cascos, los gritos de una dama y el sonido nauseabundo de la madera astillada. Estaba en el mismo centro de la concurrida intersección y no veía salida en ninguna dirección.

Entonces una mano salió de la nada, la agarró del brazo con no mucha gentileza y la subió a una montura cuyo pomo de la silla se le clavó en el muslo por el impacto. Aturdida como estaba, se quedó sentada de lado, aplastada por los fuertes brazos del jinete, pero a salvo de cualquier atropello. Después, el hombre guio a su caballo lejos del atasco y tomó la calle Queen, en dirección a su casa.

Antes de que volviera la cabeza para mirarle a la cara reconoció el inconfundible aroma que despedía su salvador: una mezcla a ropa limpia y sándalo.

—Debería promulgarse una nueva ley que prohibiese a las damas distinguidas que están a punto de casarse deambular por la ciudad los días que hay mercado —susurró él con tono serio cerca de su oreja.

Elisabeth tomó una profunda bocanada de aire. A lomos de aquel caballo desconocido, lo que menos se sentía en ese momento era distinguida.

—Póngala en marcha usted mismo. Al fin y al cabo es usted un burgués, ¿no?

—No, ahora nos llaman delegados. Y tal vez lo haga. —Su voz, aunque firme, era cálida, incluso desprendía un ligero toque de diversión.— *Lady Elisabeth Lawson*, muy pronto señora de Roth Hall.

—Se ha dejado mi segundo nombre.

—¿Tiene uno? La mayoría no lo tiene.

—Es Anne, en honor a nuestra querida reina.

—He oído que su madre la llama de una forma completamente distinta.

¿Cómo lo sabía? ¿Se lo habría dicho Miles? Pero si su prometido apenas había coincidido con su madre.

—Sí —confirmó ella—. Mi madre me llama Liberty.

—¿No Bess, ni Betsy, ni siquiera Lizzy? Sí, prefiero Liberty. Libertad en inglés. Mucho mejor.

—Eso suponía. Mi madre me puso ese nombre por sus ideas, a pesar de que mi padre estaba en contra. Pero él se negó a respetar su voluntad y me llama Elisabeth Anne. —Hablar de su padre siempre la dejaba un poco triste. Se esforzó por parecer un poco animada—. Supongo que debería darle las gracias. Otra vez, porque es la segunda vez que acude en mi rescate.

Noble Rynallt se quedó callado, lo que le hizo pensar que tal vez creía que ella estaba intentando coquetear con él. Algo nada halagüeño para la que en breve sería la esposa de su primo. Decidió no decir nada más, aunque echaba de menos el tono distendido con el que se habían conducido momentos antes, ya que la cercanía que ahora compartían hacía que se sintiera más incómoda de lo que debía.

Continuaron por las calles secundarias de Williamsburg, a la sombra de los robles y los olmos, lejos de miradas perspicaces y lenguas chismosas. Cuando él desmontó en la parte trasera de su jardín de la calle North England y la ayudó a bajar del caballo le miró a los ojos. Eran de lo más

peculiar, de un color marrón dorado que contrastaban con los mechones negro azabache de su cabello que le recordaba a las profundidades del estanque que había a las afueras de la ciudad. Cuando se dio la vuelta y se apartó de ella para ajustar la silla de montar le sorprendió la longitud de su coleta. Le llegaba a la mitad de la espalda y la llevaba atada con una cinta oscura. Había debido de recogerse durante el baile.

¿No se había cortado el pelo durante todo el tiempo que duró su período de luto?

Pensar en su pelo hizo que se percatara de que había perdido algunas de sus pertenencias.

—¡Oh, no!

El señor Rynallt se dio la vuelta y la miró.

Elisabeth se llevó una mano a la cabeza desnuda y se tocó con los dedos las horquillas de perlas que habían conseguido salvarse.

—He perdido mi sombrero de paja y una carta. —Le miró con ojos suplicantes.

Él la taladró con la mirada.

—Y quiere que vaya a buscarlos.

Aunque dijo aquello con tono amable, su duro gesto le dijo a las claras que no tenía tiempo para ese tipo de recados. Le vio subirse a la silla de nuevo, parecía como si estuviera a punto de maldecir.

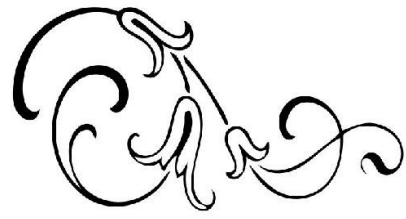
Elisabeth se vino abajo. No entendía por qué se sentía tan abatida. Había regresado a casa ilesa, pero echaba muchísimo de menos a su madre. Estaba a punto de casarse. Y el hombre que tenía enfrente, con el que pronto estaría emparentada, era todo lo que su prometido no era. Miles olía a oporto y a tabaco. ¿Se resignaría a convivir con ese aroma el resto de su vida cuando prefería mil veces el lino y el sándalo?

Noble Rynallt dio la vuelta al caballo y se despidió con un lacónico:

—Puede que vuelva más tarde.

Pero no lo hizo. Y ahí terminaron sus esperanzas de recuperar su sombrero favorito y la carta de *lady* Charlotte.





## Capítulo 5

A lo largo del techo de la taberna Raleigh cruzaban varias vigas de roble pintadas en un tono crema que iba a juego con las paredes decoradas con cuadros de caza, armas de fuego, espadas y algunas reliquias de la guerra franco-india. En los doce años que llevaba yendo allí, casi todo seguía igual. En esos tiempos de tantos cambios, le alegraba tener un ancla al que aferrarse, un lugar que producía la misma sensación que cuando te ponías tu vieja levita desgastada. Se levantó el sombrero para saludar a algunos hombres que había al otro lado de la estancia y se dirigió hacia la mesa del rincón en la que siempre estaba Patrick Henry.

—Ya era hora, Rynallt. Me tenías preocupado de tanto esperar.

—Tú siempre estás preocupado —replicó él—. Desde abril.

—Cierto. Aunque ahora nos inquieta algo más que una pólvora robada. Pero primero siéntate y tómate una pinta.

Henry sostenía su propia cerveza con la mano derecha mientras tamborileaba los callosos dedos de la izquierda sobre un trozo de papel. Se trataba de una carta que despertó de inmediato su curiosidad. El interior del Raleigh no estaba muy iluminado, así que no pudo verla del todo, pero sí que vislumbró claramente el sello personal de *lady* Charlotte. De pronto, se olvidó de la cerveza y lo único en lo que pudo pensar fue en *lady* Elisabeth.

—¿Cómo la has conseguido? —preguntó en cuanto Henry la levantó como si se tratara de una guinea dorada.

—Estaba en Market Square ayer por la tarde cuando la hija de lord Stirling la perdió. Justo en el instante en que estuvieron a punto de atropellarla y tú acudiste en su rescate.

—¿No tendrás por algún casual también su sombrero?

Henry soltó una sonora carcajada.

—¿Por qué iba a interesarme un sombrero cuando tengo en mi mano los planes de Dunmore?

—Me estás tomando el pelo.

—No, ni mucho menos. —Henry se detuvo el tiempo suficiente para beber un sorbo de cerveza.

—Y ahora que le has confiscado la carta, ¿tienes la intención de devolvérsela a la hija de lord Stirling?

—No, por supuesto que no. —A Henry pareció ofenderle la pregunta. Colocó la carta en la mesa, entre ellos—. Parece que *lady* Charlotte le tiene mucho cariño a *lady* Elisabeth, o al menos el suficiente como para contarle algunos detalles jugosos. —Clavó en él su astuta mirada, intentando sopesar su reacción—. Si esto te tranquiliza, te prometo que no saldrá a la luz nada relativo a este asunto.

Un pequeño revuelo en la puerta hizo que se callaran. Noble alzó la vista hacia la entrada de la taberna y vio que se incorporaban nuevos patriotas. Venían con el rostro serio. No se reían. Se

trataba de hombres prudentes que atemperaban el fervor de Henry. Noble no necesitaba una carta para saber que estaba pasando algo.

En pocos segundos, Peyton Randolph y George Mason estaban en su mesa. Henry todavía seguía tocando su trofeo. Pidieron más cerveza y entablaron una charla insustancial hasta que llegaron las jarras.

Entonces Henry pasó la carta a su izquierda. Randolph la desdobló y su expresión estoica se transformó en un gesto de incredulidad.

—No puede ser tan sencillo. ¿Los Dunmore van a huir? ¿De noche?

—Sí, mañana, después de la medianoche. —Nunca había visto a Henry tan complacido.

Noble esperó a que llegara su turno y calmó su impaciencia con otro sorbo de cerveza.

—Pues déjalos que se vayan de Williamsburg. Que se vayan de toda Virginia si quieren — señaló Mason—. Pero déjalos salir sin problemas. Y asegúrate de que no se lleven pólvora ni municiones.

Noble por fin tenía en sus manos la carta. Fue directamente a lo importante y apenas se fijó en la elegante caligrafía de *lady* Charlotte y el cariño con el que se dirigía a *lady* Elisabeth.

*Si te quedas, temo por tu seguridad. Reúnete con nosotros el 8 de junio cuando se haga de noche. Justo cuando en la torre de la iglesia suenen las doce. Estaremos al final de la calle North England. Trae solo lo estrictamente necesario, ya que iremos ligeros de equipaje.*

Noble echó un vistazo a una ventana cercana en dirección a la casa de *lady* Elisabeth; el atardecer era espectacular. La cita estaba prevista para la noche del día siguiente. ¿Así que la dama se iría con los Dunmore? Pasó la carta y dio otro sorbo a su cerveza, más sorprendido por cómo se sentía que por los hechos en sí. En su interior empezó a bullir algo similar a lo que había experimentado con la pérdida de Enid, aunque por supuesto en mucha menor intensidad, ya que apenas conocía a *lady* Elisabeth. Pero aun así, seguía siendo una sensación de vacío bastante elocuente. ¿Por qué? Seguro que se debía a algo más que su partida. Tal vez el tener que despedirse de cosas de mayor entidad. Una forma de vida. La belleza. La comodidad. La rutina. La juventud.

Escuchó a sus compañeros debatir sobre el asunto que les ocupaba. La conversación dejó de centrarse en la carta y pasó a la situación política actual, que en ese momento era como un barril de pólvora, como aquellos que lord Dunmore había robado del almacén provincial en primavera. En represalia por aquellos hechos, habían puesto a George Washington a la cabeza del ejército unificado de las trece colonias por si hubiera más problemas allí, en Boston, en Nueva York o donde fuera.

Pero en lo único en que podía pensar era en Elisabeth Lawson.

La carta permanecía abierta en el dentro de la mesa, con la luz de las velas parpadeando sobre el sello de color púrpura. Así que el plan para huir de Williamsburg estaba en marcha y los Dunmore intercambiarían la capital prácticamente patriota por Yorktown, una ciudad a poca distancia ocupada en su mayoría por hombres leales a la corona.

Pero *lady* Elisabeth nunca había leído la carta, ¿verdad? La había perdido. ¿Le habría comentado algo *lady* Charlotte? ¿Tendría otra forma de enterarse del plan?

¿Qué más daba? Esa mujer era responsabilidad de Miles Roth. Por lo que sabía, puede que su primo también estuviera huyendo.

De modo que Noble se olvidaría de la encantadora *lady* Elisabeth.



Era casi medianoche. Elisabeth miró el pequeño reloj que estaba junto a su cama y quiso gemir de frustración. ¿Es que nunca se iba a quedar dormida? Solo quedaban unos días para la boda y la posterior recepción y ella era, cuanto menos, una novia insegura. Al otro lado de la habitación colgaba su voluminoso vestido de novia entre las sombras, haciendo que pensara en todo lo que la esperaba en cuanto diera el «sí, quiero».

Hasta ese momento, el ajetreo propio de las semanas previas a la boda había eclipsado cualquier reflexión seria ya que había estado muy ocupada en quehaceres frívolos, como alimentar a los pavos reales, contar las copas para la recepción, decidir qué vestidos se iba a llevar a la luna de miel, supervisar el menú de la celebración en ausencia de su madre. Normalmente se iba a la cama exhausta. Pero esa noche era incapaz de conciliar el sueño.

Cuando no podía dormir, solía buscar refugio en la sala de música y tocaba el arpa; algo que tenía que agradecer a su madre. Cuando cumplió seis años, mandó a escondidas que le trajeran un arpa de pedales desde Francia. Georges Joubert, un arpista galo que vivía en las colonias, le enseñó a tocarla. A la edad de diez, ya tocaba en el palacio del gobernador para sus invitados y en algunas de las veladas musicales que se celebraban en Williamsburg. Si había algo que tenía que dejar atrás cuando se casara, desde luego no sería su arpa.

¿Y a Miles? ¿Le gustaba la música? ¿No debería conocer ya la respuesta a eso?

Aunque esa noche la idea de escabullirse a la sala de música era de lo más tentadora, cerró los ojos e intentó no pensar en nada. Pero fracasó estrepitosamente. Haber perdido la carta de *lady* Charlotte la carcomía por dentro más que la falta del sombrero. Seguro que Noble Rynallt había regresado para recuperarlos pero no los había encontrado. Si por algún casual volvía con ellos le ahorraría tener que ir al palacio y confesar lo sucedido. No solía ser tan descuidada.

Cuando el reloj dio la medianoche consiguió dormirse. Horas más tarde, se dio la vuelta y se le quedó pegada a la piel la batista del camisón. A través de las ventanas abiertas, la sofocante quietud de la noche parecía amplificar cada sonido. Un perro que ladraba. Un bebé llorando. Los cascos de unos caballos. Susurros de voces. Una carcajada obscena.

Cristales rompiéndose.

Se despertó con todos los sentidos a flor de piel. En apenas unos segundos todo su mundo cambió. Su primer temor (el temor que tenían todos los habitantes de Williamsburg) fue que se tratara de un incendio. Pero no olía humo. Sin embargo, sí percibió perfectamente el peligro de la situación. Por primera vez en su vida, lo sintió como una presencia oscura.

Retiró las mosquiteras de la cama, se bajó de ella y corrió descalza hasta una ventana abierta. Abajo, en el jardín, una multitud de desconocidos que no habían sido invitados caminaban a sus

anchas. Las antorchas que llevaban iluminaron los destrozos que estaban causando. Vio plumas, rostros con pinturas de guerra, prendas de piel con flecos. ¿Indios? ¿Se estaba repitiendo el motín del té de Boston? ¿Hombres blancos vestidos como salvajes y cantando canciones de libertad?

Patriotas.

Oyó sus risas, los vio saquear la bodega de su padre, aplastar sus adoradas peonías a su paso y derribar una tras otra las celosías de rosas trepadoras.

¿Dónde estaba el jardinero? ¿El muchacho que se encargaba del mantenimiento de la casa? ¿Dónde estaban el resto de los sirvientes? ¿Y su padre? Los últimos días estaba las veinticuatro horas en el palacio. Empezó a estremecerse por dentro. Tiró con mano temblorosa del cordón de la campanilla que tenía más cerca, pero no llegó nadie. La fiesta que se estaba celebrando abajo se hizo más ruidosa. Oyó más risas y voces borrachas. Más cristales rotos.

—¡Padre! —Sentía tal pánico que estuvo a punto de ahogarse al pronunciar aquella palabra. Salió corriendo al pasillo en penumbra hacia el dormitorio de su progenitor. Vacío. Luego retrocedió hasta la parte superior de las escaleras. Vio unas sombras moverse en el vestíbulo de abajo. Mamie estaba allí, gritando, con un atizador de hierro en la mano. Las sombras continuaron entrando en una habitación tras otra, figuras desconocidas que parecían estar participando en un juego macabro.

El terror dio paso a las náuseas. Bajó las escaleras con el hombro pegado a la pared con forma de curva, sin pensar en que iba en camión.

Mamie alzó la vista y, al darse cuenta de que era ella, le hizo un gesto con el atizador.

—No, mi niña, no es seguro. Vuelve a arriba y enciértrate en tu habitación.

Con el corazón latiéndole con tanta fuerza que parecía que se le iba a salir del pecho, bajó corriendo el tramo que le quedaba de escaleras. Prácticamente voló mientras pasó al lado de Isabeau, que estaba acurrucada y sollozando, y se dirigió al estudio de su padre. Allí no había ningún granuja, pero todo estaba patas arriba. Los papeles cubrían como un manto de hojas la elegante alfombra y todos los armarios y cajones estaban abiertos. La luz de la luna se reflejó en todos los cristales rotos del suelo.

Le dio un vuelco el estómago. ¿Hallaría el cadáver de su padre debajo de todo aquel caos? Aquella posibilidad hizo que retrocediera y saliera del despacho al pasillo, donde Mamie ahora discutía con una figura alta en sombras.

—Dame las llaves del armario cerrado del despacho del gobernador. —El fuerte acento escocés del hombre la puso nerviosa, al igual que los ojos negros que la miraron durante un instante antes de dirigirse a otro grupo de asaltantes que venían gritando—. ¡Apaga la antorcha, amigo! ¿Quieres que nos reconozcan y terminemos presos?

La antorcha se apagó, pero otros hombres empezaron a colocarse alrededor del rellano, rodeándolos. El olor a sudor y alcohol era abrumador.

—Ya le he dicho que no sé dónde guarda la llave el amo. —Mamie se mantuvo firme, apuntando de forma ridícula al enorme escocés que tenía enfrente—. No está aquí. Y los sirvientes también se han ido. Aquí no queda nadie. Como se le ocurra tocarle un pelo a *lady* Elisabeth, tendrá que enfrentarse a algo peor que la cárcel, ¿estamos?

El hombre separó los pies para afianzar su posición y balanceó la espada escocesa que

llevaba, esquivando a Mamie por pocos centímetros.

—No me amenes, mujer. No quiero nada de ti ni de tu señora. Estamos celebrando la huida de Dandi Dunmore y Lawson y no vamos a dejar que nada frustré nuestros planes.

—Oh, pero no se van a salir con la suya —Mamie se lanzó hacia él—. Cuando Miles Roth vea que han destrozado la casa de su prometida...

—¿Te refieres al poderoso Miles? —Un murmullo de risas inundó la estancia—. Otro dandi al que estoy deseando atravesar con mi espada. Supongo que se habrá escapado con los demás *tories*.

Y en ese momento, justo cuando la resolución de Mamie empezaba a flaquear, los hombres decidieron dejarlas en paz. En cuestión de segundos, la turba regresó al jardín. Elisabeth se acercó a la puerta trasera que habían dejado abierta y pudo oír a los pavos reales quejarse. Muchos de los asaltantes que se habían divertido a su costa estaban borrachos. Había visto a algunos caballeros un poco ebrios, pero nunca de una forma tan desmedida como los de aquella horda. Su mera presencia hacía que se sintiera mancillada. Su padre nunca habría permitido que una persona en ese estado pusiera un pie en su casa. Se estremeció al pensar que pertenecían al bando que luchaba por la libertad.

A continuación, Isabeau, Mamie y ella se acercaron y formaron un círculo apretado. Isabeau consiguió encontrar una vela y la encendió, disipando la oscuridad y permitiendo que se percataran del verdadero alcance de los destrozos.

—Sigo pensando que dentro de unas horas nos despertaremos y que pronto será el día de tu boda y estaremos bien. —Mamie dejó caer el atizador al suelo—. Y que todo esto solo ha sido un mal sueño.

Incapaz de contemplar el caos en el jardín o de seguir sosteniéndose sobre sus temblorosas piernas, Elisabeth se dio la vuelta. Mientras lo hacía, se vio en el espejo dorado que tenía enfrente. Tenía la cara tan blanca como el camisón que llevaba.



Después de que la turba se marchara, las tres se encerraron en su dormitorio y se quedaron toda la noche despiertas, expectantes. Ninguno de sus vecinos vino a comprobar cómo estaban; una indiferencia que le dolió mucho más que los destrozos de la propiedad. ¿Significaba aquello que todo Williamsburg se había vuelto en contra de su familia? El caparazón de ignorancia en el que había vivido durante tantos años empezó a resquebrajarse.

Al llegar el amanecer, decidieron salir.

—¡Oh! —exclamó Isabeau con un tono agudo que no le había oído nunca—. Han roto todas las ventanas de la primera planta, ¿no?

—Gracias a Dios que estamos en verano —replicó Elisabeth. Le sorprendió sonar tan tranquila—. Si hubiera sido invierno ahora haría mucho frío.

Fueron de habitación en habitación, pasando por encima de objetos que una vez fueron

hermosos y ahora estaban completamente rotos. Elisabeth se iba hundiendo cada vez más, pero se sentía tan desbordada por todo lo sucedido que ni siquiera pudo llorar. Isabeau la agarró de los hombros, la miró con gesto desesperado y la sacudió ligeramente.

—¡Señora! ¡Por qué está tan tranquila? ¡Su casa, su futuro! ¡Todo está patas arriba! ¡Y aquí no viene nadie!

Elisabeth pasó junto a ella y fue hacia la puerta que daba al jardín trasero de la casa. Se arrepintió al instante de haber salido. Ni la tenue luz del amanecer podía ocultar tales estragos. Los parterres de lirios y peonías estaban aplastados, habían volcado el reloj de sol y las estatuas y roto los enrejados. Y la pintoresca pérgola, donde tantas veces había tomado el té, ahora solo era un montón de escombros. Sintió un destello de ira al contemplar todo aquello.

Cuando oyó a Isabeau gritar se dio la vuelta. A pocos metros de donde se encontraba, la que una vez fue una fuente con mucho encanto en medio del jardín ya no estaba llena de agua corriendo sino de una masa viscosa de brea y plumas. Aquel lugar había sido su hogar, el sitio donde albergaba sus recuerdos más felices. La escena le produjo tal mazazo en el corazón que pensó que se le rompería allí mismo.

Menos mal que su madre estaba a salvo.



Allí fue donde Miles la encontró. Isabeau se había ido dentro, mientras que Mamie se quedó limpiando lo que podía del jardín. Y antes de darse cuenta, tenía a su prometido detrás de ella. Se dio la vuelta y le vio mirar a su alrededor con expresión de incredulidad. ¿Había venido desde Roth Hall? ¿O había pasado la noche en alguna de las tabernas de la ciudad?

—¿Cuándo ha pasado? —preguntó él.

Su mente volvió al momento en que oyó los primeros cristales rotos.

—Después de la medianoche.

—¿Quién ha sido? —Aquellos ojos que siempre la habían mirado con moderado interés ahora parecían cuestionarla, culpándola.

—No... no lo sé. Estaba oscuro. Iban pintados y...

—¿Te tocaron a ti o a tu doncella?

La brusca pregunta le pareció absurda.

—No. —Pero Elisabeth se sintió como una mentirosa. Esos hombres (fueran quienes fuesen) habían destruido su casa, sus esperanzas.

—El alguacil ya viene de camino. —Miles empezó a andar de un lado a otro. Sus botas de cuero pisotearon las pocas flores que aún permanecían dobladas y aplastadas en el sendero del jardín. De pronto se dio la vuelta tan rápido que la cola de su levita ondeó—. ¿Vino el alcaide, Peter Pelham?

—No. —Se dio cuenta de lo raro que sonaba todo. Nadie se había pasado por allí. Ni el párroco de la iglesia Bruton que iba a casarlos. Ni el doctor Hessel. Ni uno solo de sus vecinos.

Nadie. Quizá porque a nadie se le ocurrió que pudiera seguir allí. Seguro que pensaron que se había marchado con su padre. O porque su casa estaba al final de un camino privado a las afueras de Williamsburg. Sí, tenía que tratarse de eso.

—¿Sabes dónde está tu padre? —Se había parado cerca de ella y la estaba sujetando de los hombros. Al ver que ella vacilaba le clavó los dedos en la piel—. ¿Me estás ocultando algo?

—¿Ocultando? No... yo... —Su desconcierto pareció molestarlo—. No tengo ni idea de dónde está mi padre. Tenía miedo de encontrármelo bajo los escombros.

—Me encargaré de que tapien las ventanas rotas y pondré a alguien de guardia. Tú y tu doncella os quedareis arriba hasta que hable con el alguacil y piense en un plan.

Se sintió un poco embotada. Ahora fue ella la que lo miró con incredulidad. Después lo vio alejarse con paso airado sin mirar atrás ni una sola vez. En ese momento tuvo el presentimiento de que su futuro se resquebrajaba como el banco de piedra que tenía a su lado.



Noble venía cabalgando desde Port Royal hasta Williamsburg por la concurrida Tobacco Road. Justo a las afueras de la ciudad, se detuvo al ver a unos esclavos casi desnudos, con cadenas oxidadas al cuello, a los que llevaban para subastar en el mercado. A la luz del sol, se distinguían perfectamente las cicatrices que tenían en los escuálidos muslos, sudados. Apartó la mirada hasta que dejó de oír el tintineo de metal y el polvo del camino se asentó. Después, dirigió a su caballo hasta la calle Botetourt.

Como notó que *Seren* iba un poco cojo, desmontó y llevó a su semental hasta la calle Francis a ritmo sosegado, pensando en los precios del tabaco para la próxima cosecha que habían estado discutiendo el día anterior en Port Royal. Se dio cuenta de que, para ser viernes y para el ajeteo al que estaba acostumbrada la ciudad, todo estaba muy tranquilo. Incluso los sonidos que salían de la taberna Raleigh parecían menos animados. Aun así, la imagen familiar que tenía a su alrededor le reconfortó. Quedaba poco para llegar a casa.

Guió a *Seren* hasta el callejón, donde lo recibió un niño pequeño que iba descalzo, con la camisa fuera y los pantalones llenos de polvo.

—Buenos días, señor Rynallt.

—Buenos días, Billy. —Se metió la mano en el bolsillo y le lanzó una moneda. Al instante vio lo contento que se puso—. Parece que *Seren* va un poco cojo.

El niño asintió de forma categórica.

—Por supuesto, señor. No se preocupe por eso. Usted solo entre y disfrute de la estancia.

—Eso haré. —Noble desató las alforjas, se las colocó sobre el hombro y fue hacia la entrada trasera. Antes de pisar el umbral de piedra, el propietario se acercó a saludarlo.

—Con este calor lo único que vas a conseguir es sudor y polvo —dijo James Southall, dándole una palmada en la espalda.

Noble sonrió y se agachó para no darse con el alero del tejado. Enseguida le recibió el frescor



del interior.

—Seguro que puedes poner remedio a eso de inmediato.

—No lo dudes. ¿Qué te apetece tomar hoy?

—Cerveza. Y déjame echar un vistazo a lo que ha publicado hoy Purdie.

—Veo que estás ansioso de noticias. Pues tenemos un montón.

Noble estuvo a punto de perderse la críptica mirada que le lanzó el posadero antes de adentrarse en el establecimiento.

Algunos clientes le saludaron mientras fumaban sus pipas y leían ejemplares del *Virginia Gazette* y el *Norfolk Intelligencer* o hablaban entre susurros en la barra. Noble se dirigió a la mesa del rincón donde normalmente se sentaba, cuyo robusto tablero contenía las marcas propias del tiempo y de los juegos de dados, se quitó el tricornio y tomó asiento, plenamente consciente de las miradas que le estaban lanzando las sirvientas desde detrás de la puerta más cercana.

Pero antes de que le diera tiempo a saludarlas, James Southall se acercó a él, bloqueándole la visión, colocó dos jarras en la mesa y murmuró:

—Tengo noticias que aún no han salido en los periódicos. Pero primero toma unos tragos para prepararte para lo que vas a escuchar. O para celebrarlo.

Noble tomó una jarra sin inmutarse y dio un sorbo a la cerveza fría. Lo que no se esperaba era que Southall se sentara en la silla que tenía enfrente y continuara:

—Dunmore ha huido. Anoche, de madrugada. Se marchó con *lady* Charlotte, los niños, todos los sirvientes y con poco más que la ropa que llevaban puesta.

Noble intentó disimular su reacción, sorprendido porque el plan se hubiera llevado a cabo. Pero apenas tuvo que fingir que no sabía nada porque Southall se apresuró a contarle los detalles.

—Han embarcado en el *HMS Fowey*, en el río York. —El propietario del Raleigh se detuvo unos segundos para beber un trago—. El vicegobernador Lawson también se ha ido con ellos, aunque no su encantadora hija. Una lástima.

Noble, que estaba a punto de dar otro sorbo, casi se atragantó. Dejó la jarra sobre la mesa con tanta fuerza que se derramó parte de la cerveza.

—Se rumorea que la esposa de lord Stirling, la condesa, puede llegar a puerto desde Inglaterra en cualquier momento. En cuanto a la hija, todavía sigue en la casa, o en lo que queda de ella.

—¿Qué quieres decir con lo que queda de ella? —Noble se fijó en los ojos cansados del posadero con una alarmante sensación creciendo en su interior—. ¿Se produjo alguna turba?

—Sí, primero en el palacio del gobernador y después fueron a la casa de Stirling. —El hombre soltó un suspiro—. ¿Por qué tienen que asaltar las propiedades de esa forma y denigrar una buena causa? Me da vergüenza llamarlos patriotas. Uno no consigue la libertad rompiendo ventanas y robando buen vino. Todos vamos a terminar pagando las malas acciones de unos inútiles.

Noble se recostó en la silla y sopesó toda la información.

—Ya lo sabe todo Williamsburg, ¿verdad?

—Sí, la noticia corrió como la pólvora y va a aparecer en todos los periódicos. Se han enviado mensajeros a Mount Vernon, Monticello y otros lugares. Lo más probable es que Wash y Jeff ya vengán de camino. Han convocado una reunión aquí mismo, tan pronto como puedan todos.

Vio cómo la puerta principal se abría y entraba otro patriota.

—¿Qué hay de Miles Roth?

Southall se esforzó en disimular una sonrisa.

—Estaba aquí bebiendo justo antes de los disturbios. Se emborrachó tanto que apenas podía sostener el cubilete de los dados. Dicen que fue a hablar con el alguacil y que este se encargó de poner un guardia y contrató a algunos hombres para tapiar la casa de Stirling. Hace unas horas, Roth se marchó de la ciudad sin pagar la cuenta que tiene en el Raleigh.

La ira se apoderó de él. Bebió otro sorbo de cerveza para calmarse.

—Seguro que teme que le humillen y le unten de alquitrán y plumas por sus inclinaciones *tory*.

—Sí, eso parece. Es tan conocido como los dandis Dunmore y Lawson. Qué pena que hayan dejado aquí a *lady* Elisabeth. Y nada más y nada menos que a pocos días de su boda. No hay ninguna muchacha más dulce y alegre que ella. —Southall negó con la cabeza—. Soy consciente de que Roth es pariente tuyo y no es mi intención faltarte el respeto, pero ¿qué lleva a un hombre a huir con el rabo entre las piernas? Estaban prometidos, ¿no? ¿Por qué no ha seguido adelante, se ha casado y se ha llevado a su esposa a Roth hall? *Tory* o no, habría sido lo más honorable. ¿Por qué? ¿Lo sabes tú?

Porque Miles Roth no tenía ni una pizca de honorabilidad en su interior.

Noble se guardó para sí lo que pensaba de su primo y se puso de pie, sin molestarse en terminar la cerveza.

—Avisa en cocina que me guarden una costilla de ternera. Tengo unos asuntos que atender. Volveré en cuanto termine.



Elisabeth se quedó mirando el arpa, el único objeto de la sala de música que parecía haber resistido el asalto de la noche anterior. A su alrededor, había tiradas en el suelo partituras, un metrónomo roto y el clavicémbalo de su madre volcado de lado. La que una vez fue una preciosa alfombra de *chenilla* estaba manchada por huellas de alquitrán y plumas. Las dos ventanas que daban al jardín estaban rotas, al igual que el espejo parisino que había sobre la chimenea de mármol.

Siguió contemplando su instrumento y contó las cuerdas con adoración, como lo haría una madre con los dedos de las manos y los pies de su hijo recién nacido. Todas seguían en su sitio, al igual que la elegante consola, la clavija y los pedales y las decoraciones de helechos y florituras de pan de oro. Era un milagro que estuviera intacto. Mientras lo miraba asombrada, hizo a un lado el dolor y la decepción que sentía para dar las gracias en silencio. El arpa seguía en pie por una sola razón. El Señor, o sus ángeles, la habían protegido de cualquier daño pues sabían lo mucho que significaba para ella y cómo le habría afectado su pérdida.

Estaba deseando sentarse en su taburete y tocarla, acariciar las clavijas que tanto conocía y verter todos sus sentimientos en una melodía. Pero no podía. No en medio de todo aquel destrozo. No delante de todos esos hombres que estaban tapiando las ventanas, dando martillazos con la

misma fuerza que los latidos de su corazón.

Estaba tan ensimismada en sus pensamientos que apenas oyó a Isabeau atravesar el caos, pararse detrás de ella e informarle medio gritando.

—Señora... tiene una visita.

Elisabeth se dio la vuelta y le lanzó una mirada interrogante.

—¿Dices que alguien ha venido? Tráelo aquí, por favor.

Probablemente se trataba de alguien al que le preocupaba la situación en la que se encontraban. Por fin. Puede que hasta le trajera noticias de su padre o de los sirvientes. O de su madre.

Vio aparecer una figura en la puerta. Volvió a sentirse tremendamente sorprendida. Nobel Rynallt la buscó con la mirada y estuvo a punto de despojar el halo de compostura del que se había rodeado para intentar ocultar la herida emocional que todo aquello le había causado. O puede que la consternación de él al encontrarla en medio de una estancia saqueada fuera tan intensa como la de ella.

Una sensación de calor le subió por el cuello, dejándole una ligera capa de sudor en el labio superior. Aunque llevaba un vestido de seda bordado y un collar de perlas, se sentía tan expuesta como si estuviera en ropa interior. Su humillación era completa.

Le hizo un gesto hacia una silla para que tomara asiento, pero enseguida se dio cuenta de que estaba volcada. Él se limitó a colocarla en silencio y dejó que fuera ella la que se sentara. En cuanto se hundió en el cojín de brocado se dio cuenta de lo cansada que estaba. El señor Rynallt se sentó frente a ella, en un sofá de dos plazas manchado. Su figura alta y esbelta hacía que el mueble pareciera más pequeño de lo que era. En cuestión de segundos, la formalidad entre ellos pareció desvanecerse. La forma tan compasiva como la miró era tan diferente a las miradas que Miles solía dirigirle que la arrastró peligrosamente al límite de sus emociones.

—Sabe que todo esto no es por usted, ¿verdad? —murmuró él.

¿Se refería al asalto? ¿A la encarnizada lucha entre los patriotas y la Corona? Parpadeó para contener las lágrimas, bajó la vista hasta su regazo y respondió como si hubiera visto a su severo padre mostrar un poco de afecto:

—Sí, lo sé.

—No soy el primero en venir.

Se notaba que estaba invitándola a hablar, pero hacerlo le estaba costando un esfuerzo enorme.

—Miles Roth ha estado aquí. Y también Cressida Shaw.

Conocer la conexión que Noble Rynallt tenía con ambos hizo que se sintiera avergonzada.

—¿Y?

La estaba tanteando con cuidado. ¿Presentía que en ese momento ella se veía como uno de los muchos cristales rotos que les rodeaban?

—No sé dónde está Miles ahora mismo. Y Cressida solo me preguntó si me encontraba bien.

—¿Ninguno le ofreció un lugar seguro para quedarse?

—No. —Seguía sin poder creérselo—. Supongo que estaban tan aturridos como yo y que no supieron cómo reaccionar. —Tragó saliva y miró fijamente a su arpa—. Y aunque me lo hubieran ofrecido no hubiera aceptado. No puedo irme de aquí sin saber qué le ha pasado a mi padre o a los sirvientes.

—Si se lo digo, ¿vendrá conmigo?

Volvió a mirarle.

—¿Ir con usted? ¿Adónde?

—A reunirse con su padre.

¿Sabía algo que ella no supiera? Despertó al instante de su entumecimiento y se olvidó por completo del cansancio, aunque le surgieron un sinfín de preguntas.

—Cuéntemelo, por favor, dígame qué ha pasado. ¿Por qué? —Le temblaba la voz. Odió sonar tan suplicante, como si estuviera a punto de derrumbarse.

—Lord Dunmore y su familia huyeron de Williamsburg por la noche, al igual que su padre. Dicen que están a bordo de un buque de guerra británico en el río York. Por lo que he oído, muchos de sus sirvientes se fueron con ellos. En cuanto se corrió la voz, una turba asaltó el palacio y después vinieron aquí. —Hizo una pausa y miró al techo, donde se podían ver los daños que habían ocasionado en el delicado yeso los mandobles de las espadas de los asaltantes—. Puedo llevarla al barco...

—No —dijo ella ahora voz firme—. No dejaré a mi madre. Puede llegar en cualquier momento.

—Puedo organizar que la lleven de vuelta a Inglaterra.

¿A Inglaterra? ¿Por qué se estaba mostrando tan amable con ella cuando todos los demás le habían dado la espalda?

—No —repitió. Se puso de pie y volvió el rostro hacia la ventana para ocultar el estado de agitación en el que se encontraba—. Últimamente no ha estado bien de salud y puede que no esté en condiciones de hacer otro viaje tan largo. —Se giró hacia él y expresó en voz alta otra de las incertidumbres que tenía—. Además, estoy a punto de casarme.

—Todavía está comprometida.

Fue una afirmación, no una pregunta. Entonces, ¿por qué le crispó tanto?

—Sí, cuando Miles regrese... —Se le apagó la voz, junto con sus esperanzas y expectativas. No estaba segura de nada. En su cabeza apareció la cara de enfado de Miles para burlarse de ella. No le había dicho cuándo volvería, ni siquiera si lo haría. Y ella se había quedado esperando, pensando lo mejor de él. Pero las horas pasaban y cada vez tenía más preguntas sin respuesta.

Noble se frotó la mandíbula con su incipiente barba.

—No puedo dejarla aquí. Pondría en riesgo su seguridad.

—Sí, eso lo tengo claro, pero hay otras dos personas conmigo: mi doncella y la doncella de mi madre. Y no tenemos adónde ir.

—Vendrán todas conmigo. A Ty Mawr.

¿A la casa del enemigo de su padre? ¿Sería capaz de leer en su mirada lo reacia que era a esa idea?

—Por si lo ha olvidado, mi propiedad está cerca de Roth Hall. Alquilaré un carruaje. En cuanto estemos en Ty Mawr, podrá enviar un mensaje a su padre diciéndole que se encuentra bien. Yo me encargaré de avisar a Miles y al pastor y luego podrán casarse allí mismo.

¿Haría todo eso? ¿Por ser pariente de Miles? Seguro que su prometido había pensado que era mejor irse de la ciudad para no tener problemas. O tal vez estaba detrás de la sugerencia de que se

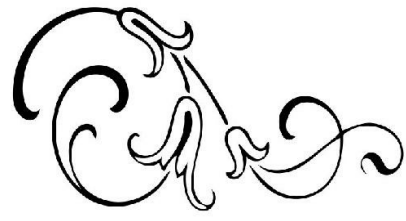
fuera a Ty Mawr y se casaran allí cuanto antes. Pero de ser así, ¿por qué no había ido él mismo a contárselo? El agotamiento volvió a hacer mella en ella, hasta el punto de que tuvo que sentarse de nuevo. Era incapaz de pensar.

—Enviaré un carruaje para usted y sus doncellas en media hora. Traiga todo lo que quiera llevar consigo. Yo tengo unos asuntos que tratar en el Raleigh. —Siguió mirándola un poco más—. Mientras tanto, el guardia que ha apostado mi primo velará por su seguridad.

Elisabeth empezó a protestar, quería ofrecerle su nuevo carruaje, pero entonces se dio cuenta de que no tenía sirvientes que lo prepararan y, seguramente, tampoco caballos. La luz que penetraba por las ventanas empezaba a perder intensidad. Miró con ansias su arpa, queriendo llevársela con ella. ¿Y si sufrían el ataque de otra turba que terminaba arrasando con lo poco que había quedado intacto?

Volvió a ponerse de pie intentando mostrarse lo más calmada posible y dijo:

—Media hora está bien. Estaremos listas para entonces.



## Capítulo 6

Mire qué monturas tan elegantes. Todas ellas de patriotas —murmuró Mamie mientras el coche alquilado que había ido a recogerlas se detenía en la parte trasera del Raleigh. Alzó la cabeza que llevaba envuelta con un pañuelo azul para mirar por una ventana pequeña y entrecerró los ojos—. Los señores Henry y Jefferson acaban de entrar. Seguro que todos esos patriotas están encantados ahora que el gobernador Dunmore se ha marchado.

Elisabeth sintió una punzada de tristeza que se abrió paso sobre la conmoción que todavía sentía. ¿Regresaría *lady* Charlotte a Inglaterra ahora que su marido había sido relevado de sus obligaciones? Para ella lo más importante era lo amable que siempre se había mostrado el matrimonio con su persona. Lo cómoda que se había sentido en su casa y en su jardín. Las risas compartidas cuando jugaban con sus hijos. Recordó su amor por el arte y la música, las fiestas que habían celebrado con tanta frecuencia. Lord Dunmore había dicho en una ocasión a sus invitados que ella tocaba el arpa como un ángel.

Era mucho mejor pensar en eso que en el terremoto emocional en el que se había sumido durante las últimas horas. ¿Cómo había sido su padre capaz de irse sin decirle ni una sola palabra? ¿Y los sirvientes, que habían estado con ella desde que era niña y se habían marchado sin despedirse? Se frotó las sienes bajo el ala de su segundo sombrero favorito; lo que solo sirvió para recordarle la pérdida de su sombrero preferido junto con la carta que le había dado *lady* Charlotte. ¿Y si la había escrito precisamente para avisarla? ¿Para contarle sus planes de huir de Williamsburg?

Fuera lo que fuese lo que hubiera sucedido, no podía hacer caso omiso del resentimiento que hervía a fuego lento en su interior hacia quien quiera que hubiese provocado toda aquella situación. Hasta ese momento, los patriotas solo habían sido una sombra en el perímetro de su vida, incapaces de dañarla o trastocar su ordenada rutina. Sabía quiénes eran, había oído hablar del feroz temperamento de Patrick Henry y de las brillantes excentricidades de Thomas Jefferson, se había servido del abanico para ocultar las sonrisas que le provocaban las proezas de George Rogers Clark, e incluso se había quedado estupefacta ante la increíble vitalidad del coronel Washington.

Al igual que su madre, conocía los entresijos de la política colonial. Había formado parte de su educación, del mismo modo que el arte del encaje, y podía mantener una conversación razonable sobre ella con quien quisiera. En realidad eso era lo que había hecho cuando su madre no podía, o no quería hacerlo. Además, como en todos los encuentros sociales solía estar junto a su padre, a sus veintidós años sabía mucho más sobre ese asunto que la mayoría de las jóvenes. Pero ahora, en tan solo unas horas, alguien había tirado sin ningún miramiento de la suntuosa alfombra sobre la que pisaba con su costoso calzado, arrojándola al suelo. Y no sabía a quién echarle la culpa.

—Aquí viene —informó Mamie, alcanzando el picaporte de la portezuela del carruaje. Salió tan rápido como su voluminosa constitución se lo permitió, reclamando la completa atención de Elisabeth.

De la parte posterior del Raleigh apareció una figura alta con tricornio, vestida en tonos grises y negros, como si volviera a estar de luto. Mamie dejó la puerta del carruaje abierta y se acercó corriendo a Noble Rynallt moviendo las manos para dar más énfasis a sus palabras.

—Mire, señor, no puede abandonar a su suerte a mi ama. La condesa puede aparecer en cualquier momento y ver su casa destrozada podría acabar con ella. Ella me necesita aquí, esperándola.

Noble la escuchó con el sombrero en la mano en una muestra de respeto conmovedora hacia la sirvienta de avanzada edad. Elisabeth no llegó a oír su respuesta, pero pareció tranquilizar a Mamie. Al cabo de unos segundos la doncella tomó una bolsa pequeña y negra que le ofreció Noble, se volvió hacia ella y le hizo un gesto de despedida con la mano antes de entrar a la taberna. Elisabeth no protestó por la decisión que habían tomado porque sabía que Mamie ayudaría a mitigar el mal trago que pasaría su madre cuando se enterara de lo sucedido.

En ese momento apareció un mozo de cuadra, trayendo un elegante caballo marrón con la grupa moteada y la pata trasera blanca. Intentó no mirar embobada cuando el que en breve sería su anfitrión se subió a la silla con la gracia propia de un hombre acostumbrado a montar. Después, y sin más preámbulos, Noble Rynallt siguió al carruaje de alquiler fuera de la ciudad, dejando a su paso una nube de polvo. Muy pronto tomaron la carretera Quarterpath que iba desde Williamsburg hasta Burwell's Landing en el río James.

—Qué calor hace —murmuró Isabeau, levantando a cortinilla de la ventana—. Este coche de alquiler es demasiado negro, ¿no? Me temo que es el color favorito de *monsieur* Rynallt.

Elisabeth miró el rayo de sol que se derramaba en el raído interior del vehículo que apestaba a tabaco y a... cosas peores. Desde luego no tenía nada que ver con el carruaje digno de un cuento de hadas que Miles le había regalado. ¿En qué estado se encontraría después del asalto de la turba? ¿Lo habrían destrozado al igual que el jardín? No había ido a la cochera para echarle un vistazo. Pero ¿por qué preocuparse por las cosas materiales cuando lo importante era que las tres hubieran salido indemnes del ataque?

Mientras se sacudían en los asientos desgastados por el traqueteo del carruaje, sacó uno de los abanicos para la boda que había escogido su madre y recordó el último día que pasaron juntas antes de que su madre embarcara rumbo a Inglaterra. El recuerdo la abrumó de tal modo que tuvo la sensación de que la mano empezaba a pesarle horrores.

Dejó el abanico y se concentró en el paisaje que había al otro lado de la ventana.

—¿Puedes oler la madreselva, Isabeau? —Miró los campos, unos rebosantes de trigo y tabaco y otros en barbecho, y las casas que iban apareciendo de forma ocasional.

—Hace mucho tiempo que no damos un paseo como este. —Isabeau se secó el sudor de la frente con un pañuelo—. Recuerdo lo mucho que le gustaba a su madre salir de excursión los domingos.

—Ah, sí. —Elisabeth sintió una punzada agri dulce en el pecho—. Pronto veremos el James. — Antes de terminar de decir aquello, el carruaje subió una pequeña colina y el río apareció ante sus



ojos. Era mucho más ancho de lo que recordada. Varias embarcaciones navegaban por él. En algún lugar entre ambas orillas estaba Ty Mawr, a medio camino entre Williamsburg y la carretera a Norfolk, más allá de Roth Hall. Recordó sus llamativas puertas de hierro forjado.

—¿Cómo crees que será por dentro? —preguntó Isabeau con más miedo que entusiasmo.

—¿Quién sabe? Nunca he estado allí. —Pero si se parecía en algo a su dueño, sería una casa elegante. Sólida. Memorable. Intentó acordarse de la poca información que tenía sobre ella—. Está en la isla Mulberry.

—Y dicen que tiene la mejor pista de carreras de toda Virginia. —El gesto pensativo de Isabeau era casi cómico—. ¡Y los caballos! ¡Tiene tantos! Se rumorea que tantos como sirvientes. Y todos de gales.

—¿Caballos galeses? —Intentó esbozar una sonrisa, preguntándose si las reflexiones de su doncella eran realidad o una invención.

Pero Isabeau no respondió y se quedó callada. Y entonces, como si las ventanas del coche se hubieran cerrado de golpe, el día se volvió gris, En lo alto, los truenos retumbaron como un perro indomable y las luces de los rayos surcaron el cielo. Como estaba acostumbrada al tiempo inestable de Virginia, miró el horizonte y se dio cuenta de que los caballos se ponían nerviosos. Minutos después, el cielo se abrió de golpe y le llegó el olor a tierra húmeda. El carruaje fue disminuyendo la velocidad hasta detenerse por completo.

Oyó voces y el relinchar de un caballo. De pronto se abrió la puerta del coche e Isabeau se levantó de su asiento como un resorte y se sentó a su lado mientras su anfitrión accedía al interior y volvía a cerrarla con un ruido sordo. Inmediatamente después reanudaron el viaje sin mediar palabra y todos fingieron ignorarse.

Pero Elisabeth se dio cuenta enseguida de que era del todo imposible no hacer caso al señor de Ty Mawr.



Noble tenía el tricornio empapado por la lluvia. Se lo quitó y lo dejó sobre el asiento. Entonces Elisabeth le sorprendió, ofreciéndole un pañuelo. Sintió la suavidad del lino en su mano callosa. Cuando se lo llevó a la cara para limpiarse las gotas de agua, le asaltó un aroma que conocía demasiado bien.

El perfume de clavel y rosas de la firma Yardley de Londres.

Fue como si le hubiera dado un puñal en vez de un pañuelo. Se trataba del perfume favorito de Enid. El recuerdo le desgarró por dentro, pero se mantuvo estoico. Aunque la puerta del dormitorio de su hermana llevaba sin abrirse desde su muerte, en el pasillo todavía podía olerse su fragancia.

Se fijó en el delicado bordado rosa con las iniciales EAL y se permitió reflexionar un momento sobre la difícil situación en la que se encontraba *lady* Elisabeth. Todavía no tenía claro si involucrarse en todo aquello había sido una decisión inteligente. Si le hubiera quitado la carta a

Henry y se la hubiera devuelto a la dama a tiempo, no habría necesitado que nadie acudiera en su ayuda. Pero ahí estaba ella, justo enfrente de él, con un futuro incierto por delante. Y a pesar de todo, no tenía ni un solo pelo fuera de lugar, ni una sola arruga de preocupación que arruinara su sonrojado rostro. Las estatuas de Roma expresaban más emociones que ella. Aun así, podía sentir la confusión que debía de estar embargándola en la tensa línea de su mandíbula.

La doncella tampoco estaba sobrellevando muy bien el cambio, o por lo menos eso reflejaba su aspecto externo. Aunque también podía estar mareada por el trayecto o que el vaivén del armatoste en el que viajaban hiriera su sensibilidad. Ese viejo carruaje no hacía más que tambalearse de un lado para otro, drenando poco a poco el color de su lozana cara francesa. Fuera, los rayos y truenos continuaron con su alegre danza, lo que hizo que se preocupara por *Seren*, que iba atado detrás del carruaje como un pararrayos.

Volvió a retumbar un trueno y el vehículo se sacudió con tanta violencia que estuvieron a punto de chocarse entre ellos.

La doncella soltó un chillido y se aferró al asiento a toda prisa, pero Noble solo tuvo ojos para la dama, que no se estremeció lo más mínimo. ¿Qué estaría pensando esa bonita cabeza?

Unos kilómetros más y estarían a las puertas de Ty Mawr. Quería decirles que estaban a punto de llegar, aunque solo fuera para aliviar la tensión que se respiraba, tan palpable como si fuera un cuarto pasajero. A pesar del ruido que hacía la lluvia al golpear contra el techo, el silencio del interior era sepulcral.

Por lo menos había enviado una nota para avisar a la casa de su llegada, aunque no mencionó quiénes le acompañaban ni la hora exacta. Intentó imaginarse la reacción de su ama de llaves. No había recibido visitas en los dos años que había estado de luto. De todo su personal, la señora Tremayne era la que más parecía echar de menos a Enid y la que más ganas tenía de que encontrara esposa. Sabía que su llegada daría lugar a confusiones y en ese momento deseó haber sido un poco más explícito en su mensaje. Como mínimo, pensaría que la estaba cortejando.

Como temía, el ama de llaves estaba bajo el umbral decorado con motivos de piña de la puerta de entrada, con un brillo de ilusión en la mirada, esperando encontrarse precisamente con eso, o al menos eso era lo que parecía. Lucía una sonrisa deslumbrante, ese enorme gorro con volantes que él encontraba tan ridículo y un delantal de batista atado alrededor de su generosa cintura.

También los estaba esperando un sirviente, listo para ayudar a sus invitadas a bajar del carruaje. Noble hizo caso omiso de la lluvia torrencial, pendiente como estaba del mozo de cuadra mientras desataba a *Seren* de la parte trasera del carruaje y se ocupaba de él. Instantes después retumbó un nuevo trueno y todos entraron en la casa.



Nada más bajarse del carruaje, Elisabeth se vio asaltada por una docena de imágenes que generaron en ella una impresión tan potente como la tormenta. Un sirviente vestido con ropa de diario, no la típica librea de estilo inglés. Ladrillos cubiertos de musgo. Inmensas ventanas

*palladianas*. Una puerta de entrada abierta de par en par a modo de bienvenida que daba acceso a un vestíbulo de techos altos. Pinturas al óleo en marcos ornamentados, sobre todo de castillos, caballos y costas rocosas. Si su anfitrión le hubiera dicho que habían viajado hasta Gales se lo habría creído.

Y luego la voz de Noble Rynallt sonando como el retumbar de los truenos mientras hacía las oportunas presentaciones. Primero en galés y luego en inglés.

Cuando Elisabeth por fin posó los ojos en la mujer robusta que supuso era el ama de llaves, se dio cuenta de que ella ya la había sometido a un examen completo de los pies a la cabeza. Con todo el trajín de quitarse los sombreros, los guantes y las presentaciones, se le había pasado por alto un pequeño detalle.

—¿Te encuentras bien, Isabeau? —preguntó.

La doncella se tambaleó ligeramente y apoyó una mano en la pared para no perder el equilibrio.

—El cochero... ha conducido de forma bastante temeraria.

—Bueno, ahora ya no estamos en el carruaje, sino en suelo firme. Quizá te vendría bien tomar un poco de té de jengibre. Le preguntaré a la señora Tremayne si puede preparar un poco.

Por el rabillo del ojo vio a Noble y al ama de llaves hacerse a un lado antes de que ella le susurrara sorprendida:

—Es *lady* Elisabeth, ¿verdad? ¿La hija de lord Stirling?

—Sí, y la futura esposa de Miles Roth.

«No la mía» pareció querer decir él. A continuación, lo vio entrar en la estancia que había a la derecha.

Entonces el ama de llaves volvió a centrarse en ella y sus perspicaces ojos le lanzaron una mirada llena de preguntas que despertó en su interior una extraña sensación. ¿Acaso esa mujer estaba deseando que la casa tuviera una nueva señora?

Elisabeth dio un paso al frente y tomó las manos de la señora Tremayne entre las suyas con dulzura.

—Gracias por la calurosa bienvenida. No abusaremos de su hospitalidad mucho tiempo.

La decepción del ama de llaves dio paso a una expresión de complacencia. Le devolvió el apretón y volvió a sonreírle.

—Espero que el tiempo suficiente para disfrutar de algunos de los placeres que puede ofrecerle Ty Mawr. Les he preparado una deliciosa jarra de té inglés.

—Oh. —Desde luego tenía su gracia. Tomar el té en casa de un partidario de la Independencia era de lo más extraño.

—Suenas un poco subversivo, ¿verdad? —La señora Tremayne sonrió con ironía—. Pero tiene todo el aspecto de necesitar una buena taza. Si se lo acerca y lo huele un poco, se dará cuenta de que también es el mejor té *hyson*. Aunque será mejor que no se lo diga al señor Rynallt. Cree que en nuestra cocina solo hay té no importado.

—Le prometo que seré una tumba —dijo ella—. ¿Podría preparar también un poco de té de jengibre? Para mi doncella, Isabeau. Está un poco indispuesta.

—Por supuesto. Ahora mismo me encargo de eso, *milady*. —El ama de llaves tiró de un cordón

de campanilla cerca de un cuadro para llamar a una sirvienta y pedir que les preparen un refrigerio.

Elisabeth alzó la vista hacia una escalera de caracol que había justo detrás de la señora Tremayne. Ascendía por dos plantas como si estuviera flotando, sin ningún soporte a la vista. Era elegante. Etérea. Incluso con un toque de misterio. ¿Adónde conduciría?

¿Se había metido Noble Rynallt en su estudio? Podía verlo a través de una puerta cercana; su robusto perfil ofrecía una solemne silueta mirando el escritorio. Tan sobrio como el abogado que era. El brazalete negro y la escarapela oscura del tricornio estaban sobre una silla, recordándole su pérdida. De las paredes de paneles de madera colgaban objetos indios de todas las formas y tamaños. Arcos y flechas. Un tocado. Cornamentas. Una miríada de cosas de las que no sabía el nombre. ¿Serían de la frontera?

En el recibidor ya no quedaba ningún sirviente, salvo la señora Tremayne. El cochero se limitó a dejar su equipaje en un rincón mientras el ama de llaves las conducía a ella y a Isabeau por la escalera de caracol. El vestíbulo parecía no tener fin y casi todas las puertas estaban cerradas. Terminaron en una habitación del tercer piso de techos inclinados que olía ligeramente a polvo y pintura. Un sirviente entró con su baúl a cuestas y lo depositó sobre una colorida alfombra con una sonrisa en los labios. A Elisabeth la conmovió toda aquella hospitalidad.

—Si me necesita, solo tiene que tirar del cordón —dijo la señora Tremayne—. Servimos la cena a las ocho. Si quiere, puedo traerle una bandeja. El señor Rynallt espera compañía, aunque se han retrasado.

¿Más compañía?

—Gracias —repuso ella.

Isabeau se colocó junto a ella y ambas contemplaron durante unos instantes las vistas desde las ventanas que daban al río. Juntas, estudiaron las paredes verde menta y las elegantes molduras del techo. Después volvió a fijarse en el rostro todavía ceniciento de su doncella. Minutos después, la combinación de té de jengibre y té *hyson* transformaron la estancia en algo parecido a una tienda de hierbas aromáticas.

Elisabeth hizo un gesto hacia la bandeja de plata.

—Vamos a refrescarnos y a disfrutar de un poco de civismo, ¿de acuerdo? —Se fue hacia el palanganero y vertió agua tibia en una palangana de porcelana. Después de lavarse la cara y las manos, se sentó en una delicada silla de estilo isabelino que había cerca de una ventana abierta y esperó a que Isabeau se recuperara.

Estaba tan absorta con la hermosa vista que le proporcionaba el río que casi no se dio cuenta de que su doncella seguía preocupada.

—¿Qué va a ser de nosotros ahora, señora? Somos... —La vio fruncir el ceño pensativa; un gesto que solía hacer siempre que intentaba encontrar la palabra adecuada—. ¡Mendigas!

—¿Mendigas? No. —Elisabeth tomó la tetera que olía a jengibre—. Los mendigos no duermen en una habitación tan bonita como esta, ni tienen la suerte de encontrar a un anfitrión tan bondadoso como el nuestro. —Sirvió el té con mano firme—. No sé qué va a ser de nosotras más allá del aquí y el ahora, y por supuesto que no podemos aprovecharnos de la hospitalidad de Ty Mawr por mucho tiempo. Pero nunca seremos mendigas.

—Pero *tories*, ¿*oui*? El señor Rynallt es un patriota y usted... y su padre es un *tory* de la cabeza a los pies. —Isabeau parecía estar a punto de ponerse a llorar—. ¿No deberíamos ir a Norfolk, que está lleno de lealistas?

—Por ahora todos seguimos siendo súbditos británicos. —Elisabeth se llevó la taza a la nariz y respiró hondo. El té olía casi igual que un perfume—. Rezo para que lord Dunmore llegue a un acuerdo con los patriotas. Y para que el rey y el parlamento entren en razón y dejen de cobrar tantos impuestos.

—Va a tener que rezar mucho —murmuró Isabeau, tomando su propia taza.

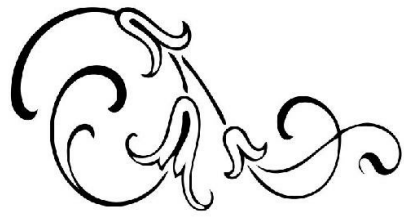
Elisabeth bebió un sorbo. Intentaría mostrarse optimista por su doncella, aunque en su fuero interno temía que las políticas coloniales hubieran pasado la etapa de los acuerdos. En Boston, los civiles se habían levantado en armas contra los soldados y un número creciente de colonos estaban obsesionados con la noción de libertad. Su madre llevaba mucho tiempo pendiente de sus movimientos y Elisabeth era perfectamente consciente de la pasión patriótica que se escondía en sus escritos.

—Todavía tiene su dote —señaló Isabeau con expresión triunfal. De pronto, dejó de tener el rostro tan pálido como lo había tenido hasta ahora—. Y es la mejor dote de toda la colonia de Virginia, *tory* o no.

—Creo que estás siendo un poco ingenua —replicó ella—. ¿Dónde está mi dote? ¿En el baúl? La doncella miró el único equipaje que habían podido traer consigo.

—Pero todavía está comprometida, ¿verdad?

Elisabeth se quedó callada. Y eso decía mucho.



## Capítulo 7

Por primera vez en su vida, excepto cuando había estado enferma, Elisabeth no se cambió para la cena. Intentó disfrutar de la sensación de libertad que le proporcionaba aquello, el no tener que apretarse el corsé y la privacidad que iba a tener. Vestida con una bata, esperó cualquier sonido que anunciara la llegada de la señora Tremayne. Cuando el reloj de cerámica de la repisa de la chimenea dio las ocho, oyó un suave golpe en la puerta.

Isabeau estaba en la habitación contigua, colocando las pocas pertenencias que habían podido llevar consigo, así que se encargó ella misma de responder. Al ver la enorme bandeja que traía el ama de llaves, se quedó sin aliento. ¿Comida galesa? ¿Quería que engordara?

—Les traigo un poco de cena —dijo la mujer, acercándose a toda prisa hacia la mesa situada entre dos ventanas, antes de depositar la bandeja con un suspiro y un ligero traqueteo—. Subir cincuenta y seis escalones no está hecho para los débiles de espíritu.

—No queremos que tenga más carga de trabajo por nuestra culpa —dijo ella con suavidad. Seguro que tenían una sirvienta más joven o ágil para llevar a cabo esa tarea. ¿O esperaban que permanecieran ocultas arriba y que las viera el menor número de invitados y criados posible?

El ama de llaves levantó uno de los cubreplatos con ademán ostentoso.

—*Cawl*, un estofado de cordero y puerro, con *caws pobi* (queso al horno) y *bara brith*, o lo que ustedes llaman pan dulce moteado.

Las palabras galesas penetraron en su interior. Un sonido encantador, aunque extraño. Soltó un suspiro. Había suficiente comida para ella, Isabeau y unos cuantos invitados más. El estómago empezó a sonarle de una manera muy poco femenina.

—Solo con el *bara brith* ya podría darme un festín.

Resultaron ser las palabras correctas. La señora Tremayne volvió a esbozar una sonrisa satisfecha.

—Si necesita algo más...

No en por lo menos dos semanas. Elisabeth pellizcó un trozo de pan.

—Gracias. Esto es un auténtico banquete.

Entonces, la señora Tremayne, no supo muy bien si por no aburrirla o porque todavía estaba sin aliento, retiró la tapa de otra media docena de platos sin nombrarlos y les sirvió sidra de una jarra.

—Les dejo cenar tranquilas, *milady*.

En cuanto el ama de llaves cerró la puerta entró Isabeau.

—Daría lo que fuera por algún plato francés, *beignets* y *bouillabaisse*.

Elisabeth miró a su doncella y supo que se estaba preguntando lo mismo que ella: dónde estaría Pape, el chef francés a cargo de la cocina de los Lawson. Sentía por él una gran debilidad ya que,

desde niña, solía darle tarta de ruibarbo, e incluso algún que otro helado, antes de la cena.

—Qué Dios proteja a Pape. —Como no tenía a ningún sirviente que le acercara la silla y le colocara la servilleta en el regazo, se sentó sin más preámbulos—. ¿Empezamos?

—¿También vamos a cenar juntas? —Isabeau se sentó en la silla que tenía enfrente—. ¡Qué raro me resulta todo esto!

—Eres una compañía perfecta. Pero antes vamos a rezar. —Elisabeth agachó la cabeza—. Señor, te rogamos que cuides de nosotras y te damos las gracias por estos alimentos —Levantó la cuchara y probó el estofado galés, consciente del escrutinio al que le estaba sometiendo su doncella—. Está delicioso.

Isabeau comió un poco e hizo una mueca.

—Pienso que hay un *petit* cordero en mi plato y no soy capaz de comerlo.

—Entonces prueba el queso. Creo que la señora Tremayne lo llamó *caws pobi*.

A la doncella pareció gustarle aquella sugerencia pues dio buena cuenta de su porción y repitió.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí?

—Pronto lo sabremos —respondió ella, volviéndose hacia la ventana—. Por ahora, me encanta nuestro rincón secreto aquí arriba.

La puesta de sol tiñó el cielo de un increíble rosa, del mismo tono de sus rosas favoritas en el palacio del gobernador. Disfrutó del momento y quiso atesorarlo en su memoria, pero también le embargó una extraña tristeza. Las flores le recordaban un mundo perdido, una infancia desaparecida. Y mientras el sol se ponía sobre el James supo que la vida a la que estaba acostumbrada había llegado a su fin y que estaba entrando en una nueva etapa en la que reinaban los colores donde antes solo habían existido el blanco y el negro.

«Oh, Señor, gracias por toda esta belleza, por las nuevas posibilidades. Bendice los viejos recuerdos y, por favor, protégenos y guíanos».



Noble contuvo la impetuosidad de *Seren* en un tranquilo galope por el largo camino de entrada a Ty Mawr. Había montado al amanecer y había recorrido toda la propiedad; incluso le había dado tiempo a revisar el nuevo molino de Roundtree Farm antes de darse cuenta de la hora que era. Allí se entretuvo un poco, ya que el mecanismo no funcionaba. Se quitó el abrigo, empujó con el hombro la enorme piedra ante media docena de arrendatarios y enseguida lo puso en marcha. Y ahora, con el aspecto de un hombre de campo, se disponía a reunirse en su casa con Miles Roth, que sin duda iría impecablemente vestido y que le estaría esperando, tomando un brandí en su despacho. O eso era lo que le había dicho la señora Tremayne.

—¿Y *lady* Elisabeth? —preguntó, alzando la mirada hacia las habitaciones que no podía ver—. ¿Está bien?

—Cómoda y calentita como un pájaro en su nido —respondió su ama de llaves con tono



satisfecho—. Estoy a punto de subirle el almuerzo.

La señora Tremayne se fijó en sus botas llenas de barro. Un detalle del que se había olvidado. Noble se dio la vuelta y se dirigió a la puerta principal, donde estaban el cepillo y el rascador de botas. Se limpió las suelas todo lo que pudo mientras el ama de llaves continuaba con sus quehaceres.

Después, cansado y sin ganas de compañía, atravesó el vestíbulo recién fregado y fue hasta la estancia en la que más solía estar. Todo estaba tal y como lo había dejado la noche anterior. El diario que escribía descansaba abierto encima del escritorio. El violín, sobre una librería baja con puertas de cristal. No tocaba tan bien como Thomas Jefferson o John Randolph, pero no se le daba mal. El aire olía a licor y a tabaco, a aceite de limón y velas de cera de abejas. Miles Roth era el único elemento discordante de la habitación.

—Llegas tarde —dijo Noble. Había enviado un mensaje a su primo en cuanto Elisabeth puso un pie en su casa.

—Te pido perdón. He venido tan rápido como he podido —repuso Miles, antes de mirar la ropa manchada de su primo por encima del borde del vaso—. Como siempre digo, te tomas demasiado en serio todo esto de la plantación.

—Puede que seas tú el que no le dé la suficiente importancia —señaló mientras cerraba la puerta de nogal oscura—. Tal vez haya un punto intermedio entre ambos.

Durante unos instantes, se miraron el uno al otro como si estuvieran midiéndose y preparándose para una de sus peleas cuerpo a cuerpo de la infancia. Incluso de niño, Miles había tenido una vena caprichosa y, por extraño que pareciera, Noble, dos años mayor que él, siempre se había preocupado por él y le tenía un cariño innegable. Su primo había sido el hermano menor que nunca tuvo, con el que había corrido y montado a caballo en innumerables ocasiones.

En esa época, ambos habían sido los reyes de sus pequeños territorios, hasta que los enviaron a estudiar con sus respectivos sirvientes. Noble tenía diez años y Miles ocho. Los padres de su primo acababan de morir en un naufragio, y el padre de Noble administró el patrimonio de su sobrino en fideicomiso hasta que este cumplió los veintiuno. Desde entonces, habían transcurrido siete años, gran parte de los cuales los pasó en Londres. Y aunque hacía tiempo que Miles había regresado de Inglaterra, los efectos de sus excesos aún persistían. Roth Hall necesitaba con urgencia una señora y por eso había forjado una alianza con el poderoso padre de Elisabeth.

Al principio, el compromiso le sorprendió, incluso se quedó impresionado y llegó a pensar que finalmente su primo tenía algo de sentido común. En Williamsburg se decía que Elisabeth era tan inteligente y encantadora como implacable y arrogante era su padre. Puede que una buena esposa lograra reformar a su primo, aunque este tuviera que lidiar con un suegro intimidante y una suegra con vocación literaria. Pero entonces todo se vino abajo.

«A Dios gracias».

Aquel pensamiento le llegó de la nada pero fue completamente sincero. Elisabeth Lawson había escapado de un matrimonio que habría terminado siendo un desastre. Sin embargo, Noble no dejaría que su primo se fuera de rositas sin plantar cara a un comportamiento más que reprochable antes de romper todo vínculo con él.

Mientras rodeaba el escritorio no le pasó desapercibido que Miles le estaba mirando con

cautela, con los ojos inyectados en sangre. Entre ellos se interponían ahora montones de documentos, periódicos y libros de contabilidad que yacían sobre la mesa, así como los tinteros y plumas que usaba para escribir. A pesar de que parecía que el caos le superaba, Noble sabía perfectamente donde estaba todo, aunque requiriera un poco de paciencia desenterrarlo.

—No tengo mucho tiempo —dijo Miles—. En el Chownings está a punto de empezar una partida de cartas.

—¿Cartas? —repitió Noble, cerrando el periódico—. Como bien dijo una vez nuestro amigo en común, Landon Carter, nadie es mejor esclavo que un hombre obsesionado con el juego.

—No me juzgues tan rápido, primo. Hay más asuntos que requieren mi atención en Williamsburg.

—¿Te has planteado vivir en la ciudad? —preguntó él, sentándose detrás del escritorio—. Por lo visto hay una casa disponible en la calle England, o eso he oído.

—Te refieres a la de los Lawson. —Miles lanzó una mirada a la puerta como si estuviera considerando la idea de salir de allí—. Es una lástima lo sucedido en la casa.

—Sí. —Sumergió la pluma en el tintero—. ¿Vas a hacer algo al respecto?

Miles se encogió de hombros.

—Distanciarme de la causa *tory* lo más rápido y de la forma más vehemente que pueda.

—¿Y qué pasa con tu compromiso? —Noble levantó la vista del documento que acababa de firmar—. ¿Con *lady* Elisabeth?

La escueta pregunta quedó suspendida en el aire de una estancia ahora sumida en un silencio sepulcral. Miles dejó de lado todo signo de cordialidad.

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importa porque en este momento la dama esta viviendo bajo mi techo.

—¿Aquí? ¿Por qué?

—Porque nadie más se la llevaría a su casa. Ni siquiera el pastor de la parroquia de Bruton.

—¿Y les culpas por ello? Es la hija de lord Stirling. Un *tory*. Los están humillando a todos, los cubren de brea y plumas. Lo mejor que puedes hacer es librarte de ella y llevarla al *Fowey*, junto a su padre.

—Tienes un acuerdo con su padre. Más bien una obligación.

Miles se llevó la mano al pañuelo de cuello como si de pronto lo tuviera demasiado apretado.

—«Teníamos» un acuerdo.

—Firmaste un contrato con el vicegobernador Lawson en mi presencia.

—Un contrato que ya no es vinculante...

—No intentes decirme lo que es jurídicamente vinculante o no. Recuerda que he estudiado Derecho. Firmaste un contrato para la transferencia de la propiedad de unos bienes (el contrato de su doncella y una dote de varios miles de libras) con la cláusula de que su padre ya no tendría que preocuparse por ella, y que tú, el novio, asumirías esa responsabilidad, además de ocuparte de las posesiones que un día recibirá en las colonias de Virginia y el Caribe.

Miles dio un paso atrás al darse cuenta de la evidencia de los hechos.

—Teniendo en cuenta las circunstancias, no creo que ni siquiera su padre piense en ejecutarlo.

—Yo podría hacerlo.

Miles lo miró con un brillo de alarma en los ojos, pero Noble no encontraba ningún placer en burlarse de su caprichoso pariente.

—¿No sientes nada por ella?

—Yo... no. —Su primo por fin mostró un atisbo de vergüenza en el rostro—. Es una muchacha encantadora, pero...

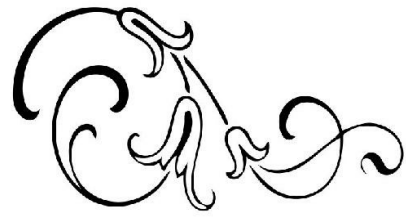
Aunque tenía sus sospechas, constatarlas hizo que sintiera alivio. Sabía que los gustos de Miles tendían más hacia las sirvientas de las tabernas. En pocas palabras, que la gentil Elisabeth le aburría soberanamente.

Miles se miró las hebillas de los zapatos.

—La dama es un poco tibia para mi gusto.

—Entonces la culpa es tuya, no de ella.

El reproche dio por zanjada la desagradable conversación. Sin decir ni una palabra, Miles se dio la vuelta, tomó el sombrero que había dejado sobre una mesa junto a la puerta y se marchó. Noble se quedó con la preocupación de cómo evitar a *lady* Elisabeth el dolor de un compromiso roto y, tal vez, de un corazón destrozado.



## Capítulo 8

Aunque llevaba en Ty Mawr muy poco tiempo, aquel lugar ya se había ganado un rincón en su corazón. Elisabeth se sentó en el pórtico que ofrecía la mejor vista del río mientras la señora Tremayne servía el té. Tenía la sensación de que lo único que hacía en esa casa era comer. Empezó a preguntarse si el ama de llaves la veía demasiado delgada.

Se acordó de Dimity, la criada que solía servirles la comida en su casa. La echaba de menos, los echaba de menos a todos: a Betsy, a Jade, a Paris, a Thomasin... ¿Seguirían al servicio de su padre? ¿Volvería a verlos algún día? Solo quedaba Isabeau. Su querida, protectora y medio histérica Isabeau. Y Mamie, esperando a su madre en Williamsburg.

Un jarrón de rosas blancas mantenía en su lugar el mantel de lino del mismo color. Sobre él, en una pequeña fuente, estaba el *bara brith*, el delicioso pan moteado.

—¿Y esto qué es? —preguntó Elisabeth, señalando un tarro.

—Mantequilla salada estilo galés —indicó el ama de llaves con orgullo—. De la lechería de Ty Mawr. Si la unta sobre el pan sabe deliciosa. Aquí damos buen uso a los hornos. Al señor Rynallt le encanta.

Elisabeth sonrió complacida.

—¿Por qué se llama Ty Mawr?

—¿Qué es esto? ¿Por qué lo otro? —La señora Tremayne se rio por lo bajo—. Para ser una muchacha nacida y criada en una ciudad colonial tiene muchas preguntas. Aunque estoy más que feliz de responderlas. «Ty Mawr» solo significa «casa grande» en galés.

—¿Y hay otra Ty Mawr en Gales?

—En efecto. De hecho, allí nació el traductor de la Biblia galesa. El señor Rynallt es familia del obispo William Morgan.

—¿Una Biblia galesa? Qué maravilla. —Se llevó a la boca un trozo de *bara brith* y detectó canela, jengibre y una especia que no supo identificar—. Así que hay dos Ty Mawr.

—El hermano mayor del señor Rynallt es el heredero de la Ty Mawr de allí, una imponente vivienda de piedra de dos siglos de antigüedad. —El ama de llaves miró hacia el este, como si pudiera ver a través del Atlántico—. La Ty Mawr de Virginia no es tan antigua ni tiene tanta solera, pero es mucho más bonita.

Así que Noble tenía un hermano. Elisabeth estaba deseando hacer más preguntas, pero en lugar de eso, cortó otro trozo de pan. La señora Tremayne sirvió café, no té, haciendo que recordara de nuevo el conflicto, pero le alegró poder saborear el líquido oscuro ya que apenas había podido dormir por los ronquidos de Isabeau.

Un sople de brisa le trajo el olor al agua del río, evocando la cambiante marea. Elisabeth arrugó la nariz y se llevó una mano al prendedor de encaje.

La señora Tremayne se sujetó el gorro.

—Me alegro de que lo lleve bien sujeto. No se imagina la cantidad de sombreros que han terminado en el James. Aunque últimamente no hemos tenido muchas visitas. El señor suele pasar mucho tiempo fuera; me temo que no solo por la ausencia de su hermana sino por asuntos políticos. —Se miró el delantal—. Desde que la señorita Enid se fue las cosas no han sido fáciles por aquí. Parece como si todos los pequeños placeres de la vida hubieran desaparecido con ella.

«Enid». Elisabeth sabía que no podría olvidarse de ese nombre ni aunque hubiera estado acostumbrada a oírlo a menudo. Las circunstancias en las que se produjo la muerte de Enid seguían siendo un misterio. Y al ser una extraña en aquella casa no se sentía con el derecho a hablar sobre el asunto, ni por compasión, ni por curiosidad.

—Seguramente ya habrá oído los lamentables detalles. Estaba montando a caballo cuando se cayó y se le enganchó el zapato en el estribo. Estuvo a punto de morir en el acto, aunque al final agonizó unos días. El señor Rynallt y el doctor Hessel hicieron cuanto pudieron, pero murió a las dos semanas a consecuencia de las heridas. Su hermano se culpó a sí mismo por dejar que montara en una silla que deberían haber reparado o algo por el estilo.

¿Creía Noble que era el responsable de la muerte de su hermana?

—Lo lamento muchísimo. No tengo palabras.

—Oh, discúlpeme, usted también ha pasado por su propio infierno. —La señora Tremayne la miró con ojos llorosos—. Aunque supongo que pronto estará en Roth Hall. El señor Roth por fin ha venido. Ahora mismo está en el estudio del señor Rynallt.

¿Allí? ¿En ese momento? ¿Sería Miles la visita que Noble esperaba? La imagen de su prometido alejándose de ella en el jardín la había dejado muy sorprendida. Incluso le dio la sensación de que estaba dando por finalizado su compromiso.

Tomó un sorbo de café, concentrándose en el James, mientras la señora Tremayne miraba a lo largo del pórtico como si hubiera oído algo o a alguien. Elisabeth miró en la misma dirección y vio a Noble acercándose. Después le oyó murmurar algo en gaélico a su ama de llaves, que le respondió con una ligera inclinación de cabeza antes entrar en la casa.

La voz tranquila y profunda de su anfitrión a veces era tan suave que le costaba entenderlo. Pero esta vez no fue así. Ahora percibió una nueva nota de reflexión, incluso de incomodidad, y supo que le traía malas noticias antes de que se colocara junto a ella.

Elisabeth apoyó la espalda en la silla tapizada, juntó las manos en el regazo y clavó la vista en la taza medio vacía. Noble se sentó en la silla que tenía al lado para que no quedaran cara a cara y que ambos pudieran contemplar el jardín que bajaba en pendiente hasta el río. Un gesto de lo más galante que le dio algo de privacidad y la oportunidad de recobrar la dignidad que había perdido.

Esperó un buen rato a que hablara. Al ver que no lo hacía, volvió el rostro para mirarle. Así de cerca, a plena luz del día, pudo ver algunos rastros de gris en su pelo negro como el carbón. Volvió a enfocar la atención en él en vez de en sí misma. ¿Qué otros infortunios, además de lo de Enid, había tenido que soportar para que se hiciera tan visible el paso del tiempo en su persona? No podía tener más de treinta años.

Incluso en ese momento, sus ojos reflejaban una docena de sentimientos distintos cuando se encontraron con los de ella, sobre todo resignación. El silencio tan prolongado empezó a

parecerle insoportable. Elisabeth tampoco sabía muy bien qué decir, así que buceó en sus recuerdos y tomó prestadas las palabras de otra persona.

—El silencio sabe cómo propagarse y cuanto más se pospone la conversación mas cuesta encontrar algo que decir.

Noble hizo una mueca.

—O eso opina el señor Samuel Johnson. —Le vio inclinarse hacia delante, apoyar los codos sobre la mesa, juntar las manos y clavar la vista en el río—. «Pensar es el diálogo del alma consigo misma», Platón. Siglo cuarto. —Se aclaró la garganta—. Miles Roth ha estado aquí.

—Lo sé. Me lo dijo la señora Tremayne.

—¿Ha hablado con él?

—Parece que ha hecho todo lo posible por evitarlo.

—Como le he dicho, la culpa es de él, no suya.

Elisabeth bajó la mirada a su regazo. Era tan humillante que se le encogió el corazón.

—No estoy al tanto de la conversación que han mantenido, pero presiento que nuestro compromiso está roto.

—Sí —confirmó él—. Aunque, como legislador, puedo obligarle a cumplir el contrato.

—De ninguna manera. No se puede obligar a nadie a mantener una conducta honorable. —Continuó por unos derroteros en los que no estaba del todo cómoda—. Algunos contratos están predisuestos a romperse. Tal vez este fuera uno de ellos. La Providencia nos ahorra un gran número de sufrimientos que, de lo contrario, nos infligiríamos a nosotros mismos.

—No lo ama. —No había ningún tipo de crítica en sus palabras. Ningún reproche.

—Nunca he estado enamorada del señor Roth —confesó ella—. Fue un matrimonio concertado por mi padre desde el principio.

—Usted se merece algo mejor.

—¿En serio? —Le gustó que Noble le dijera algo así. Quería una relación que no fuera por mera conveniencia. Una por amor—. Le agradezco de corazón todo lo que ha hecho por mí. —Alisó con manos nerviosas el encaje del pañuelo que llevaba para rellenar el escote del corpiño—. Pero no puedo seguir imponiéndole mi presencia y abusando de su hospitalidad...

—Usted no está imponiéndome nada.

Sus miradas se encontraron y Elisabeth vio una invitación sin ambages en los ojos de Noble. ¿O solo era preocupación? Le costaba vislumbrar dónde terminaba la cortesía y empezaba el interés personal. Mientras reflexionaba sobre ello, el corazón le dio un brinco absurdo.

—Puede quedarse en Ty Mawr todo el tiempo que quiera —dijo él con total naturalidad—. Hasta que decida cuál es su mejor opción.

—Yo... gracias. —¿Qué otra cosa podía decir? Elisabeth no tenía adónde ir. Miró el colorido jardín que había más allá de un ancho de conchas—. ¿De verdad no le importa tener a una *tory* bajo su techo?

Él le guiñó un ojo.

—No tengo muy claro que sea una auténtica *tory*. Al fin y al cabo, se llama Liberty.

—Según mi madre, sí. —Sonrió con melancolía—. En realidad, no sé quién soy. Aparte de la hija del último vicegobernador de Virginia y la ex prometida de Miles Roth.

—Simplemente es la encantadora *lady* Elisabeth Lawson, la hija del conde y de la condesa de Stirling, y como tal no ha hecho nada malo.

Elisabeth esbozó una tímida sonrisa y se levantó con toda la elegancia que pudo, teniendo en cuenta que el viento le ahuecó la falda. Noble también se puso de pie; una ráfaga de aire le revolvió el cabello e hizo que se le soltaran unos cuantos mechones oscuros de la coleta. Ahí fue cuando se dio cuenta de que había estado montando. Llevaba la ropa con algo de polvo y las botas llenas de barro, como si hubiera estado trabajando en el campo.

Le vio colocar las bronceadas manos en el respaldo de su silla antes de decir:

—Si quiere enviar una nota a su padre o traer a su madre aquí cuando desembarque, puedo encargarme de eso.

—No es necesario. —Elisabeth retrocedió hacia la puerta que daba al vestíbulo. Elevó la voz para que pudiera oírla por encima del viento—. Tengo que apañármelas por mí misma. No pienso ser una carga. Le agradezco mucho su bondad, pero esto debe acabarse.

Aquel pequeño discurso resultó de tal vehemencia en ella que tras haberlo pronunciado deseó poder retirarlo de inmediato. Noble la miró sorprendido y ella se arrepintió de haber sido tan directa. Pero como se vio incapaz de murmurar una disculpa, se limitó a darse la vuelta y huyó envuelta en un remolino de lino y encaje.



Isabeau no aparecía por ninguna parte. Cuando Elisabeth entró en sus habitaciones del ático, las ventanas estaban abiertas y la luz se derramaba sobre el pulido suelo de nogal. El armario estaba lo suficientemente abierto como para mostrar que los pocos vestidos que habían mentido a toda prisa en un baúl ahora estaban ordenados cuidadosamente y dispuestos como si fueran a pasar allí una buena temporada. Aquello hablaba de permanencia y parecía enfatizar la amable invitación de Noble Rynallt, pero no sirvió más que para que se sintiera incluso más consternada. No pertenecía a ese lugar y no podía quedarse.

Se sentó en una otomana y miró el pequeño escritorio que había en la salita de estar contigua. Al ver la pluma y el papel sobre la mesa recordó que tenía que enviar una nota al doctor Hessel, y quizá también a Cressida. Su amiga no iba a creerse que estuviera en Ty Mawr.

Mientras pensaba en eso, Isabeau apareció por fin, y lo hizo con una docena de preguntas en la mirada.

—Oh, señora, la he visto hablando con *monsieur* Rynallt. Y me han dicho que *monsieur* Roth acababa de marcharse.

—Sí, así es. —Tuvo la sensación de que los detalles se le atascaban en la garganta—. Nuestro compromiso está roto. Roth Hall no será nuestro hogar.

Oyó el golpe que dio la puerta del dormitorio al cerrarse mientras Isabeau entraba con la mandíbula desencajada.

—Pero, señora, la boda... lleva meses planeada... ¿Qué...?



—Parece que no soy la señora más adecuada para Roth Hall. —La poca emoción que quedaba en su interior terminó por esfumarse del todo. Se sentía vacía y no estaba de humor para responder preguntas—. Puede que la Providencia haya evitado un desastre conyugal.

—Providencia, ¡ja! —La doncella movió las manos como si estuviera buscando las palabras adecuadas—. Creo que tiene en muy alta estima al Todopoderoso. Yo le daría un puñetazo en lugar de las gracias. ¡En menudo lío nos ha metido!

—Isabeau, ¿nunca te has planteado subirte a un escenario?

La doncella se ruborizó un poco ante la suave reprimenda.

—*Pardon*, señora. Pero todo esto es tan... repentino.

Elisabeth se llevó una mano a la cabeza, que empezaba a dolerle.

—Mientras estaba tomando café en el pórtico te he visto hablar con un hombre en el vestíbulo.

—*Oui, oui*. El ayuda de cámara de *monsieur* Rynallt. Me ha estado enseñando un poco Ty Mawr. Es tan diferente de la ciudad.

—¿Y cómo se llama?

—*Monsieur* Landeg. Ninian Landeg.

—Sin duda un galés.

Isabeau sonrió de una manera extraña.

—Galés, *oui*, y... *oh là là*.

Un gran elogio viniendo de Isabeau. Tal vez podría entregar su carta al ayuda de cámara.

—Voy a escribir al doctor Hessel. Es un hombre que siempre parece ver las cosas con claridad. Puede que también sepa algo de mi madre.

Pensar en Hessel le produjo un alivio enorme. Cuando se acercó a la silla con respaldo de *cloisonné* le sorprendió encontrar en el escritorio no solo una pluma y tinta, sino también cera. Y en el cajón había un sello con la forma de una flor de lis. Lo único que necesitaba era un mensajero. Se puso manos a la obra y redactó la carta más escueta que jamás había escrito, mordiéndose el labio ante la dolorosa súplica.

*Querido doctor:*

*Estoy en un lugar secreto. ¿Ha tenido alguna noticia de mi padre? Mi mayor preocupación es mi madre. ¿Sabe algo de ella?*

*Con cariño:*  
*EL*

Isabeau estaba de pie, a su lado.

—La llevaré a la ciudad.

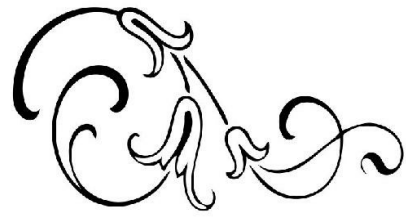
—Con el ayuda de cámara, supongo.

—No se me ocurre otra forma más rápida de enviarla. ¿Y a usted?

—Asegúrate de que nadie sepa de nuestro paradero.

En ese momento se acordó de las exaltadas palabras de su padre, cargadas de sospecha.

«En estos tiempos, las lealtades cambian constantemente y nunca sabes a ciencia cierta en quién puedes confiar».



## Capítulo 9

Las puertas francesas del Salón Blanco estaban abiertas de par en par en dirección al río. Caía una llovizna fresca; hacía un tiempo tan variable como el humor de Noble. Había estado examinando a un caballo que acababa de llegar de Rhode Island y, justo cuando abandonaba los establos, llegaron sus invitados con cierto retraso. Los Dinwiddie y los Prescott, amigos de la familia desde hacía tiempo, sobre todo de Enid, que ahora charlaban en la elegante estancia, esperando la cena, plenamente conscientes de que el luto que había guardado había quedado atrás.

Su hermana había redecorado la mayor parte de Ty Mawr antes de morir y en ese momento todas las damas presentes comentaban maravilladas lo mucho que les gustaba cómo había quedado todo, desde el papel de las paredes hasta las alfombras en las que estaban pisando. Como el Salón Blanco también era su favorito, le había dejado que se ocupara de todo y el resultado le había complacido plenamente. Pero esa noche apenas podía escuchar las conversaciones que se desarrollaban a su alrededor. No podía dejar de pensar en *lady* Elisabeth... ni en la inesperada visita del doctor Hessel.

Desde que había llegado el médico, Noble percibió una nueva vibración en el ambiente. Aunque se habían saludado con cordialidad en el vestíbulo, estrechándose las manos como hacían siempre, el doctor se había mostrado un poco distante. Hubo un tiempo en que ese hombre había estado tantas horas entre las paredes de Ty Mawr como el inmenso reloj de la entrada o la capa de humo de tabaco que impregnaba el estudio. Y tras la muerte de Enid, su repentina ausencia fue igual de discordante. Ahora si se veían era por casualidad, en las calles de Williamsburg o en alguna taberna. Se preguntó si los recuerdos de Ty Mawr resultaban demasiado sombríos incluso para un médico.

La oscuridad. Los baños fríos y las sangrías. El olor de los purgantes. Noble había hecho un gran esfuerzo por desterrar los recuerdos más dolorosos, pero estos podían ser demasiado tercos y permanecían arraigados en su memoria. La casa se veía solitaria y vacía, como si le faltara algo, y la decoración de su hermana era un recordatorio continuo de que jamás volvería a tenerla allí. A veces, sentía que el alma seguía pesándole una tonelada.

—Le ruego me disculpe por presentarme aquí sin avisar —le había dicho Hessel mientras le daba a una sirvienta el sombrero y el maletín—. Su invitada me ha mandado una nota esta mañana, y aunque no ha mencionado dónde estaba, he podido sonsacar al mensajero que se la había entregado su ayuda de cámara.

—No tenía ni idea de que la dama le hubiera escrito a alguien —informó él.

Los profundos ojos oscuros de Hessel vagaron por las sombras del vestíbulo hasta posarse en las escaleras.

—¿Cómo está?

—Bastante bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

—¿Ningún síntoma de melancolía? ¿O de histeria?

—Sí —respondió Noble—, pero por parte de su doncella.

—¿Isabeau? —Hessel hizo una pausa como si se hubiera olvidado del nombre—. Así que por lo menos queda alguien del servicio que no ha abandonado el barco.

Noble se preguntó cuántos criados de los Stirling habrían huido. Se tragó la sensación que le provocó pensar en la encantadora sonrisa de Elisab... de Liberty. El nombre resonó en su mente. Le asombró que hubiera perdido todo lo que quería y le era familiar en una sola noche sin que hubiera disminuido ni un ápice su autocontrol. Sí, la había visto a punto de llorar, pero no se había derrumbado ni una sola vez. Sin embargo, Hessel lo miraba como si estuviera mintiendo.

—Por si no lo sabía —continuó el doctor—, tiene una salud bastante frágil. Es propensa a sufrir todo tipo de fiebres y cefaleas. Le afectan casi tanto como a su madre.

—No lo sabía.

Unas risas provenientes del salón parecieron molestar al doctor.

—Me temo que estoy interrumpiéndole. ¿Tiene invitados?

—Acaban de llegar de Savannah.

Hessel volvió a mirar a su alrededor.

—¿Dónde está *lady* Elisabeth?

«Tranquilo, doctor», quiso decirle Noble. Nunca había visto a Hessel tan serio y ansioso.

—Arriba, en sus habitaciones.

Después de aquello, la señora Tremayne había acompañado al médico a una sala de estar de la segunda planta que no solían usar mucho, lejos de los ojos y oídos curiosos. El personal al servicio de Noble sabía mantener la boca cerrada, o al menos la mayoría, pero en esos tiempos uno nunca podía estar seguro del todo. Y tampoco podría mantener en secreto la presencia de Elisabeth para siempre.

Por su parte, se dedicó a saludar a sus invitados y a soportar una cena larga, aunque agradable, mientras Hessel permanecía arriba. Y al final, la razón de todo aquello penetró en su lógica con una claridad inquietante: Hessel estaba enamorado de Elisabeth Lawson.

Incluso ahora, con los invitados animándole a conversar, el doctor se introducía en sus pensamientos en cada oportunidad posible.

—Noble, esperábamos que el final de tu período de luto significara que habías encontrado a la futura señora de Ty Mawr. —La señora Dinwiddie fue la que finalmente sacó a colación el asunto del que todos estaban deseando hablar.

Al ver que él no decía nada, su marido decidió salir en su defensa.

—El final del luto no tiene por qué implicar el comienzo de un cortejo, querida. Uno debe proceder siempre con cautela.

Noble oyó una silla moverse encima de su cabeza. Voces amortiguadas. Pasaron unos minutos tensos. Se intentó llevar la conversación por otros derroteros. Entonces, todo el mundo se puso a escuchar con atención una charla sobre la flora en Tidewater.

Salvo él.

—Nunca he visto un lirio turco propiamente dicho en Williamsburg. —El profesor Dinwiddie parecía bastante asombrado—. ¿Qué dices tú, Noble?

El aludido volvió a dirigir su atención a los invitados.

—Estaba en el jardín del gobernador —señaló, esperando no tener que añadir nada más.

Había hablado en pasado, como si ya no existiera. Cuando había estado en el palacio abandonado, con algunos de sus compañeros, no habían entrado en los jardines. ¿Seguirían intactos o los habrían arrasado como había sucedido con los de Elisabeth? Alzó la vista hacia la segunda planta, donde el buen doctor estaría charlando con ella y con la locuaz Isabeau... o eso esperaba.

—¿Estás seguro de que el lirio turco está creciendo allí? —preguntó la señora Prescott—. El mismo Thomas Jefferson escribió que no había ninguno.

Noble alcanzó su pipa y se tragó una réplica mordaz. La fauna y la flora le parecían una nimiedad teniendo en cuenta la actual situación de Virginia.

Y de Ty Mawr.

La señora Dinwiddie debió de percibir su molestia porque cambió inmediatamente de tema.

—Creo que nuestro anfitrión prefiere hablar de caballos. Tengo entendido que tienes un nuevo y excelente purasangre en tus establos.

—Sí —reconoció él—, un amblador de Narragansett que me recomendó Paul Revere.

—¿El orfebre? —La señora Dinwiddie le miró perpleja—. ¿El que dicen que va a ir montando a la colonia de Massachusetts a alertar a la gente de posibles movimientos británicos?

—El mismo.

—Oh, querido. —La señora Prescott se abanicó con ímpetu—. Me temo que no tengo ni la más remota idea de todo lo relativo al mundo de los caballos. Y en política tampoco voy mucho más allá. Prefiero hablar de plantas.

Para su alivio, el coronel Prescott acudió en su ayuda.

—Profesor, quería hacerle una pregunta sobre una especie en particular de romero de pantano, si no le importa dar un breve paseo por el jardín.

—Hay un paraguas junto a la puerta por si lo necesitáis.

La lluvia ahora caía con más fuerza, provocando un suave golpeteo mientras humedecía el polvo propio de la época. Enseguida sus invitatos abandonaron el salón y lo dejaron solo, con unas ganas enormes de subir los escalones de dos en dos.

Era imposible que un médico de clase media y una dama de las más altas esferas de la sociedad de Virginia se emparejaran, ¿verdad? Aunque, de producirse esa hipótesis, solucionaría la incierta situación en la que se encontraba *lady* Elisabeth. Solía encontrar entretenidas las complejas reglas sociales, pero esa noche simplemente le crispaban los nervios. Clavó la vista en las puertas francesas abiertas hacia el jardín y en los invitados que de pronto aparecieron en medio de un claro de luz. Las nubes se iban dispersando, al contrario que sus pensamientos, que seguían un tanto turbios.

Los Dinwiddie regresaron al poco tiempo y se pusieron a jugar una partida de *whist*. Noble fue plenamente consciente del momento exacto en el que Elisabeth y el doctor terminaron su charla, porque oyó la puerta de arriba cerrarse y después unos pasos bajando las escaleras.

Miró la puerta abierta que daba al vestíbulo y sintió un alivio enorme al ver al doctor Hessel. El hombre se puso el sombrero y, sin ningún tipo de ceremonia, se marchó de Ty Mawr. Al oír alejarse el caballo, se disculpó con sus invitados y subió por las escaleras traseras. Isabeau estaba en el rellano del tercer piso, hablando en voz baja con la señora Tremayne. Su ama de llaves le miró una última vez antes de excusarse y retirarse claramente preocupada. ¿Pensaría que esta vez se estaba involucrando demasiado? Quizá era cierto.

Reflexionó un momento sobre qué hacer a continuación y se sintió perdido en su propia casa. La única mujer a la que quería ver estaba desaparecida. ¿Se habría ido con Hessel? No, el doctor se había marchado solo. Respiró aliviado y decidió centrar su atención en la doncella.

—¿Dónde está *lady* Elisabeth?

—En sus habitaciones, *monsieur* —susurró Isabeau—. Escribiendo otra carta.

No tenía muy claro que aquello fuera lo más inteligente. ¿Acaso iba a escribir a toda la colonia de Virginia?

Golpeó con suavidad con los nudillos y esperó a que ella le diera permiso antes de entrar y dejar la puerta abierta tras de sí. Estuvo a punto de darse en la cabeza contra la parte inferior del techo. Elisabeth alzó la vista y lo miró con curiosidad, con la pluma a medio camino del papel. Hessel le había dicho que era una mujer frágil. Propensa a las enfermedades. Notó cómo la mano que sostenía la pluma temblaba ligeramente, como si toda su inquietud se hubiera asentado en sus dedos.

Se sentó en un sofá que había junto a la ventana, de espaldas al cristal. En el momento en que se acomodó, ella entró en acción. Dejó la pluma, se puso de pie y empezó a pasearse de un lado a otro, como si su presencia la hubiera puesto nerviosa. O puede que el culpable fuera el doctor.

La falda de seda que vestía, arrugada, se arremolinaba en torno a ella y los extremos puntiagudos de las zapatillas azules de damasco que calzaba marcaban suaves huellas en la alfombra mientras caminaba. Aún estando a unos metros de distancia, percibió el dulce olor que emanaba de ella; un olor que era incapaz de identificar pero que enardecía todos sus sentidos. Lo único que quería era colocarse junto a ella y tomar sus manos para calmar aquel leve temblor. Lo que fuera que hubiese ocurrido la había trastornado hasta el punto de que casi había perdido la compostura, lo que despertaba en él su instinto protector.

Entonces Elisabeth se paró con la misma brusquedad con la que se había puesto a pasear y se sentó junto a él en el sofá. Noble se permitió el lujo de pensar que solo lo había hecho porque quería sacar fuerzas de él. Que se había convertido en una especie de ancla para ella. O eso esperaba.

—He recibido una carta. —Ella miró en dirección al escritorio, hacia un papel con manchas de tinta—. De mi padre.

Noble tragó saliva, sintiendo que se había metido en unas aguas en las que podría terminar ahogándose. Así que el buen doctor le había traído una carta. ¿Estaría actuando Hessel como emisario entre Elisabeth y lord Stirling?

La joven decidió ir al grano, alcanzó la carta y empezó a leerla en voz alta con voz titubeante.

*Querida hija:*

*Confío en que, a estas alturas, tu prometido haya acudido en tu ayuda y estés sana y salva en Roth Hall como su esposa o su inminente esposa. Teniendo en cuenta el levantamiento que se ha producido en la colonia de Virginia, yo, junto con lord Dunmore y su familia, hemos tomado las medidas pertinentes para garantizar nuestra seguridad y ahora estamos a bordo de un buque de guerra en el río York. Pero regresaremos a Williamsburg tan pronto como los acontecimientos se desarrollen a nuestro favor. No dejo de pensar en el inminente regreso de tu madre. Como tu nuevo esposo tiene los medios necesarios para mantenerla, creo que lo más prudente es dejar este asunto en sus manos.*

Noble vio a Elisabeth apretar la mandíbula y supo que no sería capaz de ocultar su angustia por más tiempo. Las implicaciones de aquella carta, con todas sus repercusiones y consecuencias, cayeron sobre ellos como una losa. Detestaba a ese hombre y sus acciones con un desprecio que iba más allá del ámbito político. Y también se odiaba a sí mismo porque podía haber intervenido aquel fatídico día y no lo hizo.

—Tengo algo que confesarle. —Al ver la cara de sorpresa de Elisabeth, pasó a contarle los detalles—. ¿Se acuerda de la carta de *lady* Charlotte que perdió en la calle Duque de Gloucester? ¿La que me pidió que intentara recuperar? —Volvió a tragar saliva al detectar la súbita sospecha en los ojos de ella—. No la encontré, pero sí lo hizo Patrick Henry. Tuve la oportunidad de comentárselo antes de que su padre y los Dunmore huyeran, pero decidí que era algo que iba más allá de mi comprensión y no hice caso. Ahora no dejo de preguntarme si estaría en las mismas circunstancias si la hubiera avisado.

Elisabeth hizo un gesto de negación.

—No me habría ido con mi padre, con carta o sin ella.

Aquello alivió su conciencia. Pero aun así...

—Si de verdad hubiera querido ir con los Dunmore, jamás habría perdido esa carta. —La joven se miró las manos y entrelazó los dedos—. Tal vez el que Patrick Henry la encontrara fue lo que al final me salvó.

¿La salvó? ¿A qué se refería? Cuando Elisabeth se calló, le dijo:

—Mañana iré a Williamsburg. ¿Necesita que haga alguna cosa por usted mientras estoy allí?

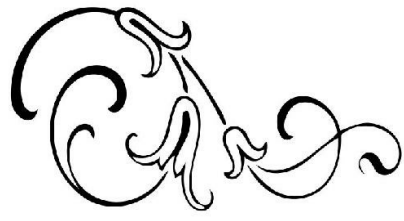
Ella alzó la cabeza al instante y Noble pudo ver que sus ojos planteaban nuevas preguntas.

—Está el asunto del contrato de servicio forzoso de mi doncella. La casa de mi padre. Mi dote.

Él se limitó a asentir. No quería decirle la verdad de lo que estaba por venir y sofocar el brillo de esperanza que había resurgido en su bello rostro. La Revolución que él mismo había ayudado a desatar estaba dando sus primeros pasos y sus vidas nunca volverían a ser las mismas. Ni la suya, ni la de ella. Y eso tendría un alto coste.

Elisabeth Lawson era una de las primeras víctimas.





## Capítulo 10

«**P**or la mañana vendrá la alegría». Rosas de damasco. Malvarrosas. Peonias. *Lobelias* encarnadas. Al día siguiente, Elisabeth se detuvo en medio del sendero del jardín bañado por el sol y sintió que Dios le estaba ofreciendo un regalo. Como no podía dormir, había salido de su dormitorio antes del amanecer y había encontrado la zona de los setos de boj, donde ahora estaba escondida. Los invitados de Ty Mawr se habían marchado el día anterior y en ese momento el jardín parecía solo suyo.

Cerró los ojos. Quería aferrarse a la paz que allí se respiraba, a los sonidos y a los colores. Estaba a la sombra de un cenador, rodeada de jacintos y lirios del valle y del sonido del agua de una fuente que debía de estar un poco más allá de los tejos. Los pájaros revoloteaban e intercambiaban trinos.

Entonces vio aparecer la figura de un hombre pequeño, de hombros encorvados, acercándose hacia ella y cargando una pala. Su tranquilo interludio estaba a punto de llegar a su fin. Al fin y al cabo, aquel era el dominio del jardinero.

—Discúlpeme, señorita. La he confundido con otra persona.

—Por favor, no tiene que disculparse —dijo con una amable sonrisa en los labios—. Solo soy una invitada—. ¿Sabría cuál era su verdadera identidad? Rodeó el cenador, adentrándose en la parte que estaba en penumbra e hizo un gesto hacia una especie de lirio de tallo largo de un tono púrpura oscuro—. He encontrado una flor que no sé cómo se llama.

—Es un lirio de trompeta victoriano —respondió el hombre al instante—. Uno de los favoritos de la señorita Enid, que Dios la tenga en su gloria. Un regalo que le hizo su hermano. Antes de morir, intentó despertar el interés del señor Rynallt por la jardinería y sacarlo un poco de los establos.

Seguramente no debió de ser tarea fácil,

Continuaron caminando por senderos aromáticos mientras el jardinero le señalaba estatuas o especies particularmente inusuales. A Elisabeth le resultó familiar la forma en que estaban colocadas las flores y el diseño de los parterres.

—Sí, todo esto se lo debemos a un jardinero de Williamsburg que trabajó aquí antes de que le contratara lord Dunmore. Es probable que haya oído hablar de él en el palacio.

—Efectivamente. El señor James. —Elisabeth podía ver su creatividad en todos los rincones del jardín, como si fuera un pintor trabajando en un lienzo. Había dejado su marca personal. ¿Dónde estaría ahora el jardinero? ¿Con su padre y los Dunmore?

—Está haciendo un gran trabajo con el jardín.

—Simplemente me limito a cuidar todo lo que el jardinero anterior hizo. Disfrute de ello

cuanto le plazca, señorita. Ya no la molesto más.

Prefirió no regresar a la casa, pues sabía que se perdería un amanecer extraordinario, así que siguió caminando en dirección al río por un camino de conchas. Cuando el viento se calmó, percibió el fuerte olor a agua y oyó el graznido de una gaviota. El ave sobrevoló su cabeza mientras se detenía frente al embarcadero, donde había varios barcos amarrados, incluido un bote de remos y un esquife que tiraban de su amarre por la corriente.

Se descalzó y deambuló por la orilla arenosa. Al cabo de un rato vio un gran trozo de madera, sin duda arrastrado por el río, y se sentó de espaldas a Ty Mawr, rezando para que nadie estuviera lo suficientemente despierto como para notar su presencia o, de estarlo, para que no se preguntara quién era. Casi todo el personal era de origen galés, susurraban palabras ininteligibles y se movían de un lado a otro con mucho sigilo. No le cabía ninguna duda de que la persona que estaba a cargo de todos ellos era la señora Tremayne y los criados le tenían mucho respeto. Sobre todo el ayuda de cámara con el que parecía haberse encaprichado Isabeau.

—¿*Lady Elisabeth*? —La llamó una voz desde la ladera de arriba—. Me he despertado y no la encontraba. ¿Qué está haciendo aquí a estas horas?

Elisabeth hizo caso omiso del tono de reproche de su doncella y señaló el amanecer.

—¿No es una maravilla?

Isabeau no hizo caso de las vistas y fue hacia ella.

—¿No le parece raro que el sol salga y se ponga inexorablemente mientras nosotras no tenemos un rumbo fijo, una brújula que nos guíe?

—Deja de pensar en eso —la reprendió Elisabeth. Dio unas palmaditas en el lugar que había junto a ella para que la doncella se sentara a su lado—. Al menos mientras dure este glorioso regalo.

Isabeau bajó por la orilla, con los zapatos hundiéndose en la arena. Cuando alcanzó a su señora, dejó escapar un suspiro de exasperación.

—*Milady*, está hecha un desastre. Lleva el pelo suelto y un vestido de lo más sencillo. ¡Aidez moi! —Miró estupefacta sus pies descalzos—. ¿Y si «él» la ve?

—«Él» se ha ido a Williamsburg para poner en orden algunos de nuestros asuntos. —Elisabeth volvió su atención al amanecer, tratando de discernir sus muchos colores. Rosa perla, el mismo tono que el del vestido de su baile de compromiso—. Cuando regrese, tendremos respuestas y podré decidir qué hacer.

—No debería estar aquí, a la vista de todo el mundo. —Isabeau miró hacia atrás, en dirección a la casa cuyo personal empezaba a ponerse en marcha—. Debería quedarse en sus habitaciones.

—No voy a permanecer encerrada como si fuera una gallina. Ni siquiera tú lo vas a conseguir.

—¡Ah, señora! Me temo que las conversaciones sobre la independencia de nuestro anfitrión la están afectando. ¿Qué diría su padre?

Elisabeth se encogió de hombros.

—Mi padre ya no tiene nada que decir. Además, ¿qué daño puede hacerme estar aquí fuera, en un lugar tan tranquilo como este? Solo hay pájaros y flores... y una doncella gruñona.

—Venga conmigo. —Isabeau se puso de pie y comenzó a regresar a la casa—. El sol ya casi ha salido del todo y en breve necesitará un sombrero. Además, he pedido que nos sirvan el desayuno

a las siete. Té y tostadas.

—¿No *bara brith*? —Al ver que la sirvienta torcía el gesto, añadió—: Cuando uno está en una casa galesa, debe seguir las costumbres galesas.

—¡Pero yo soy *française*!

—*Oui, oui*. Dudo que te sirvan té en vez de café. Al fin y al cabo estamos en una casa patriota.

—No me lo recuerde. —Isabeau se llevó una mano al ceño fruncido—. Odio el café y el pan moteado. Creo que me está empezando a doler la cabeza.

Tomó a su doncella del brazo y la ayudó a subir por la orilla.

—Entonces te daré un remedio para la migraña del doctor Hessel y te pondrás bien enseguida.

Ty Mawr se erguía delante de ellas, la parte trasera de la casa y el pórtico resplandecían con un suave tono rosado por el amanecer. Echaría de menos aquel lugar con independencia de las ideas políticas de Noble Rynallt.



Era domingo, y la ciudad, que cualquier otro día era un hervidero de actividad, hoy parecía dormida. Esa mañana, la mayor parte de los habitantes de Williamsburg irían a la iglesia; al fin y al cabo se exigía por ley asistir a los servicios religiosos al menos una vez al mes, o de lo contrario había que pagar una multa. Pero él, recién convertido al presbiterianismo, ya no pertenecía a la iglesia de Inglaterra, aunque siguiera pagando sus impuestos a la parroquia de Bruton. De hecho solía acudir a una iglesia de piedra mucho más humilde, cerca de Ty Mawr, cuyo pastor era uno de sus arrendatarios.

Pero aquel no era un domingo cualquiera. Al menos en lo que respectaba a *lady* Elisabeth. Guio a su caballo a paso tranquilo por la calle Duque de Gloucester, a través del crujir de las hojas que había en el suelo y los rayos de sol que se filtraban, deseando ser capaz de hacer que las cosas fueran a mejor, por lo menos para su huésped.

Por alguna razón que escapaba a su comprensión, ese día el Raleigh le parecía menos acogedor que de costumbre y no tenía ganas de quedarse ni siquiera para tomarse una cerveza. Por fuera todo era igual, pero sentía que el interior era completamente distinto.

No había sido el primero en llegar; pudo ver esperando los caballos de varios compañeros patriotas. En el sombreado porche delantero de la taberna, Patrick Henry, que estaba junto a George Wythe, levantó una mano y le hizo un gesto para que se acercara. Aunque solo hacía unos días que lord Dunmore había subido a bordo del *Fowey*, ya se estaba empezando a hablar de nombrar a Henry como su sucesor. A pesar de que era conocido por tener un carácter exaltado, Henry poseía un gran intelecto y era un buen aliado. Noble no podía pensar en nadie mejor para el puesto excepto George Washington, pero los talentos del general se circunscribían más al ámbito militar.

—¿Cómo estás? —le saludó Henry, quitándose el sombrero para limpiarse el sudor de la frente.

Noble también se enjugó el sudor del labio superior con una manga polvorienta.

—Bien, ¿y vosotros?

Nadie contestó. John Laurens le estaba observando, examinándole de arriba abajo en silencio, y Noble sabía muy bien por qué. Por fin había dejado atrás todas las señales externas de su período de luto, incluso se había cortado el pelo. Su tricornio y su levita, sin sus habituales escarapela y brazalete negros, parecían un poco menos tristes.

—Así que finalmente has regresado a la tierra de los vivos —dijo Laurens sin mala intención y con un brillo de complicidad en la mirada. Había perdido a su esposa meses atrás y enseguida se había vuelto a casar con una prima lejana. Según él, el matrimonio podía traer muchos quebraderos de cabeza, pero el celibato era mucho menos placentero.

Noble simplemente asintió, intentando centrarse en el asunto que se traía entre manos y no en la situación que tenía en su hogar. Sin embargo, Elisabeth Lawson era una experta en invadir sus pensamientos sin previo aviso y robarle la atención.

Henry le entregó un montón de papeles atados con una cuerda.

—Necesito que revises estos documentos. Jeff y Washington ya los han examinado y solo hay dos cláusulas con las que no están de acuerdo. Aparte de eso, necesitamos una versión final antes de imprimirla.

—¿Para cuándo los quieres?

—Tan pronto como sea posible. Los presentaremos en la próxima convención. Podrías pasar la noche aquí y tenerlos listos por la mañana.

—No —respondió Noble demasiado rápido para su costumbre—. Me necesitan en Ty Mawr.

—¿En Ty Mawr? ¿Por qué? —Henry enarcó las tupidas cejas—. Desde que tu hermana falleció has pasado más tiempo aquí, en Williamsburg, que en tu casa.

George Whyte esbozó una sonrisa que mostró sus dientes amarillos.

—Tú también habrías dicho lo mismo si hubieras tenido a esa invitada en tu casa.

Henry se mostró confundido durante unos segundos, pero enseguida pareció entenderlo todo. Entonces le miró con ojos divertidos.

—Así que eres tú el que ha rescatado a la encantadora hija de lord Stirling. Me habían llegado los rumores, pero apenas podía creerlo. Ten cuidado, no vaya a ser que te acusen de simpatizar con la causa *tory*.

—Volvería a hacerlo sin dudar —señaló él, echando un vistazo a los documentos que tenía en la mano.

—Siempre has sido muy dado a la hospitalidad —murmuró Laurens—. Aunque la presencia de esta dama en concreto complica más la cosa que si se hubiera tratado de un vagabundo o mendigo cualquiera.

—Sí, la hija de lord Stirling es una complicación —reflexionó Whyte con su aristocrática voz un poco más seria de lo habitual, pasándose una mano por el fino cabello que tenía—. Es un riesgo, eso es innegable. Recordad que tenemos enemigos; enemigos a los que les encantaría hacer una montaña con eso.

—Pues deja que la hagan —replicó él en voz baja, encontrándose con la mirada de Whyte.

Henry ahuyentó a una mosca con la mano.

—Muy bien, caballeros. Volvamos al asunto en cuestión. Se dice que la naturaleza aborrece el vacío, y eso es aún más cierto si cabe para el vacío político. Tenemos que actuar con premura antes de que sea demasiado tarde o perdamos la oportunidad que ahora tenemos. ¿Entendido?

Comenzaron un paseo lento pero decidido hasta llegar al palacio del gobernador, que seguía teniendo el mismo aspecto de antes, salvo porque estaba deshabitado. Atravesaron las intrincadas puertas de hierro con sus bestias y coronas heráldicas y continuaron en una sola fila por el patio con puertas dobles. Luego Henry sacó una pesada cadena y buscó las llaves hasta dar con la correcta. La puerta de entrada estaba abierta y la dejaron así mientras todos entraban al vestíbulo.

Noble recorrió con la mirada la estancia, desde el suelo de mármol hasta las paredes con paneles. Siempre había pensado que la entrada al palacio era poco acogedora, pero ahora que había desaparecido la centena de mosquetes, juntos con otras tantas espadas y armas varias que decoraban la estancia, parecía menos inhóspita. Las sillas de damasco rojas estaban intactas, al igual que la sala y las obras de arte que había más allá. Estaba claro que la turba fue a por las armas. Noble lamentó la pérdida de municiones.

Henry los llevó a través de las habitaciones de la planta baja, incluido el salón de baile azul y el comedor contiguo, evaluando cualquier daño antes de subir las escaleras de pino. Al otro lado del arco, en la parte superior de las escaleras, había una estancia intermedia o sala de audiencias reales desde la que los gobernadores de Virginia habían manejado sus asuntos durante más de cincuenta años.

Henry se sentó en la silla con forma de trono que una vez había pertenecido a Dunmore (en la que se le veía muy cómodo) y Noble y los demás se quedaron de pie, alrededor del inmenso escritorio, sin dejar de mirar a su alrededor mientras Henry hablaba.

—El gobierno de Virginia ahora está en manos del pueblo, que no tiene la más mínima intención de devolverlo a la autoridad real sin pelear.

Noble escuchó en silencio mientras Henry y Wythe discutían sobre la próxima Convención de Virginia y su nuevo propósito.

Al final terminaron regresando al Raleigh a tomar unas cervezas y a fumar. Noble estaba deseando presentar sus excusas, marcharse de allí y llevarse la documentación necesaria con él.

—En cuanto a los documentos de los que hemos hablado antes, ¿para cuándo estarán listos?

—Si me voy dentro de una hora puedo devolvértelos mañana mismo —dijo Noble.

—Perfecto. —El gesto satisfecho de Henry dio paso a la curiosidad—. ¿Tenemos boda a la vista?

Noble lo miró pensativo.

—¿La tuya quizá?

Los hombres se echaron a reír. Henry, viudo desde hacía poco, tenía seis hijos en casa, poco tiempo para cortejar a nadie, pero muy pocas razones para retrasar otro matrimonio. En ese momento se le veía un poco avergonzado, como si hubiera estado ocultándoles algo.

—Está bien. Como veo que ya se está hablando de ello, será mejor que os lo cuente yo mismo. Cuando todo este revuelo político se calme, voy a casarme con Dorothea Dandridge.

Wythe soltó una carcajada y dio unas fuertes palmaditas a Henry en la espalda para felicitarlo.

—Yo creo que esta confesión debe celebrarse con unas ostras y jamón campestre —animó a

voz en grito con la aprobación del resto.

Noble retrasó su partida media hora más mientras comían en un salón privado, en medio del tintineo de los cubiertos y el humo de sus pipas. Después de un rato, Laurens y Whyte se escabulleron para jugar una partida de *whist* en la zona del bar adyacente, dejándoles a Henry y a él a solas.

Noble apartó su plato vacío, con la mente puesta en un último asunto.

—¿Qué va a pasar con las propiedades de los *tories*?

Henry se inclinó sobre su copa de Madeira, con la pipa sujeta entre los dientes. A Noble le pareció que tardaba una eternidad en responder, e incluso se sorprendió al descubrir que él mismo estaba sudando, más por la angustia que sentía que por el calor del verano. Con el rostro de Elisabeth Lawson marcado a fuego en su mente, la pregunta tenía una importancia inusual.

—¿Te refieres a la casa de los Lawson? —Al ver que Noble asentía, Henry continuó—: Que terminarán siendo confiscadas y se subastarán junto con los sirvientes, los muebles y todo lo demás. —Sin dejar de mirarlo, le dio una calada a la pipa—. No te veas tan apesadumbrado, hombre. Podría ser peor.

«Peor». La palabra se cernió incómodamente entre ellos.

—Tal vez deberíamos revisar la redacción de ese documento.

El gesto afable de Henry desapareció.

—Todo el mundo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad —señaló Noble— excepto la hija de lord Stirling, los *tories* y los esclavos de las trece colonias.

Henry expelió una bocanada de humo.

—Vamos, querido amigo, el mundo no es perfecto.

La respuesta le resultó completamente insatisfactoria. Se quedó mirando un rayo de sol que se filtraba por la ventana alta que tenía a su izquierda. Las motas de polvo bailaban en el aire cálido y su mente vagó hacia las largas noches en las que había estado trabajando en los borradores de la independencia de Virginia. Se había pasado horas escribiendo hasta el amanecer, sin saber cuáles serían las consecuencias.

Henry carraspeó.

—¿Estás muy implicado?

Noble quería esquivar el asunto, aunque sabía que Henry no lo permitiría.

—¿Con la independencia?

—No —gruñó el otro hombre—. Con la hija de lord Stirling.

Noble miró a los escrutadores ojos de Henry.

—Acabo de abandonar el luto. Ty Mawr necesita una señora. *Lady* Elisabeth no deja de tener su encanto. Si te dijera que no me siento atraído por ella te estaría mintiendo.

—Ah, Noble. Siempre has tenido el don de la sutileza. —Henry dio otra calada a la pipa y su voz bajó una octava—. Tengo la sensación de que te has enamorado de ella y en el momento más inoportuno.

—Uno no se enamora en quince días. Puede que me guste. Pero no estoy enamorado.

—¿Acaso te has caído de un guindo? El amor no depende del tiempo. Tu cerebro de letrado está tratando de encontrar la lógica a algo que no puedes negarte a ti mismo, ¿verdad?

—¿Qué me recomiendas entonces?

—Que la saques de tu casa ya mismo. Como diría mi padre, no te dejes llevar por tus afectos. Podría ser una espía de los *tories*. Si la gente llega a enterarse... no quiero ni pensar en las consecuencias.

—La dama no tiene ningún sitio adonde ir.

—La última vez que las conté, había quince posadas en Williamsburg y sus alrededores. — Henry empezaba a sonar un poco molesto—. ¿No tiene a nadie que quiera acogerla en su hogar? ¿Ni un solo amigo?

—No que sea muy de fiar —respondió él, pensando en Cressida Shaw.

—¿Ningún pariente en ninguna otra colonia?

—No que yo sepa.

—¿Por qué no sube a bordo del *Fowey* y se une a su padre y a sus fieles *tories*?

—Su madre podría regresar de un momento a otro y ahí es donde reside su lealtad.

—Ah, la condesa. Desterrada a su país por su pluma patriótica.

—Sí, un país con el que pronto entraremos en guerra.

Henry soltó un suspiro.

—En menudo lío nos hemos metido.

Su conversación se vio interrumpida por la entrada de unos cuantos patriotas más. Al oír la atronadora voz de George Rogers Clark supo que se retrasaría aún más. Quizá podría escabullirse por la parte trasera.

Cuando se levantó de la mesa, Henry le lanzó una mirada paternal.

—Te admiro por haber acudido en su ayuda cuando nadie más lo hizo, pero ten cuidado. Y no confíes en ella demasiado pronto.



Tras esperar varias horas desde la ventana el regreso del dueño de Ty Mawr, por fin vio su paciencia recompensada. Elisabeth jamás había estado tan contenta de oír que unos cascos de caballo se acercaran. El corazón le dio un brinco, dejó a un lado el encaje que estaba bordando y apoyó las manos en el regazo. La pieza en la que estaba trabajando era complicada. Y tan oscura como el humor de Isabeau.

—Así que por fin ha llegado. —Isabeau fue corriendo hacia la ventana, con un gesto de desaprobación en la boca—. Llevamos todo el día esperando y va y llega tarde... ¿con una docena de sinvergüenzas pisándole los talones?

Elisabeth se colocó junto a la doncella y contó cinco jinetes más, cada uno cubierto por una nube oscura de polvo. Aparte de Noble, reconoció la figura inconfundible de Washington.

—Viene en buena compañía.

Pero Isabeau no la oyó porque se dirigía a la puerta para dejar entrar a la señora Tremayne con una bandeja repleta de comida. Elisabeth se apartó de la ventana de mala gana. Era la primera vez



que veía al ama de llaves cansada, como si estuviera agobiada por algo más que por unos invitados. Los deliciosos aromas de la cena llenaron la estancia. Cordero asado, queso Tintern, pasteles galeses y un generoso surtido de mantequillas y mermeladas.

Isabeau liberó a la señora Tremayne de su carga y Elisabeth se sentó en la pequeña mesa en la que solía cenar, dándole las gracias.

—Se la ve cansada, señora Tremayne. ¿No quiere sentarse un momento?

—Me temo que no puedo, *milady*. —El ama de llaves miró con nostalgia la silla más cercana—. Todavía tengo que supervisar otra cena antes de que la noche llegue a su fin. A estos patriotas les gusta comer en abundancia.

La llegada de tantos hombres al mismo tiempo debía de ser como una pequeña tormenta. A Elisabeth le picó la curiosidad y también se sintió un poco decepcionada. Le apetecía que la casa volviera a estar vacía, aunque solo fuera para estar de nuevo a solas con su anfitrión. No podía dejar de pensar en los momentos tan agradables que habían pasado juntos.

—Ty Mawr es un lugar acogedor.

—Sí, una vez lo fue. Por ahora solo hemos recibido a unos cuantos partidarios de la independencia, incluido George Rogers Clark, que acaba de regresar de los asentamientos de Kentucky.

«Los rebeldes». Elisabeth vio el brillo en los ojos de Isabeau.

—Cómo me gustaría que tuviera compañía femenina —murmuró la señora Tremayne, mirándola con compasión—. Me atrevería a decir que sería un tanto mundana con tanta charla masculina.

En cuanto el ama de llaves se marchó, Isabeau masculló entre dientes:

—¡Brea y plumas! ¿No estaremos rodeadas por asquerosos traidores?

—En efecto, brea y plumas. Aunque todos ellos son unos auténticos caballeros. Eso sí, tengo entendido que George Rogers Clark a veces es un poco bribón. —Elisabeth volvió a fijarse en la cena—. Mira, Isabeau. ¡Fresas!

La doncella agitó las manos e hizo caso omiso del plato de cristal.

—No tengo apetito. Estos hombres se reúnen como una bandada de cuervos. La guerra se acerca, lo siento en cada poro de mi piel.

—Estás haciendo una montaña de un grano de arena.

Isabeau la fulminó con la mirada y bajó la vista a la bandeja con comida.

—Me muero de hambre —continuó ella. No sabía por dónde empezar—. Y ahora, por favor, deja a un lado tus preocupaciones y ven a sentarte conmigo.

—*Non, non*. Tengo que cenar abajo con el resto de los sirvientes.

—Supongo que también con Ninian Landeg, ¿verdad? Seguro que eso es un motivo de celebración.

Isabeau se ruborizó y miró sin creérselo que Elisabeth se había servido un plato bien colmado.

—¿Pero qué es esto? Si siempre come como un gorrión.

—Debe de ser el aire del campo —pensó ella en voz alta antes de morder una fresa.

—Eso o que está tomando provisiones para el día que pasemos hambre, ¿no?

La exquisita dulzura de la fresa se tornó amarga al instante. No había pasado hambre en su

vida, pero la había visto en las calles de Williamsburg y había sido testigo de como su chef francés la aliviaba un poco al repartir las sobras del día en la puerta de su cocina.

—Dios no nos ha olvidado, Isabeau. No ha habido ninguna revolución allá arriba.

Sin embargo, sus palabras tenían un rastro de incertidumbre y sintió cómo el miedo empezaba a echar raíces en su interior.

Cuando Isabeau se marchó, la habitación quedó sumida en una bendita quietud que solo se vio interrumpida por el sonido que hacía la cortina al moverse al son de la cálida brisa litoral. Elisabeth cenó sola con la única compañía de las voces masculinas que provenían de la planta principal.



Las sensaciones que producía Ty Mawr dependían de quién estaba en ella. Esa noche exudaba poder, una dignidad silenciosa y un propósito, y no le cabía duda de que aquello se debía a los hombres que estaban reunidos bajo su techo. Unos hombres que despertaban en ella una curiosidad desmedida y una profunda admiración por estar dispuestos a arriesgar sus vidas y todo lo que amaban al enfrentarse a la Corona y que les tildaran de traidores.

Su fascinación la mantuvo pegada a la ventana del ático que le ofreció una buena vista de sus amplias espaldas y llamativos perfiles. La señora Tremayne le había dicho que los partidarios de la independencia habían estado en el estudio, pero en ese momento, cansados de estar encerrados tanto tiempo y queriendo estirar las piernas, habían salido al jardín trasero.

De todos ellos, además de Noble, el que más le intrigaba era George Washington. Tenía más de cuarenta años y era un auténtico gigante de hombros estrechos y piernas largas, cuya coleta todavía conservaba algunos mechones pelirrojos de su juventud. Jamás había visto unas manos tan grandes como las de aquel hombre.

La mayoría de esos hombres habían estado en el salón de su padre antes de convertirse en una amenaza. Pero sobre todo los había visto en el palacio del gobernador o en Williamsburg. Tanto entonces como ahora, le habían asombrado las enormes diferencias que presentaban su padre y lord Dunmore con esos patriotas amantes de la libertad. Ninguno de ellos llevaba peluca y todos vestían con ropas de buena calidad pero sin tantos colores y bordados, no solo porque allí no tenían sedas de Spitalfields u otras telas lujosas importadas de Inglaterra, sino porque sus gustos eran más sencillos. Solo uno de ellos llevaba los puños con un costoso encaje, lo que hizo que lo mirara con más detenimiento.

—Tenga cuidado, señora, u oirá algo que no deba —le advirtió Isabeau que ya había vuelto de la cena y estaba ocupada colocando las camisas interiores recién lavadas—. ¿Qué están haciendo ahora? —preguntó en un estridente susurro.

—Admirando la vista y hablando entre ellos. Están a punto de empezar a cenar.

—¿Hay alguna dama?

—No, ni una sola dama.

Isabeau se puso a remendar el dobladillo de un vestido y cantó en voz baja:

—¡Dios salve al rey! Dios salve a nuestro glorioso rey. Larga vida a nuestro noble rey. ¡Dios salve al rey! Que le haga victorioso, feliz y glorioso. Que tenga un largo reinado sobre nosotros. ¡Dios salve al rey!

Elisabeth hizo una mueca, pero la conversación que mantenían los hombres de abajo llegaba hasta ellas y eso hizo que su doncella no callara. Se planteó recordarle a Isabeau que ella era francesa y que el rey Jorge no era el suyo, pero lo dejó por imposible.

El crepúsculo fue cayendo sobre ellos, acompañado del brillo de las luciérnagas. Esa noche prometía ser larga y sabía que, por el momento, no obtendría las respuestas que necesitaba de Williamsburg. Esos patriotas estaban preocupados por asuntos mucho más apremiantes,

Antes de alejarse de la ventana, se quedó mirando un rato a Noble. Con qué rapidez había empezado a importarle.

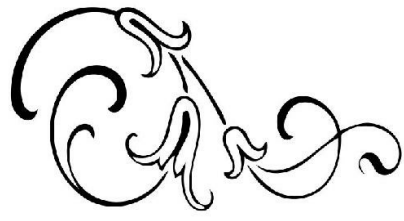
En el lapso de aquel pensamiento, él alzó la vista y sus miradas se encontraron sobre el tejado de pizarra y la hierba del jardín de color esmeralda. Fue un momento tan intenso, que tuvo la sensación de que si él hubiera extendido la mano, habría podido tocarla. Una idea que hizo que sonriera encantada y se inclinara sobre el cristal, con las manos apoyadas en el alféizar. Entonces contuvo el aliento.

Aquello era muy peligroso.

Se volvió y se reprendió a sí misma. Aquel no era el momento adecuado para flirtear. Para mostrarse coqueta. En un mundo donde todo parecía estar desmoronándose, debía mantener los pies en la tierra. Tenía que ser... Liberty.

Libre. Emprendedora. Independiente. No deberle nada a nadie.

Tenía que cambiarse el nombre. Desde esa noche en adelante sería conocida como Liberty Anne Lawson.



## Capítulo 11

Cuando Enid murió, Noble se planteó dejar Ty Mawr y mudarse a Ty Bryn. Pero como nunca había sido de los que se amilanaban ante la desesperanza, terminó olvidándose de la idea. Sin embargo, volvió a acordarse de ella tras la reciente visita del doctor a Elisabeth. Y en ese momento, pasada la medianoche, después de que sus compañeros patriotas se marcharan y la casa se quedara en silencio, aquel pensamiento le rondó de nuevo la cabeza.

Se recostó en su silla y se frotó los ojos con la mano, todavía irritados por lo tarde que solía acostarse últimamente, el humo de todo el tabaco que se habían fumado y la apasionada conversación que habían mantenido. Puede que a la mañana siguiente fuera cabalgando hasta Ty Bryn para ver si la casa de campo estaba en buenas condiciones para mudarse. De todas sus propiedades, Ty Bryn era a la que le tenía más cariño. Desde el fallecimiento de sus padres, la casa se había quedado vacía, lo que era una pena pues tenía unas vistas incomparables al río.

Pero ¿y si una vez terminados todos los trabajos de reparación, colocados los muebles necesarios e instalados los sirvientes suficientes, continuaba la oscuridad? ¿Qué sucedería si dejaba que el pasado continuara jugando con su cabeza y su corazón? ¿Si revivía un recuerdo y no intentaba deshacerse de él? ¿Sería capaz entonces de encontrar la paz?

Llevaba en su despacho media hora; la media hora más tranquila que había tenido en dos semanas. Los libros de contabilidad estaban abiertos, pero él solo podía fijarse en la biblioteca donde había ido Elisabeth cuando se aventuró a bajar las escaleras, poco después de que se marcharan sus invitados. Al verle allí se había ruborizado, aunque también pareció sorprendida, como si hubiera esperado que él también se hubiera ido con los demás. Luego se dio la vuelta y se marchó corriendo escaleras arriba con la luz parpadeante de la vela que llevaba. Y ahora Noble no podía olvidarse de la imagen de ella con el pelo suelto, los pies descalzos y el camisón azul claro.

Más le valía dejar de pensar en ella.

Seguro que estaba empezando a cansarse de su jaula del ático. Tal vez había bajado a por un libro. Antes se movía por Williamsburg a su antojo. Pero ahora...

Noble sabía que Elisabeth estaba deseando que le contara lo que había averiguado en la ciudad, pero él había postergado ese momento todo lo posible, reacio a transmitirle las noticias que traía.

¿O era porque creía que ella se iría de allí en cuanto se lo contara todo?

Subió las escaleras y se fue a la cama, pendiente de cualquier ruido que proviniera del ático. No oyó nada. Aunque la sola idea de tenerla durmiendo bajo su techo, justo encima de su habitación, fue suficiente para mantenerlo despierto toda la noche.



Nada más oír cantar al gallo, Noble miró el reloj de la chimenea y decidió salir a montar. Ya se reuniría después con su huésped. Montar era lo que antes le ayudaba a aclararse y le proporcionaba respuestas que jamás habría obtenido de no haber estado subido a una silla. Sí, lo que necesitaba era una buena cabalgada, siempre que pudiera mantener a raya los recuerdos sobre Enid. Empujó cada pensamiento que tenía sobre ella al rincón de su conciencia que visitaba con demasiada frecuencia

Llevaba más de un mes sin pasarse por Ty Bryn. Iba siendo hora de que atendiera sus obligaciones. Dejó los establos, decidido a no permitir que los recuerdos de su hermana lo asaltaran: aquel día ella lo había seguido montando su yegua, galopando de una manera arriesgada debido al tiempo húmedo que hacía y a pesar de las muchas advertencias que le había hecho. Si pudiera volver atrás en el tiempo, preocuparse menos por sus asuntos y más por Enid... Se habría asegurado de que su silla estuviera en mejores condiciones y aquel paseo no habría pasado de ser un incidente sin más.

Al llegar a un prado cubierto por una maraña de ramas de madreSelva, Noble saltó por encima de un muro de piedra y, después, por otro. El purasangre aterrizó con fuerza y estuvo a punto de tropezar, aunque se irguió al instante con elegancia y le llevó por el camino que conducía a Ty Bryn. La casa era bastante más pequeña que Ty Mawr, pero lo que le faltaba en grandeza lo compensaba con encanto.

Dio un tirón de riendas y guio con suavidad a su montura por el lado oeste de la casa, admirando los rosales que trepaban por una de las cuatro chimeneas. Y luego, mientras miraba el pozo que había a unos metros de la cocina, llegó a una sorprendente conclusión. Quizá Ty Bryn no estaba hecho para él sino para «ella». El calor que le produjo aquel pensamiento le llegó a todos los poros del cuerpo, como hace un buen brandi.

Ty Bryn ocupaba un lugar en su corazón que pocos bienes materiales podían igualar. Sus padres habían venido de Gales y habían pasado los últimos años de su vida entre aquellas paredes. Allí acumularon un sinfín de recuerdos felices hasta que la edad y los achaques comenzaron a gobernar sus días. El mero hecho de estar montando su caballo, bajo la fresca sombra de la casa, lo reconfortaba más que cualquier otra cosa. Tal vez Elisabeth Lawson pudiera encontrar allí la felicidad. Y tal vez él pudiera encontrar la felicidad con ella.

Cuando pasó detrás del muro norte de la casa, oyó el estridente relincho de un caballo en la parte delantera. Su montura agudizó las orejas y se detuvo en seco. Al otro lado del jardín, apareció su administrador montado sobre su ruano, con gesto de alivio.

—Señor, lleva mucho tiempo sin venir por aquí.

—He tenido que ir a Williamsburg a menudo.

—Por allí están pasando muchas cosas, ¿verdad?

—Eso me temo. ¿Cuánto nos costaría tener Ty Bryn lista para entrar a vivir?

Estuvieron hablando de los detalles. Tenían que pintar el interior y reparar el pozo. El jardín estaba un poco desatendido, pero nada que no pudiera resolverse con una buena poda. Lo más

importante era que las cocinas estaban en buenas condiciones y el establo se usaba constantemente, así que Ty Bryn estaría lista enseguida.

—Pues hagámoslo entonces —dijo Noble, dejando el resto de los detalles en manos de su administrador. Él mismo se encargaría de lidiar con *lady* Elisabeth.



Liberty caminó de un lado a otro, esperando. Llevaba toda la tarde intentando quitarse de la cabeza aquellos pensamientos obstinados. Primero se entretuvo bordando encaje, luego tomando un poco de *bara brith* y una limonada con la señora Tremayne, y ahora paseando sola por la galería de retratos, un lugar al que rara vez acudían los sirvientes. Y durante todo ese tiempo estuvo esperando el regreso de Noble.

—Es mejor que se quede en casa, *milady* —El ama de llaves trató de presentar la advertencia lo más suavemente posible—. El señor cree que es mejor que, por el momento, todos mantengamos su paradero en secreto. Me ha dicho que le comunique que se reunirá con usted más tarde y que le disculpe por el retraso.

Liberty tuvo el presentimiento de que debían de haber pasado muchas cosas durante su estancia en Williamsburg. Seguro que a esas alturas sabía algo sobre su casa y el contrato de servicio de Isabeau. Le había estado esperando del mismo modo que aguardaba que el doctor Hessel le trajera alguna noticia de su madre. Excepto que el doctor no le producía mariposas en el estómago.

Caminó por la galería y contempló obras de Gainsborough y Reynolds y retratos de los antiguos propietarios. El olor a lienzo y pintura era abrumador en aquella estancia sin ventilación. Cuando el reloj marcó las tres, se detuvo frente a un cuadro del talentoso John Singleton Copley. El pintor había dejado las colonias y se había marchado a Inglaterra poco después de pintar a Margaret Gage, la mujer del comandante en jefe del ejército británico en Norteamérica, Thomas Gage. Se rumoreaba que la duquesa, como la llamaban los oficiales de Gage, simpatizaba con la causa patriota. También era muy amiga de la condesa, la madre de Liberty.

El siguiente cuadro era el de una mujer con un vestido de terciopelo color jade. Se trataba de Enid, que se parecía un poco a su apuesto hermano. El corte del vestido y las mangas de encaje, tan parecido al que bordaba Liberty, le hicieron recordar otros tiempos. Su infancia. Las excursiones despreocupadas a la tienda de sombreros, a la panadería del Raleigh o las conferencias en la librería. Por primera vez en sus casi veintitrés años, se sintió como una anciana mirando con añoranza los placeres que no había sabido apreciar en el pasado.

«El tiempo pasa demasiado rápido... Los días y las horas pasan volando sobre nuestras cabezas, como nubes en un día ventoso para no volver jamás».

Hasta ese momento, las palabras de *La vida y opiniones del caballero Tristram Shandy* nunca habían significado mucho para ella. Se apartó del cuadro, tratando de enfocar su visión borrosa en otra cosa. No esperaba lo peor, sino lo mejor. Se negaba a interpretar que aquel retraso presagiara cosas terribles. Aunque Noble Rynallt no pudiera volver las tornas a su favor, el

Todopoderoso sí podía.

—*Lady Elisabeth* —dijo una voz con eco. La señora Tremayne tenía una forma de acercarse tan silenciosa como la de un gato—. El señor Rynallt me ha pedido que se una a él en el comedor para la cena.

¿El comedor? Por lo menos iba vestida para la ocasión. A pesar de sus protestas, Isabeau había insistido en que llevara sus mejores galas... su vestido de boda. Por desgracia, la hermosa prenda era un doloroso recordatorio de la forma en la que Miles Roth la había rechazado, pero también una de las pocas cosas que habían podido traer consigo. Intentó no hundirse en la melancolía, pero después de todos los meses que pasaron decidiendo cuál sería el atuendo adecuado para el enlace, siempre asociaría ese vestido con el frustrado día de su boda.

Hizo un gesto de asentimiento y siguió al ama de llaves, cambiando la sala de retratos por la escalera circular, para terminar en el comedor de Ty Mawr, una estancia que todavía no había visto.



Habían preparado la larga mesa de caoba y en el centro había un jarrón con peonías y rosas del jardín. Solo habían dispuesto cubiertos para dos comensales. ¿Iba a cenar con el dueño de Ty Mawr sola? Pues claro. ¿Quién más podría estar allí. Noble no iba a exhibirla delante de sus compañeros patriotas.

La tensión se le acumuló en la boca del estómago. Otra nueva barrera que superar. Jamás había comido a solas con un hombre, aparte de su padre claro estaba.

La luz de las velas parpadeaba en una caprichosa danza. Excepto por una sirvienta que colocaba dados de mantequilla en un plato con unas pinzas de plata, estaba sola en aquella estancia extraña. Unas puertas dobles que daban al pórtico y al río permanecían abiertas, haciendo que se sintiera menos encerrada, menos incómoda.

Cruzó las puertas y miró fuera, en dirección a la edificación de ladrillos que hacía de cocina de verano más allá del ala oeste, cuyas ventanas y puerta estaban abiertas de par en par. En su interior se movían de un lado a otro figuras con delantales blancos y gorros de trabajo. ¿Cómo sería estar delante de un fuego en un día tan caluroso, semana tras semana, año tras año, preparando comida que luego disfrutaban otros?

No había visto ni un solo esclavo en Ty Mawr, solo criados ligados por contrato. No le cabía duda de que Noble Rynallt estaba en contra de la esclavitud. Muchos patriotas lo estaban. Aunque también había otros muchos que eran propietarios de esclavos.

«¿Cómo es posible que los gritos más fervientes en favor de la libertad se oigan de boca de los esclavistas?». Lo había leído en el *Virginia Gazette*, pero no recordaba a su autor.

La puerta detrás de ella se abrió. Con la garganta atenazada por el reparo, miró a todas partes excepto a Noble Rynallt. Se sentía demasiado expuesta con el vestido de novia y, además, era una invitada no deseada. En ese momento, lo único que quería era que le llevaran una bandeja con la



cena al ático.

—Siento haberla tenido esperando tanto tiempo —dijo él—. Mi intención era haber hablado con usted ayer.

Ella sonrió. Miles siempre la había hecho esperar. Noble Rynallt apenas llegaba unos minutos tarde.

—No estaba pendiente de la hora. En serio.

Él se acercó un poco más.

—Está usted...

Liberty esperó su opinión conteniendo el aliento.

—*Eirian*. Encantadora.

Aquello la tranquilizó e hizo que viera tanto la elección de su vestido como a su anfitrión desde un prisma diferente.

—Gracias.

Noble miró un reloj que había en un rincón lejano antes de ayudarla a sentarse con gesto elegante, como si llevaran toda una vida cenando juntos.

—Mañana vuelvo a Williamsburg y quería hablar antes con usted a solas.

Ella hizo un gesto de asentimiento, se colocó la servilleta sobre el regazo y clavó la vista en el escudo Rynallt que había en su plato. Aquello le pareció una opción más segura que el rostro serio de su anfitrión. El rico timbre de la voz de Noble, con el que se iba familiarizando poco a poco, ahora sonaba cuidadosamente medido.

¿Siempre se tomaba su tiempo para hablar? ¿Y siempre era tan considerado? Empezó a sentirse un poco nerviosa. Estaba acostumbrada a los repentinos arrebatos de su padre, a su hosquedad que podía durar días y días.

Noble le lanzó una mirada rápida.

—Sé que debe de resultarle difícil enterarse de lo que ha pasado por boca de otro. Pero también es justo que sepa cómo andan las cosas.

A Liberty se le aceleró el pulso.

—¿Entonces tiene noticias de mi padre... y de lord Dunmore?

—Sí. Siguen a bordo del *Fowey*. Ahora lo llaman la sede del gobierno y desde allí envían mensajes a la antigua Cámara de los Burgueses. —El tono de Noble le dijo que no debían de estar haciendo muchos progresos—. Por lo que a nosotros respecta, lord Dunmore ha renunciado a su cargo. Hemos investido un comité de seguridad con poderes legislativos y nos hemos convertido en la Asamblea General de Virginia.

Con la mirada aún baja, hizo la pregunta obvia.

—¿Entonces ya no hay vuelta atrás?

—¿A cómo estaban las cosas antes?

Liberty asintió. Una parte de sí quería que todo siguiera igual; la otra, anhelaba el cambio.

—No. No hay vuelta atrás. Solo hay una opción: seguir hacia delante.

Jugeteó con la servilleta de su regazo. No había vuelta atrás. Ni en Virginia, ni en las otras doce colonias. La Corona no permitiría que estas se salieran con la suya sin luchar. Y tanto su anfitrión, como sus compañeros patriotas, habían ayudado a poner eso en marcha. Sintió la

resolución de Noble y supo que podía confiar en que él le diera una respuesta sincera, aunque no fuera la que ella quería oír.

—¿Podrán los que están a bordo del *Fowey* regresar a Inglaterra en paz?

Noble alcanzó su copa, sobre cuyo cristal se habían formado gotas de condensación por el calor.

—Si se van sin dar problemas, sí.

Expulsó todo el aliento que había estado conteniendo en un suspiro de alivio. Después se quedaron callados mientras servían la cena y depositaban una ensalada delante de ellos. Sin embargo, en cuanto los sirvientes salieron a por el siguiente plato, reanudaron la conversación. Pinchó un trozo de lechuga con el tenedor pero no hizo ningún gesto por llevárselo a la boca.

—No es demasiado tarde para que se una a su padre... o a su madre.

«No es demasiado tarde». La incertidumbre la dejó paralizada. Ella, que apenas había tenido que tomar una decisión en su vida, ahora tenía que tomar una crucial que decidiría su futuro. Las preguntas se agolpaban en su cabeza y no tenía respuestas para ninguna de ellas.

¿Dónde estaba su madre? ¿Por qué tardaba tanto en volver? Asíó el tenedor, solo para volver a dejarlo donde estaba.

—¿Cuándo será demasiado tarde?

Noble vaciló unos segundos.

—Si no lo decide pronto, no tendrá ninguna otra opción. No podrá viajar de forma segura por el mar.

Aquellas palabras pronunciadas de forma tranquila solo subrayaron lo urgente que era que se fuera a Inglaterra, si finalmente elegía hacer eso. Pero ¿cómo podía explicarle lo que realmente quería su corazón?

Bebió un sorbo.

—Puede que Inglaterra no sea el enemigo, pero es un lugar que no conozco. Virginia es el único hogar que he tenido.

Entonces él la miró. La luz de las velas se reflejó en su cabello y Liberty percibió de nuevo algunas canas. Pero lo que la dejó completamente prendada fueron esos ardientes ojos oscuros, enmarcados en unas pestañas negras que suavizaban sus rasgos de líneas duras, dándole un aspecto tan...

Volvió a tomar el tenedor con gran esfuerzo por su parte, pero estuvo a punto de caérsele al suelo cuando le oyó decir:

—Lamentaría mucho verla partir.

¿En serio? Empezaron a picarle los ojos. Mantuvo la vista fija en el plato e intentó no parpadear con todas sus fuerzas para no derramar ninguna lágrima. Esa súbita grieta en el autocontrol de Noble fue su perdición. ¿De verdad le conmovía tanto a él verla tan... perdida? «Perdida» era la única palabra que se le ocurría. Pero, de no ser por él, estaría en la calle.

Pasaron varios minutos sin que ninguno de los dos hablara. Consiguió contener las lágrimas y se obligó a comer la deliciosa ensalada con productos de los jardines de Ty Mawr. El siguiente plato fue salmón, unas lonchas finas de jamón, patatas, remolacha *baby* y galletitas de mantequilla. Por extraño que pareciera, el silencio en el que se habían sumido era agradable, aunque parecía

estar cargado con todo lo que aún no se habían dicho.

Después de un rato, con los ojos fijos en el plato, se atrevió a preguntar:

—¿Se ha enterado de qué va a pasar con la casa de mi padre? ¿Y con mi doncella?

Noble cortó su comida con mano firme.

—Se van a confiscar y a subastar todas las propiedades de los *tories*. Todo lo que hay desde la finca del gobernador en Porto Bello hacia abajo.

Ese era un golpe que no se había esperado. Aun así, admiró su cruda honestidad. Siempre era mejor decir la verdad.

De pronto se acordó de su arpa. Ya no sería suya, sino del mejor postor. Aquello hizo que se sintiera un poco mal. Aunque intentaba controlar sus emociones, sabía que debían de estar reflejándose en su rostro.

—Lo que más me preocupa es mi doncella.

Noble alzó la vista y la miró.

—Podría adquirir su contrato de servicio forzoso y ahorrarle tanto a ella como a usted la humillación de la subasta.

Liberty sintió tal alivio que le habría gustado abrazarle.

—¿De verdad haría eso?

Noble volvió a prestar atención al plato.

—Luego su doncella podrá ir con usted, adonde quiera que vaya, o vivir aquí si así lo desea.

¿Ayudaría a la señora Tremayne? Quizá hasta podría convertirse en la doncella de la futura señora de Ty Mawr.

Si bien Isabeau no dejaba de protestar por estar allí, Liberty sabía que solo era puro teatro. A su doncella le fascinaba Ty Mawr tanto como a Cressida. Y el atento ayuda de cámara era otro aliciente más. Su mente viajó unos cuantos años al futuro y se la imaginó casada y con niños y viviendo en una casita en el campo.

—Por favor —suplicó con la voz cargada de emoción—. Haga eso por Isabeau. Y... por mí.

Noble bajó el tenedor.

—Delo por hecho.

En ese momento entraron tres sirvientes. Uno les puso café, otro se encargó de servirles los postres en pequeños cuencos de plata y el último procedió a retirar los platos vacíos. Durante la comida, apenas había mirado a su anfitrión, pero ahora se atrevió a fijarse unos instantes en él y le vio rechazar la leche y el azúcar moreno que tanto se llevaba en las colonias. Así que le gustaba el café solo. Por su parte, tomó una cucharilla y removió la leche y el azúcar en el suyo; un lujo del que pronto se vería privada.

Enseguida se hizo de noche. Una cálida brisa levantó una esquina del mantel e hizo que se cayeran algunos pétalos del aromático ramo del jarrón. Era incapaz de explicar la paz que sentía aquí, el placer casi tangible. En los últimos días, incluso la silla en la que solía sentarse se había vuelto agradablemente familiar y la vista del río James había quedado grabada de forma indeleble en su mente y en su corazón. Aunque se iría de allí pronto, jamás se olvidaría de aquel lugar.

—También podría —continuó él—, intentar asegurar algunas de sus posesiones antes de la subasta.

¿Como su arpa? Tomó un sorbo de café, deseando fervientemente pedirle eso y solo eso. No le molestaría con nada más. Si pudiera conservar su preciosa arpa...

—O usted podría... —Noble vaciló.

Liberty esperó, preparándose para lo que siguiera, fuera lo que fuese. La mano con la que sostenía la taza empezó a temblarle y decidió dejarla sobre el platillo para que no se le cayera. Pero Noble no terminó la frase.

Sus miradas se encontraron. Incluso bajo la tenue luz del crepúsculo vio la clara invitación en su apuesto rostro mientras él abandonaba su habitual reserva y suavizaba sus rasgos. Noble parecía estar esperando a que fuera ella la que terminara la oración, pero no sabía lo que se suponía que tenía que decir. El silencio se fue cargando de tensión contenida, hasta que se quedó sin aliento.

—Libby...

Abrió los ojos de par en par. «Libby». ¿De dónde había sacado eso? No «Elisabeth». Ni «*lady Elisabeth*», ni siquiera «*milady*».

—¿Libby? —repitió ella.

—Sí. —Noble se recostó en su silla. Todavía no había tocado el café—. Libby.

Lo dijo con total naturalidad, con una simplicidad memorable, incluso con un cierto grado de intimidad. Y ella sintió que podía derretirse con ese sonido.

—Nadie me ha llamado así nunca.

—Los tiempos cambian. —Noble se encogió ligeramente de hombros—. Quizá sea mejor que cambie de nombre.

Ella esbozó una sonrisa.

—Justo hace poco he decidido dejar de llamarme Elisabeth y quedarme solo con Liberty. Que acabe de llamarme Libby parece una especie de bendición divina a esa decisión.

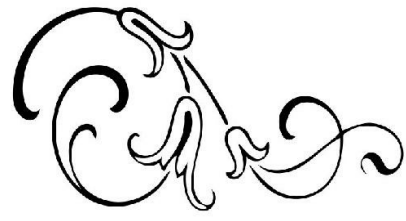
Más allá de la burbuja en la que parecían haberse sumido ambos, oyó unos pasos en el vestíbulo y supo que su interludio había llegado a su fin. Al cabo de unos segundos apareció la señora Tremayne, un tanto avergonzada por tener que interrumpirlos.

—Señor, ha venido el señor Henry. Viene de regreso de Burwell's Landing y dice que es urgente.

Liberty intentó reprimir su decepción. Noble se disculpó y abandonó el comedor. Seguro que se trataba de asuntos de patriotas. Lo que recordaba especialmente de Patrick Henry era lo mucho que su padre echaba pestes de él.

«Un cuáquero de religión, pero un auténtico demonio en política».

Iba a ser una noche larga para su anfitrión. Sería mejor que fuera a contarle a Isabeau las buenas noticias. Aunque lo que de verdad quería era seguir en aquella mesa y esperar a que él volviera y le contara lo que fuera que había querido decirle.



## Capítulo 12

**A**lguien se había preocupado de encender una lámpara. Su habitación, tan azul durante el día, adquiriría un tono plateado de noche. Liberty cerró la puerta con suavidad y dejó que su mente vagara, sorprendida por no haber dedicado ni un solo pensamiento hasta ese momento a la habitación de Noble. ¿Estaba justo debajo de la de ella, en la segunda planta? ¿O en una parte completamente diferente de la casa?

Miró a través de la puerta abierta del vestidor adyacente, donde dormía Isabeau, y lo encontró vacío. No quería quedarse a solas con aquellos pensamientos confusos, intentando comprender qué había pasado en el comedor, porque simplemente no tenía sentido.

«Libby».

Se llevó una mano a la mejilla y se dio cuenta de que la tenía muy caliente. Su piel pálida siempre había sido un buen indicador de sus emociones. Y esa noche no iba a ser la excepción. Puede que la ausencia de su doncella al final fuera una bendición. Isabeau solo necesitaría mirarla una vez para darse cuenta de que lo que había pasado abajo había sido algo más que una cena.

Abrió una ventana, se sentó en el amplio alféizar y dejó que el aire de la noche la refrescara. Eran las diez. Los sirvientes estaban terminando sus quehaceres. Podía oír sus pasos en la planta de abajo. Intentó pensar en algo, cualquier cosa que no fuera en el hombre que en ese momento estaba en el estudio con Noble. Pero su mente no hacía otra cosa que cavilar sobre las circunstancias en las que se encontraba.

«Señor, ¿qué me aguarda ahí fuera?».

A su espalda, oyó el sonido de la puerta al abrirse. Instantes después entraba Isabeau con una expresión ridículamente contrita.

—Señora, ¿lleva aquí mucho tiempo?

—Solo unos minutos.

—¿Quién ha encendido la lámpara.

—Probablemente la señora Tremayne. Siéntate, por favor. Tengo buenas noticias.

—Sobre su *mere* y su padre.

—Sobre ti. —Liberty señaló una silla que tenía al lado mientras se preguntaba por dónde empezar. Noble siempre iba directo al grano, así que decidió hacer lo mismo—. Isabeau, ya no estás legalmente vinculada a mí. Las cosas han cambiado. El señor Rynallt se ha ofrecido a hacerse cargo de tu contrato de servicio forzoso.

—*¡Aidez moi!* —Isabeau se mostró tan estupefacta que Liberty fue incapaz de discernir si estaba feliz o consternada—. Pero no la dejaré...

—Me temo que no tienes elección. —Liberty intentó ser lo más amable posible, pero completamente franca—. Nuestro anfitrión me acaba de informar de que todas las propiedades

*tories* serán subastadas, incluidos los sirvientes. ¿Quieres subirte a una tarima, delante de todo Williamsburg?

Isabeau se estremeció ante la idea. Ambas aborrecían las subastas.

—Te quedarás aquí, en Ty Mawr —continuó ella—. Tendrás un nuevo hogar y una nueva vida.

—Todo eso está muy bien. ¿Pero y usted?

El tono de súplica de su doncella hizo que estuviera a punto de perder su resolución.

—He estado pensando en qué puedo hacer para lograr ser independiente.

—¿Independiente? —La conmoción de Isabeau puso de relieve lo inaudito del plan.

—Sí. —Le guiñó un ojo a Isabeau, aunque solo consiguió ponerla más nerviosa—. Valerme por mí misma. Ser independiente. Pero no te contaré mi plan hasta que no se lo comente al señor Rynallt.

—Señora, ¿se ha vuelto *fou*?

—¿Loca? Tal vez. Y otra cosa más. Ya no me llamarás *lady* Elisabeth, sino Liberty. Ahora vete a la cama. No pasa nada. —Se puso una mano en el corpiño, consciente de que el vestido se abrochaba por delante y no por detrás, una ventaja que no había planeado—. Tengo algo que leer... y una carta que escribir.

Isabeau asintió un tanto ofendida y se fue a la sala de estar, dejando el ambiente un poco más sosegado. Liberty todavía estaba alterada por lo que había sucedido durante la cena y sus pensamientos no la dejaban descansar en paz. Ni siquiera lo consiguieron sus oraciones favoritas de su libro anglicano, lo que hizo que se preguntara qué era lo que usaban en esos casos los presbiterianos, si es que usaban algo. Todas sus cavilaciones terminaban llevándola al mismo lugar: Noble Rynallt.

Alrededor de la medianoche oyó un violín. Henry había debido de marcharse. Aunque llevaba poco tiempo en Ty Mawr, se había dado cuenta de que Noble solo tocaba en plena noche y a un volumen muy controlado. Porque era él quien estaba tocando, ¿verdad? ¿Quién más si no? Desde luego no se trataba de un principiante.

Fue hacia el lavamanos y vertió agua en una palangana de porcelana, después la perfumó con agua de rosas y se refrescó la cara y las manos antes de secárselas. El ritual nocturno la trajo a la realidad. A continuación se quitó las horquillas y se soltó el pelo, que le cayó sobre los hombros hacia la parte baja de la espalda como si agradeciera que lo hubieran liberado de su restricción. Se lo cepilló a conciencia y volvió a recogerse en una trenza suelta. Al otro lado del espejo se vio pálida. Desconcertada.

Entonces se levantó y salió de la habitación conteniendo el aliento, temiendo que Isabeau la siguiera. Pero logró cerrar la puerta de forma sigilosa y caminó por el pulido suelo hasta el rellano. La música de abajo la arrastraba como si estuviera tirando de ella una cuerda invisible. Hasta ese momento, no había sabido a ciencia cierta dónde estaba Noble; creía que en su estudio, que ahora tenía la puerta cerrada.

Se sentó en lo alto de las escaleras, cerró los ojos y se puso a escuchar. Corelli. Haydn. Guarneri. Los conocía y le encantaban todos. Al cabo de un rato lo estaba siguiendo nota por nota, como si le estuviera acompañando con su arpa. La última pieza tuvo un tinte melancólico. «Su violín está llorando», había dicho Isabeau la primera vez que le oyó tocar, quejándose porque no

la dejaba dormir.

Noble terminó esa pieza final ralentizando las últimas notas y ella intentó imaginarse qué le había llevado a dar ese concierto nocturno. Puede que algún día tocara para ella, pero la canción que elegiría sería más alegre.



A la mañana siguiente Noble fue a los establos. El mozo había ensillado al amblador de Narragansett, que pateaba con fuerza y sacudía la cabeza como si quisiera regresar a Rhode Island.

—Es un animal excelente, señor. Se cansa un poco por el calor, pero puede recorrer un kilómetro en menos de un minuto y medio —dijo el hombre con satisfacción—. Es un gran caballo de carreras.

Noble se subió a la silla y luchó contra el temor que tanto conocía de qué le esperaba fuera de la seguridad de las puertas del establo. Se cernía sobre él como una presencia oscura, eclipsando prácticamente el placer que aquello le proporcionaba antes. Incluso se había planteado vender sus caballos y dejar de montar. Pero casi nadie iba a pie, salvo los vagabundos y los tontos.

Aunque allí nadie hablaba del accidente de Enid, era algo imposible de olvidar. Lo notaba en las expresiones cautelosas de los encargados del establo cuando pasaba por allí, como si su presencia resucitara los terribles acontecimientos de aquel día. La mayoría de quienes trabajaban allí sabían lo que había sucedido. Y sus propias alarmas internas también se encendían cuando los veía.

—Tiene compañía, señor.

El mozo señaló la entrada al establo con gesto de sorpresa y curiosidad. Noble sintió lo mismo cuando posó la mirada en Liberty. «Libby». Vestida para montar. Era imposible que pasara desapercibida. Llevaba un traje escarlata con botones dorados, los colores del ejército británico. El pequeño tricornio oscuro, idéntico al de Enid, tenía una pluma blanca que le daba un toque alegre; algo que le pareció curioso, pues él se sentía de todo menos alegre. ¿Qué más habría traído en ese baúl suyo?

Desmontó tan rápido como había montado y salió a su encuentro antes de que ella pusiera un pie en aquellos confines llenos de polvo y estiércol.

—Quería montar un con usted un rato. Yo...

—No. Nada de salir a montar. —Debió de mostrarse demasiado vehemente porque a ella se le demudó la cara—. Lo que quiero decir es que... no tenemos una montura adecuada para usted, como puede comprobar.

La joven miró a su alrededor confundida. Estaba claro que se había dado cuenta de que aquello era una mentira descarada. Había como una media docena de yeguas a ambos lados de ellos. De repente se vio asaltado por una extraña esperanza. Liberty quería montar. Con él. De no haber sido por lo de Enid...



—Está bien. Nada de montar. Supongo que debería haber preguntado primero. —Se las arregló para esbozar una sonrisa de disculpa—. Vengo a decirle que ya no es necesario que siga quedándose en esta casa. Me marcho.

¿Marcharse? Dio rienda suelta a su decepción. Se volvió y ordenó al mozo que preparara el calesín. Mientras el hombre cumplía con su tarea, Liberty susurró al caballo palabras amables, como si estuviera acostumbrada a tratar con ellos. Después, Noble la ayudó a subir al asiento acolchado y se sentó junto a ella mientras le venía otro recuerdo de Enid, más siniestro que el anterior.

Sabiendo que tenía que dejar de lado su plan de dar un paseo en solitario, dejaron el establo en medio de un sonido de cascos muy parecido al que su hermana y él habían oído en aquel aciago día. Aunque entonces amenazaban nubarrones en el cielo y hoy este aparecía completamente despejado.

Recorrieron en silencio alrededor de kilómetro y medio, atravesando los campos de Ty Mawr y los establos y pastos hasta que llegaron al punto más alto de la propiedad. Pero ella bajó la mirada y estuvo más pendiente de sus manos que de las vistas.

—Quiero que sepa cuánto le agradezco todo lo que ha hecho por mí. Y significa mucho más desde que sé el coste personal que le ha supuesto.

—¿Coste? No, nada que valga la pena mencionar. —Sintió un ramalazo de preocupación al ver que aquello era el preludio de algo más. ¿Estaría pensando irse con su padre?—. ¿Entonces ya ha tomado una decisión?

—Sabe que no puedo quedarme.

Ella le estaba mirando con una mezcla de inquietud y melancolía que caló todavía más hondo en él.

«¿De qué material endeble puede estar hecho el corazón para que uno se enamore en apenas quince días...?».

Tomó las riendas con fuerza, intentando contenerse, tratando de regresar a ese lugar dominado por la razón en el que la pasión no tenía nada que hacer.

—No tiene que tomar una decisión tan rápido. —Noble tragó saliva, su voz sonó un poco áspera—. Al menos no todavía.

—¿Se refiere a que puedo quedarme un poco más?

—Sí, si eso es lo que quiere.

La vio abrir los labios, pero transcurrieron varios segundos antes de que hablara.

—No creo que sea bueno para el propietario de Ty Mawr, un reconocido amante de la libertad, acoger a mujeres *tory* en el ático de su casa. —El intento de ella de restar importancia al asunto fracasó estrepitosamente. Ninguno de los dos sonrió.

Noble hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Tengo otro lugar en mente, una propiedad a poca distancia de aquí. Ty Bryn. Significa «casa en la colina» o «casa pequeña» en galés. Es una edificación robusta que le proporcionará intimidad y en la que podrá vivir con su madre.

—Suponiendo que mi madre regrese. —Liberty le miró como si albergara sus dudas—. Quiero contarle mi plan. Creo que hasta conseguirá que un hombre como usted se sienta orgulloso.

¿Iba a rechazar su oferta sin ni siquiera pensárselo? ¿Buscarse su propio camino? No le quedó otra que admirarla por eso.

—Adelante.

—Soy encajera. Aprendí cuando tenía cinco años después de que mi madre empezara a patrocinar a un pequeño grupo de encajeras en Williamsburg, con la esperanza de que estas fueran tan emprendedoras como las del noroeste, como las de Ipswich, en Massachusetts.

—Su madre tiene una buena visión industrial. —Recordó que Priscilla Lawson era mecenas de varias organizaciones benéficas y que incluso había ayudado a crear el asilo para pobres de Williamsburg. Además, era una firme defensora de la idea de que las mujeres fueran algo más que meras propiedades y creía que podían lograr grandes proezas.

—Tiene visión para muchas cosas, y casi todas son motivo de discordia con mi padre. Se parece un poco a la difunta señora Franklin y su oficina postal.

—¿Pero usted... encajera? —Noble miró las mangas de su traje de montar, adornadas con el encaje más impresionante que jamás había visto. No era un experto en esa materia, pero tenía que reconocer que estaba exquisitamente hecho.

—Sí, yo misma las hice. —Liberty esbozó una sonrisa que suavizó su preocupación y levantó la manga para que él pudiera verla más de cerca.

—Es muy buena. Pero eso es un oficio, ¿verdad? Como uno que haría una mujer normal y corriente.

—Sí, como yo, que de pronto me he convertido en una mujer normal sin dote, ni ningún otro medio con que el que subsistir.

Noble sopesó su respuesta. No quería destruir sus esperanzas. Solo podía imaginarse lo que diría el arrogante ex vicegobernador cuando se enterara de que su hija estaba trabajando.

—Así que se dedicará a bordar encaje para venderlo y... mantenerse.

Liberty asintió y le miró tan expectante que fue incapaz de decirle nada en contra. Por eso se quedó callado. Demasiado callado.

Ella alzó la barbilla.

—El viernes iré a Williamsburg a pedir trabajo.

El viernes. Entonces todavía tenía un poco de tiempo más para estar con ella. ¿Pero trabajar? Tal y como lo había expuesto hacía que pareciera fácil. No obstante, se permitió hacerle una advertencia.

—Supongo que es consciente de que la gente hablará de usted. Que puede que la rechacen por su apellido. Por su padre.

—No actuaré como una Lawson. Solo seré Liberty.

¿Tanto le gustaba aquel nombre?

—Me vestiré de forma sencilla y me quedaré en mis habitaciones —continuó ella.

—¿Qué estarán dónde?

—Puede que en una posada de Williamsburg. También puedo encargarme de remiendos, arreglos y cosas por el estilo.

Su plan hacía aguas y él quería protegerla de lo que le esperaba. Avisarla. Prevenirla. Cuidar de ella.

Casarse con ella.

—Antes de que lleve a cabo su... —Evitó decir la palabra «precipitado»... plan, le recomiendo que suba a bordo del *Fowey* y hable con su padre.

—¿Con mi padre? ¿Por qué?

Era la primera vez que detectaba repulsión, incluso un toque de amargura en su tono. No sería él quien defendiera al conde de Stirling, pero tampoco quería que Liberty terminara arrepintiéndose de nada.

—Considérelo como un medio para lograr un fin. Se encuentra con él y tratan de entenderse. Eso puede tener dos resultados: decide que le conviene ir con él o decide seguir su propio camino en Williamsburg.

Ella frunció el ceño, tan decepcionada por oír esas palabras como él por pronunciarlas. En realidad era una sugerencia nefasta.

—Muy bien. —Liberty volvió a asentir y la pluma de su tricornio se movió al son del vaivén—. No me hago ilusiones sobre cómo irá esa conversación, pero estoy dispuesta a seguir su consejo. Iré a verle el viernes.

Ahora fue él el que asintió mientras consideraba todas las consecuencias posibles. Puede que no volviera a verla una vez dejara Ty Mawr. Lawson era más que capaz de secuestrar a su propia hija o ponerle muy difícil que abandonara el barco. Y *lady* Charlotte y las niñas le supondrían una gran tentación. Bien podían pedirle que regresara a Inglaterra con ellos.

—Lo mejor que podría pasar es que lord Dunmore regresara al palacio del gobernador y que mi padre volviera con mi madre y conmigo a casa. Pero sé que es imposible que eso suceda.

¿Era tan realista como aventurera y soñadora?

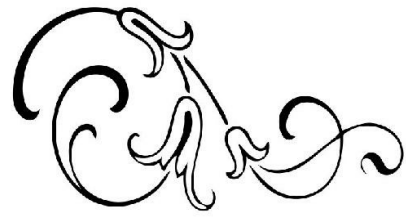
—Sí. Es imposible.

Sus miradas se encontraron un instante y él detectó una aceptación resignada en sus ojos. Liberty no había dicho nada sobre arreglar las cosas con Miles Roth, y eso hacía que la valorara aún más.

—Puede usar mi carruaje. Llévase a su doncella cuando vaya a reunirse con su padre. Puedo acompañarla como escolta.

—No, ni Isabeau ni usted vendrán conmigo. Ahora es su sirvienta, no la mía. Iré sola.

Sola. Para enfrentarse a su padre, el azote de Virginia. Desde luego tenía mucha más fortaleza de la que él había creído.



## Capítulo 13

Incluso la luz del sol y el ajeteo del verano eran incapaces de ocultar la tosquedad de York. Quizá fuera peor por el hecho de que ya no tenía a Isabeau a su lado. Una doncella siempre proporcionaba más seguridad, sobre todo en un puerto marítimo como aquel, aunque el esplendor del carruaje Rynallt bastaba por sí solo para mantener a raya a la mayoría de los alborotadores. El vehículo atravesó las concurridas calles con la eficiencia de una bala de cañón, despejando todo a su paso. Lo conducía Dougray, un joven al que había visto en los establos de Ty Mawr; un fornido cochero que, según él mismo decía, había empuñado el látigo con algo más que caballos. El único escocés en un mar de sirvientes galeses, que en ese momento iba sentado en el pescante con el ceño fruncido; no sabía si por el sofocante calor o por la chusma que se iban encontrando.

Si no hubiera actuado tan deprisa, habría perdido el coraje para ir hasta allí. La señora Tremayne había enviado un mensaje a los establos mientras Isabeau la ayudaba a vestirse. Liberty no había mencionado nada sobre su regreso. No sabía dónde dormiría esa noche, pero sí que no sería en Ty Mawr. No involucraría más a Noble Rynallt en la caída de los Lawson.

El carruaje se detuvo en seco. Se preparó para la dura prueba y estuvo a punto de hacer una mueca de dolor cuando la voz escocesa de Dougray le taladró los oídos. Estaba discutiendo con alguien, ¿pero de qué? ¿Intentaba acercarse un poco más al final del muelle, donde estaba atracado el *Fowey*? Había soldados ingleses por todas partes. Lo más seguro es que la registraran de la cabeza a los pies. ¿Se había atrevido a llegar tan lejos para que ahora no la dejaran pasar?

Justo cuando terminó de pensar en aquello, la puerta se abrió de golpe.

Dougray estaba casi gruñendo.

—Como le pongas un dedo encima a la dama vas a morder tanto el polvo que la casaca se te va a volver gris.

Un hombre vestido de rojo se asomó en el interior del coche, aplastando el penacho del casco contra la puerta. ¿Se trataba de un dragón?

—¿Es usted *lady* Elisabeth, la hija del vicegobernador Lawson?

Se dio cuenta de que no había mencionado la palabra «ex».

—Sí, lo soy. —La respuesta que estaba tan acostumbrada a dar y que antaño había pronunciado con orgullo ahora se le atascó en la garganta. Empezó a levantarse, dispuesta a salir por si era lo que el soldado quería, pero el hombre le cerró la puerta en las narices. Instantes después, el carruaje volvía a moverse, aunque de forma mucho más lenta, como si los soldados les estuvieran escoltando.

—Ya estamos aquí, *milady* —informó Dougray desde el pescante antes de bajarse para ayudarla—. Pero no le vamos a dar las gracias a ninguno de estos hombres.

Liberty sí le dio las gracias al cochero y miró la calle principal de la ciudad antes de fijarse en el agua resplandeciente y una enorme masa de aparejos, velas y madera, tratando de asimilar el enorme tamaño del *Fowey*. No irían a enviar el rey y sus ministros un millar de naves de guerra como esa, ¿verdad? Mirara por donde mirase solo veía casacas rojas. ¿Qué posibilidades tenían Noble y los patriotas de enfrentarse a una fuerza militar como aquella?

Agradeció a Dios en silencio que el *Fowey* no hubiera fondeado más allá del puerto y tuviera que ir allí a remo. Un oficial de uniforme la saludó con una ligera inclinación de cabeza y ella intentó esbozar una sonrisa bajo el velo de encaje de su sombrero de paja. A pesar de que la rebelión se estaba gestando en todas partes, aún quedaban caballeros.

La pasarela estaba tan expuesta al sol que pudo sentir el calor a través de las finas suelas de los zapatos. Eso la distrajo del hedor a sudor, a aceite y a la carga rancia de la bodega, fuera lo que fuese. Trató de enfocar la mirada en los faldones de la casaca del oficial. No sabía dónde la conducía, solo que subieron y bajaron por escaleras estrechas y recorrieron pasillos abarrotados como si fueran ratas en un laberinto.

Al cabo de un rato, se detuvieron frente a la puerta de una cabina en algún lugar de las entrañas del barco. El oficial llamó con los nudillos e instantes después entraba en el interior y se encontraba con la calva de su padre. Estaba sentado a un escritorio situado debajo de un ojo de buey y solo se dignó a levantar la vista cuando terminó lo que hubiera estado escribiendo. Fue un minuto entero, lleno de exasperación; un retraso al que estaba acostumbrada, pero que jamás la había puesto tan furiosa como en ese momento.

Como era de esperar, la cabina estaba exquisitamente decorada. Paredes blancas con ribetes dorados, adornadas con espejos y grabados de cobre. Sobre el suntuoso escritorio descansaba un busto del rey Jorge.

—Hija —la saludó su padre sin mucha sorpresa y ni un atisbo de bienvenida, como si acabara de entrar desde el jardín de su casa y le hubiera interrumpido. Un gesto que la dejó absolutamente desconcertada.

Su padre iba impecablemente vestido, como siempre. Aunque no llevaba su habitual peluca, iba empolvado y su pañuelo al cuello estaba absolutamente immaculado. Ella, sin embargo, tenía la sensación de estar cubierta de polvo de arriba abajo y un reguero de sudor le caía por el cuello hasta la parte posterior del vestido donde le apretaba en exceso el corsé. Apenas había dormido la noche anterior y estaba agotada.

—¿Te apetece un poco de vino, Elisabeth?

Ella negó con la cabeza, tratando de no perder la compostura.

Su padre le señaló una silla.

—¿Qué te trae por aquí?

Liberty permaneció de pie.

—¿Que qué me trae por aquí? —repitió casi sin poder creérselo. El nudo que tenía en la garganta apenas le permitía hablar. Mientras le hacía frente, notó lo descontento que estaba. Sabía que ya no estaba pendiente de ella, que había vuelto a centrarse en la carta de su escritorio. Todo su lenguaje corporal indicaba que ya la había despedido, aunque no lo dijera en voz alta. ¿Ni siquiera iba a preguntarle por su madre? ¿O contarle si sabía algo de ella?

—Habla, hija, habla.

Luchó con todas sus fuerzas por no elevar el tono de voz mientras el resentimiento se iba apoderando de su corazón.

—¿Por qué saliste corriendo esa noche y me dejaste atrás?

—¿Dejarte atrás? ¿En vísperas de tu boda? —Su padre estuvo a punto de poner los ojos en blanco antes de volverse hacia la mesa y servirse un poco de madeira—. Te «dejé» para que tu prometido estuviera a la altura de las circunstancias y te rescatara...

—Lo que no hizo.

Él removió el oscuro líquido en el vaso y dio un sorbo.

—Entonces, hija, la culpa no es mía, sino suya.

«No, nunca es tuya. Jamás es tuya».

Nunca le había oído pedir perdón o reconocer que se había equivocado. El orgullo y la arrogancia eran su segunda piel y los que guiaban todas y cada una de sus acciones, pero ella había necesitado una revolución y unos cuantos kilómetros de distancia para abrir los ojos.

—Puede que Miles Roth haya roto nuestro compromiso, pero tú eres el que nos abandonó, a mi madre, tu esposa, y a mí.

—Tu madre no estaba esa noche. Además, ella siempre ha ido por libre. —Su mirada era fría como el acero. No toleraba que le llevaran la contraria—. ¿Quieres que la traiga a bordo de este barco cuando regrese, teniendo en cuenta sus ideas políticas?

—Quiero que actúes de forma honorable.

Él apuró su bebida.

—Entonces estás tan loca como ella.

—¿No sabes nada más de ella? —Su voz subió una octava—. ¿Tienes al menos constancia de que haya salido de Inglaterra? Yo...

—Ni lo sé, ni me importa —la interrumpió él.

Volvía a sentirse pequeña ante su ira. La indiferencia que estaba mostrando fue como si le propinara un bofetón en la cara.

—No me cabe la menor duda de que tenías todo esto planeado desde hace meses. Abandonarnos, deshacerte de las dos. Puede que mamá no regrese. ¿También planeaste eso?

Él la taladró con su feroz mirada.

—Puede que te lo estés imaginando.

—¿Puede? —Ahora sí se quedó sin aliento. Odió que le temblara tanto la voz—. No me estoy imaginando encontrarme sola en medio de la noche mientras unos borrachos saquean mi casa. Ni me estoy imaginando un compromiso roto o desconocer el paradero de mi madre. «Puede» que el loco seas tú, escondido en este barco custodiado por un sinnúmero de soldados cuando ni un solo patriota ha levantado las armas contra ti...

—¡Ya basta! —Dio un puñetazo sobre la mesa con tanta fuerza que volcó la botella de vino—. ¡Descarada! ¡Harías bien en recordar que no fui yo el que inició esta rebelión!

Liberty retrocedió hasta chocarse con la puerta cerrada. Luego se dio la vuelta, buscó a tientas el pomo y la abrió. El soldado que la había traído estaba esperando fuera. Pasó delante de él y salió disparada de allí, en busca de aire fresco. En cuanto llegó a cubierta, hizo caso omiso de las

miradas, tanto divertidas como toscas, que le dirigieron los innumerables hombres que allí se encontraban al verla.

Cuando alcanzó la pasarela, se cruzó con *lady* Charlotte y las niñas que venían fuertemente escoltadas. Nada más verla, *lady* Catherine y *lady* Augusta rompieron a llorar.

—Querida, Lizzy, ¿has vuelto con nosotras? —Corrieron hacia ella, rodeándola, atrayendo más atención hacia su persona—. ¿Vas a embarcar con nosotras?

Liberty las miró, al fondo tenía el feo paisaje de York, tan distinto al elegante palacio del gobernador que esas niñas habían considerado su hogar. Miró detenidamente a *lady* Charlotte; la veía especialmente pálida, con aspecto enfermizo, como cuando había estado embarazada. ¿Estaría de nuevo encinta?

Incapaz de hablar, las abrazó. Y así permanecieron todas, como una piña, hasta que sus sombreros se torcieron y el guardia que las observaba se puso colorado.

—Qué Dios os proteja a todas hasta que volvamos a encontrarnos —consiguió decir al fin. Luego se separó de ellas y atravesó la pasarela prácticamente corriendo y con los ojos llorosos hasta el carruaje Rynallt, que la esperaba en medio de la concurrida calle.

Dougray ya estaba preparado, masticando un montón de tabaco.

—¿Adónde, *milady*?

—¿A Williamsburg? —dijo mientras él le abría la portezuela,

El interior del vehículo, que de camino allí le había resultado sofocante, ahora le parecía un refugio. Sin Isabeau a su lado y con el traqueteo de las ruedas amortiguando cualquier sonido, dio rienda suelta a su sufrimiento y agotamiento.

Jamás le había hablado a su padre de ese modo. Desde pequeña, había aceptado su carácter dominante como si formara parte del orden natural de las cosas, como las leyes de Newton o la infalibilidad de la Biblia. Y había esperado lo mismo del marido que él le había elegido. Aunque estaba de acuerdo con cada una de las palabras que había pronunciado en ese barco, le dolía enormemente haberlas dicho.

Darse cuenta de que su padre la veía y la usaba como a un peón en un juego de ajedrez, para luego abandonarla cuando los movimientos no eran de su agrado, era algo que no podía entender. El poco respeto que sentía por él desapareció de un plumazo por el dolor que aquello le produjo.

Su progenitor había elegido a Miles Roth porque era un reflejo de sus propias deficiencias y ambiciones y ella habría continuado toda su vida siendo una simple marioneta. Quizá no debería lamentarse por la pérdida de un hogar y un marido que distaba mucho de ser ideal, sino arrodillarse y agradecer a Dios que hubiera puesto fin a ese patrón destructivo que había guiado su existencia.

Pero a qué coste.

Extenuada por el llanto, se quedó dormida.

Llegaron a las afueras de Williamsburg al anochecer, justo cuando los últimos rayos de sol estarían bañando el pórtico sur de Ty Mawr desde el río. Noble solía venir a menudo a la ciudad. Aquel pensamiento se abrió paso en medio de su entumecimiento, trayéndola de nuevo a la realidad. ¿Se quedaba en el Raleigh? ¿O iba a casa de su amigo George Whyte en la calle Palace? Daba igual, ella solo quería llegar a su casa.



Un lacayo bajó su baúl y Dougray se lo cargó al hombro y lo llevó hasta una puerta lateral, que encontraron cerrada.

—No puedo dejarla aquí sola, *milady*. Solo veo ventanas tapiadas y arbustos quebrados. Al señor Rynallt no le haría ninguna gracia que lo hiciera.

Liberty no dijo nada, aunque se quedó mirando la hierba del jardín destrozada por un montón de cristales rotos.

—Además —continuó quejándose el hombre—, no se puede entrar.

Ella alcanzó su bolso de mano y sacó una llave maestra.

—Isabeau la guardaba por si algún día la necesitábamos.

El cochero se frotó una ceja pelirroja. Parecía más aturdido que hacía unos instantes.

—Vaya, es usted una chica lista, eso seguro. ¿Pero qué le diré al señor?

Ella soltó un suspiro.

—La verdad. Que cuando salimos de York le pedí que me trajera aquí. Eso no es ningún delito.

Dougray tomó la llave, abrió la puerta y metió el baúl. El pequeño vestíbulo estaba frío y oscuro. Le sobrevino una sensación de soledad al verlo tan vacío; jamás había estado tan vacío como en ese momento. A los sirvientes les gustaba reunirse allí al final del día, para charlar un rato o descansar de sus quehaceres, en la media docena de sillas que había esparcidas. De niña, se había sentado en suaves regazos cubiertos de delantales, comiendo dulces y algunos que otros manjares que le traían a hurtadillas de la cocina hasta que la niñera la llamaba.

—¿Está segura, *milady*?

—Por supuesto —respondió ella, aunque distaba mucho de sentirse así—. Por favor, dígame a Isabeau que no se preocupe. Y dé las gracias al señor Rynallt por haberme permitido usar su carruaje.

El cochero se despidió con una reverencia, un gesto galante que atenuó un poco su rudeza.

Una vez sola, se apoyó contra la puerta que había cerrado y lamentó durante unos segundos la decisión que había tomado. Después se dirigió despacio al corazón de la casa, tratando de acostumbrarse al silencio que en ella reinaba. ¿De verdad hacía tan poco tiempo que se había despertado allí en medio del caos más absoluto?

Su corazón la llevó hasta la sala de música. Allí, entre las sombras, estaba su arpa. Su laúd roto. Pasó con cuidado por encima de los cristales rotos y los muebles tirados, se hizo con un taburete y levantó las manos para tocar como había hecho en innumerables ocasiones. Un pasaje de la Biblia acudió a su mente como una melodía:

«Mi arpa está afinada para el duelo, mi flauta acompaña a los que lloran».

Bajó las manos a los costados como si fueran alas rotas. Se quedó allí sentada, recordando la música del pasado, rezando para encontrar la forma de poder conservar al menos uno de sus instrumentos. Pero sabía que no podría ser el arpa; era demasiado grande y difícil de manejar, a pesar de que la había llevado a un sinfín de conciertos y veladas en el palacio.

El laúd tenía más posibilidades. Aunque había sufrido daños importantes, quizá pudiera arreglarlo el lutier de Williamsburg. Lo recogió y sintió una inmensa alegría al notar de nuevo su poco peso y sus líneas elegantes. Lo sostuvo contra su pecho y continuó caminando por la casa, en busca de cualquier otra cosa de valor lo suficientemente pequeña para venderla en el mercado.

Enseguida se dio cuenta de que no podía quedarse allí más de una noche. No estaba asustada, pero no tenía luz y apenas podría hacer nada sin un fuego o una vela que iluminara su dormitorio. Además, había algo más que no podía expresar con palabras y que la animaba a marcharse de allí: un profundo vacío que al final logró que saliera corriendo por el callejón de detrás de la casa.

Su hermoso y adorado Williamsburg le era al mismo tiempo reconfortante y dolorosamente extraño. Los jardines, las puertas, los establos y las dependencias en aquellas calles no habían cambiado. Pero ella sí había cambiado. Ya no era bienvenida allí. No vivía allí. No era más que una marginada.

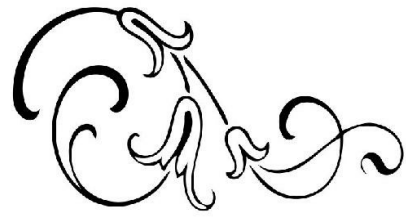
Hasta hacía poco, todos habían sido leales a la Corona. Ahora la *Gazette*, antaño un reconocido periódico *tory*, estaba publicando los nombres de personas que expresaban su apoyo a Inglaterra y los bienes ingleses. ¿Por qué? Se frotó las sienes. No entendía aquella lucha si a uno no se le permitía tener un pensamiento «independiente» al del resto.

Cuando el anochecer dio paso a la oscuridad apretó el paso. A medida que avanzaba a toda prisa, el dobladillo de su falda empezó a llenarse de polvo y le molestó el sombrero. Procuró caminar entre las sombras por si se acercaba algún jinete o carruaje. Pocos lo hicieron. La vida nocturna de la ciudad se desarrollaba más en el centro, entre el Raleigh y otras posadas. Al pasar al lado de Palace Green, procuró no mirar el largo camino de árboles que conducían a la residencia real. Estaba tan oscuro y vacío como sus pensamientos. Intentó no ahogarse en aquella sensación de soledad, no pensar en Noble Rynallt, donde quiera que estuviera.

Se sintió un poco culpable por haber abandonado su casa con tanta prisa. Había muchas cosas que no tenía claras, pero sí sabía que no debían relacionarle con ella. Sin embargo, no podía dejar de pensar en la conversación que habían mantenido. Noble le había pedido que se quedara en Ty Mawr, pero tenía la sensación de que detrás de esa oferta había algo más que una simple amistad. ¿O solo eran imaginaciones suyas porque anhelaba sentirse segura en algún sitio, tener un hogar?

Era curioso que, incluso en ese momento, el dolor por algo más la siguiera acechando en el crepúsculo. Todas las emociones que había contenido con tanto cuidado las dos semanas que había pasado con él parecían amplificarse. Estaban a punto de sucederle un montón de cosas, todas ellas un tanto drásticas.

Tendría un nuevo nombre. Una nueva casa. Y una nueva vida.



## Capítulo 14

Miles Roth estaba ocupado jugándose su fortuna. Todo el mundo en el Raleigh lo sabía. La única pregunta era quién se quedaría con el mejor pedazo del pastel cuando acabara la noche. Las apuestas eran muy altas y los jugadores estaban borrachos, sobre todo Miles. Noble lo estaba observando desde el otro lado de la sala llena de humo y se alegró de que los padres de su primo no estuvieran allí para ver cómo su hijo dilapidaba su legado y de que no tuviera una esposa a la que arrastrara con él a la cárcel por deudas. El movimiento de los cubiletes con los dados dentro recordaba al sonido que haría un recipiente que se agitara cargado de huesos de hombres muertos. Nunca le había dado por jugar o ahogar sus penas en el alcohol, aunque en los últimos tiempos había tenido razones más que suficientes. Su primo había debido de recibir también la porción de malos hábitos que él no tenía. Aunque antes había intervenido (se lo había llevado a casa, había pagado alguna de sus deudas, había evitado disputas y duelos en su nombre) esta vez no movería un dedo.

Estaba en el vestíbulo de la taberna con Patrick Henry, esperando a que Jefferson y Washington bajaran de sus habitaciones. De pronto, Henry le dio un codazo.

—¿Así que por fin has decidido dejar que se las arregle solo?

Noble no respondió y continuó mirando las escaleras, donde continuaban reuniéndose más patriotas.

Pero Henry insistió.

—¿Sabes? Si conseguimos canalizar la energía que Roth malgasta, junto con sus finanzas, en nuestro beneficio, podríamos ganar esta revolución.

—A veces un hombre tiene que tocar fondo antes de seguir el camino correcto.

—En efecto. —Henry dejó de estar pendiente de Miles y de la creciente tensión en el juego y se aclaró la garganta—. ¿Y cómo se encuentra la encantadora *lady* Elisabeth?

—Ahora es *lady* Liberty. —Noble se quitó el sombrero y lo colgó en un gancho que tenía cerca—. Se ha ido.

—¿Cómo dices?

Noble se volvió hacia él y se alegró al instante de no haber dado un sorbo a su cerveza, pues habría tenido que escupirla de risa por la cara que se le había quedado a Henry.

—Que se ha ido. Ya no está en Ty Mawr.

—¡Ya lo sé! ¡Te he oído perfectamente la primera vez que lo has dicho! ¿Pero adónde se ha ido?

—A York, a ver a su padre.

—Qué alivio —reconoció Henry—. Temía que terminara haciéndote perder la razón. Esperemos que esto solo se quede en una anécdota del pasado. Esa relación que te traías con ella

no era propia de ti. Siempre has sido un hombre que piensa mucho las cosas, que demuestra buen juicio, el último en arriesgarse de esa manera.

—Corro el riesgo de que me ahorquen por traición a la Corona. Cualquier otro «riesgo» es una nimiedad comparado con eso.

Henry se rio por lo bajo, pero volvió a ponerse serio de inmediato.

—No necesito recordártelo. Como bien dijo Franklin, todos debemos permanecer unidos o terminarán colgándonos por separado. —Puso gesto de disgusto cuando volvió a mirar a Roth al otro lado de la sala—. Puede que la dama al final se reconcilie con ese granuja.

—No, ya no cabe esa posibilidad.

—Entonces debo felicitarte por haber evitado un matrimonio desastroso.

—No está en mis planes casarme con nadie —dijo él con menos convicción de la que le hubiera gustado, aunque sin dejar de dar vueltas a un pensamiento recurrente—. No dejaré ninguna viuda si estalla la guerra.

—Me alegra oírlo. Puede que haya una buena cantidad de ellas cuando todo esto acabe. —Henry había empezado a sudar, así que se aflojó un poco el pañuelo de cuello—. Aunque tengo que reconocer que *lady* Elisa... Liberty, como la llamas, es un hermoso ejemplar femenino, a pesar de ser *tory* y haber perdido su dote.

Noble hizo un gesto de asentimiento.

—Si me fuera el juego, apostarí a que la encuentras tan atractiva como yo.

—Espero que no, por el bien de la futura señora Henry —replicó el otro hombre, guiñándole un ojo.



Liberty se despertó con todo el cuerpo dolorido por lo incómoda que había dormido y con el olor de los panecillos de Pascua que desprendía el aire. ¿Cómo los había llamado la señora Tremayne? ¿*Byns* y *Grog*? Con un aroma tan delicioso, la panadería más próxima no necesitaba ningún letrero sobre la puerta. En el momento en que empezó a moverse le sonó el estómago de un modo nada elegante. Tendría que haberse traído algo de Ty Mawr, alguna manzana o una galleta. No podía permitirse el lujo de gastar los pocos centavos que tenía en el bolso, ni siquiera para pagar por un bollito.

A su mente los olores que salían de la cocina de su casa, con todas esas especias y dulces. Siempre había tenido a su disposición todo lo que quisiera. El vacío en su interior se hizo aún más grande. Había pasado la noche lejos del único hogar que había conocido y al final se había quedado dormida en un rincón de los jardines del palacio que pocas personas conocían, excepto las hijas de *lady* Charlotte y ella: una pequeña glorieta cubierta de una madreSelva tan fragante como oculta. Se había levantado con algunas picaduras de insectos, pero aparte de eso, detestaba tener que salir de allí y ponerse en marcha.

Media hora más tarde, estaba de vuelta en su casa, de pie frente a un espejo de cuerpo entero

de su vestidor, mirando satisfecha su reflejo. Sin Isabeau le había resultado casi imposible ponerse la ropa interior. Al final había encontrado un corsé que se abrochaba por delante y un vestido sin muchos enganches. Era una prenda de muselina a rayas, la más sencilla que tenía. Le había quitado los puños de encaje y el pañuelo de gasa para que pareciera todavía más humilde. Después se había puesto un delantal de batista, adornado con un encaje que ella misma había hecho y se había recogido el cabello en un moño apretado, sin bucles complicados. En realidad no parecía ella. Para completar el atuendo, había quitado las violetas y lazos del sombrero que Isabeau llamaba «gorro de lechera» antes de atarse las cintas a la barbilla para evitar los estragos del siempre presente viento de Williamsburg.

Era un día de mercado y no podía perder el tiempo. El pulso le latía como las alas de un colibrí. Dejó a un lado todos sus miedos, se colgó una cesta del brazo y se dirigió al corazón de la ciudad vestida como una trabajadora cualquiera. Buscaría empleo en las muchas posadas que había a lo largo de la localidad, excepto en el Raleigh.

Chowning era la primera de su lista porque estaba lo suficientemente lejos de la calle Duque de Gloucester y del Raleigh. Entraría por la puerta trasera para una mayor discreción. Pero a medida que se acercaba al lugar, recordó que su padre le había dicho en una ocasión que Chowning era más una taberna de juego que otra cosa. Quizá sería mejor que pasara de largo.

Ahora que formaba parte de la multitud que abarrotaba el mercado, miró a su alrededor disimuladamente, rezando por no cruzarse con nadie que la conociera. Seguro que Noble Rynallt estaba en alguna parte de la ciudad. La idea le produjo una extraña calidez en su interior, aunque también hizo que se anduviera con cuidado.

«Dios mío, que nadie se fije en mí».

Pero en el fondo quería que la vieran. Que volvieran a rescatarla. Todas las implicaciones que tenía su decisión de valerse por sí misma se vinieron abajo, persiguiendo sus polvorientos pasos. Aunque había formado parte de Williamsburg desde su nacimiento, ahora se sentía lejos de la vida de la ciudad. Incluso con su padre lejos de allí, que no tenía modo de enterarse de lo que estaba a punto de hacer, supo lo enfadado que estaría si en algún momento llegaba a estar al tanto. Y ese conocimiento ensombreció cada paso que daba. Siempre le había prohibido relacionarse con la chusma, como él los llamaba.

Los días que había mercado la zona era puro bullicio y estaba llena de gente. La novedad de todo lo que estaba experimentando, junto con su nueva identidad, la impulsaban a entretenerse con cualquier cosa. Se paró a contemplar una función de títeres y estuvo a punto de olvidarse del objetivo que la había llevado allí. El pequeño escenario a la sombra de un roble enorme estaba situado en un lugar de lo más estratégico y los famosos muñecos de cachiporra Punch y Judy se burlaban del rey.

Cuando reanudó el paso, un transeúnte se chocó con ella y casi tiró la canasta. Isabeau la había advertido a menudo sobre los carteristas, pero quien la robara hoy se iba a llevar una gran decepción.

Decidió dirigirse hacia el King's Arms, un establecimiento más respetable situado frente al Raleigh. A medida que se acercaba, bajó la mirada. Varios hombres que se encontraban en la entrada se quitaron los sombreros cuando la vieron. La recibió una sirvienta que la llevó a un

pequeño despacho situado en la parte trasera de la posada, donde esperó ansiosa. El discurso que tan cuidadosamente había preparado se le fue olvidando mientras otras distracciones ocupaban su atención. El olor a alcohol, tabaco y pescado frito se colaron en la diminuta estancia, agravando las quejas de su estómago demasiado vacío.

Cuando por fin apareció Jane Vöbe, la dueña del local, Liberty apoyó una mano en el respaldo de una silla para mantener el equilibrio.

—¿Qué te trae por aquí? —La mujer, que venía con el ceño fruncido, colocó su voluminosa figura detrás del abarrotado escritorio y le señaló una silla.

Liberty casi suspiró de alivio y se sentó, con la canasta en el regazo.

—He venido a buscar trabajo.

Jane la escrutó con sus ojos verdes.

—¿Trabajo? ¿De qué tipo?

Liberty reprimió la creciente vergüenza que empezaba a sentir e intentó mostrar toda la determinación que pudo.

—Coser. Zurcir.

—¿Para mis clientes?

—Sí. También soy encajera. —Liberty abrió la canasta y sacó una muestra de puños, pañuelos e incluso medias bordadas.

Jane se levantó y los observó más de cerca, examinándolos con sus manos ásperas y regordetas y emitiendo sonidos que indicaban que le gustaba lo que estaba viendo.

—Esto es demasiado sofisticado para mi clientela. Prueba en el Raleigh, puede que tengas más suerte allí. ¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Liberty.

—¿Conque Liberty? Como la hija de lord Stirling, ¿verdad? —Jane volvió a tomar asiento. Cayó sobre la silla con tal fuerza que su ancho cuerpo tembló como un flan—. ¿Por qué una dama como tú busca trabajo en una posada? ¿Por qué no te haces institutriz o dama de compañía? ¿Algo más acorde con tu clase?

—Porque —empezó lentamente y con convicción— recé... y esta fue la respuesta que recibí.

La mujer suavizó su astuta mirada.

—No puedo darte trabajo, pero sí un buen plato de comida. Pareces necesitarlo con urgencia.

—No, gracias. No la molestaré más. —Metió sus labores en la canasta, se puso de pie... y la estancia empezó a darle vueltas. Fue hacia la puerta y agarró el pomo en un frágil intento de mantenerse erguida.

Jane acudió en su ayuda y la llevó de regreso a la silla que acababa de abandonar.

—Creo que un plato de huevos y salchichas será suficiente. O eso o te llevo directa al boticario.

—Pero no puedo pagarle...

—No te cobraré nada.

Liberty aceptó resignada y se sorprendió de la velocidad con la que podían servir allí un desayuno. En cuanto Jane tocó una campana, apareció una sirvienta que se marchó a los pocos segundos y regresó enseguida con una gran bandeja con algo más que huevos y salchichas. Pudo

ver un cuenco con galletas y un tazón con patatas que competía en cantidad con otro con sémola que goteaba mantequilla. También le colocaron una taza de café con una pequeña jarra de leche, pero sin azúcar.

Jane sacó un plato y le dio un tenedor.

—Sé que estás hambrienta, así que no espero que comas como una dama. Ponte a ello ya.

Liberty obedeció al instante. Con cada bocado sentía como se le ensanchaba el corsé. Jane no dejó de mirarla en todo momento; por lo visto le preocupaba bastante su actual situación.

—¿Dónde vas a ir después?

—Al Christiana Campbell.

—Eres demasiado elegante para esa taberna. ¿Por qué no al Raleigh?

Liberty bajó el tenedor, no se atrevía a mirar los ojos curiosos de Jane.

—Es un bastión patriota. Allí solo sería el hazmerreír de todos.

Jane soltó un suspiro y se llevó las manos a los rizos rojos que le sobresalían del gorro en un infructuoso intento por dominarlos.

—El dueño, James Southall, es un caballero cristiano que bien podría necesitar una costurera o encajera. Suele enviar una considerable cantidad de camisas a un sastre de la calle, que está desbordado de trabajo, y a Margaret Hunter, que está diciendo que quiere marcharse de aquí. Además, sus clientes son de tu misma clase social.

Liberty estuvo a punto de estremecerse.

—Esa es otra de las razones por las que no puedo ir allí.

—Por orgullo, ¿verdad?

Liberty aceptó aquel reproche con una inclinación de cabeza.

—Tal vez.

—Bueno, si yo fuera tú, iría enseguida a verle antes de que los burgueses... o los delegados como ahora los llaman, terminen su sesión. Se rumorea que van a estar ocupados hasta esta noche con asuntos serios; algo sobre tomar las armas. Tiene toda la pinta de considerarse una traición, pero estoy tan cansada del rey como los demás.

Y Noble Rynallt estaba en medio de todo.

Cuando terminó de tomarse la última miga de galletas, dio las gracias a Jane de corazón y salió por la puerta trasera, pero en vez de dirigirse a la derecha, se fue hacia la izquierda. Y mientras lo hacía no pudo evitar preguntarse si Jane la estaría viendo desde la ventana.

Luego cruzó la calle en dirección al fabricante de sombreros, evitando en todo momento los coches y carruajes. Se encontró con rostros conocidos, pero se limitó a bajar la cabeza y a rezar porque su sencillo atuendo ocultara su identidad. Por suerte, la modista experta en estilo mantua estaba dentro y salió de la parte trasera en cuanto sonó el tintineo de la puerta de entrada. Durante unos segundos, Liberty pensó que su disfraz era demasiado creíble ya que Margaret no dio ninguna señal de reconocerla.

—Soy yo, Margaret, Elisabeth.

—¿*Milady*? —A la modista estuvo a punto de desencajarse la mandíbula. Buscó las lentes que tenía sobre el mostrador, se las puso y la miró detenidamente—. ¿*Lady* Elisabeth? Había oído que estaba a bordo del *Fowey*, con su padre.



Liberty tardó unos minutos en ponerla al corriente de la verdadera historia y Margaret se quedó completamente horrorizada.

—Pero no puede estar hablando en serio cuando dice que se va a poner a trabajar, ¿verdad? Sí, sus bordados y encajes son excepcionales, incluso para mis altos estándares, pero como una mera moza de taberna...

—No voy a dedicarme a «ese» trabajo. Solo seré una encajera y costurera. No estaré en ningún lugar público, sino fuera de la vista de todos, cosiendo y dedicándome a mis labores de encaje.

Margaret se sentó en un taburete detrás del mostrador y puso gesto resignado.

—Todo este asunto de la rebelión es demasiado para mí. Deberías saber que estoy pensando en cerrar la tienda y mudarme a la casa de mi padre, en Charles Town. Con toda esta agitación, el negocio no está yendo bien últimamente. —Miró con tristeza los estantes vacíos que una vez estuvieron llenos—. Si te soy sincera, la generosidad de tu familia es lo que me ha mantenido a flote hasta ahora. Independientemente de sus creencias políticas, tu padre no escatimó en gastos para los guardarropas de tu madre y los tuyos. Sin duda mi partida te ayudará a encontrar trabajo.

—Pero Williamsburg necesita una experta en mantua. Yo apenas sé nada.

—Ya hay otra modista experta en mantua que también hace sombreros que ha abierto una tienda en esta misma calle. Por lo visto nadie es indispensable en este mundo.

«Nadie». Ni el padre de Liberty. Ni lord Dunmore. Ni siquiera el rey Jorge. En ese momento los políticos estaban reuniéndose, cambiando títulos y posesiones. Virginia ya no tenía una Cámara de los Burgueses, sino una Cámara de Delegados. Una denominación que ahora resultaba rara pero que, con el tiempo, sería normal.

—Será mejor que me vaya —dijo por fin Liberty, colgándose de nuevo la canasta. Aunque ya no tenía hambre, seguía preocupada y nerviosa por su situación actual. En ese instante lo único que deseaba era viajar atrás en el tiempo y volver a ser la muchacha de alta cuna que entraba para probarse un vestido. Incluso habría dado las gracias por escuchar las reprimendas de Margaret por no comer demasiado y hacer que tuviera que ajustarle todas las prendas. Cualquier cosa con tal de no tener que ir mendigando un puesto de trabajo.

Margaret la miró con lágrimas en los ojos.

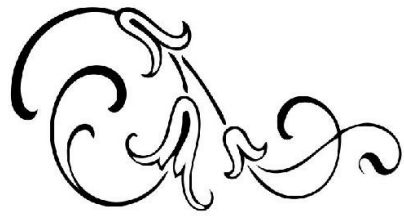
—Que Dios la bendiga, *milady*.

Poco más podía decir. Con el temor de derrumbarse si se demoraba más, Liberty salió de la tienda y tomó el callejón en dirección al Christiana Campbell.

La tarde fue transcurriendo y un posadero fue dando paso a otro hasta que ya no supo distinguirlos. Algunos la recibieron con gesto de sospecha en las caras. ¿Crearían que era una espía *tory*? Aquello le dolió. Noble tenía razón. Pero ella había rezado y esa había sido la respuesta. Si Dios la alentaba a continuar no se rendiría hasta que la hubieran rechazado en todas y cada una de las posadas de la localidad.

«¿Quién eres?», le habían preguntado todos.

Liberty, solo Liberty.



## Capítulo 15

**E**l Raleigh era su última esperanza. ¿Por qué no había seguido el consejo de Jane Vobe e ido directamente allí?

Para cuando el sol empezó a desaparecer por el oeste, brillando sobre los tejados del palacio del gobernador y de la iglesia parroquial Bruton, Liberty estaba agotada, tenía la boca seca y el cuerpo cubierto de sudor debido al calor de aquel día de verano. Aunque había nacido y se había criado en Williamsburg, hasta ese día nunca había recorrido la ciudad de arriba abajo ni visitado todos sus recovecos y rincones. Un nuevo recelo la seguía con cada paso que daba. Si algo tenía el pertenecer a la clase media (si es que ya podía contarse entre ellos) era que resultaba de lo más extenuante. Mantuvo un ojo en las calles más cercanas al capitolio porque sabía que la Asamblea podía aplazarse en cualquier momento.

Nada más entrar en la conocida taberna por una puerta lateral sintió una chispa de emoción. Era la primera vez que accedía a su interior. El pasillo con paneles de madera y pintado en un tono melón bastante agradable estaba lleno de sombras. De un perchero largo colgaban una buena cantidad de sombreros y bastones. Los preparativos para la cena estaban en pleno apogeo. Aunque no sabía dónde estaba exactamente la cocina, podía oler los deliciosos aromas. A pesar de que había comido en el establecimiento de Jane Vobe, el estómago le volvió a sonar, así que lo presionó con la mano a ver si así lo acallaba. Entonces se chocó con una muchacha que venía de frente.

—Mire por dónde va, señorita —espetó la joven, frunciendo el ceño sobre unos ojos azules que mostraban indignación—. ¿Necesita ayuda?

Roja de vergüenza, logró encontrar la voz para decir.

—Estoy aquí para ver al propietario, el señor Southall.

La muchacha miró con curiosidad la canasta que portaba y le indicó que siguiera caminando.

—Será mejor que se dé prisa. Es casi la hora y estamos esperando que llegue un buen número de patriotas.

Casi se le escapó un suspiro. Eso no iba a jugar a su favor. Si el hombre accedía a verla, podía darse por contenta. Aun así, se aferró a las palabras de Jane y rogó que el señor Southall fuera un buen cristiano. Mientras tanto, aquella insolente (no se le ocurría una manera mejor de calificar a aquella muchacha) la condujo por otro pasillo. Allí, llamó a una puerta impresionante que había detrás de una escalera.

Una voz profunda le pidió que entrara. La joven le lanzó una mirada displicente y desapareció, dejándola sola para que se presentara como era debido. Abrió la puerta y no vio a nadie. Desconcertada, se fijó en las exquisitas estanterías que iban desde el suelo hasta el techo, el elaborado escritorio enterrado bajo montones de cuadernos y libros contabilidad abiertos, varias

sillas y un sofá tapizado de brocado verde.

Desde luego parecía el estudio de todo un caballero de campo, refinado aunque cómodo, como un zapato de buena calidad pero usado, y los colores le recordaron mucho a los de Ty Mawr. La comparación le produjo una punzada de dolor. En ese momento era mejor que no acudieran a ella tales recuerdos.

Todo su coraje desapareció al instante. Se dio la vuelta para asir el pomo de la puerta y salir de allí a toda prisa, pero oyó una especie de gruñido. ¿Se trataría del señor Southall?

Se volvió de nuevo y vio a un hombre salir de detrás de una estantería que, al verla, dejó caer al suelo el papel que había estado sosteniendo. Cuando se agachó para recuperarlo, perdió la peluca, que se precipitó contra la alfombra y se convirtió en un montón de pelo postizo de color castaño. Al final, soltó un juramento, recogió la peluca y la arrojó a la chimenea sin encender antes de mirarla. Tenía que reconocer que aquel hombre mostraba un aspecto imperturbable. Tenía el rostro curtido y unos penetrantes ojos de color azul intenso. Era delgado y calvo, pero desprendía un aire de autoridad incuestionable. Recordó haber oído que había luchado en la guerra franco-india, bajo las órdenes del mismísimo lord Dunmore.

—*Lady Elisabeth*, supongo.

—Señor Southall —respondió ella con cierta sorpresa—. Ahora soy solo Liberty.

—Muy bien, señorita Liberty. Bienvenida al Raleigh.

—Gracias. —Respiró hondo—. Estoy buscando trabajo —dijo simple y llanamente con voz cansada. Colocó la canasta sobre el escritorio e hizo lo que había estado repitiendo en incontables ocasiones a lo largo de ese día. Pero se dio cuenta enseguida de que aquel hombre no se estaba fijando en su trabajo, sino que la miraba a ella directamente.

—Margaret Hunter me ha explicado cuál es su situación —informó él con tono amable—. Llevo esperándola toda la tarde.

Su melodioso acento de Virginia pareció alargar las tres últimas palabras hasta el infinito. Mientras que el orgullo y la cabezonería la habían mantenido alejada del Raleigh, él la había estado esperando. «Toda la tarde». Pues sí que empezaban bien las cosas... Se mordió la lengua para atenuar la ansiedad.

—Por favor, tome asiento y le expondré mis condiciones. —El señor Southall esperó hasta que ella se sentó en el borde del sofá. Después se cruzó de brazos y empezó—: A cambio de sus servicios se le proporcionará alojamiento y comida. Además, recibirá una cantidad justa por cada camisa que cosa o remiende. Los bordados y encajes se pagan mejor. Durante el período de sesiones, cuando las cortes se reúnen, puede que por las noches se pase más tiempo cosiendo que durmiendo. En otras épocas es más tranquilo. ¿Qué le parece?

Sintió una oleada de cariño hacia Margaret Hunter por haber intercedido en su favor, aunque también tuvo la sensación de que, como hombre de negocios que era, el señor Southall la necesitaba tanto como ella a él.

—¿Cuándo comienzo? —fue todo lo que preguntó.

—Mañana. No, espere, mañana es domingo. El lunes entonces. Aunque puede empezar a alojarse aquí desde esta misma noche. Puedo pedir que le manden comida. —Hizo una pausa y puso una cara con la que casi pareció disculparse—. Sé que no se parece a nada a lo que está

acostumbrada, pero aquí tenemos un pequeño espacio, lo que en arquitectura se conoce como un «capricho», que actualmente está vacío. Maeve se lo puede enseñar.

¿Maeve? ¿La insolente? Sintió un rechazo inmediato, pero se limitó a decir:

—Bien. Lo del «capricho» me parece... bien.

A pesar de lo incómodo del momento, el señor Southall parecía querer decir más. Ella desde luego que quería. ¿Pero cómo iba a poder condensar toda la angustia que sentía en unas cuantas palabras? Tomó una profunda bocanada de aire.

—A... a ser posible, me gustaría que nadie se enterara de mi verdadera identidad. Desearía pasar desapercibida.

Por el destello de compasión que cruzó el rostro de él supo que haría todo lo posible por respetar sus deseos.

—Siento que las circunstancias la hayan colocado en esta situación.

Un poco más animada, miró la canasta que llevaba.

—Y yo le agradezco que, dadas esas mismas circunstancias, haya sido tan justo conmigo y haya aceptado que trabaje para usted. —A pesar de su amable oferta, no estaba preparada para pasar la noche en el Raleigh. No cuando bien podía cruzarse con Noble Rynallt. Se dirigió hacia la puerta, contenta porque su terrible experiencia estuviera a punto de terminar.

¿O aquello solo era el comienzo?



Noble escuchó la lectura del borrador de la Declaración de Derechos de Virginia con los puños sobre la mesa que tenía delante. Había revisado y ayudado a redactar cada una de esas palabras y había puesto parte de su alma en ellas. Ahora, oírlas en voz alta en boca del presidente de la Cámara, haciendo eco en la sala principal del capitolio, que hasta hacía poco había sido ocupada por hombres del rey, le producía una mezcla de calor y frío. En un momento se le ponía la piel de gallina por la solemnidad de las palabras, y al siguiente comenzaba a sudar por lo audaces que eran.

Era uno de los revolucionarios más destacados. Su firma iba estampada en cada página. La Corona ahora tenía razones más que suficientes para privarle de su posición. Confiscarle Ty Mawr. Reclamar los sirvientes ligados por contrato a la propiedad. Arruinar a sus parientes. Ahorcarlo.

Se retorció nervioso en su asiento; un movimiento que captó la atención de Patrick Henry. Solía permanecer tan sereno en las sesiones que los demás delegados solían bromear diciendo que parecía una estatua. Sin embargo, durante las dos últimas horas había estado inquieto como si fuera un colegial. Se frotó la cara y, al hacerlo, notó la barba de un día y lo áspera que la tenía. Luego miró a Henry, que le observaba con un brillo de diversión en los ojos mientras el presidente terminaba la lectura.

Justo detrás de Henry, la luz del sol penetró a través de una ventana arqueada, pero se

desvaneció demasiado pronto. Llevaba dos días en la Cámara y estaba empezando a irritarse. No pasaría otra noche en el Raleigh. Necesitaba regresar a Ty Mawr. Se recostó en su asiento, soltó un gemido de protesta, se cruzó de brazos y libró otra feroz batalla con lo que solo podía describirse como deseo. Tampoco le ayudaba en nada que todas las frases le recordaran a ella.

Vida, libertad, búsqueda de la felicidad... Todo hombre debería ser libre... Dadme la libertad o dadme la muerte...

La ironía hizo que casi se le escapara una sonrisa. Luego contuvo un bostezo. La noche anterior no había podido dormir y, sin embargo, sintió una paz extraña respecto de la temeridad de las políticas que estaban poniendo en marcha. Aunque quería estar presente en los momentos clave del proceso, tenía el corazón partido en dos.

¿Cómo le habría ido a Liberty a bordo del *Fowey*? No había dejado de rezar desde que ella se había marchado en el carruaje. Ojalá pudiera retirar las palabras que había dicho, meditar un poco más el consejo que le había dado. Puede que la joven se hubiera metido de lleno en una trampa y...

—¿Qué te parece, Rynallt? —De pronto, Whyte y Henry aparecieron junto a él y le dieron unos golpecillos de entusiasmo en la espalda, lo que hizo que se viera obligado a prestar atención a la cuestión que se traían entre manos.

—Mira ahí fuera. —Whyte señaló con un dedo una ventana—. Es una multitud, sí, pero bastante agradable.

—¿No te quedas para las salvas? —preguntó Henry dándole un ligero puñetazo en las costillas—. Van a desfilan mis regimientos continentales.

—No, me necesitan en otro sitio —respondió él, poniéndose el sombrero. Reconocer aquello le produjo un enorme placer, casi tanto como ver a Liberty Lawson. A menudo se había preguntado si algún día habría alguien que volviera a necesitarlo. Que conectara con él. Al menos eso era lo que había empezado a sentir por aquella joven.

—¿Necesitarte? ¿En tu casa, quizá? Pareces un recién casado deseando ver a su esposa —bromeó Wythe.

—Sigo oyendo rumores sobre una invitada *tory* —murmuró Henry—. Puede que algunos estén cuestionando tu lealtad a nuestra causa, pero yo no soy uno de ellos.

—Que eso te sirva como prueba de que estoy contigo —repuso él, haciendo un gesto hacia los documentos que Henry llevaba en la mano.

Después se dio la vuelta, salió por las puertas dobles de la Cámara y rodeó la torreta donde tenía atado al caballo. Era cierto que allí se había reunido una multitud, pero esta tenía el ánimo festivo y alegre. Al pasar por delante de la gente, muchos le aplaudieron, agitaron banderas de Virginia y lanzaron sus sombreros al aire, lo que hizo que el pulso se le acelerara aún más. Les saludó con un gesto no muy efusivo e hizo que *Seren* virara en dirección sur. Todavía no había abandonado Palace Green y ya había puesto su montura al galope.

En dirección a Ty Mawr. A su hogar. A su casa, allí donde estaba quien mejor le hacía sentir.  
Libby.



Isabeau estaba fuera de sí. Ni siquiera el competente Dougray sabía qué hacer con una mujer angustiada. El sombrero desgastado que el cochero apretaba en sus manos empezada a deformarse, mientras miraba alternativamente a la doncella de Liberty y a Noble y les contaba las últimas noticias.

Noble se aclaró la garganta, tratando de controlarse a pesar de lo consternado que se sentía en aquel momento.

—Entonces la dama se ha ido. Pero ¿adónde?

—Primero, como ambos ya saben, se fue a ver su padre, pero aquello no terminó bien —dijo prácticamente gruñendo—. No puedo contarles qué paso puesto que no estuve allí, aunque por cómo salió, no debió de irle bien. Después de abandonar el *Fowey* nos fuimos a Williamsburg, a la casa que saquearon. *Lady* Elisabeth me dijo que me fuera y me pidió que le diera las gracias por su amabilidad.

—¿Nada más?

Noble perdió toda esperanza cuando le vio negar con la cabeza.

—Me marché de allí, aunque me quedé esperando cerca para ver qué hacía ella a continuación, pero el doctor me detuvo cuando salía de la ciudad.

—¿Hessel?

—Sí. —Dougray parecía tan disgustado como lo estaba él—. Me preguntó por ella. Quería saber dónde estaba.

¿Habría ido Hessel a rescatarla? ¿Se lo permitiría ella? Tal vez no hiciera falta salvarla. A pesar de ser una aristócrata, Libby parecía tener los pies en la tierra, al igual que su madre.

—*Oh là là!* —Isabeau seguía muerta de miedo—. Sabía que algo no iba bien cuando ayer se marchó sin decir *adieu*. Creí que volvería. ¡Pero no! ¡Y se ha llevado su baúl!

Noble la miró impasible; un gesto que no ayudó a contener la angustia de la sirvienta. Quizá, en el limitado mundo de una doncella que su baúl desapareciera era catastrófico.

Los sollozos de Isabeau llamaron la atención de la señora Tremayne que se acercó a consolarla.

—Tranquila. Seguro que vuelves a ver a tu señora antes de lo que crees. Ahora retomemos nuestros quehaceres. —El ama de llaves le rodeó los hombros y se la llevó, con lo que la calma habitual volvió a estudio de Noble.

—Hay algo más, señor —informó Dougray, apretando la mandíbula—. El *Minerva* ha atracado en el puerto y *lady* Stirling ha desembarcado. Se produjo un alboroto y se la llevaron. Lo que no tengo claro es adónde.

—¿Un alboroto?

—Un buen número de casacas rojas rodearon a la condesa cuando esta desembarcó. El puerto está controlado al milímetro, así que es imposible que cualquier barco entre o salga sin que Dunmore lo sepa o lo apruebe.

—¿Llegó a enterarse Liberty en algún momento de que su madre estaba cerca?

—No. Cuando sucedió estaba a bordo del *Fowey*, con su padre. —Dougray se puso el sombrero arrugado—. Pensé que era mejor mantenerla alejada de cualquier refriega.

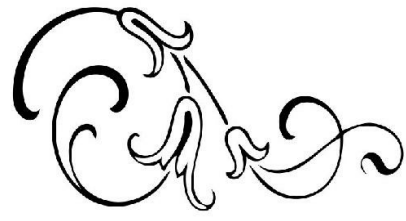
—Buena idea—. Noble alcanzó el pisapapeles redondo de su escritorio. Se trataba de un pequeño globo dorado en el que Inglaterra estaba pintada de rojo, las colonias de azul y, entre ambas, el océano.

En ese momento él mismo se sentía como un océano. El día había empezado bien pero poco a poco se había ido ensombreciendo por la ausencia de Libby y sus persistentes preguntas.

—Hiciste bien en ir a York y me alegro de que hayas vuelto sin contratiempos —continuó—. Estate atento a cualquier noticia sobre el paradero de *lady Elisabeth*. Ahora se hace llamar Liberty o Libby. Tengo un asunto pendiente con ella sobre el contrato de su doncella.

—En cuanto sepa algo se lo haré saber, señor. —Las palabras de Dougray encerraban una promesa. Era un joven inteligente. Un escocés astuto. Entre ambos lograrían dar con Libby.





## Capítulo 16

**T**ras dejar su casa, una vez más, con algunas de sus posesiones en una bolsa, Liberty alzó el rostro hacia el cielo sombrío del domingo y supo que iba a llover. Estaba tan ensimismada que apenas oyó el ruido que se produjo a su espalda, ni que alguien la estaba llamando.

—¿*Lady* Elisabeth, es usted?

Se volvió y bajó la vista hacia un deshollinador que tenía la cara completamente negra. Bajo todo ese hollín se ocultaba Jem, un muchacho al que le había dado comida un par de veces cuando había llegado a su casa mendigando pan o trabajo. Era uno de los muchos huérfanos que pululaban por la ciudad.

—Jem, ¿estás bien?

—Bastante bien, señorita. No estaba seguro de que fuera «usted» ya que siempre la he visto subida en algún carruaje elegante o sobre un caballo.

Aquello le produjo otra punzada de dolor. ¿Dónde estaban los caballos? ¿Y los vehículos?

—Ahora voy a pie a todas partes.

—Bueno, tengo noticias para «usted». Puede que no le guste oírlas pero la nave de su madre ha llegado a puerto. Cuando la condesa se enteró de lo que había pasado aquí se desmayó. Llamaron al doctor Hessel y ahora él la está buscando. También he ido a por la doncella de su madre y se lo he contado.

Liberty lo miró, intentando asimilar sus palabras. Casi había perdido la esperanza. La alegría de vivir.

—Gracias, Jem. ¿Sabes dónde pueden estar mi madre y el doctor Hessel?

—Sí. —El niño bajó la vista, haciendo que cobraran vida sus peores temores—. En el Hospital Público, señorita.

Y dicho eso, agarró su cepillo ennegrecido y se marchó, como si creyera que cuando a uno le daban una noticia mala, era mejor dejarlo solo. Lo único que Liberty fue capaz de ver mientras se alejaba corriendo de ella, fueron sus pies descalzos.

En el Hospital Público.

El lugar al que iban a parar los vagabundos, los delincuentes y los locos.



El hospital estaba situado al sur de la calle Francis. Se trataba de un edificio enorme, parecido a un horno de producción de ladrillos, coronado por una costosa veleta, que parecía lo

suficientemente grande como para encerrar a todos los dementes de las colonias británicas de América.

Cuando Liberty llegó a la puerta de entrada al anochecer, vaciló unos segundos e intentó pensar en aquello sin mezclar las emociones. Aquella era la primera institución pública de las colonias que se había ocupado de los «pobres infelices que habían perdido el juicio y que recorrían las calles aterrorizando a sus semejantes».

Y su madre no entraba en ese grupo.

Sí era cierto que su madre, compasiva, había ayudado a que aquella institución abriese sus puertas. Desde que en 1773 fuera autorizada por un antiguo gobernador, nunca le habían faltado pacientes. En ese momento podía ver a algunas de sus almas perdidas vagando por los alrededores, bajo la supervisión del personal. Cada uno de sus movimientos parecía susurrar que estaban completamente desorientados.

Tocó una campana y, tras unos minutos que a ella le parecieron horas, salió un hombre que debía de ser uno de los vigilantes nocturnos y la dejó entrar. Se fijó en que desde algunas ventanas se podía ver el reflejo de la luz y se preguntó en qué habitación estaría su madre.

—No se permiten visitas después del anochecer —informó el hombre con tono brusco—. Tendrá que hablar con la supervisora.

Molesta, sacó a colación su antiguo título.

—Soy *lady* Elisabeth Lawson y quiero hablar con mi madre lo antes posible.

El vigilante gruñó una respuesta ininteligible. Jamás había echado tanto de menos a Isabeau como ahora. Sin ella a su lado, era como ir medio vestida por la calle. A menudo había permanecido a un lado, mientras su doncella, mayor y con más iniciativa, se encargaba de solucionar los problemas que se les presentasen. A esas alturas, Isabeau ya habría puesto al hombre en su lugar y sorteado a la supervisora... solo para ponerse histérica en cuanto hubieran alcanzado su objetivo.

El hombre sacó un manojo de ruidosas llaves y abrió una puerta pesada que daba a una pequeña estancia iluminada por una sola vela. En el interior, había una mujer sentada frente a un tosco escritorio, anotando algo sobre un papel, que se detuvo un instante para mirarla antes incluso de que la presentaran.

—¿Dice que es *lady* Elisabeth? El doctor Hessel la está buscando. Ahora mismo la llevo con la doncella. Está justo al otro lado del pasillo.

Liberty le dio las gracias, sorprendida porque fuera tan joven.

—¿Es usted la supervisora?

—No, señorita. Soy Séptima Ward, la enfermera. La supervisora, la señora Galt, está ocupada.

La enfermera sacó otro juego de llaves del bolsillo, despidió al hombre que la había acompañado y caminó hacia una puerta que había enfrente. Después dejó que Liberty entrara antes de cerrar y desaparecer.

A Liberty se le encogió el corazón al contemplar la escena que tenía frente a sí. El cuarto solo tenía una silla sencilla, una cama cubierta con una colcha azul y marrón, un escritorio, un camastro en un rincón y una alfombra desgastada. Miró horrorizada la anilla de hierro incrustada en la pared. ¿Serviría para encadenar a los pacientes? Los últimos rayos de sol penetraban por una

única ventana con barrotes, donde una vela descansaba sobre el alféizar. Y allí estaba su madre, mirando por la ventana, con su hermoso perfil tan serio que pensó que estaba mucho más calmada que en el muelle.

En cuanto Mamie la vio, se levantó a duras penas de una silla, recordándole lo mayor que estaba. Aun así, de su voz ronca se desprendían fe y cariño.

Ella apenas podía hablar.

—Soy yo, Mamie.

Fue hacia ella y abrazó a la robusta mujer con todas sus fuerzas, sin dejar de contemplar la sencillez de la estancia con ojos llorosos.

—El doctor Hessel le dio un poco de láudano ayer —susurró Mamie cuando se separaron—. No ha sido la misma desde entonces.

—Mamá —la llamó, acercándose despacio.

Su madre se volvió hacia ella. El vestido de seda azul pavo real que llevaba no encajaba en ese ambiente. Liberty la rodeó con brazos cansados y, al hacerlo, se dio cuenta de lo delgada que estaba. Se fijó en la venda que tenía en la mano. ¿Se había hecho daño ella sola cuando se desmayó nada más llegar? La travesía por mar era dura de por sí. Y ahora esto...

Se aferró a su madre como nunca. Se la veía tan frágil y despedía un olor a láudano tan fuerte que no pudo evitarlo. ¿Cuánto le había dado Hessel?

—Mamá, te he echado tanto de menos. —Aunque había conseguido mantener la voz firme y controlada hasta ese momento, empezó a fallarle—. Por fin estás en casa.

Dio un paso atrás y la vela parpadeó, lo que le permitió ver que una lágrima solitaria le caía por la arrugada mejilla. Entonces perdió la poca compostura que le quedaba y la abrazó.

—Mamá, ¿estás triste? Oh, por favor, no llores. —Pero ella misma estaba llorando tanto que apenas entendía lo que decía—. Todo va a ir bien... ya lo verás.

Mamie se acercó por detrás y le dio unas palmaditas en la espalda, murmurándole palabras de consuelo. En aquella estancia con tan pocos muebles cualquier ruido retumbaba. Un miedo irracional se apoderó de ella. ¿Y si venía alguien, quizá por orden de su padre, y las encerraba allí para siempre?

Al final fue Mamie la que tomó las riendas de la situación. Hizo que su señora se sentara en la silla y a ella le ofreció un pañuelo.

—Pequeña, estás exhausta. Si pudiera, te prepararía una taza de té, pero aquí no hay nada parecido al té.

Liberty se sentó en el borde de la cama; el fino colchón se hundió bajo su peso. Por la cara que ponía Mamie, supo que esta querría hacerle un montón de preguntas, pero no se sentía capaz ni de contestar una. ¿Hasta dónde podía contar? ¿Tenía que guardarse algo? A pesar del calor que hacía, un escalofrío le recorrió todo el cuerpo. Se quedó en blanco y lo único que fue capaz de recordar fue un pasaje de su adorada Biblia.

«Tened en cuenta todo lo que es verdadero...».

Con esa idea en la cabeza, comenzó a hablar:

—El Señor se ha portado muy bien conmigo. Me ha mantenido a salvo y no he sufrido ningún daño, y algunas personas, que jamás pensé que acudirían en nuestra ayuda, han sido muy amables.

—Ahí estuvo a punto de vacilar, pues tenía que pensar en Noble—. Isabeau también se encuentra a salvo en otro lugar. Acabo de ver a padre...

Silencio. Y entonces:

—¿Cómo está? —Su madre clavó la vista en ella. Sus ojos grises la evaluaron atentos, sin mostrar ningún efecto del láudano.

—Está a salvo, mamá... y puede que pronto tenga que navegar hasta Inglaterra. —A pesar de que le resultaba prácticamente imposible acordarse de su tensa conversación sin ponerse a llorar, al menos aquello era verdad. Eso sí, no compartiría la frialdad con la que se había comportado su padre, su total indiferencia.

—¿Y los sirvientes? ¿Están con él?

—No lo sé. No los he visto.

Los ojos de su madre se llenaron de lágrimas que amenazaban con desbordarse. Liberty sintió una angustia abrumadora. Su madre lo sabía. A pesar de su ausencia y de que no había estado cuando se produjeron los tumultos, de alguna forma presentía que todo había cambiado, que nada volvería a ser como antes.

—He rezado por ti, hija mía. Incluso en Bath estabas todo el día en mis pensamientos.

—Sentí tus oraciones, mamá. Creo que fue lo que me mantuvo a salvo. —Liberty apretó el pañuelo hasta hacer una bola con él. Incluso a Mamie le temblaba la barbilla y sus expertos e inteligentes ojos oscuros estaban llenos de lágrimas.

—¿Y tu prometido? ¿Qué hay de tu boda?

—No me voy a casar, mamá —respondió ella aliviada—. Mi compromiso con Miles Roth se ha roto.

Otra vez silencio. Con respecto a ese asunto no había nada más que decir. Mamie empezó a preparar a su madre para que se acostara y Liberty se dio cuenta de que tendrían que pasar la noche en ese horrible lugar. Los sonidos nocturnos que llamaban a la calma, como el canto de los grillos y el susurro del viento, enmascararon otros desconocidos y más inquietantes.

Poco después de la medianoche se despertó al oír unos gritos y el sonido de unas cadenas. Se puso rígida sobre la precaria cama y apenas se percató de la respiración sosegada de su madre, que estaba a su lado, o del suave ronquido de Mamie en el camastro del rincón. Sí, era normal que la gente necesitara tomar láudano en un lugar así, botellas y botellas de láudano. No podía soportarlo más.

Se levantó y tocó una campana con toda la suavidad que pudo para llamar a la enfermera, que enseguida la dejó salir de allí.



Sentada junto a un reloj de sol roto bajo la pálida luz del amanecer, Liberty miró un trozo de jardín rodeado de azucenas que había permanecido intacto después del asalto. Debajo del ala ancha de su sombrero de paja, le ardían los ojos. Después de abandonar el hospital, apenas había

pegado ojo en aquel banco de piedra. Aunque más que los sonidos nocturnos de la ciudad, lo que de verdad no le dejó conciliar el sueño fueron sus pensamientos. Y ahora, como si el aire fresco le ayudara a despejar la neblina de su mente, reflexionó sobre su plan a la luz del día y se dio cuenta de que era razonable, aunque un poco temerario.

Tras marcharse del hospital, había recorrido a pie un kilómetro hasta llegar a su antigua casa, embebiéndose de la soledad del domingo. En cuanto estuvo en el jardín, lejos de las calles, donde nadie podía verla, buscó refugio entre un pequeño grupo de plantas que sufrieron los estragos de la turba. Ahora ya no estaban colocadas pulcramente en sus parterres, sino que se desbordaban en una profusión de colores arrastrándose por los rincones a su albedrío.

«Ahí tienes una lección». Puede que el Señor le estuviera enseñando cómo algo hermoso podía emerger de una desgracia. Una esperanza que valía la pena tener en cuenta.

Se había quedado dormida con la espalda apoyada en un muro de piedra todavía caliente por la luz del sol. Y soñó con Ty Mawr. Parecía que había pasado una eternidad desde que estuvo allí, como si su estancia en aquel ático solo hubiera sido producto de su imaginación.

—¿*Lady Elisabeth*?

Una sombra se cernió sobre ella y la sacó de su ensimismamiento. Se enderezó como una tonta, albergando una absurda esperanza en su corazón. ¿Noble allí? No, lo que tenía frente a sí era la robusta figura del doctor Hessel que la miraba con gesto de alivio. No obstante, el corazón se le encogió por la decepción. Por más que lo intentó no fue capaz de esbozar una sonrisa a modo de saludo.

El doctor Hessel parecía cansado y llevaba la levita arrugada.

—Te he estado buscando por todas partes. Me dijeron que ya no estabas en Ty Mawr. Envié una nota a tu padre, al *Fowey*, pero todavía no he recibido respuesta.

—Yo misma estuve allí, aunque fue un viaje en vano. También he visto a mi madre. La he encontrado bien de salud, pero tiene la mano vendada...

—Se hizo daño cuando se cayó al desmayarse. Se la vendé y estoy pendiente de ella.

—Si es solo por eso, no necesita estar en el hospital. Ni que le administren láudano. —Sonó un poco exasperada—. Tenemos que trasladarla a un lugar más seguro. Más sano mentalmente hablando.

El doctor la estaba observando con gesto contrito.

—En cuanto la vi quise llevarla a mis dependencias, pero me resultó imposible. Y nadie más se ofreció a llevársela consigo. Tampoco podía dejarla en una posada, teniendo en cuenta las amenazas que han vertido contra ella y contra tu padre.

A Liberty se le cayó el alma a los pies, aunque no le produjo ninguna sorpresa. Había experimentado de primera mano el rechazo de las gentes de Williamsburg por la impopularidad de su padre.

—La única solución que se me ocurrió —prosiguió el doctor— fue llevarla al hospital. Allí está a salvo. Mamie está con ella.

Ella asintió, aunque el dolor se abrió paso entre la resignación. Intentó ver toda aquella situación desde un prisma favorable. Recordaba perfectamente la legislación que había permitido construir el hospital. Su padre había sido su principal detractor. Y cuando su madre defendió el

proyecto con uñas y dientes fue cuando él la llamó loca por primera vez.

Las lágrimas fluyeron libremente a pesar de que apretó la mandíbula con tanta fuerza que temió que se le terminaran rompiendo los dientes. En la canasta no tenía nada parecido a un pañuelo. El doctor Hessel buscó a tientas en su chaleco y le ofreció uno que ella tomó a regañadientes.

—Anoche estuve con ella un rato.

—Entonces sabrás que me encargué de que tuviera una habitación privada cerca de la supervisora —explicó el médico con tono de disculpa—. Aunque no esté en el mejor de los lugares, al menos es un sitio seguro. Allí nadie puede hacerle daño.

¿Un sitio seguro? ¿Con tantas mentes enajenadas a su alrededor? Se tragó la respuesta. Tenía la ligera sospecha de que su padre tenía algo que ver con que la hubieran metido allí. Al fin y al cabo, servía a su propósito de declararla incapaz. ¿Estaría el médico relacionado de algún modo con aquello? Le dolía pensar que Hessel fuera capaz de algo así.

—Sabes que no quiero que le pase nada a tu familia. Fue lo único que se me ocurrió y espero que solo sea una solución muy transitoria.

Liberty apartó la vista y se fijó en el jardín y en el vuelo errático de una mariposa.

—Agradezco tus buenas intenciones. —Las palabras que pronunció a continuación le resultaron tan aborrecibles que elevó una silenciosa plegaria al cielo antes de decirlas—. Volveré a verla tan pronto como pueda.

Él asintió y le agarró de la mano. Fue un gesto tan inesperado y tan poco característico en él que se quedó estupefacta.

—Haré todo lo que pueda para ayudarte, Elisabeth. No tienes por qué sentirte sola. Confío en que Dios nos proveerá. —Por fin la soltó—. ¿Qué vas a hacer ahora? No puedo dejarte en este banco. ¿Dónde está tu doncella? ¿Por qué no estás en Ty Mawr?

Eran muchas preguntas. Y tenía tan pocas respuestas... Excepto una.

—No puedo seguir abusando de la generosidad del señor Rynallt.

—No puedes quedarte aquí. —Oyó el crujido del papel y alzó la vista. El médico estaba sacando un ejemplar del último número de la *Gazette*—. Acaban de publicar el anuncio de la próxima subasta. Procesarán a cualquier intruso que encuentren en esta dirección.

—No soy ninguna intrusa —dijo en voz baja, herida en lo más profundo.

—Para las autoridades sí. No quisiera verte en la cárcel.

«No puede ser peor que estar en ese hospital», estuvo a punto de decir.

El doctor Hessel dejó a un lado el periódico, colocó una maceta tirada y se sentó a su lado.

—Estabas más segura a las afueras de Williamsburg. Esperaba que te hubieras quedado allí, si no con Rynallt, con los Carter o con alguien más adecuado.

Cierto, Ty Mawr no era el mejor de los sitios para quedarse, por muchos motivos. Allí corría el riesgo inminente de perder su corazón.

—Por lo menos hasta que se aclaren las cosas con tu padre —concluyó él.

—He estado en York —dijo ella—. Y esa opción está completamente descartada por mi parte.

—¿En York? ¿Cuándo?

—Hace unos días. —La simple pregunta le provocó un intenso dolor—. Mi padre se ha lavado las manos con respecto a nosotras.

—Por favor, sé lo duro que puede llegar a ser, pero en el fondo se preocupa por vosotras...

—Entonces, ¿por qué no se ha encargado de que tengamos algo? Vine aquí y puse la casa patas arriba, pensando que tal vez habría dejado algunas guineas...

—¿No tienes dinero?

Liberty soltó un suspiro y retiró parte de su acusación.

—Quizá podría haberme dado algo si no hubiera dejado el *Fowey* con tantas prisas.

El doctor Hessel se metió la mano en el chaleco y sacó un pequeño saquito.

—Tengo suficiente para...

—No, Bram.

Sus miradas se encontraron. Ahora fue él el que parecía sorprendido. Nunca le había llamado Bram. Solo doctor Hessel. Hasta ese momento. El rubor le subió por el cuello, haciendo que pareciera más un escocés sonrojado que un pálido holandés, pero enseguida recuperó la compostura y volvió a ser el médico que estaba acostumbrada a ver. Estoico. Profesional. Preocupado.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has comido?

Bajó la vista hasta su regazo y se esforzó en recordar. Últimamente sus días eran muy confusos. ¿Cuándo había disfrutado de la exquisita comida de Jane Vobe?

—Comer es lo que menos me preocupa en este momento.

—Entonces desayunemos juntos... ahora —dijo él, volviendo a guardar el saco.

La perspectiva le revolvió el estómago. Él supo que diría que no antes de que abriera la boca. Liberty volvió a mirarle y vio su dolor.

—Es que no quiero que nadie me vea.

—¿Por qué no? No has hecho nada malo.

—Soy una *tory* en una ciudad llena de patriotas. Quiero pasar desapercibida. Al menos por un tiempo.

El hombre asintió, se quitó el sombrero y lo giró en sus manos. Ella se percató de que era un nuevo diseño, no aquel tricornio con el que estaba acostumbrada a verle. Miró su vestido arrugado, lo sucio que llevaba el dobladillo y recordó que necesitaba darse un baño con urgencia y cambiarse de ropa. Miró el pozo que había cerca del establo. Puede que la bañera de cobre todavía estuviera allí. Podía ver el ensamble del carruaje que le había regalado Miles Roth, tirado en el polvo frente a las puertas abiertas del establo.

—No quiero que te preocupes por mí. —A riesgo de sonar absurda, añadió en voz baja—: Dios me ha dado un plan.

El médico le lanzó una mirada penetrante. Últimamente parecía mirarla siempre del mismo modo y ella se encogía por dentro ante su intenso escrutinio. Después, extrajo de nuevo el saquito.

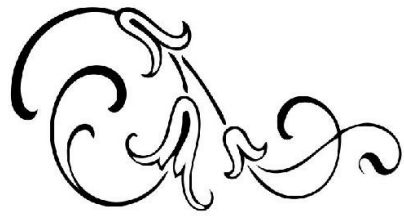
—Insisto en que te quedes con esto. Considéralo como un préstamo. —Empujó las monedas en su mano y se puso el sombrero—. Ahora tengo que ocuparme de mis pacientes. ¿Dónde vas a alojarte? —Echó un rápido vistazo a las ventanas tapiadas—. Seguro que aquí no.

—No te preocupes, en serio. —Liberty no quería que nadie conociera su paradero, ni siquiera el médico. Era mejor que mantuviera en secreto lo del Raleigh. Al menos por ahora.

Antes de que el doctor Hessel atravesara la puerta del jardín, ella ya estaba de camino a la



taberna. En cuando terminara su primer día de trabajo, volvería a ver a su madre.



## Capítulo 17

—Tu padre y yo... —A pesar del dolor que reflejaba su rostro, *lady* Stirling había recobrado su elocuencia habitual—. Creo que tu padre terminará marchándose al Caribe e instalándose en la plantación de azúcar que tiene allí. En cuanto a mí, estoy harta de Inglaterra y de las políticas mezquinas del rey. Me voy con los Dickinson, a Filadelfia, y desde allí me mantendré al tanto del conflicto que se avecina.

Los Dickinson eran una familia adinerada de cuáqueros que poseía una de las bibliotecas más grandes de las colonias, con unos mil quinientos ejemplares. ¿Se daría a conocer su madre como una de las «hijas de la libertad»? Su padre odiaba ese apelativo.

¿Pero Filadelfia? Jamás se le habría ocurrido algo así.

—En tiempos de adversidad como estos es cuando uno descubre quiénes son sus verdaderos amigos. —Su madre tomó las lentes y un libro—. Y por lo visto no tengo ninguno en Williamsburg. Todo el mundo me ha dado la espalda debido a que soy la esposa de tu padre, un *tory*.

Liberty vaciló. ¿Debería mencionarle la generosa oferta que le había hecho Noble Rynallt para que viviera en Ty Bryn, la casa más pequeña que había cerca de Ty Mawr? Quizá la había rechazado demasiado rápido. No, tenía que cortar de raíz cualquier lazo con él. Ya ni siquiera pertenecían a la misma clase social.

—Tu padre no ha perdido el tiempo en declarar que estoy loca. Y el doctor Hessel lo ha confirmado sin darse cuenta al meterme en ese hospital para locos. —Su madre entregó a Mamie un par de guantes para que los guardara e intentó atarse las cintas del sombrero hasta que su doncella le echó una mano—. Tú te vienes conmigo, por supuesto.

La puerta de la habitación estaba entreabierta, iban a salir de allí ya mismo. ¿Acaso su madre no tenía intención de regresar a su antigua casa? ¿De recoger algunas cosas antes de...?

—No pienso volver a poner un pie en la calle England. Es mejor dejar el pasado donde está.

¿Sabía que iban a incautar y subastar el que había sido su hogar hasta hacía poco? Mamie la miró con preocupación, como si le estuviera leyendo el pensamiento. ¿Podía alguien dejar atrás los últimos veinte años de su vida sin más? ¿Presentía la doncella que Liberty no podía irse con ellas?

—He reservado parte del dinero que me dieron por mis publicaciones. Lo suficiente para conseguir un carruaje que nos lleve a Filadelfia. Y he enviado un mensaje al doctor Hessel.

—Mamá, yo... —Se encontró con los ojos grises de su madre—. No puedo acompañarte. Pase lo que pase, Williamsburg es mi hogar. El señor Southall acaba de contratarme.

Mamie abrió la boca sorprendida y tiró con demasiada fuerza de las cintas del sombrero de su madre.

—Es una bendición que tu padre esté a bordo de ese barco —dijo su madre—. Si te hubiera oído, le habría dado una apoplejía.

—¿Igual que cuando te pusiste a escribir?

—Exactamente igual. Dos mujeres con visión de futuro en una misma familia son demasiadas. —Su madre se sentó y la contempló unos instantes—. A ver si lo adivino. Vas a coser y a bordar, ¿verdad? Se te da muy bien desde hace tiempo, pero nunca pensé que llegarías a utilizar esas habilidades de una manera práctica.

—Gracias a ti y a la industria encajera que ayudaste a construir en Williamsburg.

—Puedes venir conmigo al norte y usar tu aguja en la ciudad del amor fraternal.<sup>3</sup> —Su madre hizo una pausa lo suficientemente larga como para enarcar una ceja—. Aunque me temo que no seguirá siendo así por mucho tiempo, por muchos cuáqueros que amen la paz que haya.

—Acabo de mudarme al capricho del Raleigh. El propietario necesita mis servicios.

—Para todos esos patriotas, no me cabe la menor duda.

Liberty contuvo una sonrisa. Pocos pondrían objeciones a la clientela del Raleigh.

—El señor Southall es un caballero temeroso de Dios que dirige un establecimiento respetable —reconoció su madre—. Sé lo del capricho. Fue su oficina durante una temporada hace unos años. Existen peores opciones que vivir entre la panadería y la botica—. Se puso de pie y le dirigió una mirada sagaz—. ¿Qué ha sido de Isabeau? ¿Huyó como el resto de los sirvientes?

—Por suerte, Noble Rynallt de Ty Mawr adquirió su contrato. —No estaba al tanto del papeleo y el pago. ¿La buscaría para completar el traspaso? ¿Y por qué había sentido ese pinchazo de alegría al pronunciar su nombre?

—Muy bien. —Su madre alzó la mano vendada para ahuyentar a un mosquito—. Filadelfia no está muy lejos. Si te cansas de trabajar en Williamsburg, puedes venir conmigo cuando quieras. Allí donde yo esté, siempre serás bienvenida. —Se volvió hacia la ventana con barrotes—. El coche acaba de llegar. Despidámonos en privado.

«Porque papá detesta las exhibiciones en público».

Incluso ahora, su progenitor parecía cernirse sobre ellas, empañando su adiós. Se abrazaron, no con la intensidad y duración que ella quería, sino de forma leve y concisa, sin la emoción de su anterior encuentro.

—Por favor, mamá, escíbeme. —Había recibido muy pocas cartas de ella desde Inglaterra.

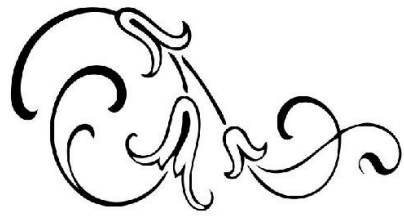
—Por supuesto. Lo haré en cuanto llegue. —Su madre le agarró de los hombros con más firmeza de la que se esperaría de una persona que se había hecho daño en una mano—. Prométeme algo. Con independencia de los cambios que se produzcan en la vida que hasta ahora has conocido, te suplico que te cases única y exclusivamente por amor—. Aquellas palabras encerraban años de disputas acaloradas, silencios helados, sueños rotos y esperanzas truncadas—. Prométemelo.

¿Casarse por amor?

Liberty no tenía el más mínimo deseo de casarse.

---

<sup>3</sup> N. de la Trad.: Así se conoce a Filadelfia porque su nombre viene de las palabras griegas *philos* (amor) y *adelphos* (hermano).



## Capítulo 18

Noble dio una guinea de oro y las riendas de *Seren* a Billy. Los ojos del niño se iluminaron como un fósforo, no por codicia, sino por gratitud. Estaba un poco delgado; parecía necesitar alguno de los dulces cuyo aroma flotaba en el aire y que venía de las ventanas abiertas de la panadería. Por lo que sabía, el niño era huérfano y hacía de chico para todo en el Raleigh. El propietario, Southall, tenía una admirable inclinación a ayudar a los necesitados.

Noble se quitó el sombrero y lo limpió de polvo dándose unos golpecitos con él en el muslo.

—¿Alguna noticia de Williamsburg que me haya perdido?

—¿Noticias, señor? —Billy arrugó su cara pecosa pensativo mientras se metía la moneda en el bolsillo de la camisa sucia—. Ha nacido otra camada de cachorros en el cobertizo, por si quiere alguno. Por lo que respecta a ustedes, los patriotas, el señor Jefferson durmió aquí anoche, aunque esta mañana se ha ido temprano a Monticello. —Entonces se le iluminó la cara e hizo un gesto hacia la parte trasera de la taberna—. Y tenemos una nueva cara en el capricho.

Noble miró más allá de la verja de lo que antaño fuera la oficina de Southall y que llevaba vacía varios años. La puerta de la pequeña construcción estaba abierta, al igual que las ventanas, y la bandera de Virginia, que colgaba a la derecha de la entrada, ahora estaba acompañada de un trozo de encaje que danzaba al son del viento, captando la atención.

¿Liberty Lawson trabajando de encajera?

Se le aceleró el pulso. En su interior alabó que hubiera elegido el Raleigh. Aunque la había visto hacía unos días, su anhelo por ella no solo no había disminuido, sino que ahora era más intenso.

Billy se llevó a *Seren* al patio trasero. Él, sin embargo, aún con la garganta seca por el polvo del viaje, dio la espalda al Raleigh, se dirigió hacia el pozo y el huerto y tomó el camino de piedra que llevaba al capricho.

Estaba un poco sensible. A su derecha, vio un exuberante magnolio que todavía era solo un arbusto. Sin pensárselo dos veces, arrancó una hermosa flor; un gesto con el que llamó la atención de una mulata que estaba trabajando en el huerto. Prefería las flores silvestres que crecían en las praderas que había entre Ty Mawr y Williamsburg, pero esa magnolia tenía algo que le recordaba a Libby: era pura e inmaculada.

Se cuidó mucho de detenerse en los escalones de entrada al capricho y llamó en el dintel de la puerta, procurando no mirar dentro. En la pausa que siguió, la expectativa prácticamente le dejó sin aliento. Y entonces un rayo de sol cayó, iluminando el suelo de pino y, por fin, apareció Libby.

—Señor Rynallt.

—¿Soy quizá su primer invitado en esta tranquila mañana de martes?

Sus mejillas se tiñeron de rosa.

—Bueno, señor, al final me ha encontrado.

—No es tan difícil en una ciudad pequeña como Williamsburg en la que, según el último recuento, solo habitan dos mil almas. —Alzó la vista y se fijó en las vigas del capricho. Al menos estaban limpias de telarañas—. Aunque jamás habría esperado encontrarme a la hija de un conde en un sitio así.

—¿No me diga que no tiene su encanto? —Ella abrió todavía más la puerta y se hizo a un lado para que pudiera ver mejor el interior—. Puede que no sea tan grande como Ty Mawr, pero...

Noble sonrió, disfrutando del tono travieso de ella y contento de que hubiera tenido suerte y no le hubiera pasado nada. Con esa idea en mente, le entregó la magnolia.

Liberty suavizó su expresión. Después, sin dejar de sostenerle la mirada, aspiró el intenso aroma de la flor.

—Me recuerda a la época en la que era pequeña. A nuestro jardinero le correspondió la ardua tarea de mantenerme alejada de nuestras magnolias. Estaba obsesionada con ellas y me decía que siempre terminaba aplastándolas.

—Bueno, yo no soy un jardinero cascarrabias, solo un hombre al que no le gusta dejar cabos sueltos. —Buscó en el chaleco y extrajo los documentos y el dinero que le debía—. Por el contrato de su criada.

—¿Isabeau? —preguntó ella con el ceño fruncido—. Puede que ese asunto competa más a mi padre.

—Pero no es su doncella, sino la de usted, ¿verdad?

Liberty se guardó el dinero y los papeles en el bolsillo sin soltar la magnolia.

—¿Cómo va... todo?

¿Todo? Noble se tragó una docena de respuestas desagradables.

«La situación política en Virginia está a punto de estallar. Pronto necesitaremos más uniformes de soldados que encajes en nuestras camisas. Tu casa se va a subastar en julio. Isabeau necesita una dama a la que atender... Ty Mawr necesita una señora».

Al final optó por una respuesta corta.

—Ando bastante ocupado. —Miró las cestas a rebosar de ropa que había junto a una silla de mimbre al lado de la ventana. ¿Su trabajo?

—Es lo que tengo que remendar. El Raleigh me trae un montón de camisas de hombre. El tiempo que me sobra lo dedico al encaje.

Y seguro que ese tiempo era más bien escaso, aunque fuera había visto su almohadilla para bordar con tantos alfileres que parecía un puercoespín.

—La luz es perfecta, más que en mi casa. —Ella sonrió, aunque inmediatamente después se puso seria—. Han pasado muchas cosas desde la última vez que nos vimos. Debe saber que en este momento, mientras estamos hablando, mi madre va de camino a Filadelfia. No va a reconciliarse con mi padre.

Aquello no le sorprendió, pero quería que desapareciera el dolor de su dulce rostro.

—¿Por qué Filadelfia?

—Tiene amigos allí.

No como en Williamsburg, donde debían de quedarle muy pocos. Reconoció para sus adentros

el mérito que tenía Southall por contratar a una *tory*. En apenas unos días, Liberty Lawson había resurgido de las cenizas de su vida privilegiada, había hecho caso omiso del consejo que le había dado y se había embarcado en una nueva aventura que lo desconcertaba e intrigaba a la vez.

—El señor Southall me ha dado permiso para viajar a Norfolk cada quince días. Iré al mercado, a ver si puedo hacer los suficientes contactos con los vendedores de allí para que me hagan pedidos. Tendré que visitar al encuadernador de la zona y pedirle que me dé un poco de pergamino para hacer los patrones.

—¿Y no le puede ayudar el encuadernador de Williamsburg?

Liberty miró a otro lado.

—Me echó de su tienda. Por lo visto, mi padre le debe dinero.

Noble fue perfectamente consciente de lo humillada que se sentía. ¿Así que su padre tenía deudas sin pagar?

—Ty Mawr queda de camino a Norfolk. —Dudó un momento, pero al final se lanzó a tener una última oportunidad con ella. ¿Rechazaría su invitación—. Si tiene que hacer una parada en el camino...

—Gracias. Había pensado quedarme en la plantación Richneck, pero tal y como están las cosas, puede que ya no sea bien recibida allí.

¿Así que iría a Ty Mawr como último recurso?

Liberty sonrió de nuevo; un gesto que volvió a darle esperanzas... que desaparecieron del todo en cuanto oyó lo siguiente que dijo:

—Podría ver a Isabeau.

—Sí —dijo él antes de empezar a retirarse. No volvería a preguntar. La puerta que había entre ellos comenzó a cerrarse y Noble decidió enfocar sus pensamientos en el próximo baile que se celebraría en el Raleigh y en las mujeres que allí encontraría que, sin duda, serían más complacientes que la indolente *tory* que tenía enfrente.

Lo cierto era que Liberty Lawson estaba fuera de su alcance. Si bien antes había sido su igual en la escala social, ahora era una simple comerciante y, además, su adversaria política. Quizá debería empezar a prestar más atención a las advertencias de Henry.

—Vaya con Dios —se despidió él antes de ponerse el sombrero. Tenía la sensación de que aquello era el final y detestaba la idea—. Le deseo lo mejor en su nueva andadura.

—*Ffarwell* —dijo ella en galés. «Adiós».

¿Quién le había enseñado aquello? Su pronunciación era impecable, mejor que la de él. Su deslumbrante sonrisa lo desarmó por completo. De pronto sentía que el pañuelo que llevaba anudado al cuello le apretaba demasiado.

Se alejó sin mirar atrás.



Los días fueron pasando y lo único que Liberty hizo fue trabajar. Medía el paso de las horas según



lo cansada que tuviera la vista y el dolor en la espalda. Se levantaba antes del amanecer y cosía a la luz de las velas; su prioridad eran los clientes del Raleigh. Sabía quién se hospedaba allí en cada momento por las marcas que identificaban sus prendas. Siempre se marcaba como objetivo terminar con las camisas por la mañana y luego continuar con el encaje, pero le faltaban horas.

Todo eso hizo que pensara en lo ociosa que había sido su vida, en lo fácil que lo había tenido todo hasta ahora. Nunca había pensado en las personas que la rodeaban, que tenían las manos llenas de callos y estaban siempre dispuestas a cumplir sus caprichos. Ella solo les había dado las gracias cortésmente como si les estuviera regalando un puñado de migajas.

Mientras daba aquellas pequeñas y aburridas puntadas (cinco por cada centímetro de tela), no dejaba de pensar ni un solo instante. ¿Estaría ya su madre en Filadelfia? ¿Seguiría su padre a bordo de *Fowey*? Los rumores no dejaban de correr y junio no tardó en dar paso a julio.

La magnolia que Noble le había regalado descansaba en el alféizar de una ventana, seca y marchita. Por alguna razón, no se atrevía a tirarla. Por extraño que pareciera, aquella flor le recordaba un poco a sí misma. ¿Cuántos días habían pasado desde que él se la había entregado? Odiaba estar buscándole en cada momento, de levantar la cabeza para estar pendiente de cada caballo que se acercaba, de fijarse en la puerta trasera del Raleigh en los momentos de mayor ajetreo para ver quién iba y venía. Pero Noble no había vuelto.

Era sábado. El Raleigh estaba repleto y rebosaba expectación. Si la alegría hubiera tenido un olor, el ambiente habría estado impregnado de ese color.

Hoy las ventanas de las habitaciones estaban relucientes y un gran número de sirvientas iban de un lado a otro, tremendamente ocupadas, anunciando que allí se iba a celebrar algo.

—Está mirando esa habitación como si quisiera acudir al baile.

Liberty se sobresaltó, no solo por la súbita aparición de Thalia, sino por la extraña habilidad que poseía para leerle el pensamiento, y se le cayó la aguja al suelo, justo entre dos tablas, con lo que se deslizó fuera de su alcance. La joven mulata se arrodilló y la recuperó sin apenas esfuerzo. Liberty la miró durante un instante. Tenía los ojos cálidos y unas cuantas cicatrices de viruela en la cara que, sin embargo, no le restaban atractivo.

—Supongo que después de estar trabajando noche y día, parándose solo el tiempo necesario para comer, se merece un poco de diversión.

—Tú trabajas tanto o más que yo —repuso ella, pensando en la constante diligencia con la que Thalia cuidaba del huerto y los jardines del Raleigh. En cuanto aparecía una mala hierba, allí estaba ella para arrancarla—. Yo por lo menos estoy a la sombra.

Thalia se quitó el pañuelo de lino y se secó el sudor.

—Si el baile se prolonga hasta muy tarde, esta noche no vamos a dormir. Esa ponchera es enorme. —La ponchera y el cucharón de plata del Raleigh tenían fama de ser los más grandes de las colonias.

Liberty dejó a un lado la costura y fue hacia el pozo para sacar agua para las dos. Se había fijado en que Thalia había renqueado un poco cuando trabajaba entre los surcos de lechugas y zanahorias y no había parado en ningún momento a beber nada.

La joven le dio las gracias, tomó el cucharón de madera y bebió con avidez antes de pasárselo. Liberty se quedó consternada durante un instante; beber de un cubo no tenía nada que ver con la

vajilla de peltre y plata de su antigua casa, pero se sobrepuso enseguida y dio un buen trago.

—Si quiere, podemos ver todo lo que pasa en el baile desde allí. —La joven hizo un gesto hacia un banco de madera parcialmente oculto entre un lecho de malvarrosas—. El señor Southall me ha dado la noche libre por lo de mi pierna. —Se levantó la enagua y le mostró un corte irregular encima de una media que llevaba sujeta a una liga.

Liberty se estremeció por dentro. ¿Cómo se lo habría hecho? Sin embargo, no se atrevió a preguntárselo, le parecía algo demasiado personal, así que se contuvo y señaló hacia la puerta de al lado.

—La botica está aquí cerca. O también puedo avisar al doctor Hessel.

—No, solo necesito un poco de reposo.

La noche estaba cayendo y las nubes que se iban acumulando apagaron el poco sol que quedaba. La botica se cerraría pronto.

Sin dar explicaciones, Liberty fue hacia la puerta abierta de la botica y casi chocó con un caballero corpulento vestido de negro. Al igual que le sucedía con la sala Apolo del Raleigh, nunca había estado en la botica del doctor Galt. Cuando había necesitado algo, siempre había sido un sirviente el que había ido a por ello; algo que ahora le daba cierto anonimato.

En el interior, le llegó el olor de al menos una docena de potentes aromas diferentes antes de fijarse en los distintos títulos médicos del doctor Galt que colgaban de la pared. Unos frascos decorativos adornaban la estantería más alta, mientras que en el resto abundaban recipientes mucho más sencillos. Reconoció unos cuantos. Raíz de regaliz para el dolor de garganta. Perborato para lavarse los dientes. Quinina para la fiebre.

—Necesita algo, ¿señorita?

El asistente no dio muestra alguna de reconocerla. Estupendo. Pero entonces...

—¿*Lady* Elisabeth?

Se volvió hacia la puerta, apretando las monedas que le había dado Noble.

—¿Qué estás haciendo aquí? —El doctor Hessel la estaba mirando como si fuera un bicho raro. Bueno sí, había cambiado de sus vestidos a la última moda a prendas más sencillas, de las que utilizaban las sirvientas que trabajaban para ellos y que había encontrado en la que fuera su casa. Lo importante era que estaban limpias y resultaban mucho más prácticas.

El doctor Galt salió de una habitación trasera, saludó al doctor Hessel y la miró con una mezcla de curiosidad y confusión.

—Necesito un médico —murmuró ella.

Hessel la miró de arriba abajo.

—¿Estás enferma?

—No, otra persona.

No habían pasado más que unos minutos cuando ambos salían de la tienda y el doctor Hessel ya estaba examinando la pierna de Thalia en la intimidad que les proporcionaba el capricho donde ahora residía.

—Es una herida profunda. ¿Dices que te la has hecho con una herramienta del huerto un poco cabezota? Creo que una cataplasma será suficiente.

En esa ocasión fue Thalia la que fue a buscar el remedio a la botica. Los dejó solos. La

serenidad que hasta ese momento había mostrado el médico fue sustituida de inmediato por la exasperación.

—¡Maldita sea! Primero se marcha tu madre y después no consigo localizarte...

—Pero me has encontrado. —Liberty movió una mano abarcando el interior de la estancia, restando importancia a su preocupación—. Como puedes ver, estoy perfectamente y tengo trabajo.

—Casi no te he reconocido.

—Y me alegro. —Miró su sencillo atuendo, dando las gracias por la facilidad con la que ahora podía vestirse ella sola, aunque echaba mucho de menos a Isabeau—. Espero que al final solo me conozcan como la encajera y no como la hija del conde.

—Deberías haberte ido con tu madre a Filadelfia. ¿Qué es lo que haces para Southall?

—Sobre todo coser y remiendos.

Él le tomó las manos. ¿Acaso nunca se las había visto sin guantes? Las estudió detenidamente, como si estuviera haciendo un diagnóstico. Luego frunció el ceño.

—Tus delicadas manos... Están hechas un desastre.

—Me han tratado como si fuera una muñeca de porcelana desde que nací. —Se zafó de su agarre con suavidad—. ¿Qué importancia tienen ahora unos cuantos picotazos y algún que otro callo?

—Por favor, no te degrades a ti misma. Este lugar... —Miró a su alrededor con cara de disgusto—. Eres poco más que una fregona. Una esclava. Deja que te saque de aquí. Tengo nuevas dependencias en la calle Francis.

¿De verdad? Nunca se había parado a pensar mucho dónde vivía el médico. Pero su proposición no le parecía muy apropiada.

—¿A tus dependencias privadas? ¿Me estás pidiendo que...? —Vaciló. No sabía qué pensar de él.

En ese momento apareció Thalia en el umbral de la puerta con el ungüento en la mano.

Hessel se separó de ella.

—Tengo que visitar a otros pacientes. Continuaremos con esta conversación más tarde. —Se despidió con una rígida inclinación de cabeza y se marchó, dejando a Thalia avergonzada y desatendida, como si se hubiera olvidado de ella por completo.

—Perdón, señorita Lib.

—No tienes por qué disculparte. —Liberty sintió tal alivio que esbozó una sonrisa—. Enséñame esa herida. No necesitamos al doctor para ponerte una cataplasma. Y ahora que has terminado todo tu trabajo podrás descansar.

Al otro lado del jardín sonaba un violín como preludio de la inminente fiesta. Liberty escuchó la melodía y se ocupó de la herida de Thalia lo mejor que pudo. Cuando terminó, le vendó la pierna con una tira de tela limpia.

Thalia se inclinó hacia ella.

—¿Está enamorada del doctor?

Por extraño que pareciera, aquella pregunta tan directa no le incomodó.

—No siento nada por él, excepto amistad. —Ahí estaba, por fin lo había dicho. Entonces recordó las palabras de su madre: «Cásate única y exclusivamente por amor».

La joven criada asintió levemente.

—Hay un escocés, un cochero que sirve en Ty Mawr.

—¿En Ty Mawr? —La oleada de placer que sintió disipó la punzada de dolor por la apresurada partida del doctor Hessel—. ¿No se llamará Dougray por casualidad?

—Sí. —Thalia esbozó una sonrisa deslumbrante—. ¿Lo conoce?

—Un poco. El señor Ry... —Liberty cambió de rumbo—. Conozco al ama de llaves y a algunos de los sirvientes de la propiedad.

Liberty miró la entrada principal del Raleigh. Una pequeña tormenta de polvo provocada por los carruajes que iban dejando a los invitados oscureció la calle. Thalia y ella fueron hacia el banco del jardín en medio de una hilera de luciérnagas. En ese momento pasó un farolero que iluminó a las damas y a sus acompañantes a través de polvoriento crepúsculo.

—El Raleigh está a punto de reventar. —Thalia se inclinó hacia ella y le susurró—. ¿Conoce a alguna de esas personas tan elegantes?

Ella intentó ocultar la melancolía de su tono.

—A la mayoría sí. —Pero ahora estaba sentada allí, apenas sin poder creerse que antaño hubiera estado en el vértice de aquel torbellino social—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque debajo de esa ropa y zapatos desgastados es tan refinada como ellos.

¿Tan obvio era?

Se alisó una arruga del delantal. ¿Acudiría al baile Noble Rynallt? Muchos de los colegas patriotas de Noble estaban allí. La estruendosa sonrisa de Rogers Clark y la silueta de Patrick Henry, similar a la de un espantapájaros, eran inconfundibles.

En ese momento se detuvo un pequeño carruaje que enseguida reconoció. De su interior tapizado descendió Cressida, cuyo vestido captó la atención de más de un par de ojos. Y detrás de ella se paró Miles Roth... que iba en el coche que le había regalado por su compromiso. ¿Había conseguido recuperarlo después de todo aquel caos al mismo tiempo que se deshacía de ella?

Durante unos segundos se sintió demasiado abrumada para asimilarlo. Miró en dirección al palacio del gobernador, desde donde siempre se veía alguna luz. ¿Cuánto tiempo más seguirían a bordo del *Fowey* su padre, lord Dunmore y los demás hombres leales al rey, confinados como *Dominique* y *Nankin*, los pollos que cuidaba Thalia, mientras todo Williamsburg aguardaba y se burlaba de ellos?

Thalia se levantó del banco y se dirigió a la cocina que bullía de actividad. Liberty la observó caminar despacio con el estómago gruñendo de anticipación. Había estado tan ocupada que se había olvidado de comer. El delicioso aroma de los platos que se llevaban para servir eran una mezcla de tormento y tentación.

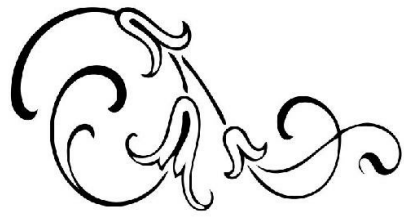
Cressida y Miles desaparecieron en el interior del Raleigh a medida que otros carruajes tomaron su lugar en la concurrida calle. Liberty se mordió el labio y liberó parte de la desazón que la atenazaba. Tenía el corazón tan en carne viva como la herida de Thalia. Sentía una combinación de entumecimiento y rabia y no tenía ni idea de qué hacer con sus emociones. Recordó los frascos decorativos de la botica y en su cabeza los fue repasando uno a uno. Cómo le hubiera gustado que las heridas que no se veían se pudieran curar con la misma facilidad que la pierna de la joven sirvienta.

—Tome, señorita Lib —dijo Thalia en voz baja, extendiendo sus manos hacia ella en la creciente oscuridad.

Era una suerte que la madre de Thalia fuera la jefa de cocina del Raleigh. Le dio las gracias y aceptó el trozo de pastel de carne que todavía estaba caliente y que se veía de lo más apetecible con esa corteza dorada. La gratitud terminó de disipar su angustia. Se olvidó de sus modales y se comió aquella delicia en unos cuantos bocados. Cuando terminó, se limpió las migajas del delantal, deseando más.

El minueto con el que empezó el baile terminó y empezó una giga. Las ventanas del Raleigh ofrecían una buena vista de quién bailaba con quién, los viajes constantes a la ponchera, el aleteo de los abanicos y las conversaciones en los rincones. Miles Roth no pasó mucho tiempo bailando y enseguida se trasladó a una sala de juego. Pero Cressida, con su vestido de seda azul celeste, fue la belleza del baile y bailó con todos los patriotas que allí había.

Excepto con Noble Rynallt, que no se presentó.



## Capítulo 19

La subasta comenzó poco después del mediodía. De pie, bajo un cielo de julio completamente despejado, Noble contó a los postores que realmente tenían intención de pujar. Había una multitud, aunque la mayoría solo eran curiosos ansiosos por saber cómo había sido la vida de la familia Lawson y echar un vistazo a unas posesiones que hasta ese momento habían pertenecido al ámbito privado y que en breve se exhibirían ante sus ojos. Él mismo no podía permitirse estar ahí. La cosecha de tabaco del año pasado había sido menor de lo que esperaba y las exportaciones habían bajado considerablemente. Sus finanzas no estaban en su mejor momento.

John Greenhow estaba encima de una plataforma que habían colocado en el jardín destrozado de la familia Lawson, sudando y agobiado por la cantidad de gente que había acudido. Después de dar la habitual bienvenida y exponer las reglas, las pertenencias de los Lawson entraron a formar parte de las propiedades confiscadas de los *tory*, dividiéndose en los consabidos bloques: mobiliario, vino, obras de arte y sillas de montar y bridas.

—Se permite el crédito en los montos superiores a cincuenta chelines hasta el veinte de diciembre, siempre que los compradores entreguen una fianza con una garantía...

La subasta dio comienzo y las manos se dispararon hacia arriba.

Noble vio a Miles Roth bajo un árbol ornamental que había sobrevivido milagrosamente al saqueo. Oculto entre la multitud como estaba, su primo todavía no se había dado cuenta de que también había acudido a la subasta. Se preguntó qué era lo que Miles estaba haciendo allí. Sí, la presencia de su primo le chirriaba. ¿Se habría tomado en serio su pulla? ¿Iba a pujar por la casa?

Artículo por artículo, fueron sacando las espléndidas pertenencias de los Lawson. Un exquisito tocador de madera de cerezo (¿sería de Libby?), un dechado bordado con fecha de 1771 (¿lo habría hecho ella?), una caja esmaltada, un collar de rubíes, un juego de té completo de porcelana china de Nanquín...

A media tarde, su paciencia se vio recompensada cuando apareció lo que quedaba de la sala de música. El arpa fue primer instrumento en salir a la venta. Le asombró ver que estaba intacto.

Volvió a mirar a Miles. Estaba convencido de que su primo quería la casa, no lo que había dentro. Cuando las pujas por el arpa empezaron a subir, alzó una mano y ofreció una cantidad lo suficientemente elevada como para disuadir a cualquiera salvo a los más codiciosos.

—A la una... a las dos... ¡vendido!

La euforia lo invadió por completo. También se había interesado por un laúd roto y un extraño violín sin arco, pero el arpa le pareció suficiente. Dougray esperaba cerca para llevarse el instrumento a casa en una carreta.

Mientras examinaba el arpa antes de que Dougray la asegurara para que no sufriera ningún

daño durante el trayecto a Ty Mawr, Miles los observaba a ambos con el ceño fruncido. ¿Acaso estaba deseando que se fuera de allí?

El día siguió su curso. El encargado de dirigir la subasta se fue poniendo cada vez más ronco y los carros y carretas se fueron llenando de un sinfín de artículos. El sol ahora le daba de lleno y se bajó el sombrero para protegerse. Un trago de su petaca lo revivió, pero no le sirvió de nada para el acoso al que los mosquitos estaban sometiendo a los asistentes.

La alegría que había experimentado al adquirir el arpa se fue desvaneciendo a medida que el bochorno aumentaba y salían a puja más objetos personales. Todos ellos habían formado parte de la antigua vida de Libby Lawson. ¿Cómo se habría sentido él si hubiera perdido Ty Mawr? ¿Si hubiera tenido que renunciar a tantas pertenencias? Puede que, con la actual crisis de Virginia, al final terminara sufriendo lo mismo en sus propias carnes. Y no solo con sus posesiones, sino pagándolo con su propia vida.

Echó un rápido vistazo a la multitud y comprobó que Libby no estaba allí. Se sintió aliviado. Su hogar ahora estaba en las bulliciosas traseras del Raleigh. Gracias a Dios.

La puja por la casa empezó con una cantidad escandalosamente baja. Tan baja que casi le hizo estremecerse. Miles levantó la mano al instante. ¿De modo que había descartado a la novia pero había puesto los ojos en su casa?

Noble dio otro sorbo a la petaca. El pulso se le aceleró con cada puja. Sí, su primo parecía decidido a hacerse con ella. Se había abierto paso a base de codazos hasta el frente de la multitud, justo un poco más allá de donde alcanzaba el bastón con empuñadura de plata del encargado de la subasta.

Sintió tal asco que estuvo a punto de perder la compostura. Que Dios le ayudara, pero prefería arruinarse y tener que vivir en un asilo para pobres antes que permitir que Miles adquiriera la antigua casa de Libby.

—Mil libras más —dijo a voz en grito.

Miles estiró el cuello y le taladró con la mirada antes de ofrecer una cantidad mayor. Otro caballero decidió entrar en la puja aunque no por mucho más, y Miles contrarrestó su oferta con diez míseras libras más.

En ese momento se acordó de todas las veces que se habían peleado siendo niños. Miles solía recurrir a las patadas y a los mordiscos y ahora parecía que iba a hacerlo de nuevo.

—A la una... a las dos...

Noble pujó una última vez y el otro caballero lo superó. El desconocido era de Alexandria. Un abogado acaudalado, según decían. Miles se quedó en silencio, completamente furioso.

Cuando la casa se adjudicó al persistente abogado, Noble sintió una paz tremenda. Miles, por su parte, tiró su caja de rapé al suelo y se alejó airado, perdiéndose entre la calurosa bruma de la tarde.





La puerta del capricho estaba abierta. ¿La encontraría siempre allí o terminaría desapareciendo como había hecho su padre? Todavía no confiaba plenamente en ella. No tenía claro cuáles eran sus lealtades ni dónde residían sus afectos.

Se detuvo en la puerta trasera del Raleigh. Primero tenía que atravesar el jardín y pasar por delante de la joven que estaba escardando la zona donde estaban plantados los guisantes. Se trataba de Thalia, la nueva novia de Dougray. Apenas la había reconocido con aquel pañuelo de colores brillantes. A veces se llevaban a cabo subastas de esclavos en el porche del Raleigh y Southall la había comprado hacía unos meses. Seguro que Libby no había presenciado ninguna de esas pujas, de lo contrario no encontraría tan agradable el capricho donde ahora vivía.

Dio la vuelta al *serinette* por el que había pujado. Provenía de Francia, estaba hecho de un elegante nogal europeo y en él se podían reproducir sutiles melodías. Se trataba de una caja de música muy rara que había conseguido por unas cuantas monedas, mientras que por el arpa había pagado bastante más. Había querido conseguir algo que pudiera dar a Libby. No le cabía la menor duda de que estaba al tanto de la subasta de su antigua casa. El ruido de la puja se podía oír a kilómetros.

—No está aquí, señor. Ha salido a buscar alfileres e hilo —le informó Thalia.

Vaciló unos instantes. Hacía unas horas se había subastado un juego de costura que al final había conseguido una mujer. Puede que a Libby le hubiera resultado más útil. En ese momento, tanto el arpa como el *serinette* le parecieron una frivolidad; algo poco útil en la nueva vida que llevaba y que se regía sobre todo por lo práctico. El *serinette* podía quedarse perfectamente en el capricho. El arpa, sin embargo, ya iba de camino a Ty Mawr debidamente protegida.

—Entonces le dejaré esto aquí. —Justo cuando estaba depositando el regalo en la puerta del capricho, oyó una suave voz a su espalda.

—¿Pero qué está haciendo aquí...?

Noble se dio la vuelta.

Libby lo miró y abrió los ojos de par en par cuando vio el objeto.

—¿Mi *boîte à musique*? —Dejó caer la canasta, se hizo con el *serinette* y abrió la tapa para que sonara. Su expresión de deleite valió todas y cada una de las guineas que había gastado—. ¿Cómo lo ha conseguido?

Aquella era la única pregunta que no quería que le hiciera. Pero se merecía una respuesta sincera.

—En la subasta. Hice lo que pude.

—Ah, la subasta. Me he alejado todo lo que he podido de la calle England. —Cerró el *serinette*. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Le pagaré...

—De ninguna manera. También tengo su arpa.

—¿Ha logrado salvar mi arpa? —Durante unos instantes pareció completamente derrotada.

—Ahora mismo va de camino a Ty Mawr, aunque no puedo asegurarle que llegue en perfectas condiciones en una carreta. Allí la mantendré a salvo hasta que vuelva a necesitarla.

Liberty se colocó en la sombra del capricho y le miró. Noble bloqueaba el sol con su ancha espalda. Debajo de la levita, tenía la camisa empapada de sudor; un sudor que le corría por el cuello, picándole.

—De modo que la casa... la hemos perdido. —Le temblaba la barbilla.

—Sí, la ha adquirido un abogado de Alexandria. —Vio su gesto de dolor e intentó que la conversación fuera por otros derroteros—. ¿Cómo ha ido lo suyo?

Aunque lo que de verdad quería preguntarle era: «¿Cómo la trató el tendero? ¿La atendió sin ningún problema o la rechazó?». Noble se agachó para recogerle la cesta y la dejó dentro.

Liberty soltó un suspiro.

—Estos días no se encuentran alfileres con facilidad. Siempre necesito unos cuantos, pero acabo de enterarme de que una docena de ellos cuestan lo mismo que un camastro.

—¿Por qué necesita más alfileres?

—Porque uso un montón para hacer los encajes más anchos. Mañana por la mañana iré a Norfolk. Puede que allí los encuentre.

Noble hizo un gesto de asentimiento.

—Pásese por Ty Mawr y pregunte a la señora Tremayne si tiene alguno. Si quiere, puede llevarse a Isabeau consigo para que la acompañe durante el viaje.

Ella negó con la cabeza.

—No necesito que nadie me acompañe, la carretera Quarterpath ya va bastante transitada de por sí.

Cierto, pero a Noble no le hacía ninguna gracia que fuera sola. No podía dejar de pensar en todos los carteristas y ladrones que pasaban por allí, aunque ella no tenía nada de mucho valor que robar. Como mucho algunas monedas. Su virtud, sin embargo, era otro cantar.

—¿Va a ir a caballo?

—El señor Southall tiene una yegua tranquila que necesita hacer ejercicio. Pero puede que decida pasar la noche en Ty Mawr a la ida o a la vuelta.

Aunque sus palabras no eran muy específicas, Noble sintió cómo la esperanza resurgía en su interior.

—No hace falta que le diga que la invitación sigue en pie —le aseguró él.

Liberty abrazó el *serinette* contra su pecho y se sentó en el umbral de la puerta.

—¿Qué pasa con Inglaterra?

¿Le daba la respuesta abreviada?

—Todavía es posible la reconciliación. Las colonias han ofrecido una especie de rama de olivo al rey Jorge, pidiéndole que ponga freno al Parlamento y acabe con la promulgación desenfrenada de leyes contra nosotros.

—¿Y mi padre? ¿Y lord Dunmore?

—Siguen en el puerto de Yorktown, o eso he oído. —No le hablaría de las amenazas de muerte. De la tensión creciente—. La mayoría son *clonc*.

—¿«Clonc»?

—Rumores en galés.

Ella esbozó una sonrisa que fue como un arco iris en mitad de la tormenta.

—Una palabra muy adecuada para los chismes.

Libby dejó a un lado el *serinette* y tomó la magnolia seca que había sobre el alféizar. ¿Sería la misma que él le había regalado?

—¿Cómo se dice flor en galés?

—*Blodyn*. —Siempre había pensado que era un nombre muy burdo para algo tan bonito.

Ella lo repitió con tanto encanto que hizo que sonara casi atractivo.

De pronto le entraron unas ganas enormes de pronunciar otras palabras.

*Del*. Preciosa.

*Calon*. Corazón.

*Rwy'n dy garu* di. Te quiero.

Y su favorita: *anwylyd*. Mi ser más querido. Mi amada.

Se quitó el tricornio y se secó el sudor de la frente, terminando con todas sus cavilaciones románticas. Sabía que Thalia estaba cerca, que era consciente de que estaban hablando, así que retrocedió un poco. Si no tenía cuidado aquello terminaría convirtiéndose en un *smonach*. Un desastre.

—Qué Dios la bendiga, Libby.

Se quedó un poco consternada por su repentina despedida, pero Noble tenía otros asuntos más urgentes que atender que entregar *serinettes* y arpas.

—*Ffarwel* —dijo ella a su espalda.



En las dos semanas que siguieron, el cansancio cayó sobre Liberty, cubriéndola como una capa. A pesar de tener los dedos rígidos y doloridos por el exceso de costura había conseguido terminar la tarjeta color lavanda que contenía varias muestras de su encaje. En el reverso de la tarjeta había escrito: «Encaje hecho en Williamsburg, Virginia, similar al de Buckinghamshire, Inglaterra». Por suerte, las muestras no pesaban mucho y se podían enrollar en un pequeño paquete que llevaría al mercado.

El boicot a los productos británicos era una bendición encubierta que propiciaría que se solicitara más su trabajo, o al menos eso esperaba. Los gorros y pañuelos femeninos iban adornados con encaje y a las mujeres de las colonias les gustaba que las retrataran con sus chales de encaje, la mayoría de seda negra. Su propia madre había posado así el pasado invierno. Incluso las más humildes siempre procuraban reservar alguna moneda para poder comprar algo de encaje que llevar encima.

Miró las muestras que tenía en las manos y recordó un salmo.

«Por favor, Señor, bendice mi trabajo».

Preparó todo lo que quería llevar a Norfolk en la puerta del capricho. La única duda que tenía era si se detendría o no en Ty Mawr. Lo cierto era que le apetecía mucho volver a ver a Isabeau y tomarse un refrigerio con la señora Tremayne.

Abrió el *serinette* y se sentó en un taburete cerca de la puerta, decidida a escuchar música y respirar un poco de aire fresco. Tomó una profunda bocanada de aire para calmarse, pero no lo consiguió. Desde los levantamientos de junio sentía como si estuviera en el interior de una

vorágine. Pero en realidad era algo más que eso.

Justo cuando pensaba que podía olvidarse de Noble Rynallt, dejar atrás sus muchas bondades, él volvía a aparecer. Y si iba a Ty Mawr solo reavivaría cualquier chispa que se hubiera encendido. Al menos por su parte.

Las notas etéreas del *serinette* se fueron desvaneciendo poco a poco, como si suplicaran que le diera cuerda. Pero en ese momento no necesitaba más música. Se moría de ganas por darse un baño. Por meterse en la tina de cobre de su casa. Seguro que también la habrían subastado.

¿Quién estaba detrás de la confiscación de las propiedades *tories*? ¿Por qué no habían esperado a ver si Inglaterra aceptaba sus demandas? ¿Estaría al tanto su padre de que había perdido la casa?

Alcanzó la carta que acababa de llegar de Filadelfia.

*Querida hija:*

*Estoy perfectamente instalada en esta gran ciudad. Me preguntó por qué he tardado tanto en...*

Parecía que su madre estaba encantada. Los Dickinson le habían abierto las puertas de su casa y sus corazones y ahora estaba rodeada de amigos cuáqueros librepensadores, muy alejados de la política mezquina de la capital de Virginia. Su madre volvió a repetirle que si las cosas al final no le iban bien, si su apuesta con el encaje fallaba, podía irse con ella a Filadelfia.

Se hizo con una pluma para responder, pero entonces se dio cuenta de que se le había acabado la tinta. Y en ese momento no podía permitirse el lujo de comprar más.

No, por ahora no podía dejar Williamsburg. Tenía puesto su corazón y sus esperanzas en ese lugar.



Liberty se animó bajo el cielo despejado, que era del mismo tono que el vestido que Cressida llevó al baile. El capricho donde ahora vivía era tan pequeño que se sentía como un pájaro enjaulado. Ahora que ya no estaba entre esas cuatro paredes estrechas, tenía la sensación de que podía volar. Norfolk no parecía estar tan lejos. Cada kilómetro traía una nueva recompensa. Una profusión de flores silvestres. Corderos dando brincos. La brisa de la costa. Las largas y sólidas chimeneas de las plantaciones que, aunque en la distancia, siempre la tranquilizaban.

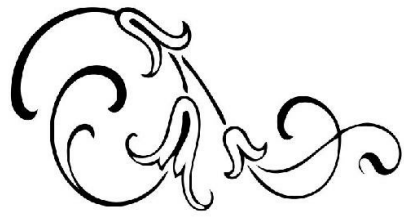
Su yegua era otro cantar. No le extrañaba que el señor Southall la compartiera tan alegremente. Cada trecho de tréboles por el que pasaban le llamaba la atención y disfrutaba deteniéndose en seco sin razón aparente, lo que provocó que casi se cayera de la silla en varias ocasiones.

Liberty golpeó las riendas y la persuadió para que continuara una y otra vez. Pasado el desvío de la plantación de Carter's Grove. Más allá de la majestuosa puerta de entrada de Ty Mawr.

Cuando tuvo una vista completa del río James mientras fluía al suroeste, hacia la bahía de Chesapeake.

Por ese camino a lo largo del río viajaba mucha gente. Aspiró el polvo que dejaban a su paso y tomó nota mental de quiénes eran. Noble Rynallt no tenía que preocuparse por ella. Tampoco echaba mucho de menos la compañía de Isabeau, ni atrajo demasiadas miradas curiosas.

Con su vestimenta sencilla y su sombrero de paja simplemente era Liberty, la encajera de Williamsburg.



## Capítulo 20

Es a mañana le habían llegado por correo los últimos documentos del Segundo Congreso Continental, con la tinta todavía fresca y oliendo a cuero de la silla de montar. Cuando vio el título contuvo el aliento.

Declaración de las causas y la necesidad de tomar las armas.

Intimidante. Inevitable. Definitivo. Todo les estaba avocando hacia la guerra. Estaría aún más preocupado si no hubieran nombrado a George Washington comandante en jefe del recién formado Ejército Continental. Washington era intrépido, un soldado veterano de la guerra franco-india. ¿Pero qué resistencia podían oponer unos pobres colonos contra las hordas de soldados británicos profesionales?

Alzó la vista al oír un golpe en la puerta del estudio. Esta se abrió.

—Tiene una visita, señor. —Nunca le resultaba fácil descifrar la expresión de la señora Tremaine, pero le pareció detectar cierto descontento en ella—. Ha venido a verle una tal señorita Shaw.

Durante unos segundos se quedó atónito. La señorita Shaw... ¿La amiga de Libby? Visto desde ese ángulo, tenía más sentido. Llevaba tanto tiempo fuera de la vida social, excepto por algún baile ocasional, que era imposible que hubiera llamado la atención de muchas damas. ¿Habría venido la señorita Shaw a traerle noticias de Libby?

Se mostró cauteloso al respecto y dijo:

—Me reuniré con ella en el salón Este.

Cruzó el umbral y se dirigió hacia un pequeño salón que rara vez usaba. A veces tenía la sensación de que solo necesitaba tres estancias para vivir: su dormitorio, el estudio y la cocina. Bueno, por lo menos Ty Mawr hacía que se ejercitara y, a la larga, sería una casa lo suficientemente grande para albergar a su familia... cuando la formara.

—Buenas tardes, señor Rynallt.

—Desde luego que lo son, señorita Shaw.

Ella se había colocado a su derecha, como dictaba el protocolo, y bajo su elaborado sombrero, mantenía la mirada baja. Ahora que la tenía tan cerca, recordó que había bailado con ella alguna vez, pero no sabía exactamente en qué ocasión. Se había mostrado muy entusiasta y había coqueteado con él; lo que hizo que no estuviera muy a gusto con ella. Pero ahora se sentía el doble de incómodo.

Miró a la otra puerta de la estancia, que también estaba abierta. La señora Tremaine estaba aguardando en el vestíbulo, sin duda a la espera de que le diera la señal para traer algún refrigerio.

—¡Qué espacio tan encantador! —Las amables palabras de la señorita Shaw sonaban forzadas,

pero la vio mirar con admiración los paneles de madera y las tallas de la repisa de la chimenea. Se volvió en un pequeño círculo, como si quisiera que él se fijara en toda su figura a la vez que aprovechaba para echar un vistazo a toda la habitación. La pintura azul oscuro era muy parecida al tono que estaban pensando que tuvieran los uniformes del Ejército Continental. Era una de las pocas habitaciones que Enid no había reformado.

—Es una réplica del salón familiar que teníamos en nuestra propiedad de Gales —explicó él—. Mi padre diseñó el original. —Como la señorita Shaw era relativamente nueva en Williamsburg, quizá no conociera la historia local. Si mal no recordaba, había nacido y se había criado en Boston. Empezaba a acordarse de algunos datos. Su padre era un comerciante acaudalado; un hombre que en lo político nunca había tomado parte por ningún bando.

—Pues sí, es muy bonito. —La vio sacar algo de su bolso de mano. ¿Una carta?—. He tenido mis dudas sobre si debía traerle o no malas noticias, pero después de rezar mucho, he creído conveniente ponerle al tanto de este asunto.

Noble se puso alerta al instante. «Cuidado con la gente que usa como excusa la oración».

—¿Y el asunto trata de...?

—La carta habla por sí sola. Y doy fe de su veracidad —señaló mientras se la entregaba—. He de reconocer que tenía mis sospechas.

El sello estaba roto. La letra era firme. Negra. De hombre, por las líneas rectas, en vez de la elegante caligrafía inclinada de una mujer.

*Estimado señor:*

*Con esta misiva quiero advertirle de que hay un traidor entre ustedes, concretamente la hija del ex vicegobernador, lady Elisabeth Lawson. Ha estado llevando correspondencia a su padre que perjudicará a la causa patriótica. Lady Elisabeth ha visitado recientemente Norfolk, incluso ha estado en Yorktown, haciéndose pasar por encajera. No deje que le engañe.*

No iba firmada. Miró a Cressida Shaw directamente a la cara.

—Una carta pierde toda su credibilidad si no va firmada.

Ella alzó la barbilla.

—Corren tiempos peligrosos. Una firma puede implicar a una persona en exceso y hacer que se arriesgue...

—Como hice yo cuando firmé docenas de documentos en los que se cuestionaba al rey.

La señorita Shaw se ruborizó hasta el punto de que su rostro adquirió el mismo tono rosado del vestido que llevaba.

—Solo he querido aportar mi granito de arena a la causa y advertirle.

—Después de rezar mucho, como ha dicho. —No pudo evitar el sarcasmo en su voz. Ella tuvo la decencia de bajar la mirada—. ¿Ha hablado con Elisabeth Lawson en los últimos días?

—No. Dicen que está viviendo en algún lugar de Williamsburg, pero no sé exactamente dónde.

Su tono desdeñoso le molestó mucho más que el contenido de la carta. Echó un vistazo al reloj. Casi era la hora del té, una costumbre que nunca seguía, aunque muchos continuaban haciéndolo.



—Estará deseando proseguir su camino. —No le daría las gracias. Algo dentro de sí le decía que aquella acusación no era fiel a la verdad y su corazón que no hiciera caso de la carta. Su cabeza, sin embargo, le instaba a volver a leerla.

—Oh, no tengo prisa. Hablemos de cosas más agradables. —La señorita Shaw ahora era todo sonrisas—. Le echamos de menos el otro día en la Sala Apolo. Hubo tan pocos patriotas que las damas apenas tuvimos parejas suficientes. Ni siquiera estuvo el señor Washington, conocido por ser un excelente bailarín.

—¿El general Washington? —No le diría que Washington había estado en Massachusetts, reclutando soldados, o que él mismo se había pasado toda la noche revisando el borrador final de un documento escrito por un compañero patriota que resultó ser demasiado incendiario y audaz y que algunos miembros del comité le pidieron que repasara—. Últimamente no he estado de humor para muchos bailes.

—¿Alguna vez organiza algún evento en Ty Mawr?

—De vez en cuando. —¿Estaba intentando que la invitara?

Ella le tocó una manga, borrando todo rastro de duda.

—Si alguna vez necesita que alguien actúe como anfitriona...

Estuvo a punto de echarse a reír por su audacia. ¿Esa mujer llevando las riendas de su vida? No, gracias. Parecía estar deseando quedarse, todo lo contrario que Libby. Estaba tan interesado en su compañía como en los rituales del té. Además, la carta todavía flotaba en el ambiente, llena de sospechas y mala fe.

—Que tenga un buen día, señorita Shaw.

Justo cuando se marchó, oyó los tacones de la señora Tremayne acercándose.

—Y hasta aquí ha llegado nuestra conocida hospitalidad de Virginia, señor. —En sus brazos llevaba una bandeja de plata. Olía a café y a *bara brith* recién salido del horno.

Se guardó la carta de la señorita Shaw en el bolsillo y liberó al ama de llaves de la bandeja. En el pasado, siempre había acudido a su hermana con los asuntos más delicados. Enid era mayor que él. Más sabia.

Pero ahora ya no estaba.

—¿Me podría dedicar unos minutos de su tiempo? —preguntó—. Compartir un poco de esa hospitalidad con un acérrimo patriota que necesita un consejo femenino?

La sonrisa con la que ella le respondió hizo que pareciera diez años más joven.

—Por supuesto, señor. Será todo un placer para mí.

Se dirigieron al pórtico que daba al río. Una vez allí, dejó la bandeja en una mesita y ayudó al ama de llaves a tomar asiento.

—Debo confesarle que me ha dejado bastante sorprendida. Los señores no se sientan todos los días con sus sirvientes.

—Quizá esto solo sea posible en Estados Unidos. ¿No pedimos libertad y justicia para todos?

La señora Tremayne se rio y alcanzó la cafetera con la habitual firmeza de su mano. En cuanto terminó de servir las tazas, Noble se sacó la carta de la señorita Shaw del bolsillo y se la entregó. Sabía perfectamente que nunca revelaría su contenido. La mujer la leyó con atención, concentrada, con gesto impertérrito.

—Culpar a alguien de espionaje es algo muy grave —dijo finalmente antes de doblar la carta—. Y también es una acusación demasiado prematura para el momento en que el estamos, ¿no cree?

—Estoy de acuerdo.

Ella se encogió de hombros.

—Ahora mismo no hay mucha información que descubrir ni espiar. Los colonos estamos pagando demasiados impuestos. El despreciable de lord Dunmore ha huido. Virginia solo quiere que se mantenga el orden en su ausencia hasta que el rey designe un nuevo gobernador e intente reparar el daño que se nos ha infligido. ¿Merece la pena espiar algo de eso?

—Voy a hacer un poco de abogado del diablo. —Noble clavó la vista en la tranquila superficie del río James, que ofrecía un claro contraste con el tumulto de emociones que se había desatado en su interior—. Con sus conexiones, *lady* Elisabeth tiene acceso directo a algunos de los *tories* más importantes. Y también tiene razones más que suficientes para estar resentida con la causa patriota. Le han confiscado su casa. Se ha visto obligada a trabajar. Pocos, por no decir ninguno, de sus amigos han permanecido a su lado. Y ahora un cobarde anónimo la acusa de espionaje.

—Ha construido usted un caso formidable. Me había olvidado de que antes de ser burgués ejerció de abogado. —La señora Tremaine lo miró con curiosidad, con el café todavía intacto—. ¿Y ahora es...?

—Un delegado. Y puede que en breve también un soldado.

La vio dar un mordisco a un trozo de pan galés, tratando de digerir la noticia que acababa de soltarle.

—Quiere decir que estamos a las puertas de una guerra. Que es inevitable.

Noble asintió y bebió un sorbo de café. Por primera vez no le apetecía probar el *bara brith*. En ese momento se acordó de algo que había dicho Washington y que parecía estar pensado para esa ocasión.

«La verdadera amistad es una planta de lento crecimiento que debe sufrir y vencer los embates del infortunio antes de que sea digna de llamarse así».



Liberty guardó la última carta de su madre en su cuaderno para todo, donde solía anotar y guardar cosas que le resultaban útiles o interesantes. Una vieja partitura de música. Poemas escritos apresuradamente. Flores prensadas. Oraciones. Pedidos de encajes y nombres de comerciantes. Lo había comprado en el encuadernador de Norfolk, junto con un poco de tinta, con su primer salario.

El señor Southall había tenido la amabilidad de dejarle su viejo escritorio, que le recordaba al que había tenido debajo de la ventana en el dormitorio de su antigua casa. Aunque este tenía varias muescas y estaba hecho con una madera de calidad inferior, era sólido y tenía un tablero liso y resistente con un cajón poco profundo que le ofrecía el espacio que necesitaba. La

iluminación corría por cuenta de una única vela sujeta sobre uno de los soportes de peltre que ya no se usaban en el Raleigh.

Por extraño que pareciera, ahora disfrutaba más de estos artículos tan difíciles de conseguir que de los candelabros de plata y los libros forrados de cuero de su anterior vida. En ese momento poseía pocas cosas, pero sí las suficientes. Thalia le había traído un plato extra de sopa y pan crujiente de la cocina del Raleigh y ella, a cambio, estuvo pendiente de su herida.

Esa noche, mientras anotaba sus pedidos bajo la pálida luz de la vela, una polilla revoloteaba alrededor de la llama. En Norfolk necesitaban sus servicios, mientras que en Williamsburg seguían manteniendo con ella una actitud distante. Sopló la tinta, ya que no tenía polvo de arena para secarla, y dejó el cuaderno abierto. Volvió a tomar la carta de su madre y la relejó con más calma, deteniéndose en la frase que más la inquietaba.

*Después de hablarlo largo y tendido con mis anfitriones, creemos que deberías venir inmediatamente a Filadelfia. Ahora mismo Virginia es un auténtico polvorín.*

Liberty dobló de nuevo la carta y la introdujo en el cuaderno, que luego metió en el cajón del escritorio. Y ahí fue cuando oyó la voz de Noble. ¿Cuántos días hacía que no le veía?

Thalia le había dicho que se celebraría una reunión de patriotas en uno de los salones privados del Raleigh. Miró por la puerta del capricho con una anticipación que le resultó difícil ocultar. Noble por fin había vuelto. Le vio desmontar de su caballo en el callejón e intercambiar unas palabras con Billy antes de entrar en la taberna.

Y ni siquiera se había molestado en echar un vistazo en su dirección.

Una desagradable sensación se acumuló debajo del corpiño, que había apretado en exceso. De pronto fue consciente de sí misma, se quitó la gorra de encaje, las horquillas del pelo y se peinó con los dedos los tirabuzones desordenados, reuniéndolos en un moño alto, antes de volver a colocarse la gorra. Ahora que ya habían resuelto todo lo relativo al contrato de Isabeau, ¿mantendría las distancias con ella como hacía la mayoría de los habitantes de Williamsburg?

Intentó calmarse dejando que el *serinette* desplegara su música, sus etéreos tonos desentonaban con los violines que se oían desde la sala de juegos. Al cabo de un rato decidió salir al húmedo crepúsculo para dar una vuelta por el jardín. Mientras caminaba se abanicaba para mantener a los insectos a raya. Al cabo de unos segundos, se dirigía hacia la puerta trasera del Raleigh.

¿Por qué siempre se sentía tan atraída por Palace Green? Aunque su casa había estado muy cerca, desde el Raleigh tardaba un cuarto de hora largo andando hasta el palacio del gobernador. Si atajaba por la calle Nicholson, el trayecto sería más corto...

Incluso de noche, Williamsburg estaba lleno de vida, como siempre. Dentro de sus límites vivían una gran cantidad de patriotas que se concentraban en unas pocas calles. El palacio del gobernador, aunque ahora estaba vacío, seguía siendo la joya de la corona de la ciudad.

De pequeña, siempre había sentido una admiración reverencial por la puerta de entrada al palacio, de ladrillo visto y protegida por las estatuas de un león y un unicornio. Tampoco había ayudado mucho que su padre le dijera que, si no se portaba bien, sería la cena del león. En ese momento estaba parada delante de esa puerta, con el crepúsculo cargado de mosquitos iluminados

por la luna y echando terriblemente de menos el faro que había brillado como una estrella en lo alto del tejado con balaustrada.

¡Lo que habría dado por asistir a otra de sus recepciones! ¡Ojalá hubiera podido disfrutar del último baile al que asistió, en vez de estar preocupada por novios que llegaban con retraso y escoltas patriotas! Si pudiera volver atrás en el tiempo...

Miró hacia el sureste, donde podía verse una luna llena suspendida como un relicario dorado en el cielo oscuro que arrojaba sobre los jardines vacíos y las dependencias del palacio una luz casi fantasmal.

Le habría encantado fingir que el gobernador y *lady* Charlotte acababan de irse a Porto Bello, la plantación que tenían fuera de Williamsburg, pero ni incluso en esas ocasiones el palacio había estado tan oscuro como ahora. Aquello le llegó a lo más profundo de su alma. Se dio la vuelta y atravesó Palace Green corriendo en dirección a su nuevo hogar.



A la mañana siguiente, estaba sentada fuera de la cocina del Raleigh, sosteniendo una taza de té entre las manos, salvo que allí no había té, ni siquiera una infusión de hierbas, solo café. Thalia vertió el líquido negro hasta el borde, derramando un poco sobre el platillo.

—Esa es una taza muy elegante —susurró la sirvienta, como si Liberty la hubiera robado.

—Es de mi madre —respondió ella. Era de porcelana Doccia, la favorita de su madre, y tenía pintada en tonos dorados y azul cobalto una escena bucólica de una finca de campo que guardaba un asombroso parecido con Ty Mawr. Había sido una bendición poder salvar aquella taza.

La enorme cocina llevaba funcionando desde antes del amanecer. En ese momento había media docena de sirvientes con sus delantales moviéndose de un lado para otro. Thalia le dio no uno, sino dos emparedados. Liberty sonrió a la madre de la joven, que estaba en medio de la cocina, a modo de agradecimiento.

—Estos patriotas nunca se van a dormir. —Thalia miró hacia la taberna y murmuró—: Llevan despiertos toda la noche y esta mañana han pedido un montón de café.

Liberty echó un rápido vistazo al Raleigh. ¿Seguiría Noble allí? La noche anterior apenas había conciliado el sueño, haciéndose esa misma pregunta.

—Será mejor que me vaya a trabajar.

Fue al pozo y lavó la taza y el platillo antes de regresar al capricho, donde dejó su preciada porcelana en la repisa de la chimenea. Luego se colocó en su lugar habitual al lado de la puerta, con el sol naciente como lámpara, y escogió su mejor aguja. Esa mañana estaba diseñando un patrón sobre una tira de pergamino que rodeaba su almohadilla para bordar. Si no hubiera tenido la suerte de encontrar un montón de alfileres en Norfolk (una de las bendiciones que había recibido a sus plegarias) habría tenido que recurrir a las espinas de pescado, como algunas costureras hacían.

Estaba intentando crear un patrón único de flores diminutas, hojas y abanicos para adornar los

volantes de las mangas de las damas, así como para un encargo especial que había recibido para un gorro de bautizo. Tenía el hilo de lino preparado, así como unas cuantas bobinas nuevas. Pero ¿le daría tiempo a hacer los remiendos del Raleigh y sus pedidos de encajera?

Vio llegar por el sendero a una lavandera con una cesta enorme apoyada en la cadera que dejó fuera del umbral del capricho. Le echó un rápido vistazo: un montón de camisas y una enagua. Todas recién lavadas, pero a las que les faltaba algún botón o tenían alguna costura suelta.

Dejó a un lado la almohadilla de encaje e hilvanó una aguja más sencilla. El sol naciente ahora daba de lleno en el umbral, haciendo que pudiera ver mucho mejor los detalles de la prenda que coronaba el montón de ropa. Se trataba de una camisa de hombre, de un material muy fino y a la que solo había que coserle un botón en el cuello. Dos sencillas letras iban bordadas en el dobladillo con hilo de color índigo que se conjuntaban perfectamente sobre el lino blanco.

NR.

¿Sería de Noble? Tuvo la sensación de que se le derretían todos los huesos del cuerpo. Bajó la cabeza y agarró la suave camisa, llevándosela hasta el rostro. Después cerró los ojos y aspiró profundamente. Olía a verano, a lino, a viento y... a él.

—Libby—. Abrió de los ojos de par en par—. ¿Disfrutando de su trabajo? —preguntó el mismísimo Noble.

Avergonzada hasta el tuétano, hizo una bola con la prenda. ¿Se habría dado cuenta de que estaba sosteniendo su camisa? Por supuesto que se había dado cuenta. La había arrugado a toda prisa pero sus iniciales eran perfectamente visibles.

Liberty lo miró con reticencia. Se notaba que había pasado la noche en vela. Las ojeras volvían sus ojos más negros que marrones y los tenía un tanto irritados. Sin embargo la estaba mirando con cariño y un brillo de diversión.

—¿Cómo está? —Noble se apoyó en el marco de la puerta—. ¿Qué tal le está yendo lo del encaje? ¿Cómo le fue el viaje a Norfolk?

Dejó la camisa en la cesta y trató de mostrarse lo más despreocupada posible.

—Todo bien. ¿Y usted? ¿Cómo van las cosas por Ty Mawr?

—Igual.

Empezó a impacientarse. Quería saltarse las cortesías. Ansiaba mantener una conversación como Dios mandaba con él. Hablar largo y tendido. Se puso de pie y se alisó el delantal.

—No ha venido a charlar del tiempo, ¿verdad? Está demasiado ocupado para eso.

El breve asentimiento con que la respondió confirmó sus sospechas. A continuación le vio sacar una carta de la levita y su gesto le dijo que no se trataba de buenas noticias. Aceptó a regañadientes la misiva. Tenía el sello roto y la caligrafía le resultaba vagamente familiar, como parte de su pasado. La leyó una vez. Dos veces. Se le contrajo el estómago por la acusación que se vertía sobre ella.

Le miró fijamente a los ojos, aunque no fue capaz de controlar el temblor en su voz.

—No soy ninguna espía. —¿Habría mostrado aquella carta en la reunión que había mantenido en el Raleigh la noche anterior? Se estremeció con solo pensarlo—. ¿Quién más lo sabe?

—Solo usted, yo, la señora Tremayne, el cobarde que la escribió y la persona que me la entregó, la señorita Shaw.

¿Cressida? Se le cayó el alma a los pies.

—¿Ella le entregó esto? ¿Fue hasta Ty Mawr para llevársela?

—Sí. Ayer.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Cressida era su amiga, ¿verdad? Bueno, no había visto a ninguno de los Shaw desde que se había marchado de su casa y había dejado de ir a la iglesia.

Noble la estaba mirando con tanta intensidad que sintió la necesidad de defenderse.

—Solo fui a Norfolk para que me encargaran más trabajos de encaje. Vi a mi padre en Yorktown hace un mes y me echó del *Fowey*. —Todavía seguía doliéndole aquello. Tragó saliva y trató de mantener un tono calmado—. Tengo demasiado trabajo como para dedicarme a espiar. Además...

—Libby, en ningún momento he dicho que me creyera lo que dice esa carta.

La tranquilidad con la que dijo aquello, que la llamara Libby, alivió parte de su angustia.

—¿Entonces por qué me la ha traído?

—Para advertirle de que hay personas, supuestamente amigos, que están vertiendo falsedades sobre usted. Si la gente cree que es una espía, podrían hacerle daño. No baje la guardia. Y no vaya sola a ninguna parte si puede evitarlo.

—Pero estoy sola... —Fue incapaz de terminar la frase. Ahora se daba cuenta de lo sola que estaba. Durante el día, con todo el trabajo que tenía, apenas se acordaba. Era por la noche cuando sus mayores temores cobraban vida.

Miró a su alrededor, el Raleigh siempre bullía de actividad. Y a esas horas, con la panadería y la botica abiertas, la zona era un hervidero de gente entrando y saliendo. Thalia estaba trabajando en el huerto, luchando contra los insectos que amenazaban sus preciadas calabazas. Las lavanderas estaban tendiendo sábanas. Era un día normal en Williamsburg, pero Liberty sentía una tensión subyacente, algo que iba a suceder y que podía poner patas arriba la vida de todo el mundo. Ella ya se había llevado un varapalo. Pero los demás también se lo llevarían. Lo presentía en lo más profundo de su ser y estaba aterrada. ¿Qué podía hacer?

Volvió a mirar la robusta figura de Noble, iluminada por el sol. Ansiaba su sobriedad, su fuerza. Quería darle las gracias por no sospechar de ella, a pesar de la carta, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta,

—Quiero protegerla, pero no sé cómo hacerlo. —Él se pasó una mano sobre los ojos inyectados en sangre—. No soy su marido, ni su prometido. Solo un amigo preocupado.

Fue plenamente consciente de todo lo que él no podía decirle. Había ido allí para advertirla. Cualquier cosa que le pasara escapaba a su control. Si quería estar a salvo tendría que irse con su madre a Filadelfia o (una alternativa bastante menos segura) con su padre, a bordo del *Fowey*, con la posibilidad de que tuvieran que regresar a Inglaterra.

Dijo las siguientes palabras tanto para infundirse valor como para agradecerle el gesto que había tenido con ella:

—¿Cómo voy a doblegarme ante el miedo cuando vosotros, los patriotas, estáis arriesgando tanto?

—Yo soy un hombre con recursos. Usted una mujer que lo ha perdido prácticamente todo excepto su ingenio y su orgullo.

—¿Orgullo? ¿Qué hay de malo en querer labrarme un futuro por mí misma? ¿En quedarme en el lugar donde nací y me crié?

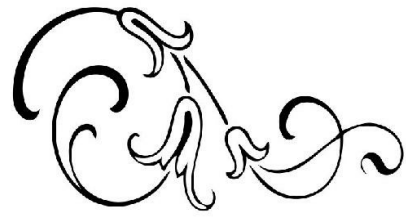
—Nada, pero no debe permitir que eso anule su sentido común. Su seguridad. Billy me ha dicho que anoche salió sola por Palace Green.

¿Billy?

—Me pregunto quién es aquí el verdadero espía. —Se puso roja—. A veces, esas cuatro paredes me... —No continuó. No se quejaría de su destino, de las pequeñas dimensiones del capricho o de las horas y horas que se pasaba confinada allí dentro, cosiendo y bordando—. Hacía una noche tan buena que quise dar un paseo. Necesitaba ver el palacio. —¿Lo entendería? ¿Cómo el pasado tiraba de ella y hacía que ansiara volver a una época más estable de su vida? Le devolvió la carta—. ¿Tiene alguna idea de quién podría haberla escrito?

—No. La señorita Shaw no me quiso decir nada al respecto. La letra no es ni de Miles Roth ni del doctor Hessel. No sé nada más. —Noble volvió a ponerse el sombrero—. Me voy a Ty Mawr. Necesito una buena comida y dormir un poco. —Esbozó una sonrisa y agregó—: *Ffarwel*.

—*Ffarwel* —se despidió ella, lamentando que se marchara. Hasta donde sabía, era el único amigo de verdad que tenía en todo Williamsburg.





## Capítulo 21

**A**l día siguiente la fiebre hizo mella en el Raleigh. Thalia y varios sirvientes de la cocina fueron los primeros en caer y el señor Southall le pidió ayuda con el huerto. Liberty dejó de lado su trabajo y se prestó gustosa para hacer frente al asunto más apremiante de la taberna: alimentar a los comensales y huéspedes. Tenía que recoger una tanda de patatas nuevas, judías verdes y similares. También había que hacer ensaladas, así que llenó dos cestas con perejil, perifollo, lechugas y cebolletas.

Sin embargo, a pesar de su buena disposición, no habría podido lograrlo sin la ayuda del joven Billy. El muchacho la había estado ayudando con una sonrisa de oreja a oreja mientras hacía sus quehaceres y alimentaba los caballos de los clientes del Raleigh.

—¿No tiene mucha experiencia en la cocina, señorita? —preguntó—. ¿Nunca ha recogido patatas ni hortalizas?

—No —confesó ella—. He tenido una educación bastante deficiente en lo que a eso se refiere. De no ser por ti, el señor Southall hoy me habría despedido.

Billy se rio y continuó trabajando a su lado con más ímpetu si cabía. Mientras se hacían con todo lo que necesitaban bajo el intenso calor del sol, otro tipo de fiebre empezó a arder en su interior, desatando su furia por la falsedad que habían dicho sobre ella. Arrancó una mala hierba con tanta saña que se pinchó en el dedo. ¿Cómo le habría gustado poder deshacerse de aquella acusación del mismo modo? ¿Quién habría escrito esa carta? ¿Por qué había sido Cressida la que se la había llevado a Noble Rynallt? ¿Y por qué querían que le llegara precisamente a él?

¿Una espía?

Si estaban intentando poner a Noble en su contra habían fallado. O eso esperaba. ¿Terminaría él creyéndose algún día que era verdad? Dios no lo permitiera. Por ahora, solo quería agradecerle que hubiera tenido fe en ella. Ayudarle en su causa.

A la mañana siguiente se encargó de supervisar el huerto de especias de Thalia, una tarea bastante más agradable que la de recoger verduras. Una hermosa vara de oro se erguía imponente, dando sombra a los helechos, especias y bergamota. Junto con las hojas de frambuesa, se usaba para preparar un té delicioso. Su madre había querido tener su propio huerto en la parte trasera de la casa, pero su padre se lo había prohibido.

Pensó en el significado de su nuevo nombre: libertad.

En ese momento se sentía de todo menos libre.



Había llegado la hora. Escogió su atuendo con cuidado, sacando uno de los mejores vestidos que tenía de su antigua vida. Usó unas cuantas monedas del contrato de Isabeau, alquiló un coche y salió al amanecer, antes de que el tráfico del mercado inundara la carretera. Además, la hija de un conde y ex vicegobernador de la colonia de Virginia no podía viajar a lomos de una yegua decrepita del Raleigh.

El carruaje de tonos verdes y negros era el mejor vehículo que se podía conseguir con tan poco tiempo de antelación y el cochero era un hombre experimentado y cortés. Los polvorientos kilómetros pasaron volando y antes de que se diera cuenta estaba oliendo la sal en el ambiente y oyendo el graznido de las gaviotas.

Junto a ella, en el asiento tapizado, había colocado una cesta pequeña repleta de los pastelitos de la panadería favoritos de su padre. Se comió uno distraída, aunque no tenía ni punto de comparación con el *bara brith*. O quizá no le gustó tanto porque estaba nerviosa por el encuentro que se avecinaba.

Hoy el *Fowey* estaba anclado a una distancia segura del puerto, donde un montón de casacas rojas montaban guardia. Tras unos minutos, una cuantas sonrisas y dos pastelitos, consiguió que la llevaran al barco en un bote. Los hombres a cargo de la pequeña embarcación no tardaron mucho en cubrir la distancia que los separaba del buque y Liberty agradeció en silencio el buen tiempo. Hacía un día tan estupendo que el cielo se reflejaba en las aguas cristalinas.

—¿Quién va? —tronó alguien desde la cubierta.

Tras decir su nombre y pedir que la llevaran ante su padre, le lanzaron una silla de contramaestre a la que se subió sin soltar la cesta. Se alegró de que los guantes de cuero le taparan unas manos que ya no se parecían a las de la antigua *lady* Elisabeth.

Miró hacia el puerto, hacia el carruaje que la esperaba y un pequeño escalofrío le recorrió la espina dorsal. La última vez que se habían visto, su padre y ella no se habían despedido en buenos términos. ¿Seguiría enfadado? ¿Se acordaría de las palabras que en ese momento deseaba no haber pronunciado? Por lo menos le habían proporcionado una buena excusa para volver. La cesta llena de pastelitos sería la disculpa que sus labios no estaban dispuestos a pronunciar.

En cuanto puso un pie en cubierta, el capitán del buque, Montague, la miró con severidad desde la proa. Liberty lo miró con una sonrisa y, como sabía que podía mandarla de vuelta en un abrir y cerrar de ojos, se apresuró a seguir a un alférez que la llevó hasta el camarote de su padre. Instantes después, estaba frente al hombre al que llevaba más de un mes sin ver.

—¿Has venido sola? —preguntó él, levantándose de su escritorio.

¿Esperaba que la acompañara su madre?

—Sí, sola. —Forzó una sonrisa y le entregó la cesta.

Su padre se acercó e hizo una mueca de desprecio.

—Necesitamos carne. De cordero, de cerdo, da igual. ¿Y vas y me traes pasteles?

Su sonrisa se esfumó al instante.

Su progenitor dejó la cesta en el escritorio se apoyó en él y espetó:

—¿A qué has venido?

Ella se tragó una respuesta ácida.

—Lo siento, papá. Por favor, perdóname por haber sido tan desconsiderada. Ahora que mamá

está en Filadelfia, tú eres la única familia que me queda. —Y era cierto, al menos en la zona. Pero aquella observación no suavizó la dura actitud de su padre; lo que facilitó que el plan se desarrollara tal y como había previsto—. Te traigo noticias... de Williamsburg.

Aquello despertó de inmediato la atención del conde, que le hizo un gesto para que tomara asiento.

Liberty se sentó con piernas temblorosas y sintiendo náuseas.

—Pensé que lo más justo era contarte que los rebeldes están formando milicias, han reclutado alrededor de unos cuarenta mil hombres por toda la colonia.

—Continúa.

—Están planeando marchar hasta Yorktown y enviar a vuestra flota a Chesapeake para evitar que bloqueéis el suministro de municiones rebeldes del Caribe.

Su padre endureció el gesto. Liberty tomó una profunda bocanada de aire, podía sentir la sorpresa que le habían causado sus palabras flotando en el ambiente. Se le pusieron los pelos de punta al recordar el momento en que se agachó debajo de una de las ventanas de la taberna mientras arrancaba las malas hierbas y atendía a las plantas en sustitución de Thalia, para recabar toda la información que pudiera. Había oído fragmentos de conversaciones. Rumores que había adornado aún más para este instante.

—¿Dónde has oído eso?

Su treta era prácticamente perfecta.

—Estoy trabajando para el señor Southall.

—¿En el Raleigh? —preguntó con tono inexpresivo, no sabía si de disgusto o porque la noticia le había dejado atónito—. ¿Como su empleada?

—No tenía ningún otro lugar al que ir.

—Así que te has metido en la mismísima boca del lobo, ese establecimiento en el que todos esos patriotas, esos imberbes, maquinan para sumir a la colonia de Virginia en un auténtico caos.

¿Imberbes? Ni mucho menos. Le entraron unas ganas enormes de echarse a reír.

—Hay más. Han confiscado nuestra casa y todas nuestras pertenencias.

—Podías haberte ido al norte con tu madre.

O a Ty Mawr. Aunque eso era imposible, la idea le resultaba de lo más atractiva, pero no podía decírselo a su padre.

Cambió de tema.

—¿Dónde están *lady* Charlotte y las niñas?

—A bordo del *Magdalena*, de camino a Inglaterra.

Ahora fue ella la sorprendida. Eso solo podía significar una cosa: que Dunmore se esperaba lo peor. Adiós a las horas sin preocupaciones, a las largas caminatas, las conversaciones en el jardín, la interminable sucesión de vestidos nuevos y entretenimientos y a esa sensación de pertenencia plena y maravillosa, al menos cuando estaba con *lady* Charlotte y sus hijas.

Miró hacia un ojo de buey.

—Pero tú, lord Dunmore y los leales a la Corona os habéis quedado.

—Marcharnos sería como reconocer la derrota. —Rodeó el escritorio y se sirvió un poco de madeira en una copa de cristal—. En breve nos trasladaremos a Norfolk. Es una ciudad *tory* llena

de comerciantes escoceses leales al rey. El general Gage, que tiene su centro de operaciones en Boston, nos ha enviado refuerzos, pero parece que se han retrasado. Tan pronto como lleguen, aplastaremos cualquier alzamiento colonial. —Entonces, como si se hubiera dado cuenta de que había hablado demasiado, se detuvo y dio un buen sorbo a su bebida.

Liberty apoyó las manos en su regazo y memorizó todos los detalles, aunque no fueran muchos.

—Antes me has dicho que necesitáis carne. ¿Andáis escasos de provisiones?

—Sí, necesitamos suministros, pero ya hemos enviado hombres para que recojan todo lo necesario en diferentes plantaciones.

A punta de pistola, supuso ella. ¿Sería Ty Mawr uno de sus objetivos?

—He visto que hay muchos hombres negros a bordo.

Su padre asintió.

—Estamos ofreciendo la libertad a todos los esclavos y a todos los sirvientes atados por contrato que se unan a nuestra flota.

—Así atacaréis de pleno el corazón de Virginia. —El barril de pólvora al que su madre se había referido en sus escritos se había encendido. Toda la economía de Virginia se sostenía gracias a la mano de obra esclava y la servidumbre por contrato.

—Nuestra estrategia es sofocar la rebelión cueste lo que cueste.

Alguien abrió la puerta sin llamar. Se trataba de lord Dunmore, que esbozó una sonrisa nada más verla; una sonrisa que su padre no le había dado. Liberty se puso de pie y le hizo una reverencia antes de volver a sentarse. Había que seguir las reglas de cortesía ya fuera a bordo de un buque o en pleno palacio.

—Es una pena que no hayas viajado con *lady* Dunmore —comentó mientras su padre le servía un *madeira*—. El viaje habría sido más agradable con tu compañía.

Sintió un último cargo de conciencia. Si Noble hubiera quitado a Patrick Henry la carta que perdió y se la hubiera devuelto a tiempo... No, ahora no era el momento de lamentarse, no podía volver atrás en el tiempo.

—Mi hija ha traído noticias de la capital. Los rebeldes están formando milicias y quién sabe qué más. Han confiscado nuestra casa; supongo que lo siguiente será el palacio del gobernador.

—También Porto Bello. —Reprimió una sonrisa. Estaba disfrutando, ofreciendo una imagen mucho más optimista de los patriotas, atribuyéndoles toda clase de exageraciones y fantasías con la intención de suscitar alarma. Pero al final no era más que un cúmulo de mentiras—. Se rumorea que el palacio del gobernador va a ser la residencia del nuevo alcalde de Williamsburg.

Ambos hombres la miraron fijamente. Desconcertados. Petrificados.

Decidió ir un poco más allá.

—Estoy plenamente convencida de que no será otro que Patrick Henry.

Dunmore no ocultó su disgusto.

—Mejor que ese maquinador de Washington. Comandante en jefe de los desertores continentales o alguna tontería por el estilo.

Su padre la seguía mirando.

—¿Y qué me dices de Noble Rynallt y Thomas Jefferson? ¿Siguen fomentando la sedición con sus escritos?

—A Jefferson hace mucho que no le veo por Williamsburg. No es ningún secreto que prefiera el campo, Monticello, a la ciudad. Y de Rynallt sé muy poco. —Estaba con el corazón en un puño. Tenía que proteger a Noble a toda costa—. Creo que ahora está con George Rogers Clark y que van a viajar hacia el oeste para reclutar a nativos que les ayuden en su lucha contra la Corona.

Se lo estaba inventado todo, pero debió de dar en el clavo porque su padre casi se atraganta con la bebida. Se sintió enormemente complacida. ¿La creerían? En el pasado, Dunmore había buscado el favor de los indios y ahora dudaba si contaba con su ayuda para someter a los virginianos. Había oído que había enviado unos cuantos mensajeros a tal efecto.

—No cabe duda de que eres todo un arsenal de información. —Dunmore dejó su vaso vacío sobre la mesa—. Quizá deberías venir a la costa más a menudo. Traer noticias de la capital. Ambos podríamos beneficiarnos con este acuerdo.

—Ya lo creo que sí. —Su padre extrajo un saco pequeño de terciopelo del bolsillo del chaleco—. Ven de nuevo en siete días, o antes si lo requiere la ocasión.

Ella asió el dinero con reticencia, aceptando de ese modo sus términos. ¿La convertía eso en una espía? ¿Se estaba relacionando ahora con el enemigo? Con el estómago revuelto, se despidió con un gesto de asentimiento, salió del camarote y siguió al alferez a través de las entrañas del *Fowey*.

Luego caminó por la cubierta bañada por el sol y se dirigió al bote que la estaba esperando bajo las miradas curiosas de muchos marineros que la habían visto ir y venir.

En el interior del carruaje hacía un calor sofocante. Incluso con las cortinas alzadas, sintió como si estuviera dentro de un horno. Necesitaba aire fresco. Silencio. Y cuando llegaron a la altura del cruce que conducía a Ty Mawr, se derrumbó. No podía continuar. Avisó al cochero, que no disimuló su sorpresa, se bajó del vehículo y le indicó que continuara. Después anduvo despacio por la carretera y, solo cuando lo perdió de vista, se volvió y fue hacia la puerta de entrada a Ty Mawr.

Qué sitio más hermoso y cuánta paz se respiraba allí. La sombra que proporcionaban los numerosos árboles eran un bálsamo para su cuerpo y espíritu. Ella, que estaba acostumbrada a la vida de la ciudad con todo su color y ajeteo, ahora anhelaba un lugar más tranquilo. Caminó lentamente, no porque estuviera cansada, sino porque quería disfrutar de todo aquello. A pie se podían percibir muchos más detalles que dentro de un carruaje.

Un puente de tierra permitía acceder a la isla Mulberry, que ofrecía una vista sin igual del río James. Frente a ella se extendían acres y acres de cultivo hasta donde le alcanzaba la vista; unos arados y sembrados y otros en barbecho. Ty Mawr coronaba un montículo en la parte norte de la isla, a menos de medio kilómetro de donde se encontraba.

Se tropezó con una piedra que había en el camino. Tenía la garganta reseca. Antaño no se habría conformado con algo que no fuera una buena limonada servida en una copa de cristal. Ahora sería la mujer más feliz del mundo si le daban un poco de agua de un pozo. Nunca se había sentido tan poco atractiva, con esas manchas de sudor bajo los brazos y los labios agrietados por el polvo del camino. El vestido de seda que llevaba era ligero y la falda se le hinchaba como la vela de un barco. Tenía el dobladillo lleno de suciedad por el paseo.

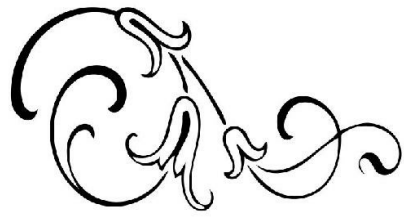
El ascenso por la colina se le estaba haciendo interminable. Miró la cuneta al lado del camino,

cubierta de hierba y flores silvestres. Estaba exhausta. Lo único que quería era sentarse y no dar un paso más.

«Ayúdame, Dios mío».

Estaba atrapada entre dos mundos y no pertenecía a ninguno de los dos. Williamsburg ya no era su casa. Ty Mawr tampoco. Sin embargo, se alzaba en la distancia como una especie de refugio. La entrada de ladrillos y el porche ofrecían un claro contraste con el horizonte azul. Recordó el camino de conchas. La escalera de caracol. La puerta ancha con la aldaba pesada. Todo muy galés.

¿Estaría su dueño en casa?



## Capítulo 22

Noble caminaba por un sendero de arena blanca entre aromáticas flores cuyo nombre desconocía, concentrado en un muro de ladrillos en el extremo sureste del jardín. Construido inicialmente como un cortavientos para proteger la vegetación, ahora lo usaba con un propósito más estratégico y de defensa. Se paró detrás de él y levantó el catalejo.

Enseguida enfocó el río James. El reflejo del sol sobre el agua hizo que cerrara los ojos un par de veces. Normalmente daba las gracias por la magnífica vista que tenía frente a sí, pero hoy solo le recordó todo lo que estaba en juego.

—¿Ve algo digno de mención, señor? —Una ráfaga de viento pareció llevarse consigo la sonora «erre» escocesa de Dougray—. ¿Cualquier cosa que le llame la atención?

—Uno o dos barcos.

—¿Quién se iba a imaginar que el excelso y poderoso Dunmore terminaría convirtiéndose en un pirata y se pondría a saquear plantaciones.

—Eso solo demuestra lo desesperado que está —replicó él. Alzó la mirada hacia una gaviota que sobrevolada por encima de sus cabezas. En un día de verano como ese, cualquier conversación sobre la piratería de Dunmore le parecía tan absurda como hablar del fantasma de Barbanegra.

—No veo ningún casaca roja cerca del agua. En tierra es diferente. —Dougray desvió su atención hacia otro lado—. Eche un vistazo a la entrada, señor.

Noble se volvió y bajó el catalejo. Al otro lado de la larga extensión de pastos verdes se acercaba una mujer empujada por el viento con un sombrero de paja cuyas cintas ondeaban al aire. ¿Libby?

Se le aceleró el pulso. Pasó el catalejo a Dougray y empezó a caminar en su dirección. ¿Qué hacía Libby allí? Y además yendo a pie y con un vestido elegante.

Sí, desde luego que no iba con su atuendo de trabajo. Volvía a ser *lady* Elisabeth, la novia de Williamsburg, vestida de la cabeza a los pies con ropa de Londres. No sabía mucho sobre moda femenina, pero sabía reconocer la calidad cuando la veía. La tela era inglesa. El vestido era de un tono amarillo pastel con flores bordadas y unas mangas de encaje que iban a juego con el encaje del sombrero que protegía su bonito rostro.

Era incapaz de apartar los ojos de ella.

Cuando por fin se encontraron bajo un viejo castaño retorcido no le dijo nada a modo de saludo. Estaba demasiado sorprendido para hablar. Tampoco hacía falta; Libby sabía que era bienvenida a Ty Mawr y él tampoco iba a insistir.

Ella le miró sin sonreír.

—Acabo de ver a mi padre —dijo con voz frágil, sin ninguna emoción—. La flota de Dunmore



se va a trasladar en breve a Norfolk. Están esperando refuerzos del general Gage y se están quedando sin provisiones. —Se detuvo un instante. Dejó de mirarle y bajó la vista hasta un pequeño saco de terciopelo que llevaba atado de un cordón de seda—. Han hecho un llamamiento a todos los esclavos y sirvientes con contratos forzosos para que se unan a ellos a cambio de su libertad.

—¿Le ha contado eso?

—Sí. Y hay más, preguntó por usted específicamente.

—Qué honor.

—Le dije que va a ir hasta la frontera con George Rogers Clark para reclutar a tribus indias para que les apoyen.

La medio sonrisa de Noble se convirtió en una auténtica carcajada.

—¿De verdad hizo eso?

—Sé que es mentira, pero tengo miedo de que pueda correr peligro con su flota tan cerca de Ty Mawr.

Sí, no era nada descabellado. Aunque lo que más le molestaba fue que estuvieran tratando de manipular a los esclavos y sirvientes por contrato forzoso.

—¿Algo más?

—Dentro de siete días espera que regrese y le cuente lo que está pasando en Williamsburg. —Extendió la mano donde sostenía el saco—. Hoy me ha dado esto.

Noble tomó el saco, lo abrió y vertió un buen número de guineas de oro en su callosa palma.

—Es una recompensa muy generosa.

—No voy a tocarla. —La aversión que sentía se reflejó en su tono de voz—. Donaré todo el dinero al asilo de pobres que fundó mi madre.

—¿Por qué ha vuelto a visitarle?

—Si me acusan de ser una espía, ¿por qué no serlo? —Intentó esbozar una sonrisa, pero sus ojos dijeron lo contrario—. Solo que lo haré para los patriotas. Lo que significa que he elegido un bando.

Noble fue plenamente consciente del paso tan serio que estaba dando.

Libby le miró con gesto suplicante.

—Me cree, ¿verdad?

La pregunta le llegó a lo más hondo.

—No estaría en mi sano juicio si no lo hiciera.

Ella lo estudió unos instantes y después el alivio suavizó sus rasgos.

—Puede que en el fondo lo esté haciendo por darle algo a cambio de lo bien que se ha portado conmigo. Así es como puedo ayudar a su causa, aunque solo sea un poco.

—No espero nada a cambio de lo que hago, Libby. —Le devolvió el saco con el dinero, se acercó a ella y empezó a guiarla hasta la casa. En un momento dado, miró atrás unos segundos y se dio cuenta de que no la había seguido nadie, al menos que él pudiera ver—. ¿Cómo viajó hasta Yorktown?

—Alquilé un carruaje, pero lo envié de vuelta a Williamsburg. No me encontraba bien. Después de estar a bordo de ese barco, me puse tan nerviosa que... —No terminó la frase. Se la

veía bastante alterada.

—Sabe que mi puerta siempre estará abierta para usted. —Llegaron a la entrada y él la metió enseguida en el recibidor, que estaba mucho más fresco que el exterior.

La señora Tremayne bajó corriendo las escaleras, con el manajo de llaves tintineando como una campanilla. En cuanto vio a su invitada se le iluminó el rostro.

—¿*Lady Liberty*? Bienvenida. —Se acercó a una pared tapizada y tiró de un cordón—. Han llegado justo a tiempo para tomar un refrigerio.

Liberty solo asintió. Se había quitado el sombrero de ala ancha, mostrando el tocado de encaje que llevaba debajo. Era cierto que no tenía buen aspecto, parecía enferma. ¿El intenso rubor que teñía sus mejillas era por el agitado encuentro con su padre y la larga caminata hasta Ty Mawr o le sucedía algo más?

—Sírvalo en la sala circular —ordenó. Sabía que a Liberty le gustaría. Era una estancia pequeña, cuyas paredes estaban pintadas del mismo tono verde claro que el estanque que había detrás de Ty Bryn. Un color que infundía calma, como siempre decía Enid.

Abrió la puerta que conducía al pórtico que daba al río. Dougray seguía en el muro, con el catalejo en la mano. «Qué ironía», pensó. Mientras que ella estaba allí, sentada en su salón, su padre, que había perdido el poder de antaño, se dedicaba a saquear plantaciones a lo largo del James o enviaba a sus acólitos para que lo hicieran en su nombre y en el de Dunmore. Puede que todos ellos terminaran reunidos en su salón al terminar el día.

Un silencio incómodo recorrió la estancia mientras reflexionaba sobre la situación. Liberty no tenía forma de volver a Williamsburg. Por supuesto que él le proporcionaría un carruaje. Tal vez hasta enviara a Isabeau para que la acompañara, pues no quería que fuera sola. Se la veía tan cansada que se quedó callado y se alegró en cuanto llegó el refrigerio prometido. Isabeau entró a continuación, y lo hizo con gran revuelo. Aunque su antigua señora parecía estar encantada de volver a verla, no se mostró tan efusiva como la doncella.

Isabeau empezó a recitar a toda prisa un montón de palabras francesas a las que Liberty replicó con tanta desenvoltura que despertó su curiosidad. Sabía muy poco francés y no entendía muchas palabras.

—*Vous avez l'air malade* —señaló la doncella.

Supuso que *malade* no era un cumplido. Sonaba ominoso; algo que también enfatizó el ceño fruncido de Isabeau. Libby respondió con una avalancha de palabras que sonaron tan melódicas que lamentó haber elegido el latín en lugar de las lenguas romances.

—Perdón. —Por fin Libby miró en su dirección—. No es fácil deshacerse de los viejos hábitos. Mi madre es en parte francesa y quiso que tuviera una doncella nativa para que pudiera hablar el idioma...

—Lo que parece hacer perfectamente —dijo él.

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Solo para los que no lo hablan. —Se terminó la limonada, contempló la bandeja llena de dulces que había traído la señora Tremayne y señaló un pequeño plato decorado con violetas confitadas—. ¿Y esto es...?

—Mantequilla de hadas. Está hecha con yemas, azúcar y agua de azahar —explicó la señora

Tremayne henchida de orgullo—. Está deliciosa untada en pan de jengibre.

Aunque Noble tuvo la sensación de que Libby no tenía ganas de comer, la vio tomar un trozo; un gesto que puso pletórica al ama de llaves.

—Y esto son merengues a los que les han dado un tono rosa con un poco de zumo de remolacha —continuó la señora Tremayne.

Libby se comió uno y dijo que estaba delicioso.

—Se lo diré al panadero, le gustará oírlo. —El ama de llaves se dio la vuelta y abandonó la estancia, llevándose consigo a Isabeau, que iba a regañadientes. Cuando llegó a la puerta se volvió y preguntó:

—¿Se quedará esta noche, *milady*?

Hubo un momento de silencio. Libby se miró el corpiño, como si echara de menos su reloj. Seguro que lo habían subastado junto con el contenido de su joyero. Lamentó no haber pujado por otras de sus pertenencias.

Noble respondió en su lugar:

—Prepare la mejor habitación de la segunda planta por si la dama decide quedarse.

No el ático. No esperaba ningún invitado, y aunque tuviera que recibir alguno, no iba a volver a ocultarla. Era media tarde. Si Libby cambiaba de idea, podía proporcionarle un medio de transporte a Williamsburg a cualquier hora, pero tenía la sensación de que quería quedarse.

—¿La mejor habitación de la segunda planta, señor? Es la alcoba que está al lado del dormitorio de nuestra querida Enid —apuntó el ama de llaves.

Cuando él asintió, tanto ella como Isabeau los dejaron solos.

—Debe de echar mucho de menos a su hermana —dijo ella con voz suave.

No se esperaba aquella pregunta, aunque Enid siempre estaba en sus pensamientos. No obstante, que la mención viniera por parte de Libby hizo que le resultara menos doloroso.

—Sí.

—La conocí en una fiesta que dio *lady* Charlotte. Era una persona encantadora y muy amable. —Liberty alzó la mirada hacia la ornamentada escayola del techo, con sus medallones y motivos florales—. Comentó algo sobre redecorar Ty Mawr.

—Esta era su habitación favorita. Quería que siguiera igual, así que no la tocó.

—Es muy bonita, con tantos verdes. Inspira mucha tranquilidad. Como si estuvieras en un bosque. —Se recostó sobre su silla. Se la veía más sosegada, aunque todavía tenía las mejillas rojas.

Empezó a preocuparse. Las fiebres estivales eran muy comunes en las colonias del sur, algunas podían llegar a ser fatales. ¿No le dijo Hessel que tenía una salud muy delicada?

—¿Se encuentra mal, Libby?

Ella lo miró.

—¿Por qué me lo pregunta?

—En la casa hace fresco, pero se la ve demasiado acalorada. He oído que ha habido casos de fiebre en Williamsburg.

—Solo estoy cansada por todo lo que ha sucedido hoy. —Ella trató de sonreír, pero solo le pareció un débil reflejo de la mujer encantadora que conocía—. No tiene que preocuparse por mí,

señor Rynallt.



Como la señora Tremayne había estado tan complacida y no quería decepcionarla, Liberty se bebió un buen vaso de limonada y se comió un merengue y un panecillo de jengibre untado con mantequilla. En ese momento estaba sentada a solas con Noble, demasiado cansada como para preocuparse por los modales y demasiado afectada por lo que había sucedido a bordo del *Fowey* como para renunciar a la comodidad que le proporcionaba Ty Mawr. Allí, en aquel salón encantador, se sentía segura. Y como llevaba su habitual ropa elegante de encaje, y no el atuendo de una costurera, se sentía cómoda, como si volviera a ser ella misma. No era ninguna comerciante. Nunca lo sería. Era como intentar buscar una aguja en un pajar. Algo prácticamente imposible y agotador.

Además, una cosa era bordar por placer, y otra bien distinta hacerlo para ganarse la vida.

Se quitó los guantes y se miró las manos. Ahora entendía la cara de consternación que se le había quedado al doctor cuando se las vio. No había nada malo en trabajar duro con sus propias manos, pero seguro que podía dar un mejor uso a sus conocimientos y buena educación.

—Creo que puedo desenvolverme bien en el papel de espía.

Noble la miró fijamente. Vio su sorpresa, pero permaneció en silencio.

—Retiro lo dicho sobre el asilo para pobres. Creo que estas guineas me van a venir bien si las uso para mi nuevo trabajo de espía al servicio de los patriotas.

—No sabe lo que está diciendo.

Ella se encogió de hombros.

—Aprenderé sobre la marcha.

—Y pondrá en peligro su vida...

—Pero puedo ayudar a mucha gente —dijo ella interrumpiéndole; algo que no solía hacer a menudo—. Seguro que los patriotas ya tienen algo en marcha, algún plan secreto para obtener información.

Noble la estudió durante unos instantes. Después, se sacó una carta del chaleco la abrió y la leyó:

—«Es imprescindible que consigamos una fuente que nos proporcione información fiable. No hace falta que te diga que lo mantengas lo más en secreto posible. El éxito de este movimiento dependerá sobre todo de la confidencialidad».

—¿Y quién es el autor de la carta?

—El general Washington.

—Entonces, ¿por qué no hacerlo?

Noble volvió a meterse la carta en el chaleco.

—¿Cuáles son sus motivos, Libby?

La pregunta llegó un poco por sorpresa. ¿Acaso creía aquel hombre que estaba resentida? ¿Que

era una especie de desafío?

—¿Sospecha que solo quiero vengarme de mi padre? —¿De verdad creía que podía ser tan rastrera como para hacer algo por ese motivo?—. Pues si es así, está equivocado. Sí, estoy bastante enfadada por todo lo que ha hecho...

—El enfado es un motivo muy endeble para convertirse en espía.

—Usted no sabe francés —bromeó ella, en un intento por suavizar la tensión creciente entre ambos—. Lo cierto es que nunca he estado de acuerdo con mi padre. Jamás me he sentido unida a él. Yo no era el hijo que él quería. Y él nunca nos ha perdonado ni a mi madre ni a mí por eso. Han sido pocas las ocasiones en que me ha permitido opinar y jamás he tenido voz propia en ningún asunto... hasta ahora.

—¿Qué es lo que la hace más patriota que leal a la Corona?

—Las leyes de mi padre. Son como las del rey y el Parlamento. Igual de irrazonables. Despóticas. Absolutas.

Su apuesto anfitrión seguía sin parecer convencido del todo.

—¿Quiere un motivo más honorable? —preguntó ella en un murmullo.

—Quiero que esté a salvo. Lejos de la refriega.

—Pero eso es imposible, siendo la hija de lord Stirling. —Se puso a jugar con el saco de terciopelo y por fin reveló lo que más le dolía de todo aquello—. Lo siento por mi padre. Por quien es.

—Usted no tiene la culpa, Libby.

—Aun así, me da vergüenza. Me avergüenzo de él.

—Deje que sea Dios el que le convierta en un buen hombre.

Se quedó callada, encontrando consuelo en aquel pensamiento misericordioso.

—¿Acaso puede confeccionarse un vestido de seda con la piel de un cerdo?

—Si el Todopoderoso puede lograr que un ejército de colonos sin apenas experiencia luche contra el mayor ejército del mundo y gane, cualquier otra cosa en comparación será un juego de niños.

—Eso me incentiva a continuar con mi labor. Es la estratagema perfecta, ¿verdad? La hija rechazada que se convierte en encajera de día y espía de noche. —Decidió ir un paso más allá—. ¿Qué cree que opinará de esto el señor Henry?

La confusión en el rostro normalmente estoico de Noble confirmó lo que pensaba. Que Patrick Henry aceptaría de buena gana su plan. Ese hombre odiaba a su padre y a lord Dunmore. ¿Qué mejor venganza que derrotarlos con la ayuda de su hija?

Noble se frotó la mandíbula.

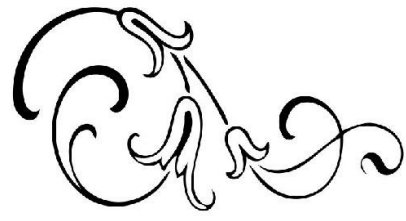
—Mire bien en su interior, Libby. Aparte del riesgo que va a asumir, ¿podrá vivir con las consecuencias? No solo se alejará para siempre de su padre, sino que perderá todo lo que le es querido; cortará de manera irreversible con su pasado.

—Llevo toda la vida alejada de mi padre. Y recientemente he descubierto que tengo muy pocos amigos de verdad. Además, no soy la única que se va a distanciar de los suyos. Prácticamente estamos en guerra. Incluso las familias mejor avenidas se están volviendo los unos contra los otros. Fíjese en los Randolph.

—Sí, hermano contra hermano... —Noble arrastró las palabras, como si se hubiera cansado de hablar del asunto—. Si quiere ir arriba, su habitación está lista.

Liberty no dijo nada. Fue la primera en romper el contacto visual, decepcionada porque su conversación hubiera terminado. Solo que aquello no era el final, al menos no por su parte.

Todo lo contrario, era un nuevo comienzo.



## Capítulo 23

—**M**e temo lo peor, señor. —La señora Tremayne lo miró a través de la luz brillante que entraba por las ventanas del estudio—. *Lady Liberty* se quedó dormida antes de cenar, no se ha despertado para el desayuno y ya es casi mediodía—. ¿No deberíamos llamar al médico?

Su ama de llaves nunca se había inmiscuido en ningún asunto de esa forma. Aquello era una señal de lo mucho que le gustaba Libby. Noble la miró, sopesando su decisión. Puede que Isabeau hubiera contagiado un poco de su histeria habitual a la señora Tremayne. ¿La habría animado la doncella a acudir a él? ¿O era él quien se lo estaba tomando con demasiada calma? Era cierto que, cuando la noche anterior Libby no se había reunido con él para cenar, se había llevado una profunda decepción. Pero lo había achacado a que estaba cansada, a que los sucesos de ese verano la habían superado. O eso había pensado. Pero a veces las mujeres eran más perspicaces que los hombres.

Una cosa era tener a una *tory* recuperándose bajo su techo, y otra bien distinta tener a una *tory* muerta.

—¿Ha visto si muestra algún síntoma de estar enferma? —No tenía ni idea de medicina. Siempre dejaba esos asuntos a Hessel y a otros doctores—. ¿Fiebre?

—Se la ve demasiado acalorada y ni siquiera se ha despertado para beber un sorbo de agua.

Eso no le gustó. ¿Pero sería motivo suficiente como para llamar al doctor Hessel? No. Durante unos instantes, pensó en las diferentes opciones que tenía.

—Prepare una bandeja. Ponga caldo, pan y un poco de ese té inglés que sospecho tiene guardado en secreto. —El ama de llaves hizo una mueca al oír aquella última aseveración—. Traígamela y yo mismo se la subiré.

—¿Usted, señor?

—Sí. No me quedaré tranquilo hasta que no la vea con mis propios ojos y sopesé si hay que llamar o no a Hessel.

Enseguida le llevaron la bandeja. Se encontró a Isabeau en el vestíbulo, retorciéndose las manos; un gesto que solía ser habitual en ella. Cuando empezó a subir las escaleras detrás de él, la detuvo:

—Quédate abajo y ayuda a la señora Tremayne.

—Pero, señor... —La doncella levantó la voz ante la indecencia que podía provocar su comportamiento—. *Merci!*

Noble la dejó abajo y continuó subiendo las escaleras. Cuando llegó a la puerta de la habitación donde estaba Libby, se detuvo para sostener la bandeja con una mano e intentar asir el pomo de la puerta con la otra, sorprendiéndose de que los sirvientes pudieran hacerlo con tanta



elegancia. Después llamó suavemente y, sin estar seguro de lo que iba a encontrarse, abrió despacio.

Si algo le quedó claro era que las bisagras necesitaban un poco de aceite.

La habitación olía a húmedo, los postigos estaban cerrados y las pesadas cortinas echadas. Dejó la bandeja y abrió una ventana, permitiendo que entrara la luz y el aire fresco antes de acercarse a la cama. Levantó la mosquitera y miró a Libby. Seguía con las mejillas coloradas. Todavía estaba durmiendo. Estaba mucho más hermosa de lo que recordaba, si es que eso era posible. Llevaba el pelo sujeto en una trenza suelta y un camisón con un borde de delicado encaje alrededor del cuello.

Colocó con cuidado una silla junto a la cama. Aquello no podía ser más inapropiado. Durante un momento, estuvo a punto de cambiar de opinión. No estaba seguro de cuál sería su reacción, pero sus intenciones eran honorables. Mientras estaba allí sentado, pensando en si marcharse o no, casi se olvidó de respirar. ¿Debería despertarla? Toda una noche más unas cuantas horas del día de sueño reparador deberían haber sido suficientes. Una persona necesitaba comer, hacer otras cosas...

Liberty seguía dormida, así que pudo mirarla tranquilamente. Se parecía más a su madre que a su padre, pero tenía rasgos inconfundibles de lord Stirling, como la frente y el cabello rubio. Colocó suavemente la palma de la mano sobre la mejilla de la joven. No tenía fiebre. Debía de tratarse solo de puro agotamiento.

Tragó saliva, quería decir su nombre pero se le quedó atascado en la garganta. No, esa circunstancia requería algo más. Vaciló un segundo porque estaba a punto de hacer algo memorable, al menos para él. Algo que iba más allá de un simple afecto.

—Anwylyd.

Había pronunciado esa palabra una, puede que dos veces, pero nunca dirigida a otro ser vivo. Sin embargo, salió de su boca de forma espontánea, directamente del corazón.

Ella empezó a desperezarse como un gato; con los ojos cerrados estiró los brazos sobre la cabeza como si estuviera despertándose del sueño de los muertos. Cuando lo vio, pareció más complacida que sorprendida, a pesar de que su presencia no era para nada convencional. Luego esbozó una sonrisa tan deslumbrante que el hoyuelo que tenía en la mejilla casi desapareció.

—¿Eres mi ángel de la guarda que ha venido a despertarme?

Noble se rio.

—Bienvenida al mundo de los vivos.

Liberty empezó a recuperar la consciencia y se medio incorporó.

—¿Qué hora es?

—Casi la hora de la comer. —O al menos las dos de la tarde era la hora en la que solían comer en Ty Mawr

—Entonces no me la he perdido.

Se sintió aliviado.

—No, pero todos la hemos echado de menos. —Agarró una almohada y se la colocó en la espalda.

—Seguro que esto es obra de Isabeau. —Se le oscureció el gesto de igual forma que lo haría

una nube de verano—. La que le ha incitado a venir a ver cómo estaba.

—No, está muy molesta porque esté aquí. En realidad la instigadora ha sido la señora Tremayne.

—Oh, siento estar causando tantas molestias.

—No está causando ninguna molestia. Le he traído algo de comer.

Se levantó y le sirvió el caldo y el té, ya fríos, y volvió a sentarse.

—Ha habido un momento en que nos hemos planteado llamar al médico.

—¿A Hessel? No, por favor. —Liberty se puso seria de nuevo, el azul de sus ojos se oscureció mientras le miraba—. No estoy enferma, solo...

—¿Con el corazón roto, tal vez?

La barbilla le tembló y los ojos se le llenaron de lágrimas; ambas cosas la delataron. Sí, se trataba de eso.

Noble tragó saliva, no sabía si le afectaban sus emociones o el hecho de que pudiera comprenderla tan bien.

—Los galeses tenemos una palabra específica para eso. *Hiraeth*. Expresa el anhelo por el hogar o por lo que una vez tuviste. El duelo por las personas que se fueron o la añoranza por los lugares del pasado. —Habló despacio, para que ella pudiera decir algo si quería—. Pero recuerde bien esto, puede que esté sin hogar, pero sigue teniendo sus raíces. Puede que sea una invitada, pero una muy bienvenida. Si pudiera solucionar las cosas por usted, lo haría sin dudarlo. Querer resolver los problemas, buscar soluciones, es algo intrínseco a la naturaleza humana. Sin embargo no hay ninguna solución para el *Hiraeth*, no que yo sepa.

—Y ese *Hiraeth* del que habla, ¿lo ha sentido alguna vez?

—Sí. Viene sin avisar y en los momentos y lugares más extraños. —Solía experimentarlo con Enid. Con la pérdida de sus padres. La ausencia de su hermano. Incluso en el barco en el que zarpó de Gales para viajar a Virginia hacía ya tanto tiempo. A veces le daba mientras paseaba por una playa desierta, en el campo, o sentía la inmensidad de la noche. Incluso cuando pensaba en el futuro, solo y sin hijos.

Liberty se recostó contra las almohadas.

—Duele tanto como una enfermedad del cuerpo. —Su sufrimiento era palpable y él lo único que quería era consolarla, ofrecerle algo que aliviara la tensión y el cansancio que reflejaba su rostro—. Qué pena que no haya ningún remedio. Al menos no en este lado del cielo.

Cierto, pero sí tenían las Sagradas Escrituras. «Dad gracias a Dios en todas las circunstancias».

—Para contrarrestarlo, tenemos que aprovechar al máximo lo que hemos recibido.

—Entonces tengo que comer y vestirme. Gracias por su hospitalidad.

—No tiene por qué darlas.

Ella intentó esbozar una sonrisa.

—Pero debo. No tiene por qué quedarse. Sé que tiene muchos otros asuntos que requieren su atención, Noble.

Era la primera vez que pronunciaba su nombre. Se sonrojó como un colegial que no se parecía en nada al curtido señor de Ty Mawr.



Isabeau hurgó en el armario y finalmente sacó una prenda con una sonrisa de satisfacción en los labios. Se había recuperado de la conmoción de ver al señor de Ty Mawr en el dormitorio, dejando a un lado el decoro.

—Cómo me alegro de que hayamos encontrado ropa de mujer aquí ahora que su baúl está en Williamsburg. —Levantó una prenda para que la viera Liberty y acarició el cinturón bordado—. Porque se pondrá esta bata sultana, *non*?

—*Non*. Las sultanas son para holgazanear. Tengo que regresar a Williamsburg. El señor Southall ya se debe de estar preguntando dónde me he metido. —Por no decir el trabajo que le estaría esperando después de un fin de semana ajetreado en el Raleigh. Su descanso dominical había llegado a su fin. No le apetecía mucho, pero retiró las sábanas decidida y apoyó los pies descalzos en el suelo.

Isabeau frunció el ceño.

—Pero, señora, está agotada. Tiene que quedarse hasta que...

—No soy la señora de Ty Mawr, solo una encajera y costurera en el Raleigh. —La impaciencia hizo que sonara más autoritaria—. Por favor, ve abajo y pregunta cómo puedo volver a Williamsburg.

La doncella se mantuvo firme y apretó la sultana contra su pecho.

—Primero debo ayudarla a vestirse.

—No hace falta. He aprendido a vestirme yo sola. Los corsés que se cierran por delante son una bendición. —Liberty suavizó el tono—. Puede que Ninian pueda ayudar con el asunto del transporte. No quiero molestar al señor Rynallt.

A Isabeau se le iluminó el rostro en cuanto mencionó a Ninian y salió de la habitación, dejando la sultana de seda para otro día. La alcoba se quedó en silencio y Liberty miró a su alrededor con tranquilidad; algo que no había hecho hasta ese momento. Le recordó un poco a su propio dormitorio con todos esos motivos florales y los muebles de cerezo. Desde luego era una habitación muy lujosa, a la que ahora le tenía un cariño especial por el recuerdo que Noble y ella acababan de crear.

Mientras se ataba el corsé se detuvo un momento. ¿Cómo la había llamado él hacía un rato? ¿Antes de que abriera los ojos? Le había hablado en galés, una palabra que no había oído nunca. *Anwylyd*. Era un enigma que estaba deseando resolver, pero por la ternura con la que se la dijo supo que no podía acudir a la señora Tremayne en busca de ayuda. Por el momento se lo guardaría para ella misma y seguiría preguntándose por su significado.

Un movimiento fuera de la ventana captó su atención. Se acercó a ella y vio a Noble junto al río. La temporada de pesca había terminado, así que el muelle no apestaba a pescado ni había redes, ni trabajadores por la zona. Estaba agachado en la orilla, con las botas firmemente plantadas en el lodo cubierto de conchas, estudiando algo. ¿Huellas? ¿Intrusos? Con la flota británica saqueando plantaciones en mitad de la noche, ninguna despensa o sótano estaba a salvo. Su preocupación por Ty Mawr aumentó. No continuaría siendo una carga o distracción para su

dueño.

Se vistió con ropa sencilla y se puso una pañoleta sobre los hombros y unos zapatos resistentes. Luego se miró al espejo. Estaba casi lista para marcharse, aunque una voz en su interior se quejó por tener que volver a ponerse en marcha. Ahora solo le quedaba arreglarse el pelo.

Media hora después, cuando bajó las escaleras, Ninian la estaba esperando. Miró hacia la puerta abierta para ver el vehículo que habían elegido. No era el carruaje con el emblema de los Rynallt, sino uno más sencillo, completamente negro. Uno bastante más acorde con su estado de ánimo.

La animada charla de la señora Tremayne mientras se acercó a ella con una cesta repleta de comida amortiguó un poco la punzada del dolor que sentía por tener que partir.

—¿Puedo pedirle un último favor? —Liberty miró el largo vestíbulo con sus muchas puertas, preguntándose cuál de ellas conducía a la sala de música—. Me gustaría ver mi arpa.

—Por supuesto. Es suya, *milady*. —El ama de llaves la acompañó a otra habitación igual de encantadora en la que estaba la espineta de Enid. Habían colocado su arpa entre dos ventanales de modo que parecía la pieza más importante de la estancia—. Me encanta el arpa. He oído que usted la toca como los ángeles. Espero que algún día pueda ofrecernos un concierto privado.

—Algún día... —En ese momento no tenía ánimos para tocar. Aunque adoraba la música, no parecía tener mucha cabida en su vida actual.

—¿Quiera que avise al señor Rynallt, *milady*? Seguro que querrá despedirse de usted.

—No, por favor, no le moleste. Ya le he robado bastante tiempo.

—De acuerdo.

Liberty le dio las gracias, se dio la vuelta y se marchó de Ty Mawr, sintiendo que esa sería la última vez que pisaría aquel lugar.



—¡Vaya! —Thalia se detuvo en la puerta abierta del capricho, con la cara colorada por el calor, pero completamente recuperada de la fiebre—. Ha vuelto. Pero ayer vino un montón de gente a hacerle una visita.

—Ah, ¿sí? —Liberty prendió otro alfiler en el patrón de encaje en el que estaba trabajando.

—Primero vino el buen doctor y me echó un vistazo a ver cómo me encontraba. Luego el reverendo Bracken. Y después la pomposa de la señorita Shaw. —Thalia la miró atentamente, como si estuviera sopesando su reacción.

Liberty sintió una punzada de aversión.

—¿La señorita Shaw?

—Seguro que vuelve —replicó la muchacha no muy contenta ante la idea de volver a sus quehaceres en el jardín.

Y así fue.

A la tarde siguiente Liberty vio a Cressida bajar de una calesa con una cesta en la mano. Recordó que, aquella a la que hasta hace poco había creído su amiga, jamás madrugaba. Cuando no salía para participar en algún encuentro social, gustaba de quedarse hasta tarde leyendo novelas o devorando la *Vida y aventuras del caballero Tristham Shandy* y *Pamela* como si fueran deliciosos manjares. A medida que se acercaba la miró desde una nueva y severa perspectiva. Cressida era una joven mimada, voluble y vanidosa, tal y como ella misma había sido antaño... o como quizá seguía siendo.

—¡Mi querida Lizzy! —Cressida la abrazó con lágrimas en los ojos.

¿Quién era mejor actriz de las dos? Reprimió una punzada de culpa. Puede que ambas se movieran como pez en el agua en un escenario.

—Mi querida amiga, cuánto tiempo. —Liberty se metió de lleno en su nueva identidad y fingió que estaba encantada de volver a verla—. Por favor, pasa y siéntate. —Hizo un gesto hacia la otra silla que había en el capricho; una silla de mimbre áspera y baja. La cara de sorpresa de Cressida le produjo un enorme placer.

Aunque la que fuera su amiga miró la silla con recelo, al final decidió sentarse, antes de ofrecerle la cesta.

—Mi madre ha pensado que te gustaría tomar algún dulce.

Liberty se colocó la cesta en el regazo y miró hacia la esquina donde estaba la canasta vacía de Ty Mawr.

—Dale las gracias de mi parte. —Al menos eso lo decía de corazón. Thalia daría buena cuenta de los dulces en el caso de que ella no pudiera.

—El doctor Hessel me dijo que estabas aquí. Y luego me encontré con el reverendo Bracken. —Cressida abrió un abanico con el que espantó a un mosquito antes de mirar a su alrededor, contemplando todo el interior del capricho—. Como no vas a la iglesia, tenía miedo de que te multaran.

La iglesia. Con todo el ajetreo del último mes, apenas había pensado en ella, salvo cuando sonaban las campanas. Aunque tampoco le habían puesto ninguna multa.

—Seguro que el reverendo habrá venido para contarte que han hecho una llamada al ayuno, la contrición y la oración, en respuesta a los disturbios que estamos padeciendo.

—Qué apropiado. —Aunque nunca se había considerado una persona poco habladora, se quedó en silencio. ¿Qué otra cosa podía hacer cuando todo lo que dijera podía ser utilizado en su contra?

—Y dime, Lizzy. ¿Cómo te va buscándote la vida completamente sola?

—No estoy sola. —Hizo todo lo posible por controlarse—. El Raleigh siempre está lleno de gente. Y también tengo mi costura.

—Pero tu padre está a bordo de ese barco y tu querida madre... —Cressida hurgó en su bolso de mano y sacó un panfleto—. En tu familia se dan todos los ingredientes para que estalle un buen escándalo.

Tomó el panfleto con el corazón en vilo. ¿Un llamamiento para que los hombres tomaran las armas? ¡No! Su madre había vuelto a publicar y estaba usando su pluma para despotricar contra el Parlamento y el rey. Incluso estaba firmando con su título. *Lady* Stirling estaba haciendo todo lo

posible para enfurecer al conde de Stirling, al que no quería ver ni en pintura.

Liberty leyó el artículo a toda prisa. Casi se estremeció por dentro por las palabras de desprecio que su madre había escrito para los leales a la Corona. Se tomó un poco más de tiempo para asimilar las últimas y melodramáticas líneas en las que elogiaba a los patriotas:

«El honor, la victoria y la fama eterna coronarán su ejército y bendecirán el nombre de cada héroe».

Le devolvió el panfleto

—Nada nuevo bajo el sol. Mis padres nunca han estado de acuerdo ni lo estarán.

—¿Y tú, Lizzy? ¿Estás atrapada entre tu padre lealista y tu madre rebelde?

La joven dejó la cesta a un lado y volvió a colocarse la almohadilla para bordar en el regazo. No tenía tiempo para charlas sin sentido.

—Yo rezó por la paz. —Lo que era cierto—. ¿Y tú? ¿Tomarás partido por algún bando?

Cressida alzó la barbilla y volvió a mirar el capricho una última vez.

—Intento no pensar en ello. Mi único objetivo es continuar con la vida tal y como la conocemos. Con el tiempo espero casarme y formar una familia.

—Vaya —Continuó trabajando con su patrón con aire resuelto—. ¿Qué tal tu pretendiente?

—¿Es que ya no te acuerdas? —Cressida se levantó y se abanicó con más brío—. Encuentro más interesante a Noble Rynallt, de Ty Mawr.

—¿Un patriota? ¿No sería mejor algún observador pasivo? ¿Alguien que no tome partido como tú?

Cressida retrocedió.

—¿Querrás decir como tu Miles Roth?

—El señor Roth ya no es mío. Puedes quedártelo si quieres.

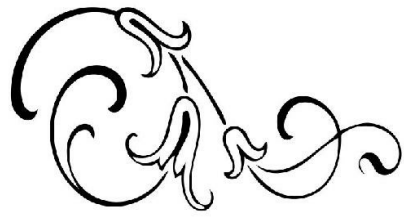
—¡Ja! —Cressida hizo una mueca desagradable—. Dicen que está endeudado hasta las cejas y que es muy posible que termine perdiendo Roth Hall.

—Quizá una familia de nuevos ricos como la tuya pudiera salvarlo.

El insulto relativo al origen humilde de su familia pareció hacer mella en Cressida, pues esta cerró el abanico de un golpe.

—Mejor ser nuevos ricos que pertenecer a una familia ilustre caída en desgracia a este lado del Atlántico. —Se fue hacia la puerta en medio de un frufú de tafetán y el inconfundible aroma a agua de lavanda y se marchó sin despedirse.

Liberty tampoco dijo adiós.



## Capítulo 24

Un viernes por la tarde, a las tres en punto, el Raleigh estaba casi siempre vacío. Un muchacho rubio barría cáscaras de cacahuete y migas de pan que habían caído al suelo durante el ajeteo del mediodía. Noble había escogido una mesa cerca de una ventana que ofrecía una buena vista al capricho. La escena que tenía frente a sí era mucho más pintoresca que el olor a cerveza de la estancia en la que se encontraba.

Al otro lado del amplio alféizar, las amapolas rojas y las malvas rosadas suavizaban las rústicas líneas de la cerca mientras Thalia recogía judías y Liberty cosía bajo los aleros del capricho. El ruido procedente de la cocina se compensaba por el canto de los pájaros y el tentador olor a pan recién hecho.

Hacía calor. Probablemente era el día más caluroso de aquel verano en que estaban pasando tantas cosas. James Southall acababa de izar una bandera roja patriota en el asta, idéntica a la que ondeaba en el poste de la libertad del pueblo; un gesto que soliviantaría a los lealistas que siguieran en Williamsburg. Patrick Henry estaba parado justo debajo, complacido como un niño con zapatos nuevos. Tras dar una palmada de aprobación a Southall en la espalda, se alejó de él y corrió por la pasarela para reunirse con Noble.

Nada más entrar en la taberna, Henry colgó el sombrero en un gancho de la pared y se sentó a horcajadas en una silla. El tabernero le trajo una jarra de cerveza sin que él se lo pidiera.

—Muy bien, Rynallt, ¿qué te cuentas?

—Eres tú el que ha querido que nos reuniéramos, cuéntame tú.

Henry tomó un trago de su cerveza y, sin limpiarse la espuma que le quedó en el labio superior, espetó:

—Hay un asunto delicado que quiero discutir contigo. —Dejó la jarra sobre la mesa, miró a su alrededor y bajó la voz—. ¿Qué puedes decirme sobre esa mocosa, la hija de lord Stirling?

Noble se indignó por dentro, pero intentó permanecer impassible. ¿Mocosa?

—¿Te refieres a *lady* Liberty?

—¿Se llamaba Liberty? Sí, sí. ¿A quién si no? Me ha llegado información de fuentes muy fiables de que está espiando para su padre. Que a la vez que trabaja aquí, se dedica a recopilar información para los lealistas mientras desempeña el papel de patriota a la perfección. Es un rumor que está corriendo como la pólvora. Me lo ha contado una de mis sirvientas. Becky es una charlatana. Muy pronto será el tema del día en Virginia.

Noble volvió a mirar por la ventana en dirección a Libby, contento de que no estuviera escuchándolos.

—La señorita Cressida Shaw me trajo el otro día una carta que decía lo mismo. Me costaba creerlo, así que acudí directamente a ella y le enseñé la misiva. No es ninguna espía.



—Bueno, tal vez podamos persuadirla para que espíe para nosotros. Si queremos superar a la flota de Dunmore y mantener Virginia bajo nuestro poder necesitamos obtener información.

—No. Es demasiado peligroso.

—Es el plan perfecto. Conoce a las personas correctas. Es bonita, lista y capaz de sonsacarle información a su padre.

—¿Serías capaz de eso? ¿Enfrentarías a un padre y a una hija para siempre? —Noble le miró fijamente—. ¿Pondrías en peligro su vida?

—Por supuesto que sería capaz. Corren tiempos desesperados. La única pregunta que tengo al respecto es si podemos confiar en ella. ¿Estás seguro de que no trabaja para su padre y Dunmore? ¿De que no está espionando para ellos aunque sea de forma inconsciente?

—Estoy seguro. —Se había hecho esa pregunta más veces de las que podía contar—. Tengo buen ojo a la hora de juzgar a la gente. La dama dice la verdad.

—Dices eso porque estás enamorado de ella.

Noble golpeó la mesa con su jarra de cerveza.

—No sabes lo que siento o no por ella.

Henry sonrió con desdén.

—A mí también se me da bien juzgar a las personas. Pero ten cuidado. El amor hace que el cerebro se embote y que ensalcemos incluso a quien no lo merece.

—Yo digo que es mejor que la dejemos en paz y que sea el tiempo el que nos diga si estábamos o no equivocados.

—El tiempo corre en contra nuestra. Mientras tanto, los británicos están sitiando Boston y causando daños a lo largo de la costa. Necesitamos saber cuáles son los planes de Dunmore, si tiene pensado quedarse en Yorktown o trasladarse a otro lugar, hasta qué punto le apoya el general Gage y qué hay de verdad en los rumores de que quieren armar a los esclavos y a los sirvientes con contratos forzosos de Virginia.

—Entonces busca a tu espía en otro sitio.

Henry se rio con sorna, se terminó la cerveza y dejó un chelín sobre la mesa.

—Nadie tiene unas credenciales como las de la hija lord Stirling. —Se puso de pie y tomó su sombrero—. Voy a hablar con ella.

—¿Ahora mismo? —Noble también se levantó, aunque no se había terminado la cerveza—. ¿A plena luz del día? Sé más precavido, hombre.

—Está bien. Encárgate tú de concertar una reunión.



Noble esperó hasta que cayó la noche y anduvo por una de las calles menos concurridas de Williamsburg para reunirse con algunos compañeros delegados en el palacio del gobernador y ver qué uso podían dar al edificio. ¿Residencia oficial del alcalde? ¿Cuartel del ejército? ¿Hospital? Como sucedía con casi todo los demás, no encontraron respuesta a sus preguntas y se marcharon

de allí enseguida.

Después paseó un rato por los jardines abandonados del palacio. Los setos estaban descuidados y la maleza invadía los caminos que antaño habían sido el orgullo de todo buen jardinero. Ahora el lugar estaba envuelto por una espesa melancolía. Una melancolía que pareció contagiársele, pues ni el crepúsculo de Williamsburg, la majestuosa Palace Green y las risas que provenían del interior de las muchas tabernas de la ciudad disiparon la oscuridad que parecía crecer en su interior.

Qué Dios le ayudara, pero se preocupaba lo suficiente por Libby como para que, si algo llegaba a sucederle, si le hacían daño, la desterraban o incluso la colgaban, no encontrar la paz el resto de sus días. Temía lo que sus compañeros patriotas pudieran hacer. Aunque Henry era un líder brillante e intrépido como Washington, también podía ser imprudente, incluso insensible. Para él Libby era alguien prescindible, una víctima más de la guerra si llegaban hasta ese punto. Y llegarían, por supuesto que llegarían.

Una sola vela iluminaba el capricho. Libby no podía permitirse más luz. Las suaves notas del *serinette* flotaban en la oscuridad. ¿Echaba de menos su arpa? La señora Tremayne le había dicho que había pedido verla antes de dejar Ty Mawr.

Se quitó el sombrero y abrió la verja trasera sintiendo presión en el pecho. La luna llena brillaba a las diez en punto. Puede que la joven estuviera yéndose a la cama ya que su jornada laboral empezaba mucho antes de que saliera el sol.

Deseaba tener algo que ofrecerle, algo que le arrancara una sonrisa. No le apetecía nada hacer lo que estaba a punto de llevar a cabo. Solo la asustaría. O la llevaría a la ruina. O ambas cosas.

—*Lady Elisabeth*. —Sintió una puñalada cuando se dirigió a ella con tanta formalidad. Para él ahora era Libby y rara vez pensaba en ella de otra forma.

—¿Señor Rynallt?

De modo que ella tampoco le llamaría por su nombre.

—Sí, su humilde servidor —dijo él. Echó un vistazo al bullicioso Raleigh—. Apague la vela.

Hubo un momento de silencio y después ella hizo lo que le había pedido, sumiendo al capricho en la penumbra.

—¿Buscando un escándalo, señor?

—No, solo una conversación honesta. —Se sentó en el umbral, de espaldas a ella. El chasquido que hizo la otra silla cuando Libby también tomó asiento le dijo que estaba cerca de él—. Ten cuidado con Patrick Henry.

—¿Con el señor Henry? —Parecía que aquello le hacía gracia—. ¿Se va a pasar al bando de los lealistas?

—Antes tendrá que congelarse el Infierno. Quiere que usted se convierta en espía.

—Pues no va a tener que esforzarse mucho. Ya he tomado esa decisión.

Noble se puso enfermo.

—¡No, Libby!

—Mi padre me está esperando, Noble.

—¿Con qué propósito?

—Conoce muy bien la respuesta. Él espera que sea una hija dócil y complaciente. Que obtenga

información sobre los patriotas. —Notó cómo se acercaba a él y depositaba algo en su mano—. Esto es una invitación para asistir a un baile a bordo del *Otter*. Mi padre ha dejado el *Fowey* y ahora está anclado en Norfolk.

—¿Un baile? —Apenas podía creérselo. ¿En un momento como aquel?

—Allí tienen muchos partidarios, más que en Yorktown. Recibí la invitación antes de ayer.

Se la metió en el bolsillo. Yorktown estaba más cerca de Ty Mawr que de Norfolk. Ella se alejaría de él, más allá de donde alcanzaba su protección. No dejaba de darle vueltas en la cabeza a lo que significaba todo aquello. La escasez de mujeres. Los depravados miembros de la Marina Real. Había demasiados oficiales aptos para un buen matrimonio. Una partida apresurada hacia Inglaterra, o hacia el Caribe, y no volvería a verla.

—El único favor que le pido es que Isabeau me ayude a vestirme en Ty Mawr, siempre que pueda encontrar un vestido adecuado.

Estuvo a punto de maldecir al ver que se cumplía el deseo de Henry.

—No.

—Tengo que hacerlo. —Su encantadora voz sonaba más decidida que nunca. Iba a ir a ese baile, con su ayuda o sin ella.

—Si insiste, Isabeau la acompañará. Y Dougray la llevará hasta allí.

—No en el carruaje de los Rynallt —dijo ella.

Noble hizo una mueca en la oscuridad. Sus sentimientos estaban anulando su sentido común.

—Alquilaré un carruaje en Yorktown.

—Yo iré con la yegua de Southall hasta Ty Mawr. Nos veremos allí con la primera luz del día.

—No deje huellas. No le diga a nadie lo que está haciendo, ni siquiera a Southall. ¿Es muy estricto con respecto a su horario de trabajo?

—El domingo es mi día libre. A él le da igual lo que haga siempre que termine lo que tengo pendiente antes del mediodía del sábado. Ayuda el hecho de que sea una mujer libre y no una sirvienta con contrato forzoso.

—Hasta mañana entonces.

Ella le respondió con las dulces notas de su *serinette*.



*Querida hija:*

*Se requiere tu asistencia a un baile a bordo del Otter. A las ocho en punto, el 29 de julio.  
En el puerto de Norfolk. Trae noticias.*

La carta no estaba firmada, pero reconoció perfectamente la letra firme de lord Stirling. Noble sostuvo el papel sobre la llama de una vela y contempló como se enroscaba y se quemaba hasta convertirse en cenizas.

Había regresado a Ty Mawr a medianoche y había dejado a Liberty en el umbral de la puerta del capricho. Una vez en casa, fue incapaz de conciliar el sueño, así que se pasó toda la noche tumbado, escuchando el zumbido de los insectos atrapados en la mosquitera que rodeaba su cama.

El reloj del vestíbulo iba marcando las horas en las que, preocupado, iba repasando los planes en busca de posibles fallos. Seguro que Patrick Henry gritaría de júbilo ante el giro de los acontecimientos. El baile sería la ocasión perfecta para obtener información, con el alcohol soltando la lengua de más de uno. Desde luego sería una forma segura de obtener una imagen precisa de lo que estaba pasando entre los británicos, al menos en la turbulenta Virginia. ¿Pero tendría éxito Libby?

La había estado observando de lejos en todos los acontecimientos sociales a los que había acudido llegada la edad de que pudiera hacer vida social, incluso llegó a confundirla en alguna ocasión con alguna de las hijas de *lady* Charlotte. Se parecía a su padre en la forma en que mantenía el control, pero estaba seguro de que su encantadora elegancia le venía por parte de su madre. Lord Stirling tenía el atractivo de una estatua.

—Señor Rynallt, ha llegado *lady* Liberty.

El anuncio de la señora Tremayne hizo que le diera un vuelco el corazón. Salió de su estudio y cruzó el vestíbulo hasta la sala circular.

Y allí estaba ella, iluminando la estancia con su sola presencia. Libby era el corazón que le faltaba a su casa. Tenía la capacidad de traer alegría a cualquier lugar en el que estuviera.

—Buenos días, señor —le saludó ella.

Noble cerró la puerta con una sonrisa triste.

—Cuando dice «señor» me siento como si fuera su padre, Libby. Podría usar mi nombre de pila como ha hecho últimamente y tutearme, aunque solo sea en privado.

—Muy bien, Noble. —Ella le sonrió de esa forma despreocupada y amable que empezaba a resultarle tan familiar—. Tienes un nombre muy bonito.

—Uno con el que es difícil estar a la altura.

No le pasó desapercibida la tristeza que de pronto brilló en la mirada de ella.

—Igual que con Liberty.

Se miraron el uno al otro a apenas un metro de distancia. Estaban en una situación complicada. Él quería hacer honor a su nombre y luchó contra la necesidad de abrazarla. De pedirle que se casara con él. De hacer cualquier cosa con tal de impedir que fuera a Norfolk, a ese nido de lealistas. Y ella intentaba cumplir con lo que su nombre implicaba, librarse de la reputación de su padre y de ser una *tory*.

Libby le tocó un brazo.

—Quiero decirte algo antes de subir y prepararme para el baile.

Él esperó inquieto. Seguía sin gustarle un ápice el plan.

—Adelante.

—He rezado mucho por lo que voy a hacer... —Se detuvo y lo miró suplicante, como si le estuviera pidiendo su aprobación—. Siento que estoy haciendo bien al asumir este riesgo. Al volver a Norfolk. Le he pedido a Dios que me proteja como solo Él sabe hacerlo, pero si algo sale mal...

A Noble se le paró el corazón.

—Si algo sale mal —continuó ella—, ya que mi padre es tan impredecible, no quiero que te sientas responsable. Yo seré la única culpable.

Cuando pensó en la forma en que se estaba poniendo en peligro, quiso cerrar la puerta con llave. Sin embargo, habló con más calma de la que sentía:

—Nuestro objetivo es minimizar cualquier riesgo. Dougray te llevará hasta Norfolk, donde Isabeau se hospedarán en una posada regentada por patriotas. Te bajarás del carruaje a unas pocas calles del puerto. Dougray se mantendrá en un lugar en el que puedas verlo desde el *Otter* en todo momento y estará aguardando a tu regreso. Espero que el baile continúe hasta el amanecer.

—Y yo tengo la intención de quedarme hasta que termine la última pieza.

—No seas demasiado encantadora. —Se olvidó de sus otras preocupaciones. Lord Dunmore tenía fama de volverse violento cuando se emborrachaba y no quería ni pensar en la Marina Real.

Ella volvió a tocarle el brazo.

—Lo único que lamento es que no estarás allí.

Él suavizó el gesto y le sostuvo la mirada hasta que ella bajó la vista y ya no pudo disfrutar de sus hermosos ojos. Sintió como si le arrancaran una parte del cuerpo.

Al cabo de unos segundos ella le miró con una sonrisa y le dijo.

—No estés tan preocupado, Noble. Dios está conmigo. No puedo tener mejor escolta.



—La señora Tremayne dice que tiene *carte blanche* para elegir entre los vestidos de la difunta —susurró Isabeau—. Por lo visto ordenaron un nuevo guardarropa antes de que la señorita Enid muriera y este fue entregado después de su fallecimiento. Así que nunca llegó a usar estas prendas.

Liberty e Isabeau se pararon frente al armario y contemplaron el arco iris de sedas, satenes y brocados, aunque el color predominante era el azul.

—Es *magnifique*, ¿no cree? —preguntó la doncella.

—Desde luego. —Enid había tenido el mismo gusto exquisito por la moda que por los muebles. Acarició un exuberante vestido de brocado azul zafiro—. Si mal no recuerdo, Enid era más alta que yo.

—Solo habrá que meterle un poco el dobladillo. —Isabeau ladeó la cabeza—. Era tan delgada como usted.

—La mayoría de las mujeres lo son hasta que contraen matrimonio y vienen los hijos —bromeó ella mientras admiraba una prenda de seda color canela. Parece que han sido confeccionados en Filadelfia, no por Margaret Hunter. Echa un vistazo a esos motivos florales.

—Demasiado oscuro, ¿no? —Isabeau sacó un vestido de color marfil con una profusión de elegante encaje.

Liberty suspiró y negó con la cabeza.

—Con eso pareceré un pastel recién salido de la panadería.

—¿No se trata precisamente de eso?

—Puede que este. —Sacó una prenda que había detrás de los vestidos más atrevidos. Estaba hecha de tafetán del mismo tono que el verde del mar y que le recordó mucho al papel del tocador de *lady* Charlotte en el palacio del gobernador.

—¡Oh, sí! —Isabeau chasqueó la lengua con aprobación—. Vamos a probárselo para ver cómo le queda y después le arreglaré el pelo.

Dos horas más tarde, el espejo le ofreció un reflejo de la belleza que solía ser.

—Está preciosa. —La doncella parecía estar a punto de ponerse a llorar—. Me temo que su padre no va a dejar que se baje del barco.

—No, Isabeau. Además, ¿qué utilidad tengo si me quedo en el puerto? Lo que mi padre quiere es que le consiga información sobre los patriotas y eso es lo que le daré, muy retocada e inofensiva, claro está. Esta noche solo me dedicaré a bailar y... a escuchar atentamente.

En ese momento llamaron a la puerta. Instantes después entraba la señora Tremayne con un joyero en las manos.

—Son las joyas favoritas de Enid, *milady*. El señor Rynallt cree que tal vez pueda encontrar algo que le sirva.

—Qué amable por su parte —dijo ella mientras Isabeau tomaba el joyero.

Cuando el ama de llaves volvió a marcharse, cerrando la puerta tras de sí con suavidad, examinaron su contenido.

Había aguamarinas. Zafiros y granates. Un anillo de diamantes. Al final se decidió por una gargantilla de perlas muy parecida a una que había tenido su madre. Por lo que tenía entendido, su padre se había llevado las joyas de la familia cuando huyó. En cuanto Isabeau se lo abrochó, acarició las perlas. Conjuntaban a la perfección con el vestido verde mar y, a diferencia de la mayoría de las fruslerías que estaban de moda en esos días, eran más elegantes que llamativas.

—No le he empolvado el cabello —se quejó Isabeau.

—Da igual. El polvo ya no se lleva. ¿Nos vamos?

Dougray las estaba esperando en la puerta principal, sentado en el pescante, con una gorra que ocultaba sus rasgos escoceses. Isabeau subió al carruaje con la ayuda de Ninian mientras ella se demoraba un instante en la puerta del estudio de Noble. ¿Por qué necesitaba hablar con él una última vez? ¿Quería que la viera vestida con sus mejores galas como antaño? ¿Llevarse un último recuerdo de él porque temía no volver a verle?

El reloj hecho en Londres del vestíbulo marcó el paso de los segundos. ¿Acaso no estaba allí? ¿No quería despedirse de ella? Apretó el abanico y empezó a ir hacia el carruaje.

—Libby.

Se dio la vuelta. Noble estaba detrás de ella, con las botas llenas de barro. ¿Había estado montando? Cómo le habría gustado que fuera con ella. Que la protegiera y apoyara.

—Quédate, Libby. —Noble le estaba dando una última oportunidad. Sus ojos la miraron suplicantes—. Dougray puede llevarte de regreso a Williamsburg.

Ella vaciló un instante.

—Yo... solo... Reza por mí.

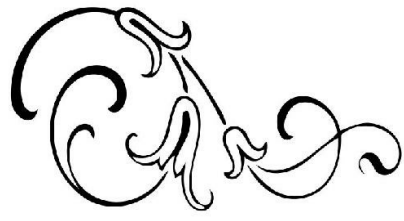
—Sí, eso he hecho. Y seguiré haciéndolo.

Aquellas tranquilas palabras la llenaron de paz.

—No sé cuándo volveré.

—Te estaré esperando.

Ese era todo el incentivo que necesitaba, la recompensa por lo que debía hacer. Noble estaría esperándola. No le hacía falta nada más.





## Capítulo 25

Liberty parpadeó ante el reflejo de los últimos rayos de sol que brillaban sobre al agua justo antes del anochecer. Si Isabeau no le hubiera metido un emparedado de jamón en ese momento estaría famélica y mareada. El jamón la había dejado sedienta, pero el único líquido que tenía a la vista era el agua salada. Seguro que en cubierta servirían ponche.

Mientras la escoltaban por la pasarela del *Otter*, echó un último vistazo a la calle en la que Dougray había desaparecido con el carruaje. La posaba donde se alojaría Isabeau estaba un poco más allá.

No era la primera invitada en llegar. La amplia cubierta del navío mercante estaba llena de gente: tanto oficiales de la marina con sus uniformes, como civiles con sus galas de fiesta. Y por encima de todo el bullicio se oía el sonido de los violines tocando.

No le costó mucho encontrar a su padre. Estaba en la proa del *Otter*, al lado de lord Dunmore. En ese momento el sol se estaba poniendo detrás de la popa, ofreciendo una paleta de tonos carmesíes y cremas.

«Sol poniente en cielo grana, buen tiempo para la madrugada».

—*Lady Elisabeth*

¿El capitán del barco? Abrió el abanico con una sonrisa. Sintió un aleteo salvaje en su interior.

«Qué comience el juego».

El hombre la saludó con una inclinación de cabeza.

—Me habían dicho que vendría.

Ella evitó su mirada.

—Ojalá estuvieran también *lady* Charlotte y sus hijas.

—Cierto. Me sorprende que no se uniera a ellas a bordo del *Magdalena*. O acompañando a Margaret Gage en el *Charming Nancy*. —A su modo, era igual de inquisitivo que su padre—. Al quedarse aquí está corriendo un peligro enorme, y más en un bastión patriota como Williamsburg...

—Oh, se refiere a eso. No es tan malo como piensa. La capital parece haber entrado en un estado de letargo. Creo que han armado demasiado ruido para luego no hacer nada. —Volvió a sonreír y se abanicó un poco—. En cuanto los refuerzos del rey lleguen a Norfolk, aplastarán esta pequeña rebelión.

—¿Refuerzos? —El hombre se encogió de hombros—. Aquí no aparece nadie. Y tampoco tenemos noticias de Whitehall desde mayo.

Así que el rey guardaba un extraño silencio. O las comunicaciones se estaban retrasando. Puede que nadie le diera la debida importancia a esa falta de noticias. Aun así, la alegría que veía a su alrededor era demasiado forzada.

—¿Quiere que le traiga un poco de ratafia?

Aceptó la oferta del capitán y observó a la gente que estaba en cubierta. No conocía a casi nadie en Norfolk, pero se dio cuenta de que había muchos escoceses por su fuerte acento, tan diferente del inglés que hablaban los hombres del rey. Un pequeño grupo con su padre a la cabeza se acercó a ella.

—Hija, qué alegría que hayas venido. Permíteme presentarte al teniente Ladd, que se sentará a tu lado durante la cena, y a la señorita Phila Siddall, que estará junto a mí.

Vaya. Liberty fingió estar encantada de conocer a la mujer de busto enorme que estaba con su padre y que le hizo una reverencia, agachando la cabeza, que llevaba empolvada y llena de plumas. Luego saludó al alto oficial con levita azul y chaleco blanco que le tomó la mano.

—Un placer, *milady* —dijo él mientras Phila Siddall los observaba con simpatía.

¿Sería esa la mujer que, según los rumores, era la amante de su padre?

Se percató de que todos los ojos estaban puestos en su persona, probablemente por el adorable vestido de Enid que lucía.

—Tengo que decirle que llevo mucho tiempo sin ver una tela tan exquisita como esa —comentó Phila—, aunque no es de extrañar por lo mucho que han disminuido las importaciones.

—Mi padre nunca ha escatimado en gastos en mi guardarropa —repuso ella. Y no mentía. Además, sabía que él no se preocupaba lo más mínimo por esas cosas y que no se daría cuenta de que le habían prestado el vestido—. No tenía pensado usarlo, pero la ocasión merecía la pena. Últimamente no hemos disfrutado de muchos encuentros sociales por estos lares.

—Entonces tendremos que procurar que este sea el doble de divertido —señaló Phila con una sonrisa pícaro.

Su padre la estaba observando con cuidado, ansioso por recibir cualquier información.

—¿Qué noticias nos traes de Williamsburg?

En ese momento le entregaron la ratafia, lo que le concedió un instante para que se aclarase las ideas.

—Los burgueses, ahora delegados, no suelen quedarse mucho por allí. Se reúnen en Filadelfia.

—En el Congreso Continental, querrás decir.

—Sí, los hombres que apoyan la Independencia cambian de título como de camisa —dijo ella con los ojos en blanco—. ¿Alguna vez se han preguntado cómo llamarán a George Washington? ¿Tal vez rey George?

Aquel comentario fue seguido de una ronda de murmullos de consternación y algún que otro jadeo.

—Hablando de rebeldes y advenedizos, parece que estaban divididos acerca de quién debería liderar la rebelión, pero por lo visto al final se ha llevado el gato al agua ese plantador de Washington, «don» George Washington —indicó Phila con un conocimiento de la situación que sorprendió a Liberty.

¿Don? El insulto no le pasó inadvertido. Los británicos se habían negado a referirse a Washington como comandante en jefe y este rechazaba cualquier correspondencia en la que se dirigieran a él como «don».

—Estos patriotas son tan polémicos como rebeldes —terció Ladd—. ¿Y qué me dicen del

general Artemas Ward de Massachusetts?

—¿Ward? —dijo su padre con tono de burla—. ¿Ese militar incompetente que está tan gordo que apenas puede subirse a su caballo?

Liberty miró a lord Dunmore, que en ese momento se dirigía hacia ellos.

—Ward es ahora el lugarteniente de Washington, o eso he oído.

—¿Y Henry? Seguro que todavía está incitando a cualquier tipo de rebelión.

—Patrick Henry ya se ve como el gobernador de Virginia, si no de todas las colonias. —Volvió a poner los ojos en blanco y dio un sorbo a su bebida—. Ese hombre está deseando que haya una guerra.

—¿No me digas? —ironizó su padre antes de terminarse la bebida.

—Está en la cúspide de la sedición —dijo el teniente,

—Sí —replicó lord Dunmore con un asco que no se molestó en disimular—. Otro de esos imberbes partidarios de la libertad cuya ambición les nubla la razón.

Los músicos abrieron el baile con un minué y la multitud se apartó para dejar espacio a las parejas dispuestas a bailar. En la cubierta habían echado arena para evitar cualquier percance y Liberty ya empezaba a notar que se le habían metido unos cuantos granos en las zapatillas. El teniente Ladd extendió su brazo y ella se agarró a él de mala gana. Prefería los *reels*, bastante más alegres, pero su pareja resultó ser un avezado bailarín. Su padre le había escogido un excelente compañero para ese menester. Enseguida un buen número de mujeres con vestidos coloridos se unieron a ellos con sus respectivas parejas.

Se fijó en que algunos de los marineros que había en cubierta llevaban armas y que el cañón del navío apuntaba en dirección a la ciudad. ¿Estaría Dougray observándola desde el muelle tal y como habían planeado? E Isabeau, ¿estaría ya instalada en la posada patriota? La idea le trajo un poco de consuelo.

A pesar del recelo que le provocaba todo aquello, se permitió disfrutar unos instantes de bailar bajo las estrellas. Un baile al aire libre era mucho más agradable que en el interior de un salón atestado de gente. Aquí se podía respirar. A su alrededor podía ver las luces de los otros navíos, como si fueran estrellas caídas del cielo, y oír los gritos cuando anunciaban la hora.

—La flota de lord Dunmore es grande —dijo durante una pausa—. Qué alentador.

—Dicen que hay unos dos mil *tories* en total, los barcos más grandes son los buques mercantes —comentó Ladd—. Este está un poco lleno.

—¿Por qué no van al sur?

—Están discutiéndolo. —El teniente hablaba abiertamente, al fin y al cabo era la hija de lord Stirling—. Es probable que vayan al río Elizabeth, a Gosport.

Liberty fue recogiendo la información que le estaba ofreciendo como si fueran migajas de pan que se guardaba para usarlas más tarde. Las horas siguientes se convirtieron en un borrón de cambios de pareja y pasos de baile. Continuó haciendo preguntas, memorizando nombres, rangos, conexiones. ¿Sería capaz de recordarlo todo? ¿Había algo que fuera importante?

Cuando llegó el momento de la cena de medianoche no tenía mucho apetito. Mientras que la mayoría de los invitados se quedaron en cubierta, un grupo selecto de damas bajó a compartir mesa con el capitán. Allí todo se volvió mucho más forzado y formal y a Liberty le dio la

sensación de estar encerrada, confinada como un pájaro en una jaula dorada.

Phila estaba situada frente a ella, la otra mujer presente era Kitty Eustace Blair, la que se rumoreaba era la favorita de lord Dunmore. Se sintió un poco sorprendida por estar en presencia de alguien que había protagonizado un escándalo matrimonial en Williamsburg unos años antes. Su madre había escondido los artículos referentes al juicio, pero todo el mundo había oído hablar de ello.

En ese momento empezó a acordarse de Noble, de cómo se habían despedido en Ty Mawr. Ahora mismo la estaría esperando, puede que hasta rezara por ella, mientras los hombres iban perdiendo los sentidos con el alcohol y soltando la lengua a cada minuto que pasaba. Los epítetos e insinuaciones fluían como el vino.

—¿Y dígame, *milady*, cómo le está yendo en esa ciudad rebelde? —Kitty Blair la estaba mirando, con el cuchillo y el tenedor sobre el plato—. Me gustaría invitarla a que se una a nosotros en la seguridad de la flota.

Su padre frunció el ceño.

—Mi hija puede venir con nosotros con cierta regularidad. Por ahora, está pendiente de todo lo que sucede en Williamsburg, haciéndose pasar por patriota, ¿verdad, Elisabeth?

—Por supuesto, papá. Ahora que la gente piensa que soy una hija abandonada a su suerte por su padre lealista, recibo todo tipo de atenciones e información.

—Tienes un par de orejas y oídos preciosos. Ojalá hubiera más gente como tú.

—Me temo que sigue habiendo mucho equidistante.

Sus palabras fueron seguidas de una ronda de risas.

—¿Ha dicho equidistante? —preguntó un oficial.

—Sí, los que no son leales a ningún bando. Esos que están esperando a ver cómo se va desarrollando el conflicto. Estoy convencida de que, bajo presión, muy pocos se declararían auténticos patriotas.

—¿Y qué hay de cierto en eso de que van a crear una Marina Continental ahora que ya tienen un ejército? —quiso saber Dunmore—. Hemos oído rumores al respecto.

—No sé nada de eso, señor. El Ejército Continental es bastante pobre. Cuenta con pocos hombres y muchos de ellos no tienen ninguna formación militar. En cuanto a la Marina, ¿de dónde sacarían los barcos y la tripulación?

—Me temo que de Francia y España —señaló su padre—. Aunque para eso hace falta tiempo. Si nos quedamos donde estamos, controlando la bahía de Chesapeake, podremos protegernos y frustrar ese tipo de actividades.

Continuaron con la charla, hablando tanto de hechos como de rumores. A Liberty le habría encantado tener tinta y papel a mano... así como mejor compañía: Isabeau, Dougray, el mismo Noble...

—Nos preocupan más los líderes de los patriotas. Los virginianos. —Dunmore dejó sobre la mesa un vaso que estaba tan vacío como el de Liberty—. Washington. Jefferson y Henry. Rynallt y Lee.

«Noble». Casi se le atraganta el cordero que estaba comiendo.

—El infierno no ha producido nada más sombrío que los patriotas con sus planes.

Su padre la miró fijamente y ella deseó tragarse sus palabras. Hablaba exactamente igual que su madre. De hecho, ¿no había leído una frase semejante en el último panfleto de su progenitora, aunque dirigida al rey y al Parlamento?

—No sería mala idea secuestrar a alguno de esos líderes y apagar el fervor patriota. —Su padre estaba rojo por el alcohol consumido y pagado de sí mismo—. Bastaría con colgar a uno o dos en público.

—Sin duda un plan audaz. Estoy de acuerdo con él —intervino Ladd.

Su padre le dirigió una mirada gélida.

—La próxima vez que vengas tráenos más información sobre sus cabecillas. Y sobre su paradero.

—Haré lo que pueda. —Se encogió de hombros con un gesto de indiferencia—. A veces cuesta diferenciar entre lo que es verdad y lo que son meros rumores.

—Averigua todo lo que puedas. Así, cuando volvamos a encontrarnos, tendremos más información. —Alzó su copa como si quisiera brindar con ella—. ¿Necesitas algo?

—Ahora mismo no se me ocurre nada, gracias. Durante el día me dedico a trabajar para Southall y el Raleigh.

—Un movimiento muy inteligente, al menos para nuestros propósitos —reconoció Dunmore.

Phila jugueteó con la comida, había comido tan poco como ella.

—Quizá quiera saber que la bandera real está a punto de izarse en Gosport, por si vuelve a visitarnos aquí y ve que ya no estamos.

Agradeció en silencio aquella confirmación. Gosport le sonaba bastante porque estaba al sudeste de Ty Mawr y porque allí residían los Sprowle, unos adinerados comerciantes y constructores de barcos escoceses, amigos de su padre. Respiró aliviada por el cambio de ubicación, aunque seguramente aquello significaba que la flota estaba aumentando en fuerza y número.

—Tenemos que mantener Virginia a toda costa —indicó un oficial.

—Si pudiéramos silenciar a la prensa —replicó otro, rojo de ira—. Cerrar el *Virginia Gazette* y ese chorro constante que provenía de Norfolk.

—Eso carecerá de importancia en cuanto llegue nuestro ilustre invitado —dijo Dunmore—. Espero que a tiempo para la próxima fiesta en Gosport.

—Ah, sí, el baile de los Sprowle. Recuerda esa fecha, hija. Contamos también con tu presencia.

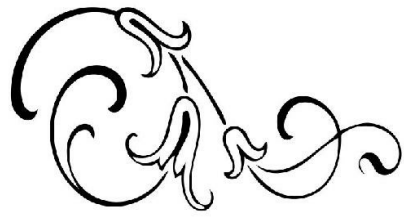
—Por nuestro invitado. —El capitán alzó su copa—. ¡Un brindis por el inminente cambio de fortuna que nos espera!

La conversación fue haciéndose a ratos más acalorada a ratos más suave, pero nadie volvió a mencionar nada sobre el invitado. Liberty se esforzó en comer y se preguntó de dónde habían sacado una carne de tan buena calidad, teniendo en cuenta lo mal que andaban de provisiones. La cena duró otras dos horas más y después regresaron al baile. Cuando se levantó de la mesa tenía más noticias en la cabeza que comida en el estómago, y ambas cosas le resultaban igualmente indigestas.

A las cinco de la mañana, cuando las estrellas empezaban a desvanecerse, abandonó el barco

con otro saquito de monedas en la mano. Caminó por la pasarela y se detuvo un instante para ver cómo la noche daba paso a un amanecer de los mismos tonos que los uniformes rojos de los hombres del rey.

«Cielo rojo a la alborada, cuidado que el tiempo se enfada».



## Capítulo 26

Liberty nunca se había alegrado tanto de ver a Isabeau. O de subirse a un carruaje. Sin embargo, ahora que estaba recostada en ese habitáculo tan pequeño, se sentía indispuesta y la cabeza le palpitaba, así que agradeció en silencio que la doncella fuera dormitando todo el camino hasta Ty Mawr. Dougray se apañó de forma admirable a pesar de haber pasado casi toda la noche en vela y, antes de darse cuenta, estaban llegando a la isla Mulberry.

Era domingo. El mismo día que el general Washington había hecho un llamamiento para el ayuno y la oración. Echaba de menos la iglesia parroquial de Bruton, el olor a madera vieja y a cera de las velas. Se preguntó si alguna vez volvería a sentarse en su banco junto a los rosetones que había bajo aquel techo alto. El domingo no parecía domingo si no iba a la iglesia.

Una vez que estuvieron en el largo y sombreado camino que conducía a Ty Mawr, el carruaje giró abruptamente a la izquierda, dobló una curva y subió por una pendiente cubierta de madreSelva. ¿Por qué habían rodeado la casa grande?

Miró por la ventanilla. Qué bien debía de oler ese camino cuando floreciera la madreSelva. Había menos árboles, muchos pájaros y el aire de la mañana era húmedo. Cuando sobrepasaron el muro bajo de piedra, el cambio de paisaje le pareció un regalo para la vista.

A través de una pequeña apertura entre los árboles, divisó una casa de piedra en la colina. Tenía dos plantas, un jardín y un huerto. Parecía recién sacada de un cuento. Tal vez de un cuento de hadas galés.

Dougray saltó del pescante y le abrió la puerta.

—Bienvenida a Ty Bryn, *milady*.

Como Noble le había dicho que nadie vivía en aquella casa, había esperado encontrársela semiabandonada, pero estaba tan bien atendida como Ty Mawr. Y tenía mucho más encanto con aquel techo de pizarra y su pequeña puerta de entrada con el majestuoso gato gris moviendo la cola frente a ella.

—¿Vive aquí ese gato?

—¿*Madoc*? —Dougray sonrió de oreja a oreja—. Actúa como si fuera el rey de la casa, pero normalmente suele rondar los establos. El señor no sabe cómo llegó hasta aquí. Un buen día apareció y se quedó para siempre.

—Siempre he querido tener un gato. —Su padre le había negado ese placer porque los pelos de gato le desagradaban enormemente y detestaba a los felinos.

Dougray sonrió y miró hacia atrás, en la dirección de donde habían venido

—Estoy seguro de que no nos ha seguido nadie.

Liberty echó un último vistazo al camino, pero solo vio el polvo que habían levantado las ruedas del carruaje. Entonces se acordó de Isabeau.



Prácticamente tuvo que zarandear a la doncella para despertarla. Cuando esta bajó del carruaje, medio somnolienta y en silencio, se quedó tan sorprendida como ella al ver Ty Bryn.

Dougray se sacudió el sombrero contra el muslo para limpiarse el polvo.

—El señor espera que todo sea de su agrado.

Con esa idea en mente, Liberty fue hacia la casa. A la puerta de entrada se accedía por un sendero de losas entre las que crecían hierbas aromáticas cortadas a poca altura. A medida que andaba y las iba pisando, inhaló el aroma a tomillo y menta. Al llegar a la puerta se agachó con la intención de acariciar el aterciopelado lomo de *Madoc*, pero el enorme gato la eludió. Debía de tenerle miedo a los extraños.

Cuando puso el pie en el último escalón, la puerta se abrió y apareció una sirvienta pelirroja a la que recordó haber visto en Ty Mawr. La muchacha con confía blanca hizo una rápida reverencia y les dio la bienvenida en un pequeño recibidor blanco y sin ningún adorno excepto por una mesita estilo reina Ana y un sofá en el otro lado. Por la pared oeste subía una escalera hacia la planta de arriba.

Liberty tuvo la sensación de estar entrando en una casa de muñecas a gran escala.

—Qué lugar más encantador.

La sirvienta sonrió complacida.

—Sí que lo es, *milady*. Déjeme que le enseñe sus habitaciones.

Ambas subieron por las escaleras seguidas de Isabeau. El pasillo era estrecho, pero no claustrofóbico, y la alfombra bajo sus pies, suave. Al cabo de unos instantes, la sirvienta abrió una puerta y dejó que Liberty entrara primero. Todas las ventanas estaban abiertas, haciendo que la estancia pareciera más grande. Desde el punto en el que se encontraba vio la torre de Ty Mawr sobresaliendo entre los árboles. Más allá se extendía el río James con sus tonos azules, bordeado de verdes prados y cimas. Ty Bryn parecía estar en la cima del mundo. Era la auténtica casa de la colina.

—Me llamo Nell, *milady*. Es un diminutivo de Penélope. —La joven amortiguó sus siguientes palabras con una sonrisa—. El señor Rynallt se ha tenido que ir a la ciudad. Ha habido problemas en Williamsburg.

—¿Problemas?

—Me temo que no sé mucho al respecto —señaló antes de marcharse y dejarla sola con Isabeau.

—¿Sabías que íbamos a venir a Ty Bryn? —le preguntó a la doncella.

—Solo que *monsieur* Rynallt cree que aquí está más segura —respondió ella con tono seco, dándole la impresión de que no estaba muy conforme con la decisión y que echaba de menos a Ninian y a Ty Mawr.

Un cuarto de hora después, por fin había conseguido quitarse todo el atuendo para el baile.

—Venga a la cama, señora —la instó Isabeau con el mismo tono que la señora Tremayne—. Cuando se despierte, tomaremos un té galés como Dios manda.

Liberty estaba demasiado cansada para ponerse a discutir, así que subió los escalones de la cama que estaba colocada en el centro de la habitación; una cama con dosel y cortinas con motivos florales de indiana de algodón de la mejor calidad, no era una imitación de los tejidos

ingleses, y en tonos azules y verdes que combinaban con el papel a rayas de las paredes. Miró a su alrededor, algunos de los muebles se veían nuevos y sobre una de las mesas auxiliares había un jarrón con flores que parecían haber sido recogidas especialmente para ella. Noble no había escatimado en nada para preparar la casa para su llegada.

Isabeau le ajustó la mosquitera y salió en silencio. Aunque en el interior de la habitación hacía buena temperatura, Liberty tenía frío y se tapó con las sábanas hasta la barbilla.

Sin embargo, por mucho que lo intentó, no tuvo dulces sueños.



Noble olió el fuego mucho antes de ver lo que quedaba del incendio. En la parte posterior del Raleigh se había congregado una multitud, el calor de las llamas abrasó los jardines y huertos adyacentes. Miró el tejado abuhardillado del Raleigh y el de sus dependencias. Con ese clima tan seco había sido un milagro que el fuego no se extendiera. Si hubiera sido uno de esos días veraniegos con viento no se habrían salvado, pero hoy no corría la más ligera brisa.

Se colocó bajo el alero del Raleigh, observando y esperando. El capricho, esa pequeña edificación tan encantadora y pintoresca, se había convertido ahora en un cráter ennegrecido y humeante.

James Southall evaluó los daños, sombrero en mano y con gesto afligido. Thalia, la joven a cargo del jardín, estaba negando con la cabeza.

—¿No tienes idea de dónde puede estar la encajera? —preguntó Southall.

—No, señor. ¿Quién sabe? —Thalia se secó los ojos con el dobladillo del delantal, junto a sus pies descalzos yacían amontonadas las pocas pertenencias que habían podido salvar de Libby. El *serinette*, los utensilios de costura y un cuaderno con notas.

A Noble le alegró casi tanto como le alivió que Libby no estuviera allí.

—Mientras que no esté dentro. —Southall dio una patada a una viga carbonizada—. ¿Y dices que no has visto nada? ¿No sospechas de nadie? —Al ver que Thalia hacía un gesto de negación, masculló—. Esto no ha sido ningún accidente. Es lo único que tenemos claro.

Noble entró en el Raleigh, consciente de que era domingo. Las campanas de la iglesia parroquial Bruton sonaban como si estuvieran anunciando una desgracia en lugar del final del servicio religioso.

Le habría gustado haber recibido a Libby en Ty Mawr cuando regresara de Norfolk. Pero ahora, el hedor de las cenizas le asaltaba los sentidos y le traía una preocupación aún mayor: que alguien quisiera hacerle daño.

Antes de atravesar el pasillo y entrar en la taberna en sí, la voz irritada de Southall, que venía pisándole los talones, le detuvo.

—¡Maldita sea! Seguro que el incendio lo ha provocado un *tory*. Esto tiene más que ver conmigo que con la señorita Lawson. Al fin y al cabo soy el propietario de una posada infestada de ratas rebeldes, como los llama Dunmore.

O de un patriota que creía que Libby era una espía. Pero se quedó callado. Responder solo habría enfurecido aún más a Southall. Lo único que quería hacer era calmar su sed, enterarse de todo lo que pudiera sobre el incendio y regresar a Ty Mawr. Los pocos chelines que le había dado a Billy para que le mantuviera informado de todo lo que sucedía por allí habían merecido la pena.

—Y dime, ¿a qué has venido a Williamsburg un domingo si no es para acudir a la iglesia? —preguntó Southall—. Últimamente he visto a pocos patriotas por aquí.

—La mayoría están en Filadelfia.

Southall sirvió a ambos una cerveza.

—Por el Congreso Continental, ¿no? No entiendo por qué algunos os habéis ido a Filadelfia y otros no.

—Es muy sencillo. Algunos son delegados elegidos cuya presencia es necesaria. Yo preferí quedarme.

—¿En serio no sabes dónde puede estar la señorita Lawson? Se rumorea que podría estar ayudando a su padre.

—No te creas todo lo que dicen los rumores.

—Mucha gente se lo cree.

—Entonces ve contracorriente —le aconsejó Noble.

Se miraron fijamente durante un instante. Southall fue el primero en apartar la vista.

—Era muy buena con la aguja.

—¿Por qué estás hablando en pasado?

—Porque ya no puede seguir trabajando para mí. —Southall bebió un buen trago de cerveza—. Este incendio parece una advertencia. No me sorprendería que no volviera a aparecer por aquí.

Sí, ese era el mayor temor de Noble. No se terminó la cerveza, dejó unas cuantas monedas en el mostrador y añadió:

—Avísame si te enteras de quién está detrás del incendio o de cualquier otra cosa que esté relacionada con la dama.

Southall asintió con un gruñido y Noble se marchó. Cuando salió vio que Thalia estaba recogiendo las pertenencias de Liberty. Quería llevárselas consigo a Ty Bryn, pero hacerlo levantaría sospechas. Por el momento, lo mejor era mantener su relación en secreto.

Echó un último vistazo a los restos del capricho y fue a por su caballo.



—Señora, ya ha llegado el señor —le informó Nell desde la puerta de su habitación, tal y como le había pedido Liberty, aunque tampoco habría sido necesario. En cuanto oyó los cascos de caballo por el camino de entrada su corazón brincó de alegría.

A pesar de haber pasado casi toda la noche en el barco, solo había conseguido dormir un poco, ya que había estado pendiente de cualquier sonido proveniente de las ventanas abiertas de su dormitorio. Dio las gracias a Nell y se miró una última vez en el espejo. Llevaba una sultana con

una preciosa faja bordada alrededor de la cintura y estaba lista para recibir visitas, incluso la del dueño de Ty Mawr. ¿Pero dónde?

—Por allí hay una escalera de servicio. —Nell señaló una estantería a la izquierda de la chimenea del dormitorio—. Lleva al salón.

Liberty se acercó a ella y vio como Nell presionaba una pequeña palanca debajo de un estante que le dio acceso a un pasaje con una estrecha escalera. Liberty bajó sola, agarrándose a una barandilla sin pintar, atraída por la luz que iluminaba los escalones inferiores.

Entró al desconocido salón a través de una puerta, situada también al lado de otra chimenea. Noble estaba junto a la ventana más grande, de espaldas a ella, con un catalejo apuntando hacia el río James. La sorprendente presencia de *Madoc* alivió un poco su angustia. En cuanto el animal la vio se acercó a ella moviendo la cola y restregó la cabeza contra su falda. Noble seguía mirando el río, como si no la hubiera oído entrar.

—Puede que estés viendo la flota moverse hacia el sur. A Gosport.

Entonces él se volvió a hacia ella y dispuso cualquier duda que hubiera tenido sobre si le estaba molestando, o si su presencia era un inconveniente o si pensaba que era una traidora. Su apuesto rostro reflejaba una profunda emoción, incluso creyó ver un inmenso alivio. ¿O solo era porque le traía noticias que serían útiles a la causa patriota?

En ese momento entró Nell, trayendo una bandeja que le recordó que se había perdido el desayuno y que contenía un refrigerio con comida galesa, incluyendo el delicioso *bara brith* y una taza de té cuyo aroma le resultó muy similar al del huerto de Thalia en Williamsburg.

—Bienvenida a casa, Libby —dijo Noble—. O bienvenida de nuevo, para ser más concretos.

Sí, allí se sentía como en casa. Miró la bandeja y se sintió abrumada por el hambre y un sinfín de agradables sensaciones que no tenían nada que ver con su estómago vacío. ¿Sentiría él lo contenta que estaba de encontrarse allí? ¿De contar con un refugio como Ty Bryn, oculta en la isla de Mulberry? En el Raleigh se había sentido un poco desprotegida, expuesta como si fuera un objetivo. No se había sentido cómoda o a gusto del todo en ningún momento.

Exhaló en un suspiro el aire que, sin haberse dado cuenta, había estado conteniendo.

—Será mejor que te cuente todo de inmediato antes de que se me olvide.

—Sí, pero primero siéntate.

Liberty tomó asiento y tocó distraídamente la faja de la sultana. Compartir todo lo que había visto y oído, las caras, los nombres y las impresiones que le habían producido le resultó todo un alivio. Estimulada por el interés de Noble, sintió como si se quitara un peso de encima y le asombró la capacidad de él a la hora de hacer las preguntas justas.

—Hay una última cosa que me preocupa. Mi padre y lord Dunmore hablaron de la llegada inminente de un invitado misterioso. Tuve la sensación de que creían que eso sería algo decisivo que lo cambiaría todo. Incluso llegaron a brindar por ello.

—¿Pero no mencionaron ningún nombre o dieron más detalles?

—Nada —se lamentó ella—. Por eso creo que debo ir a Gosport. Asistir a la fiesta de la que hablaron. Mi padre dejó claro que requería mi presencia allí. —Sacó la bolsa de terciopelo—. Me la ha dado él. Parece que la flota anda baja de provisiones, pero nada en dinero. En cuanto regrese a Williamsburg me aseguraré de que llegue al asilo para pobres.

—No vas a volver a Williamsburg.

Lo dijo con tanta vehemencia que a Liberty se le cayó la bolsa y las monedas se desparramaron por el suelo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Anoche alguien prendió fuego al capricho. Southall todavía no sabe quién, pero ya no requiere de tus servicios.

Aunque ahora usó un tono suave, sintió como si la estuviera apuñalando en el pecho. ¿Fuego? ¿En el encantador capricho? ¿La habían... despedido?

—¿No estaba contento conmigo?

—Al contrario. Dijo que eras muy buena con la aguja.

—Pero...

—Alguien quiere hacerte daño o enviarte un mensaje. Williamsburg ya no es un lugar seguro para ti.

Se sirvió el té con un pulso sorprendentemente firme. El líquido de color ámbar cayó en las tazas de porcelana que tanto se parecían a las de su madre. A su mente comenzaron a acudir un montón de pensamientos. Volvía a estar sin hogar, sin un lugar que pudiera considerar suyo.

«¿Y ahora adónde iré?». La tácita cuestión se cernió sobre ellos.

—¿Te gusta Ty Bryn, Libby?

La pregunta casi le pareció absurda. Echó un vistazo al adorable salón. Todavía no había visto toda la casa, pero ¿cómo no iba a gustarle?

—Mucho.

—¿Y la comida galesa? —inquirió Noble con una sutil burla en la voz mientras ella repartía el *bara brith*.

—Es deliciosamente no inglesa.

—¿Y qué me dices del dueño de Ty Mawr? —Aunque él desvió la mirada hacia la ventana, la pregunta le tocó de lleno el corazón—. ¿Podrías acostumbrarte a un patriota cuyas intenciones son honorables?

El propósito de Noble quedó claro. Tomó un sorbo de té, incapaz de contestar. El silencio se prolongó; en el ambiente se respiraba tal expectación que su corazón pareció detenerse.

—Dicho de otro modo, te estoy pidiendo la mano. Que te cases conmigo. Que quedes bajo mi protección y que, con el tiempo, conviertas Ty Mawr en tu hogar.

Ella le escuchó incrédula.

—Honorables son, desde luego.

Él volvió a mirarla. La sonrisa que había llegado a conocer, esa que la conmovía de una forma que no lograba explicar, iluminó su apuesto rostro con barba de tres días. ¿Se había olvidado de afeitarse por todo lo sucedido? Le gustaba ese nuevo aspecto. Parecía un contrabandista. Un pirata.

Todavía sin palabras, Liberty se mordió el labio. Noble acababa de proponerle matrimonio y ahí estaba ella, sentada, pensando en barbas.

—¿Qué respondes? —dijo con él con ternura.

No podía estar más encantada.

—Supongo que esto demuestra que no crees que sea una espía *tory*. —¿Cómo le había preocupado aquello! Y con qué facilidad apartó ahora esa angustia—. Que me ves como una auténtica patriota.

—Sí. Y como tal, estarás mucho más segura si tomas el apellido Rynallt y te olvidas del Lawson.

—¿Entonces solo será un matrimonio de conveniencia?

Noble vaciló.

—Será el matrimonio que tú quieras que sea.

La enormidad de aquello la abrumó.

—¿Y qué pasa con mi labor de espía?

—Estoy en contra. Sigue siendo muy peligroso.

—¿Tendremos que mantener nuestro matrimonio en secreto hasta que sea el momento adecuado para anunciarlo?

—Es una buena idea, sí.

—¿Y los sirvientes? ¿Y si alguien se va de la lengua?

—Casi todos son galeses que saben mantener la boca bien cerrada. A los pocos *tories* que tenía contratados, o los despedí, o se han marchado. Si te quedas en Ty Bryn nadie te verá y pasarás desapercibida del todo.

—Pero tienen que leerse las amonestaciones...

—Ya no. Están empezando a dejarse atrás las costumbres coloniales. Lo único que necesitamos son testigos y un predicador.

—¿No un reverendo de la parroquia Bruton?

—No, un pastor presbiteriano que es uno de mis arrendatarios. Vive en la granja que hay aquí al lado y dirige una pequeña iglesia.

—Nada de amonestaciones... un rito presbiteriano... —Sabía que su perplejidad podía dar la sensación de rechazo, o eso creyó ver en la expresión cautelosa de Noble—. ¿Sería legal?

—Sí, por supuesto que sí—. Él esbozó una medio sonrisa—. Puedes olvidarte de esto y decir que no, Libby.

¿Decir que no? No había ni una sola parte de su cuerpo que quisiera decirle que no. Su misma alma estaba gritando «sí». ¿Acaso él no lo sentía? No hizo caso del té y volvió a mirar a su alrededor, en aquella estancia hasta ahora desconocida, intentando calmar la revolución de emociones que tenía en su interior. ¿Por qué se había sorprendido más por la reacción de su corazón que por la proposición de Noble? ¿Estaba tomando una decisión apresurada al querer casarse con él? ¿Era un salto al vacío cuando no estaba segura de lo que sentía por ella?

Le miró a los ojos.

—Hay algo más que necesito saber. El significado de una palabra galesa.

Noble esperó, completamente quieto, sosteniéndole la mirada.

—*Anwyllyd* —susurró ella. En ese momento le pareció un sonido de lo más poético.

—*Anwyllyd* —repitió él con voz melódica—. Significa... amada.

Se le derritió el corazón. Así que esa era su respuesta.

—¿Me llamarás así?

—Si quieres, sí.

—Dilo otra vez... despacio —pidió ella.

—*An...wylyd*.

La tierna palabra le recordó algo que su madre le había dicho la última vez que se vieron: «Te suplico que te cases única y exclusivamente por amor».

Dejó su taza vacía sobre la mesa.

—Dentro de siete días. El día de mi cumpleaños.

Ahora fue él el sorprendido.

—¿Tu cumpleaños?

—Sí, a menos que cambies de opinión.

«O lo haga yo».

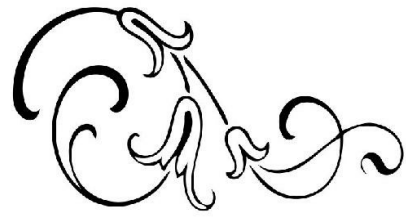
—¿Estás segura?

—Más segura que no.

—Bien, porque entre medias tengo que viajar a Richmond por un asunto de negocios. Puedes quedarte aquí y... prepararlo todo.

Miró su hermoso perfil en busca de algún sentimiento. De cariño. Encontró determinación. Una propuesta honesta y directa, sazónada con un «*anwylyd*».

—Entonces envía un mensaje a tu pastor/arrendatario —dijo ella, un poco tímida ante el giro de los acontecimientos. Miró la sultana. No, aquello no serviría—. Y yo me encargaré de conseguir un vestido de novia adecuado.





## Capítulo 27

—Quelle? —preguntó Isabeau con la boca abierta—. ¿Madame Rynallt?  
—Si todo va según lo previsto. —La calma que aparentaba por fuera ocultaba su agitación interior—. En mi cumpleaños.

Isabeau pasó de la conmoción al más puro pragmatismo.

—Tenemos que buscarle un vestido apropiado, ¿no? ¿Uno que nos envíen de Ty Mawr?

No le quedaba otra que usar un vestido de Enid. Pero, dadas las circunstancias, incluso eso le parecía una frivolidad. Era un matrimonio sobre la marcha. Su futuro iba a cambiar en un abrir y cerrar de ojos. El futuro de ambos.

No respondió y se limitó a cruzar las manos sobre su regazo.

Isabeau continuó mirándola atónita.

—¿Qué le habrá contado a *monsieur* Rynallt de su padre para que haya tomado esta decisión!

Liberty sonrió con una alegría que no había sentido en meses. Hizo a un lado cualquier pensamiento sobre su familia y se negó a permitir que nada empañara su actual felicidad.

—¿Y qué va a querer que le haga en el pelo? —inquirió la doncella.

—Algo sencillo, puede que solo unas cintas. Será mejor que enviemos un mensaje a la señora Tremayne para el asunto del vestido.

Isabeau sacó unos alfileres del dobladillo de la bata.

—¿Dónde se casarán? ¿En el salón de abajo?

—Espero que en el jardín. Al atardecer, si el tiempo lo permite.

No quería pensar más allá de la ceremonia, pero su cabeza empezó a dar vueltas a lo que sucedería cuando los sirvientes se retiraran y se quedara a solas con Noble en su noche de bodas.

Las tiernas palabras de su futuro esposo la perseguían allá por donde fuera.

«Será el matrimonio que tú quieras que sea».

Pero ¿qué quería ella? Y sobre todo, ¿qué quería él?



—¿Que necesita qué, señor? —El pastor/arrendatario de Noble le estaba mirando con asombro y diversión mientras buscaba su Biblia.

—Necesito que oficie una boda, si quiere por supuesto. —Con el sombrero en la mano, Noble se sentía un novio torpe en lugar del señor de Ty Mawr—. Mi boda.

—¿Y quién es la afortunada novia, señor?

—*Lady Elisabeth Lawson*. O solo *Liberty*.

—*Gwych!* —exclamó en galés el entusiasmado pastor—. Una elección excelente. Reciban mi más sincera enhorabuena, tanto usted como la dama.

—Gracias. Tenemos pensado que se celebre dentro de siete días. Todavía no sé la hora exacta. Hasta entonces, estaré fuera por un viaje de negocios.

En el pequeño salón que había detrás de ellos, la esposa de Gabriel Tannant los miraba con aspecto radiante y sus hijos, la mayoría niñas, se reían nerviosos.

—Están invitados a la recepción que celebraremos después, aunque será un tanto improvisada. —Le alegraba que la señora Tremayne se hubiera mostrado tan amable a pesar de haberla avisado con tan poca antelación como había hecho. En ese momento se encontraba en la cocina, si bien el resto de personal estaba fuera, disfrutando del domingo—. Nos vemos pronto.

Se marchó con una sonrisa en los labios. Habían tenido un cortejo rápido, así que se casarían de la misma forma, sin ningún boato.

Regresó a Ty Mawr a toda prisa, galopando bajo un cielo nublado y sofocante. Los nubarrones se agolpaban en la zona este del horizonte, transformando el tono normalmente azul del río James en un vívido gris plomizo.

¿Estaría Libby lista en tan poco tiempo? Isabeau le había dicho a Ninian que quería casarse en el jardín. Un lugar apropiado, sin duda. Pero ¿cambiaría de opinión en esos siete días?

¿Y qué tipo de matrimonio tendrían cuando se dieran el «sí quiero»? Él anhelaba la unión que el Todopoderoso quería: en corazón, cuerpo y alma. ¿Le había dado demasiado margen para acordar los términos de su relación? ¿Tendría mucha paciencia si al final ella decidía que serían un matrimonio solo de nombre?

A pesar de todas esas preguntas, todavía persistía la euforia que había sentido cuando ella aceptó. Había esperado un rechazo absoluto, incluso un «vamos a esperar a ver qué pasa». Pero, de alguna forma, le pareció que era el momento adecuado para pedírselo. Y si el incendio del capricho había servido para que la balanza se inclinara a su favor, entonces daba las gracias a Dios, a pesar de la pérdida que aquello hubiera supuesto a Southall.

Ty Mawr tendría una señora en breve, o al menos Ty Bryn por el momento. Se alegraba de haber acondicionado la casa, incluso aunque Libby no hubiera aceptado casarse con él. Por allí pasaba muy poca gente. Y casi nadie sabía de su existencia. Para llegar hasta ella, primero tendrían que pasar por Ty Mawr.



Los días siguientes fueron una acumulación de calor, polvo y expectativas. A Noble se le hicieron interminables, pero por fin salió de Richmond y regresó a casa. Una vez allí, dejó a su caballo antes de entrar por una puerta lateral de Ty Mawr y subir por las escaleras que llevaban del estudio hasta su dormitorio.

Ninian le saludó, informándole de que todo estaba bien.

—Su novia ya está lista y le está esperando en Ty Bryn, señor.

Noble se lavó la cara en el aguamanil para quitarse el polvo del viaje y decidió tomar un baño. Tenía que afeitarse y ponerse sus mejores galas; le debía a su inminente esposa, cuanto menos, su mejor aspecto. En ese momento se acordó de un último detalle y abrió el único cajón que había en su palanganero. Allí estaba el anillo de su madre, envuelto en un trozo de terciopelo.

«No permitas que lo entierren conmigo. Guárdalo para tu futura esposa».

Su progenitora le había confesado que había rezado para que llegara ese momento. ¿Era Libby una respuesta a esas oraciones? ¿Cómo reaccionaría la propia madre de Libby?

Era bien entrada la tarde cuando cabalgó hasta Ty Bryn. Nada más llegar dejó el caballo en manos de Dougray. Al caer la noche, entró en el pequeño jardín, cercado por muros, al igual que el de Ty Mawr, y mucho más fragante que el de la casa principal, como si todas esas piedras conservaran los embriagadores aromas de las flores y plantas.

Momentos después, Gabriel Tannant se unió a él junto a uno de los muros y ambos se quedaron contemplando el James unos instantes. Salvo por un bote que conocía y un esquife, el río estaba vacío. La superficie ofrecía un sorprendente contraste a la inquietud que sentía en su interior. No por Libby, sino por su padre, Dunmore y los disturbios en las colonias.

—Espero que no haya piratas en el río en domingo —dijo Tannant.

—No, por suerte no. No el día de mi boda. —Noble le lanzó una mirada inquisitiva—. ¿Todo listo para la inminente y apresurada ceremonia?

—Por supuesto. —Tannant sonrió y hojeó la Biblia abierta que tenía en la mano—. En serio, ¿qué sentido tiene esperar? O sabes que te quieres casar o no. Los tiempos están cambiando. He oído que el párroco de la iglesia de Bruton ha quitado el nombre del rey de la Biblia.

—Así que es un patriota.

—Sí. Queda poco tiempo para elegir un bando.

Las nubes se movieron, mostrando una luna creciente que daba la luz suficiente como para ver las siluetas de la señora Tremayne e Isabeau, siguiendo de cerca a Libby. A partir de ese momento solo tuvo ojos para su novia, con el velo de encaje cayendo sobre ella y fluyendo a su alrededor, convirtiéndola casi en una figura etérea.

Su novia que cumplía años.

Aunque era menuda, caminaba majestuosamente. La oscuridad creciente no pudo ocultar que lo estaba mirando. Avanzaba con las manos vacías; algo ridículo dada la profusión de color que había a su alrededor. Empezó a recoger flores. Lirios, rosas y malvas. Para cuando llegó a su altura, Noble le tenía preparado un exuberante ramo, aunque un tanto desorganizado. A Libby le encantó el gesto y aceptó las flores de inmediato.

Le presentó al pastor. A pesar de que, como buen agricultor, tenía los pies en la tierra, Tannant era un predicador excelente que conseguía que su palabra llegara a los feligreses. La ceremonia dio comienzo y Noble, que se había quedado completamente inmóvil, miró de reojo a Libby que tenía la cabeza agachada, con el velo cubriéndole el rostro. Si llevaba uno de los vestidos de Enid, no lo recordaba. Aquel pensamiento le hizo un nudo en la garganta. Su hermana debería haber estado allí. Al igual que la madre de Libby. En un mundo perfecto, los padres de ambos deberían haber estado. Lo que tenían ahora estaba bien, pero no iba a ser un camino de rosas. Este

acto requería coraje. Esperanza. Fe.

Y mucho amor.



Liberty era consciente de muchas cosas. Los votos que el pastor pronunció en inglés y en galés. La mosca que estaba importunando a Isabeau, que intentaba alejarla pero sin moverse. La cara de satisfacción que lucía la señora Tremayne. Bajó la vista al ramo que Noble había recogido para ella. No podía mirarlo directamente a los ojos. Hacerlo demostraría una intimidad entre ellos que todavía no tenían, aunque el ramo había sido un gesto de lo más galante que hizo que revolotearan un sinfín de mariposas en su interior.

El impulso de mirar al que estaba a punto de convertirse en su marido, de sopesar sus reacciones y medir sus pensamientos era irresistible. Lo conocía lo suficientemente bien como para saber que no tenía que esperar acciones impulsivas o apresuradas. Noble Rynallt, de Ty Mawr, había estado en su sano juicio cuando decidió casarse con una *tory*. Lo había meditado como el abogado que era y antiguo burgués que había sido de formas que ella no lo había hecho. El anillo que le puso en el dedo era buena prueba de ello. Le hubiera gustado haber tenido mejor luz para poder verlo mejor.

Siguiendo las instrucciones del predicador, Noble pronunció las palabras que Liberty creyó que no escucharía nunca.

—Con este anillo te desposo, con mi cuerpo te venero y te ofrezco todos mis bienes terrenales.

Ella no tenía dinero. Estaba sin dote. Nada.

—Yo, Noble, te tomo a ti, Liberty, como esposa...

Se arrodillaron juntos en un pequeño banco acolchado que alguien había sacado del salón y rezaron una última oración.

Y entonces, por fin, sus miradas se encontraron. El velo se interponía entre ellos. El pastor no dijo nada sobre besar a la novia. Ella le miró con una pregunta en los ojos. En su corazón. Noble empezó a levantarle el velo, pero se detuvo, como si le hubiera paralizado la incertidumbre de no saber lo que ella quería de él.

—... Noble y Liberty Rynallt de Ty Mawr —proclamó Tannant mientras ambos se levantaban del banco.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó la señora Tremayne—. Y ahora, si los novios nos preceden, vamos a celebrarlo al salón.



Había dejado atrás su identidad *tory*. Ya no era *lady* Elisabeth Lawson, sino Liberty Rynallt.

Señora de Ty Mawr y Ty Bryn. Las constantes sonrisas de todos los que la rodeaban eran un recordatorio de aquel repentino y sorprendente giro de los acontecimientos. A Isabeau se la veía especialmente feliz; volvía a ser la doncella personal de la señora.

Trajeron una tarta nupcial. El calor había derretido un poco la cobertura, pero era preciosa y tenía un aspecto delicioso. No era muy grande e iba decorada con flores confitadas y cáscara de naranja y limón. Sin duda una auténtica obra de arte que no tenía nada que envidiar a las del panadero de Williamsburg.

Mientras daba un sorbo al ponche, al lado de su flamante marido, miró a los invitados. La esposa del pastor y sus hijos estaban dispersos por todo el salón y las niñas más pequeñas contemplaban admiradas algunas figuras de hielo que había sobre una mesa. También estaba Ninian, siempre cerca de Isabeau y la señora Tremayne, que en ese momento charlaba con Nell y Dougray. Se alegró de que fuera un domingo tranquilo y la ceremonia se hubiera celebrado de una forma tan discreta.

Aun así, no podía dejar de preguntarse qué pasaría si la noticia de su enlace llegaba a oídos de su padre. Solo hacía falta un criado que se fuera de la lengua y...

«Señor, protégenos, por favor».

—Propongo un brindis por el señor y la nueva señora de Ty Mawr —anunció Ninian, vestido con su mejor traje de paño.

Todos levantaron sus copas. El brindis se hizo en galés y los ojos del ayuda de cámara brillaron llenos de orgullo. Se le veía plétórico, a pesar de que sabía que su matrimonio cambiaría su rutina diaria. Se detuvo a observarle un rato. Era lo suficientemente mayor como para ser el padre de Noble. Vestía de forma impecable. Ni corpulento ni delgado. Y parecía tan enamorado de Isabeau como ella de él.

Mientras pensaba en aquello, se sintió abrumada por una nueva duda. ¿Cómo sería su noche de bodas? ¿Enviarían lejos a los criados? ¿Se quedarían solos? Cómo le habría gustado que su madre estuviera allí con ella para hacerle todas las preguntas que tenía al respecto. Lo que sí podía imaginarse perfectamente era la reacción de Cressida, empeñada en conquistar a un galés que ahora estaba casado.

—Su anillo... ¡es precioso! —exclamó la mujer del pastor, mirándole la mano.

Con todo el ajeteo se había olvidado de él. Se lo quitó y estudió maravillada el diseño de oro y plata. Vio un grabado en su interior y enfocó mejor la vista para leerlo, pero se dio cuenta de que estaba en galés.

Noble decidió sacarla de dudas y, sin mirar el anillo, le dijo solo a ella:

—No hay amor más sincero que el que siento por ti.

Volvió a ponerse el anillo y le sonrió con timidez, consciente de que todos los estaban mirando.

—Mi padre se lo regaló a mi madre el día de su boda —le explicó Noble cuando la señora Tannant se marchó para reprender a uno de sus hijos.

—Y fue un matrimonio dichoso que duró cuarenta y ocho años —señaló la señora Tremayne—. Tuve el privilegio de verlo con mis propios ojos.

—Ojalá los hubiera conocido —dijo ella.

El ama de llaves la miró con una sonrisa expectante.

—Seguro que los verá en los rostros de sus hijos.

—Qué idea más maravillosa.

Noble estaba muy callado a su lado.

Cortaron y sirvieron la tarta en platos de elegante porcelana china con el símbolo de los Rynallt. Ella apreció todo el despliegue a su alrededor como la extraña que era, absorbiendo todos los nuevos detalles que iba contemplando. Alguien había colocado las flores que Noble le había entregado antes de la ceremonia en un jarrón de plata al lado de la porcelana. También pusieron café y una infusión bastante más refinada y aromática que el té que se hacía en las colonias, como si lo hubieran conservado para una ocasión especial.

Noble comió un trozo de tarta y murmuró algo que le dio a entender que prefería lo salado a lo dulce. Otra pequeña revelación que tendría en cuenta. Sabía tan poco de él que todo lo que hacía le sorprendía.

Oh, ¿qué había hecho al casarse con un completo desconocido?

Las animadas conversaciones cesaron cuando el reloj del salón dio las diez. La señora Tremayne y Nell empezaron a recoger y los invitados se fueron despidiendo, expresando a la pareja sus mejores deseos. Poco después, los recién casados se quedaron solos, frente a frente. En ese momento tuvo la sensación de que el encantador salón comenzaba a encogerse. ¿O solo era porque estaban tan cerca el uno del otro?

—Una guinea por tus pensamientos —dijo él.

Liberty dejó la taza vacía sobre una mesa.

—Me cuesta creer que hace solo unos días me marché del barco de mi padre como una mujer soltera y que ahora esté aquí en unas circunstancias completamente diferentes.

—Espero que unas circunstancias más felices, ¿verdad? —Durante un instante, Noble también pareció sorprendido por lo que acababan de hacer—. Vamos a tomarnos las cosas tal cual vengan. Paso a paso.

Le gustó que se refiriera a ellos como un «nosotros». Le daba más confianza. Más solidez. Más seguridad que ir y volver de Norfolk tal y como estaba la situación.

—Me gustaría que me permitieras hacer una última cosa —se aventuró ella—. Quiero ir a Gosport. —Al ver su expresión preocupada estuvo a punto de flaquear—. Siento que es de vital importancia que vaya.

—Dicho de otro modo, quieres una última misión como espía.

—Sí, la última. Por favor, piénsatelo. —Se alejó de él y cruzó la habitación hasta detenerse en una ventana que daba al río James. Había oscurecido por completo y un trueno retumbó en la distancia. Le encantaban las tormentas de verano. Eran sus favoritas. Solía contemplarlas horas y horas desde el ventanal de su casa de Williamsburg.

—Si pudiera, te llevaría de luna de miel a Gales.

—Cómo me gustaría ver tu tierra natal. —De pronto tuvo unas ganas inmensas de volverse un poco traviesa. O tal vez fuera la ratafia que no estaba acostumbrada a beber—. ¿Por qué no nos escabullimos en uno de los navíos de Dunmore y viajamos hasta allí?

Noble se rio por lo bajo.

—No me tientes.

Se quedaron un rato juntos mirando por la ventana. La tormenta lanzó un relámpago sobre el jardín, iluminando los parterres de flores y la fuente con una luz fantasmagórica. Pero Liberty era mucho más consciente de lo cerca que tenía a su marido que de la tormenta exterior. Ese momento, esa nueva y maravillosa comunión que parecían tener, no volvería a producirse por primera vez.

—Seguro que estás cansada.

Ella le sonrió.

—Sobre todo estoy feliz.

La sonrisa con la que él le respondió le dijo que él también lo estaba.

—Feliz cumpleaños, Libby. He estado pensando en qué podía regalarte.

—El hermoso anillo de bodas es más que suficiente.

Él le tomó la mano y le apretó los dedos con dulzura.

—Te veo arriba.

A Liberty le dio un vuelco el corazón. ¿Llevaría él la iniciativa? ¿La abrazaría y acallaría para siempre las dudas que tenía sobre sus sentimientos hacia ella? Mientras subían lentamente por las escaleras, oyó a Isabeau canturreando. Así que no había pedido a los sirvientes que se marcharan. Había esperado que se quedaran solo ellos dos. Pero él le dio las buenas noches junto a la puerta entreabierta de su habitación antes de continuar hasta su propia alcoba, pasando de largo por la salita que conectaba ambas estancias. Quizá fuera lo mejor. El agotamiento se iba apoderando de ella poco a poco, haciendo que ansiara abandonarse a las comodidades de su nuevo dormitorio.

—¿Listo para retirarse, señor? —oyó las palabras amortiguadas de Ninian a dos cuartos de distancia. La pregunta se elevó sobre el canturreo de Isabeau en el vestidor.

Extrañamente decepcionada, miró a su doncella.

—*Oh là là*. —Isabeau se acercó a ella para quitarle las horquillas y retirar el velo—. ¡No me creo que ahora sea la señora de Ty Bryn y de Ty Mawr.

A través de la puerta que conectaba ambos dormitorios, vio a Noble quitarse la levita. Justo en ese momento se dio la vuelta y sus miradas se encontraron. Se le volvió a parar el corazón. Pero entonces tanto Isabeau como el ayuda de cámara procedieron a cerrar la puerta.



¿Casco de caballo? ¿A esas horas?

Noble se quitó el pañuelo de cuello mientras Ninian iba a ver de quién podía tratarse.

Al cabo de un rato, el ayuda de cámara regresó y le dijo:

—El señor Henry ha venido a verle, señor.

Estuvo a punto de perder el control. ¿En su noche de bodas? Pero, claro, Henry no lo sabía.

Aunque no dijo nada, Ninian percibió perfectamente la poca gracia que le hacía aquella visita.

—Me temo que ha insistido en reunirse con usted. Ha pasado primero por Ty Mawr.

De mala gana, volvió a atarse el pañuelo tan apretado como pudo. Después, despidió a Ninian y fue hacia las escaleras que llevaban a su estudio, pasando de largo por la puerta cerrada de

Libby. Pero entonces se detuvo y volvió hacia atrás un instante. El femenino perfume floral de ella parecía traspasar la puerta y flotar en el aire. ¿O solo era la esencia de su propio anhelo?

Bajó pensando que sería mejor que Henry estuviera dispuesto a mantener una reunión breve y que tuviera una buena excusa para esa intrusión en plena noche.

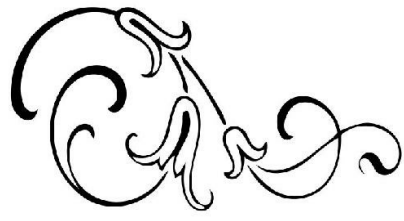
—Dichosos los ojos, Rynallt —ironizó Henry, abanicándose con el sombrero la cara enrojecida y húmeda—. Casi he tenido que amenazar a tu ama de llaves con meterla en la cárcel si no me decía dónde estabas. Seguro que te has escondido en este lugar dejado de la mano de Dios porque eres el primer candidato a la horca en la lista negra de los *tories*. —Suspiró al ver que Noble seguía sin decir nada—. Pareces... frustrado.

¿Frustrado? ¿Por qué iba a estarlo? ¿Porque su mujer le estaba esperando arriba y no quería que nadie los molestara en caso de que ella decidiera pasar la noche a solas con él? ¿Qué pensaría Libby si en vez de estar con ella, pasaba su noche de bodas con Henry?

—¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Nos ha llegado información de que los británicos están planeando un encuentro importante en Gosport. Cuando me he enterado, lo primero que me ha venido a la cabeza ha sido la hija de lord Stirling y que quizá pudiera ayudarnos en esto. El problema es que, tras el incendio del capricho del Raleigh, nadie sabe cuál es su paradero.





## Capítulo 28

**P**asó el resto de su noche de bodas (el breve tiempo que le quedó entre la partida de Henry y el amanecer) tumbado en una cama a la que no estaba acostumbrado, con la mosquitera flotando debido al húmedo viento que entraba por una ventana abierta y un cúmulo de pensamientos tan caótico como el tiempo. Un tiempo que indicaba que la temporada de huracanes se avecinaba y que tendría que tomar medidas para proteger tanto Ty Mawr como Ty Bryn.

Pero su principal preocupación era la seguridad de su esposa. Ahora Libby llevaba su anillo, su apellido, era su responsabilidad. A pesar de todas las razones que le había presentado Henry, estaba absolutamente en contra de que fuera a Gosport. Allí, las posibilidades que tenía de protegerla eran muy limitadas y desaparecerían en cuanto pusiera un pie en la fortaleza *tory*. Noble no tenía influencia alguna sobre su padre, Dunmore o cualquiera de esos *tories* que detestaban a los patriotas.

¿Qué haría lord Stirling si llegaba a enterarse de que su hija se había casado con él? Probablemente la enviaría de vuelta a Inglaterra. Y él solo lo sabría después, al ver que no regresaba a Ty Bryn.

El amanecer rayaba el horizonte, formando una cicatriz carmesí en el este. Se levantó y se puso unos pantalones cortos de montar. Con la camisa de dormir por fuera y descalzo, abrió la puerta de la salita que conectaba ambos dormitorios y luego la que llevaba a la alcoba de su esposa. Se quedó parado en el umbral, con el corazón latiéndole desaforado.

Libby lo miró desde la cama. Estaba sentada en medio del colchón, apoyada en un montón de almohadas. La cama parecía demasiado grande y ella demasiado pequeña. La trenza suelta le caía sobre los hombros como una cuerda de cáñamo, con el extremo descansando sobre la sábana de lino. A diferencia del primer encuentro que habían mantenido en una alcoba, ahora estaba bien despierta... y casada. La tormenta había enfriado el ambiente y lo había vuelto más húmedo. Se pasó una mano por su propio cabello, que ahora se rizaba en las puntas precisamente por esa misma humedad.

Jamás se había sentido incómodo en su compañía y ahora tampoco lo estaba. Pero ¿presentaría ella de alguna forma que apenas había dormido, pensando en su futuro juntos?

—¿La tormenta te mantuvo despierto? —preguntó ella con naturalidad, como si él entrara todas las mañanas a verla.

—No, fuiste tú, Libby.

Al verla sonreír casi se sonrojó por la ironía de la situación. No había dormido en toda la noche por las razones equivocadas. Se hizo con una silla y se sentó al lado de la cama.

—Yo también he dormido poco —confesó ella, tocándose el anillo—. Y he rezado mucho.

Sintió una punzada de culpa. Él se había preocupado mucho, pero rezado poco.

Libby lo miró.

—Casi ha llegado el momento de ir a Gosport y volver a ver a mi padre...

—No, Libby, lo he estado pensando. Como tu marido...

—Una última vez. —Lo estaba mirando con ojos tan suplicantes que Noble se derritió como la cera de una vela—. Solo una vez más, es lo único que pido.

—Eso te conducirá a otro encuentro. Y luego a otro. Y cada vez correrás más peligro.

—Tengo que tratar de averiguar todo lo que pueda. Está a punto de suceder algo importante que decidirá el destino de todos. Así puedo ayudarte, aunque solo sea un poco. Y a tu causa. —Le sostuvo la mirada—. O a «nuestra» causa.

Su oposición, tocada por el ruego de ella y los sólidos argumentos de Henry, empezó a desmoronarse. Había obligado a Henry a prometer que mantendría su matrimonio en secreto y repitió las razones por las que no quería que Libby actuara como espía.

—Si vas, lo harás como *lady* Elisabeth, sin ningún tipo de relación con Ty Mawr. Si tu padre tiene la más mínima sospecha de lo que hemos hecho... —No terminó la frase. Parecía como si estuviera hablando de algo turbio cuando lo único que quería era protegerla—. Me preocupa tanto lo de Gosport que voy a ir contigo, pero iré por delante, a una distancia considerable y a caballo.

Libby le miró alarmada.

—Pero....

—Fingiré estar ocupado visitando los almacenes que hay a lo largo de la orilla donde guardábamos el tabaco y el añil de Ty Mawr. Aunque llevo sin ir desde las últimas exportaciones, mi presencia allí no levantará sospechas.

—Es demasiado arriesgado. —La angustia hizo que se pusiera todavía más pálida. Todo lo contrario a como debería haber estado una novia la mañana después de su boda—. Podrían hacerte daño.

—Mejor a mí que a ti.

Ella empezó a jugar nerviosa con su trenza, rompiendo el autocontrol al que le tenía tan acostumbrado.

—Ahora entiendo cómo te sientes cuando soy yo la que está allí.

La tomó de las manos y entrelazó los dedos con los suyos. Nunca la había tocado, excepto cuando la escoltó al baile del palacio del gobernador y el día anterior, cuando se habían casado y la había acompañado a su habitación.

—Anwyld...

Vio que el gesto se le suavizaba. Le gustaba que la llamara así. Él mismo también se emocionaba cuando usaba aquella palabra. Aquella expresión de cariño les proporcionaba una intimidad que fortalecía su recién creado vínculo y que también había jugado a su favor con la inesperada propuesta matrimonial que le hizo. Y era cierto, era su amada.

En ese momento oyeron un poco de revuelo e, instantes después, Isabeau irrumpió en el dormitorio con un par de guantes de encaje en la mano.

—Señora.... —Al verlos juntos se puso completamente roja y comenzó a retroceder despacio—. ¡Oh, lo siento!

Noble se levantó con una ligera sonrisa en los labios, miró con intensidad a Libby durante unos

segundos y le dijo:

—Nos vemos en la cena, ¿de acuerdo?



—¿Cómo se encuentra el novio esta tarde? —le preguntó su ayuda de cámara por primera vez ese día.

—Todavía abrumado —respondió Noble con sinceridad—. Al menos en lo que respecta al matrimonio.

Ninian se rio por lo bajo. Solo unos pocos sirvientes de Ty Mawr se habían desplazado hasta Ty Bryn. Quería enviarlos a todos de nuevo a la casa principal, pero Libby (su *anwylyd*) y él tenían que comer. Vestirse. Intentar volver a la normalidad, fuera lo que fuese lo que eso significara.

—Le he traído los documentos de su estudio y el último correo, señor.

—Ponlos en la mesa de allí y tómate el resto de la tarde libre.

Ninian le miró asombrado.

—¿En un lunes, señor?

—Sí, en el lunes de mi luna de miel.

Noble se volvió hacia la ventana y vio a Libby esperándolo en el jardín trasero, con una cesta de picnic en el banco de piedra en el que estaba sentada. A petición de su esposa, la cocinera había preparado una cena para tomar fuera. No habían podido elegir mejor noche. El viento había amainado y la lluvia del día anterior había enfriado considerablemente el sofocante calor de agosto.

—¿Quiere que venga mañana a la colina, señor?

—Solo si es necesario. —Noble esbozó una amplia sonrisa—. Me gustaría mantenernos alejados del mundo unos pocos días más.

—Por supuesto, señor. Una última cosa. La señora Tremayne me ha dicho que vino un correo. Algo relacionado con la milicia. Que tenga un buen día.

Ninian desapareció. El asunto de la milicia era importante, pero por ahora solo podía pensar en los días que quedaban para ir a Gosport.

Se asomó por la ventana, incapaz de apartar los ojos de Libby. Ella alzó la vista y lo miró. Llevaba un vestido de gasa de verano y un amplio sombrero adornado con cintas que ocultaba su bello rostro.

—¿No tienes hambre? —gritó ella.

—¿Qué llevas en la cesta?

Libby sonrió y levantó la tapa.

—Pollo frito, jamón ahumado, huevos a la escocesa, queso y pepinillos, canapés de mantequilla envuelta en lechuga y pan recién hecho. ¡Todo un banquete!

Abajo oyó una puerta cerrarse de golpe. Al cabo de unos segundos Isabeau apareció con una

manta escocesa. En el patio del establo, Dougray les esperaba con un carrito de caballos que Enid y él habían usado de niños, recién pintado de verde, que le trajo un montón de recuerdos, la mayoría agradables.

Noble bajó las escaleras con su fusta de montar, dispuesto a enviar de vuelta a Ty Mawr a los sirvientes que quedaban. En una casa tan pequeña le parecía ver uno cada vez que se movía. O quizá solo necesitaba un poco de privacidad para pasar tiempo a solas con Libby.

—¿Solo nosotros dos? —preguntó ella con un gesto que le pareció de satisfacción.

—No del todo. —Casi sonrió cuando *Madoc* se frotó contra sus botas.

—Es un gato muy bonito.

—Sí, uno con una vena muy independiente. —La ayudó a subir al carrito antes de colocar la cesta de pícnic y sentarse a su lado. *Madoc* fue el último en subir. Ambos se rieron cuando lo vieron olfatear la cesta—. ¡Fuera de ahí!

Noble lo bajó al suelo y después emprendieron el camino más cercano al río James, por la parte más apartada de la isla. Los campos de tabaco y maíz se extendían a ambos lados del agua. La jornada de trabajo de ese día había terminado, y excepto por un capataz reparando una valla a lo lejos, no vieron a nadie.

—Uno casi creería que reina la paz en todas partes —dijo Libby mirando al río como si estuviera esperando que apareciera una flota militar de un momento a otro.

—En nuestra isla sí —replicó él complacido. Pensó en el correo que le aguardaba, pero intentó alejarlo de su mente—. Nunca he contemplado un atardecer tan tranquilo como este.

—¿Cuántas tierras tienes?

—Querrás decir «tenemos». —Al ver su cara de sorpresa dijo—: Toda la isla de Mulberry más dos mil acres en el Continente.

—Así que no necesitas para nada la dote que no he podido aportar.

—No hace falta ninguna dote, *anwylyd*. —Las palabras surgieron de forma espontánea a pesar de su falta de experiencia en esas lides—. Contigo es suficiente.

—Espero que puedas seguir diciendo eso dentro de diez o veinte años. —Se desató las cintas del sombrero y lo dejó en su regazo—. ¿Cuánto tiempo tengo que seguir oculta en Ty Bryn?

—Todavía no tengo respuesta para esa pregunta.

—Bueno, ser la señora de Ty Bryn no es ningún sacrificio, aunque no sé qué hacer con tanto tiempo libre.

—¿Qué solías hacer en tu casa de Williamsburg?

—Bastante poca cosa, la verdad. Me sorprende haber pasado tanto tiempo tomando el té y tocando el arpa.

—¿Entonces echas de menos el encaje?

—Me encanta bordar encaje, no como trabajo, sino por puro placer. Aunque supongo que todas mis pertenencias se quemaron en el incendio.

Pensó en Thalia y en cómo él mismo había conseguido recuperarlas unos días después. Solo que se le había olvidado dárselas.

—Podrías poner en marcha una iniciativa de coser camisas y tejer calcetines para la milicia, pero sin encaje.

A ella pareció gustarle la idea.

—Eso es algo que haría mi madre, uno de sus proyectos de caridad.

—Libby... sobre lo de Gosport. —Noble tragó saliva y miró la maravillosa puesta de sol—. Me preocupa mucho más de lo que crees.

—¿Sabes algo más al respecto?

—Solo que Dunmore se ha apropiado de la elegante residencia de Andrew Sprowle y está alojando soldados en los almacenes Sprowle a lo largo de la costa.

—¿Quién te cuenta estas cosas?

—Espías patriotas.

—No me cabe la menor duda de que mi padre estará en medio de todo eso, saqueando la bodega y disfrutando con su amante... —Se detuvo, aunque su voz había subido una octava y mostraba un claro desprecio tan impropio de ella que sorprendió a Noble mucho más que los pecados de su padre.

—¿Tu padre tiene una amante?

—Siento haberlo mencionado. —Parecía arrepentida—. No voy a ser la que lance la primera piedra. Ya es bastante malo estar engañando a mi padre, subiendo a bordo de su barco, fingiendo ser quien no soy.

—Otra razón más para no ir a Gosport.

Libby soltó un suspiro y Noble frunció el ceño. Aquella conversación estaba adquiriendo tintes negativos. Pero antes de que le diera tiempo a cambiar de tema, ella señaló una garza azul.

—Me alegro de no estar en la ciudad. En Williamsburg no hay garzas azules como esa.

—El campo parece sentarte bien.

—Es tranquilo. Bonito. Me gusta la paz que se respira en él.

—¿Entonces no echas de menos Williamsburg ni el capricho?

Libby sonrió.

—No cuando tengo Ty Bryn... y a su dueño.

Cruzaron un riachuelo poco profundo, las ruedas del carrito se deslizaron sobre las piedras. Delante había una pequeña cañada, el lugar al que quería ir. El pícnic había sido idea de Libby, algo que Enid había querido hacer a menudo, pero para lo que nunca había tenido tiempo. Ahora sus prioridades habían cambiado. Libby y él apenas tendrían tiempo para estar juntos. Quería que todo fuera perfecto. Memorable. Que ninguno se arrepintiera de nada.

Puso el freno mientras ella recogía la cesta y la manta. Después la ayudó a bajar y echó un vistazo a su alrededor. La calma que ofrecía la estampa que tenía frente a sí contrastaba con sus circunstancias tumultuosas. Ahora estaba casado. Con la hija de lord Stirling. Las colonias se habían levantado contra el rey. La guerra era inminente. Su nueva esposa estaba actuando como una espía. Y él mismo era un hombre en busca y captura.

—Qué sitio más encantador. —Liberty le trajo de vuelta al presente—. No recuerdo cuándo fue la última vez que salí de pícnic.

Las luciérnagas empezaron a iluminar tenuemente el crepúsculo. Se alegró por la penumbra que los rodeaba. Por ese momento de intimidad. Aunque se sentía más seguro dentro de la casa, iba a disfrutar de esa salida. Al fin y al cabo, estaban en plena luna de miel.

—Se te ve demasiado serio para ser un recién casado —susurró ella.

—Todo ha ido tan rápido que a veces se me olvida que lo soy. Pero no me arrepiento de nada —añadió, por si ella se preguntaba lo contrario—. Siempre he querido casarme, compartir mi vida con alguien. Pero nunca conocí a nadie que encajara en Ty Mawr y Ty Bryn. Hasta ahora.

—Me alegra oír eso. Es mucho mejor ser Libby Rynallt que la antigua y aburrida *lady* Elisabeth Lawson —señaló ella con un tono de burla en la voz y aleteando las pestañas—. Coincidió plenamente contigo. He soñado con este día desde que tengo uso de razón. Quería un marido. Un hogar feliz. —Ella buscó su mano un tanto vacilante y él se la agarró sin dudarle. Su suave toque era la experiencia más placentera que conocía.

Rezaron una rápida oración de agradecimiento y Libby se puso a desenvolver y colocar la comida, tentándole con sus elegantes y femeninos movimientos y con el delicioso olor de la comida.

—Cuéntame más cosas sobre Ty Mawr.

—La adquirió mi abuelo a través de una patente real, pero el primero que empezó a cultivarla fue John Rolfe.

—¿Rolfe? ¿El que se casó con Pocahontas?

—Sí. Fueron uno de los primeros colonos de la zona, se dedicaron a plantar una nueva variedad de tabaco y ganaron bastante dinero. La isla de Mulberry tiene una historia muy peculiar. Ella arrugó el ceño.

—Espero que siga siendo tuya... nuestra... durante muchos años.

Debía de estar pensando en la casa en la que se había criado y que le habían confiscado.

—Si Dios quiere, seguirá en nuestra familia durante generaciones. —Lo que de verdad le daba miedo no era perder sus tierras. Sino su vida. O la de su esposa. Pero aquello también estaba en manos del Señor.

Entre bocado y bocado se atrevió con un asunto un poco más agradable:

—El pícnic me está sentando de maravilla. Estar contigo me sienta de maravilla. Supongo que ahora mismo estamos disfrutando de una especie de cortejo atrasado.

Libby sonrió... y suspiró.

—Sí, no sé cómo, pero nos las hemos arreglado para casarnos sin un cortejo como Dios manda. ¿Daba importancia a eso? Le estaba mirando de una forma tan cautivadora que él sí que se la dio.

—Podemos ponerle remedio.

Ella señaló la cesta.

—Esta comida al anochecer es un buen comienzo.

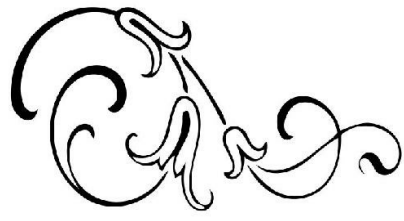
—Y se te ocurrió a ti. Ahora me pregunto quién está cortejando a quién.

Tras bromear con ella, Libby continuó cenando con una sonrisa en los labios. Ese era el tipo de flirteo que solía hacerse en los salones de baile, una reminiscencia de un pasado no muy lejano.

Se fijó en el río. La luna llena ofrecía un crepúsculo idílico para poetas y soñadores. Pero sus pensamientos no eran nada poéticos. Su cabeza no dejaba de recordarle las palabras de Patrick Henry. Cuando volvieran a Ty Bryn, leería su correspondencia y documentos pendientes en el pequeño estudio que había debajo de sus dormitorios.

Pero lo único que de verdad quería era a su esposa. Tener hijos y disfrutar de una vida más plena.





## Capítulo 29

¿Podía haber un jardín más bonito? Antaño había pensado que los jardines del palacio del gobernador eran lo más sublime que había visto en su vida, una auténtica obra de arte, pero ahora le parecían muy formales, incluso los jardines de Ty Mawr eran demasiado grandes. El de Ty Bryn rozaba la perfección, con sus malas hierbas incluidas, y además tenía un aire mágico con esa estatua de un dragón del tamaño de un niño que había a la entrada. *Draco*, lo había llamado Noble. Esa mañana, después del pícnic de la noche anterior, estaba sentada en una silla de jardín con diseño de hojas, sintiéndose la dueña y señora de su pequeño reino, atrapada en su propio cuento de hadas.

El jardín contaba con senderos de arena blanca que lo dividían en nueve lechos de los que brotaban exuberantes aguileñas, espuelas de caballero, malvarrosas y bocas de dragón. En el centro se erigía una pequeña fuente con un querubín al lado. El muro proporcionaba protección contra el viento y privacidad, ya que no se veía desde el camino de entrada. Sí, parecía un lugar mágico.

Allí se sentía protegida. Dichosa. Y el anillo de boda que brillaba en su mano era un recordatorio constante de aquello. Pero después de dos noches durmiendo en una habitación separada de su marido, parecía que solo eran dos mitades y no uno solo. Había pensado (más bien esperado) que Noble le mostrara su deseo de convertirla en su esposa en todos los sentidos. ¿O estaba dejando que ella diera el primer paso? De ser así, ¿cómo se suponía que tenía que acercarse a él? ¿Yendo de puntillas a su cama, conteniendo el aliento? ¿O Noble preferiría un enfoque más directo?

«¿Noble, puedo dormir contigo esta noche?».

Se sonrojó con solo pensarlo. ¿Y si a él le bastaba con que solo fueran un matrimonio de cara a la galería? Desde luego eso era lo que parecía deducirse después de la segunda noche. Y todo apuntaba a que pasaría la tercera noche en Gosport.

Miró hacia la cocina, una versión en miniatura de la de Ty Mawr. El tintineo de la vajilla así como el humo que salía de la chimenea eran un claro indicativo de que estaban preparando la comida. Vio a Dougray llevar a la yegua *quarter Horse* que Noble le había regalado, un bello ejemplar de color rojizo. El animal relinchó mientras caminaba, pues acababan de ponerle herraduras nuevas. Isabeau estaba tendiendo la ropa mientras Nell sacudía alfombras en la puerta del salón.

¿Dónde estaría Noble?

Había bajado a Ty Mawr al amanecer, mucho antes de que ella se despertara. Años de levantarse temprano le habían convertido en un experto a la hora de salir de casa sin hacer apenas ruido. Pero ella notó su ausencia perfectamente.

Se había levantado a las siete y media y había entrado con mucho sigilo en su dormitorio, esperando encontrarle dormido y sorprenderle. Pero ya se había ido. Bajó corriendo las escaleras, con la esperanza de que estuviera desayunando, pero lo único que encontró fue a Nell limpiando el salón, que la saludó con una sonrisa radiante.

—Buenos días, *milady*. —Nell la llevó hasta el estudio—. El señor me pidió que le trajera algunas cosas de la casa grande.

Libby se quedó mirando perpleja la estancia durante unos segundos. ¿Su arpa? Y el *serinette*. Además de su cesta de costura y su almohadilla para bordar. Las únicas pertenencias que le quedaban de la anterior vida entre algodones que había llevado. La almohadilla todavía tenía las bobinas con el último y complicado patrón en el que había estado trabajando. Alguien se había preocupado de salvar sus cosas del incendio. ¿Thalia? Los ojos se le llenaron de lágrimas de gratitud.

Al recoger la cesta, el olor a humo penetró en su nariz. Las tarjetas de color lavanda con las muestras tenían los bordes un poco marrones, pero el encaje no estaba dañado.

—Hay que lavarlo todo con suero de leche y listo —dijo Nell—. ¿Quiere que lo haga yo?

—Sí, por favor. Pero yo me encargo de la almohadilla para bordar y así termino lo que empecé.

Por último encontró su cuaderno para todo. Menuda mujer de negocios que estaba hecha. Tenía apuntados un montón de pedidos y se había olvidado por completo de ellos.

En ese momento sonó el reloj, recordándole que el tiempo corría en su contra. No quería pasarse toda la luna de miel completando sus pedidos, si es que aquello podía considerarse una luna de miel.

Se sentó detrás del arpa y tocó un acorde C abierto. Las cuerdas estaban en tan buen estado que parecían nuevas. ¿Se animaría a pedirle a Noble que trajera su violín de Ty Mawr? Juntos podrían llenar Ty Bryn de música. De vida. De recuerdos.

Al cabo de media hora empezó a sentirse un tanto inquieta. Miró el camino vacío de entrada y la torre de Ty Mawr que podía verse sobre las copas de los árboles antes de contemplar todos los detalles de la estancia en la que se encontraba.

Ty Bryn todavía seguía siendo un misterio para ella. Se acordó de que Nell le había hablado de un ático y decidió explorarlo. A mitad de las escaleras, sin embargo, estuvo a punto de cambiar de opinión. Cuando abrió la puerta fue recibida por un golpe de calor húmedo y un olor a polvo que le resultó abrumador.

Nada más entrar se le enredó en el pelo una telaraña que se quitó con premura antes de esquivar a una mosca de lo más molesta. El ático estaba oscuro. Dos ventanas, una en cada extremo, le permitieron ver lo que había dentro. Un viejo baúl, una silla con tres patas un armario maltrecho...

Una cuna.

Se arrodilló a su lado y examinó los barrotes de madera. Aunque estaba cubierta de una fina capa de polvo, tenía una talla exquisita y una flor de lis grabada en el cabecero. Daba un poco de pena verla allí abandonada, tan vacía.

No, ya no.

¿Se atrevería a bajarla? ¿Se daría cuenta Noble? Abajo, enfrente de sus dormitorios, había una habitación recién pintada, sin mobiliario alguno, esperando a tener una nueva utilidad.

Se agachó un poco y continuó caminando bajo las vigas del tejado. Vio otro baúl con una placa de cobre, una silla Windsor, un par de figuras de adorno y un cuadro. Con un poco de atención y cuidado podía montar un cuarto infantil.

Lo siguiente con lo que se encontró fue con una alfombra enrollada. La desenrolló y se dio cuenta de que era de Aubusson, con los colores en perfecto estado. Su madre sentía predilección por ese tipo de alfombras.

Se imaginó lo feliz que sería su progenitora con un nieto. Pero no sintió la consternación que se suponía tenía que sentir, aunque sí una enorme responsabilidad. Ahora entendía la decepción que experimentó su padre al saber que era una niña. Su legado, el apellido de su familia, moriría con él. Quería que el apellido Rynallt perdurara. Noble necesitaba un heredero.

Pero el deseo de Liberty iba mucho más allá. Desde bien pequeña le habían encantado sus muñecas, siempre quiso tener un hermano o una hermana. Al ver que aquello no se cumpliría, vertió todo su cariño en la prole de *lady* Charlotte. La esposa de lord Dunmore era una madre amorosa que, a pesar de estar rodeada de sirvientes y de tener un marido a menudo ausente, siempre estuvo muy involucrada en la crianza de sus hijos y le enseñó muchas cosas.

Ty Bryn necesitaba una familia. Un hijo o una hija. Lo que Dios tuviera a bien. ¿Pero era ese el momento más propicio? Se esforzó por dejar de lado sus preocupaciones sobre una guerra inminente. Confiaría en la perfecta sincronización de Dios. Al fin y al cabo, Él nunca le había fallado. Ni siquiera en medio del tumulto. «Sobre todo» en medio del tumulto,

Echó la vista atrás y fue plenamente consciente de cómo Dios había usado esos tiempos políticamente revueltos para salvarla de un matrimonio desastroso con Miles Roth. Cuando estaba en el capricho había podido observarle desde la distancia, y aunque no lo juzgaba, respiró aliviada por no haberse convertido en su esposa.

Se sacó un pañuelo del bolsillo, se secó el sudor del rostro y llamó a Nell. La alegría bullía en su interior, apartando cualquier miedo al futuro. Estaba empezando un nuevo capítulo de su vida y cada página en blanco estaba llena de posibilidades.

Incluyendo un cuarto infantil para Ty Bryn.



Noble miró el reloj que había en la repisa de la chimenea de su estudio. Casi era la hora de comer. Podía llegar a Ty Bryn en diez minutos y pasar un rato con Libby en el tercer día de su luna de miel. Aunque también podía terminar con el papeleo que tenía en su escritorio. Se había marchado de madrugada y tenía muchísimas ganas de volver a verla.

Mientras se ponía la levita y se guardaba en el bolsillo el último correo que había recibido, apareció la señora Tremayne con gesto contrito.

—El señor Roth ha venido a verlo, señor.

¿Miles?

Se sintió un tanto contrariado. Llevaba sin ver a su primo desde...

—Buenos días, primo —le saludó Miles con una medio sonrisa tímida en los labios. Iba sin afeitarse, con el pañuelo de cuello lleno de manchas y hediendo a alcohol. Parecía una caricatura del *Virginia Gazette*.

—He venido a pedirte un préstamo y a ver ese nuevo caballo tuyo del que todo Williamsburg está hablando.

—No puedo prestarte nada, pero tengo que salir y estaré encantado de mostrarte los establos.

Miles se sirvió una copa de brandi sin pedir permiso. Noble tomó nota mental de deshacerse más tarde de la licorera o esconderla hasta que volvieran a visitarle Henry o Clark.

Miles vació el vaso en dos tragos y lo dejó sobre la mesa con tanta fuerza que esta se tambaleó.

—Me ha enviado un grupo selecto de caballeros para pedir que se restauren las carreras de caballos. Una competición con premio, si lo prefieres.

¿Recuperar la carrera más popular de Williamsburg?

—Te refieres a las apuestas, ¿verdad?

—Vamos, primo, incluso tú has apostado alguna que otra vez.

Noble permaneció en silencio.

—¿Cuánto puedes aportar para el premio? Nos gustaría cien libras para el ganador, una buena silla o brida para el segundo y un látigo para el tercero.

—Por no mencionar las cuantiosas apuestas que se derivarán de todo ello. —Noble empezó a dirigirse hacia la puerta—. Y la saturación que sufrirán los tribunales por las deudas impagadas.

Miles frunció el ceño y le siguió.

—Seguro que ahora me estás imaginando en el calabozo o algo parecido.

—Cierto.

—No me negarás que también has disfrutado alguna apostando un poco de dinero.

—Pero nunca he acabado en la cárcel o delante de un juez.

—Bueno, no, pero has perdido unas cuantas libras en las carreras.

Entraron en el establo y Noble se alegró de encontrar un poco de sombra y disfrutó del característico olor a caballo y cuero.

Miles dio una patada a una paca de heno.

—¿Qué dices, primo?

—Lamento poner freno a tu entusiasmo —dijo él—, pero el artículo 8 de la Asociación Continental promueve desalentar todo tipo de extravagancias e ilegalidades, sobre todo las carreras de caballos, juegos, peleas de gallos y otras diversiones y entretenimientos caros.

—¡Bah! —exclamó Miles con desdén cuando llegaron al caballo en cuestión—. Los burgueses y abogados no tienen espíritu deportivo.

—Ahora son delegados —le corrigió Noble antes de extender una mano—. Aquí tienes al orgullo de Ty Mawr. Dicen que *Romulus* es el mejor purasangre de toda Virginia, y hasta puede que de las trece colonias.

Miles lo miró boquiabierto. El semental pisoteó el suelo. Dos mozos que pasaban por ahí ralentizaron el paso para admirar al animal.

—¿Qué temperamento tiene? —preguntó Miles.

—Igual que el tuyo. Díscolo e impredecible.

—Gracias —repuso Miles con sequedad—. Parece que todavía no me has perdonado que rompiera mi compromiso con la hija de lord Stirling.

—¿Perdonarte? —Noble esbozó una sonrisa—. Es la decisión más inteligente que has tomado en tu vida.

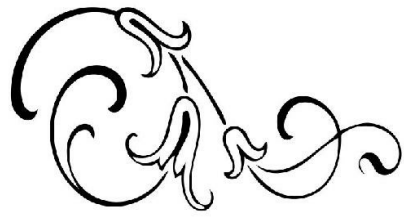
—Vaya, vaya. —Miles puso cara de asombro—. Por fin recibo un cumplido de tu parte. —Acarició un flanco del caballo—. Nadie ha sabido nada de ella desde el incendio del capricho del Raleigh. Oí que estaba viviendo allí, trabajando como encajera. Una caída en desgracia en toda regla para ser la hija de lord Stirling. Puede que haya vuelto con su padre.

Noble fue hacia el otro extremo del establo, donde un mozo los esperaba con la montura de Miles.

—Da recuerdos a tus amigos de la ciudad. —Sí, era una forma bastante brusca de despedirle, pero lo único que quería era estar con Libby—. Si me disculpas, tengo asuntos que atender.

Esperó hasta que Miles desapareció de su vista antes de tomar la colina hacia Ty Bryn. Llegaba tarde a la comida, pero su esposa, bendita fuera por ello, no era de las que se ofendía con facilidad.

Se la imaginó esperándole en la puerta cuando desmontara, tendiéndole una mano con una mirada brillante en los ojos. Rezó para que estuviera receptiva a las noticias que tenía que darle. Pero esperaría a comer tranquilamente antes de compartir con ella la orden de Washington.



## Capítulo 30

Liberty supo por el estruendo de los cascos del caballo que su flamante esposo era consciente de que llegaba tarde. Con la sensación de inquietud en el estómago, corrió hacia la ventana de la habitación para asegurarse de que era él antes de mirarse una última vez en el espejo.

Estaba pálida, se le notaban las venas azules debajo de la piel. Delgada como un junco. La cinta de encaje con la que se había recogido el cabello y el delicado chal que llevaba apenas suavizaban sus afilados rasgos. Sí, tenía un aspecto demacrado. ¿Cómo iba a encontrarla alguien atractiva? ¿Era por eso por lo que Noble estaba guardando las distancias con ella?

Bajó las escaleras de dos en dos. Nell estaba en la cocina, ocupada junto con otras dos sirvientas, así que dio la bienvenida a su marido en la puerta.

Noble lanzó el sombrero sobre la silla del vestíbulo.

—Espero no haberte hecho aguardar mucho.

Parecía tan arrepentido que se le encogió el corazón.

—El dueño de la casa no tiene por qué disculparse.

—Solo si es con la señora de la casa —repuso él con un guiño.

Se dirigieron al comedor donde él la ayudó a sentarse a la mesa y estuvieron hablando un rato mientras Nell entraba y salía, llenándoles los vasos y retirando la vajilla vacía.

Liberty repitió de todos los platos, despertando la curiosidad de Noble, que bromeó al respecto.

—La vida en el campo parece sentarte bien.

—Bueno, yo... —Miró su plato vacío, sintiéndose una glotona—. He decidido que estoy demasiado...

El repentino silencio se volvió un poco incómodo.

—¿Demasiado qué, Libby?

—Delgada, que tengo un aspecto demasiado aniñado.

Alzó la mirada y vio el brillo de diversión en sus ojos.

—¿Tú, aniñada? —Noble negó con la cabeza y pinchó el último trozo de pescado—. Quizá deberíamos llamar al doctor Hessel.

—¿Al doctor Hessel? ¿Por qué?

—Porque está claro que necesitas lentes.

—¿Acaso dudas de que vea bien?

—Sí. Jamás te describiría como aniñada.

—Vaya. —Liberty usó una traviesa cadencia en la voz esperando que él aceptara la tácita invitación—. ¿Y cómo me describirías?



—Elegante. Femenina. —Bebió un sorbo de ratafia—. Encantadora. Seductora.

—Puede que el que necesite lentes seas tú.

—No. —Él frunció el ceño—. No te imaginas lo que me preocupa la atención que sé que vas a atraer en Gosport.

Otra vez Gosport. Estuvo a punto de soltar un suspiro, pero Noble aún no había terminado.

—La Marina Real está formada en su mayor parte por una panda de libertinos y todo el mundo sabe que Andrew Sprowle cuenta con una cantidad ingente de alcohol en su bodega. Añade a eso la alta alcurnia de la que procedes, y una mujer como tú y...

Tomó la cuchara para el postre a medida que su anterior angustia volvía a dar la cara. ¿Estaría yendo directa a una trampa? ¿Debía abandonar su plan?

—Ningún hombre se atrevería a comportarse de forma inapropiada en presencia de mi padre. —Comió un trozo de postre y se quedó mirando su copa—. Te prometo que me iré a la primera señal de problemas.

—Una sola reunión más —dijo él en voz baja con una mirada inflexible—. Y se acabó.

—Me parece perfecto. Estoy lista para seguir adelante en mi nueva faceta como mujer casada. —¿Debería hablarle del cuarto infantil? Había pedido a Nell y a Isabeau que le guardaran el secreto y tenía la intención de mantener la puerta cerrada e ir decorándolo a su antojo hasta que llegara el momento oportuno de enseñárselo.

Noble se recostó en su silla.

—Tengo algunas noticias que darte que seguramente serán para ti un varapalo igual al que fue para mí lo de Gosport.

Alzó la vista al ver que Nell les traía el café. Los platos vacíos de postre fueron sustituidos por sendas tazas humeantes.

Cuando la sirvienta se marchó, dejando la puerta cerrada tras de sí, Noble se sacó un correo del bolsillo.

—Me han nombrado comandante del 2º Regimiento de Virginia.

Estuvo a punto de atragantarse con el primer sorbo de café. Tras unas cuantas toses, logró decir:

—¿Comandante Rynallt?

—Sí, a petición del general Washington. Al principio pensaron en mí como capitán de su guardia, pero...

—¿Uno de los protectores personales de Washington? —Había oído hablar de eso mientras estaba en el capricho, pero jamás se imaginó que Noble estaría entre los elegidos.

—Washington está reclutando personas sobrias, honestas y que se comporten decentemente. Personas que tengan propiedades y que hayan nacido en las colonias. —Él esboza una sonrisa irónica—. Yo no nací aquí. Y tengo otra dificultad añadida: soy demasiado alto.

—¿Qué?

—Los candidatos tienen que medir entre 1,73 y 1,80 metros de altura, ser guapos y estar bien formados.

—Bueno, sin duda cumples los dos últimos requisitos, aunque debes de medir 1,83.

—Exacto, por eso solo soy comandante. El Comité de Seguridad está reuniendo un ejército

para defender Virginia. A partir de septiembre los reclutas de todos los condados acamparán detrás de la Universidad de William y Mary y los entrenaremos allí.

Liberty dejó la taza e intentó asimilar todo lo que aquello conllevaba. Un marido ausente. Puede que un padre también ausente, si llegaba a quedarse embarazada. ¿Por eso no tendrían luna de miel? ¿No sería mejor evitar que llegara un hijo al mundo durante la guerra?

—Tu nombramiento no me sorprende. Eres un hombre respetado al que todos aprecian. Estoy muy orgullosa de ti y me siento muy honrada de ser tu esposa. —Sentía cada una de esas palabras—. Ahora más que nunca se necesitan personas como tú. Me pondré a confeccionar camisas para los soldados y a tejer calcetines, como dijiste.

—Sí. Por ahora necesito un buen rifle, un hacha de guerra, una bayoneta, una caja de balas y tres cargas de pólvora.

Esas palabras sonaron muy fuera de lugar en su pequeño pero elegante comedor. Pensó en todas las armas que había en el vestíbulo del palacio del gobernador en Williamsburg. ¿Seguirían allí? Septiembre estaba a la vuelta de la esquina. Noble se iría pronto. Primero a Williamsburg y después, cuando llegara la peor parte, se enfrentaría a los británicos. Razón de más para ir a Gosport y averiguar todo lo posible sobre los planes de Dunmore.

Noble dejó el correo sobre la mesa. No había tocado su taza. Hacía demasiado calor para tomarse un café, pero a ella le apetecía otro. Quería llenar el silencio.

—Puede que algún día, cuando todo termine, haya algún pueblo o ciudad llamado Nobleburg. —Fracasó en su intento de frivolar con todo aquello. A Noble no le importaban esas cosas. Y a ella tampoco.

—Lo único que quiero es volver a Ty Mawr y a Ty Bryn. —Nunca le había visto tan serio—. Y a ti.

Sus miradas volvieron a encontrarse. De pronto necesitaba con desesperación su abanico, más por sus palabras que por el calor del verano.

—Te estaré esperando.

Noble apartó la mirada y clavó la vista en la ventana, hacia el río James.

—Reza por mí. Tengo mucho que aprender. Lo mío son los libros y las leyes. No soy un soldado.

¿Dudaba de su capacidad?

—Tienes todo lo que se necesita para convertirte en un excelente soldado. De hecho, la primera vez que te vi creí que eras un oficial, con ese porte enhiesto y esa cara de determinación.

Él sonrió.

—Y tú, *anwylyd*, eres absolutamente encantadora.

—Si te digo la verdad. —Liberty entrelazó las manos sobre el regazo—. Siempre me han gustado los hombres con uniforme. ¿Cómo será el tuyo?

—De color azul rebelde. —A pesar de su tono burlón se notaba que estaba diciendo la verdad—. El general Washington ha nombrado hace poco a un sastre jefe.

—Si quieres puedo confeccionártelo yo misma.

—Vas a llevar a la quiebra a Prosser y Nicholson.

—No se me da bien hacer patrones. Soy más de cortarlos y terminarlos. Tenemos que comprar

tela.

—Henry ha mandado una pieza. —Puso los ojos en blanco—. Para él ya estamos en plena guerra.

—Necesito saber qué tipo de corte tiene el uniforme. ¿Qué te parecen los pantalones anchos? Si quieres, puedo tomarte ya las medidas.

Se dirigieron al salón. Allí, Liberty tomó la cinta métrica de su costurero y se colocó junto a él mientras Noble se quitaba la levita.

—Ahora mismo no puedo dejar de pensar en el pobre George Bosomworth. Era un sastre de la ciudad que se ganaba la vida a duras penas. Murió hace poco con solo doce libras en su haber. —Estiró la cinta métrica sobre sus hombros y sonrió al ver lo anchos que eran—. Me salvaste de todo eso, Noble.

—¿De qué?

—De la pobreza. De pasar penurias.

—¿Quieres convertirme en una especie de caballero de brillante armadura, Libby?

—Más bien en un honorable soldado —replicó ella. Noble seguía quieto mientras ella movía la cinta desde el hombro a la muñeca—. Supongo que debería empezar a llamarte «comandante Rynallt».

—Ya que casi nunca me llamas por mi nombre de pila, no me preocuparía mucho por lo de «comandante».

Notó una leve tristeza en sus palabras, pero enseguida volvió a centrar su atención en las cuestiones prácticas. Le colocó la cinta alrededor de la cintura y midió la distancia entre el chaleco y los pantalones. Se acordaría fácilmente de sus medias. No, no solo se acordaría, las atesoraría en su memoria ahora que iban estar separados. Las escribiría en su cuaderno para todo. No le costaría mucho sacar un patrón de alguna levita vieja.

—Dijiste que el señor Henry te ha mandado una pieza de tela.

—Coronel Henry ahora.

Liberty exhaló un suspiro.

—El mundo se ha puesto del revés si los caballeros se convierten en comandantes y los agitadores en coroneles.

La risa del hombre suavizó la tensión.

—Mi superior es el coronel William Woodford, del condado de Carolina.

—No había oído hablar de él hasta ahora.

—Eso cambiará de aquí en adelante.

Se sintió un poco decepcionada cuando terminó de tomarle las medidas ya que hacerlo le había proporcionado gran placer.

Alzó la vista y se dio cuenta de que él la estaba mirando con gesto pensativo.

—De modo que crees que tienes un aspecto añorado, ¿no? —Noble le quitó la cinta métrica y se la colocó alrededor del talle—. Vamos a ver cómo de pequeña tienes la cintura.

De pronto se olvidó por completo de todas las medidas que le había tomado. Tenía a Noble muy cerca, más cerca de lo que nunca habían estado. Más cerca que cuando se sentó al lado de su cama. Más cerca incluso que el día de su boda. Tan cerca que él estaba en la posición perfecta

para... besarla. Nunca la habían besado. Pero a menudo se había preguntado cómo sería. Ahora lo único que quería era que se deshiciera de la cinta métrica, la tomara entre sus brazos y respondiera a esa pregunta.

—Cuarenta y seis centímetros. —Se colgó la cinta en el cuello, como si fuera un sastre de verdad, y le enlazó el talle con las manos—. Casi puedo rodearte por completo.

Liberty suspiró.

—Y ese, señor, es precisamente el problema del que te hablaba antes.

—¿Problema? Para nada —dijo él con un guiño mientras bajaba las manos—. Eso se soluciona con un poco más de *bara brith*.

Se fijó en un ojal de su camisa, aunque sus pensamientos iban por derroteros que no tenían nada que ver con la costura.

—Voy a ponerme con el uniforme de inmediato. ¿Serías tan amable de pedir que traigan la tela cuando vayas a Ty Mawr? Y también tu violín.

Noble la miró con interés.

—¿Tienes ganas de música, Libby?

—¿Nunca has oído un arpa y un violín juntos? Es un sonido sublime. —Dio un paso atrás y se quedó mirándole mientras se ponía la levita. Sus miradas volvieron a encontrarse. Tenía la sensación de que él podía tocarla solo con los ojos, enviando una mirada de pequeños escalofríos por su piel.

—Si me necesitas, avisa a Ninian. Estaré en mi estudio de Ty Mawr hasta la cena.

—Eso está muy... lejos. —Las palabras salieron de su boca antes de que le diera tiempo a pensarlas.

Noble la miró sorprendido.

—¿Preferirías que estuviera aquí? ¿En un estudio sin espacio suficiente?

—Sí, sí, comandante. —Retorcó las manos, sintiendo un poco de vergüenza—. Suficiente o no, me encuentro muy a gusto contigo.



Liberty pasó toda la tarde midiendo, cortando y prendiendo alfileres, deteniéndose un rato para leer el correo que Noble había dejado encima de la mesa. En un primer momento, el Congreso se había decantado por el color marrón para los uniformes, pero como había menos tela marrón, al final decidieron que fuera azul. Henry había mandado un tejido de lana gruesa de buena calidad que había adquirido de un comerciante desconocido. Por ahora le haría a su marido una levita azul con un ribete azul y blanco en la zona de los ojales, a la espera de conocer más detalles.

Washington había escrito que los uniformes levantarían el orgullo de la compañía o el regimiento, incluso aunque solo los llevaran los oficiales y que deseaba que el comandante Rynallt, del 2º Regimiento de Virginia, tuviera uno.

Un poco antes de la hora del té, subió las escaleras hasta el cuarto infantil ya terminado. Había

usado los muebles del ático y ofrecía una imagen encantadora, incluso acogedora, con la chimenea que había en un rincón. Le costaba imaginársela encendida en pleno verano, pero el invierno estaba a la vuelta de la esquina. La carcasa estaba hecha de hierro, con incrustaciones de ángeles que solo podían verse a la altura de los ojos de un niño, dándole un toque de fantasía.

Recorrió la habitación, sintiéndose un poco tonta cuando enderezó una almohada y puso recto un cuadro. No estaba esperando ningún bebé. Todavía no necesitaban un cuarto para niños. Pero su instinto maternal no dejaba de tirar de ella.

Cuando iba hacia la puerta, se volvió para contemplarlo una última vez.

—¡Señora! —exclamó Isabeau mientras se asomaba al cuarto—. ¿Hay algo que no me haya contado?

Liberty se sobresaltó. Le costaba esconder el orgullo y el placer que sentía por aquella estancia.

—No, no tengo ningún secreto. Solo quería tener listo este cuarto para cuando llegue el momento.

—¡Qué cuna más bonita! —Isabeau pasó una mano por el borde de caoba pulido, haciendo que se balanceara ligeramente. Pero enseguida se le demudó el rostro—. Mientras estaba ocupada confeccionando el nuevo uniforme del comandante Rynallt, casi he terminado de coserle el dobladillo al vestido para el baile. Tenemos que probárselo.

La felicidad que había sentido instantes antes se desvaneció mientras se dirigían hacia el vestidor al otro lado del pasillo. El vestido color plateado estaba estirado sobre una silla, formando una nube de seda con hilos plateados y dorados. Aunque era una prenda exquisita y los cambios que le habían hecho para adaptarlo a su figura rayaban la perfección, no le produjo la más mínima emoción.

Isabeau, sin embargo, estaba encantada con las joyas de Enid.

—Estos zafiros plateados serían el complemento ideal, ¿no cree? —Sacó el collar de su estuche de terciopelo y se lo enseñó.

Liberty no dijo nada. Estaba concentrada intentando recordar todos los detalles. Noble iría a caballo por delante de ellos a Gosport. Dougray conduciría el carruaje. Si surgía algún problema, se encontrarían en un lugar previamente acordado...

En cuanto se puso el vestido, giró sobre sí misma despacio mientras Isabeau examinaba la prenda en busca de algún hilo suelto o cualquier defecto.

—*Enchanté!* —Entonces su expresión pasó de la satisfacción a algo muy parecido al pánico—. Con ese vestido parece un dulce pastelillo... ¡Y todos esos soldados estarán hambrientos!

—*Mais non!* —Después, en un tono que le vendría muy bien cuando fuera madre, añadió—: Hablando de dulces, ¿no te apetece tomar un poco de *bara brith*?

—¡Señora! ¿Cómo puede pensar en comer en un momento como este? —Cuanto más tiempo pasara en Gosport más histérica se pondría Isabeau—. En lo único que puedo pensar yo es en su padre. Ahora que ya no lo tengo delante puedo decirle lo muchísimo que me asustaba cuando estaba de mal humor. ¡Era como una nube de tormenta! ¿Y si la obliga a quedarse a bordo y exige que se case con algún marinero?

—Recuerda que ya estoy casada. —Miró el pequeño reloj que llevaba colgado al corpiño y

puso fin a los funestos pensamientos de su doncella—. Voy a llamar a Nell. Por favor, siéntate conmigo un rato y comamos algo.

—¿Comer algo? ¿Y después qué? —Isabeau se sentó soltando un suspiro de descontento. Parecía que estaba a punto de enfrentarse a la guillotina.

Liberty tiró del cordón de la campanilla. Al cabo de unos minutos entró Nell con el juego de té de Ty Mawr y Liberty se dispuso a servirlo. El *bara brith* estaba delicioso y la elegante porcelana china hizo que se acordara de épocas más tranquilas.

Abajo, el reloj del vestíbulo sonó, marcando la cuenta atrás que la llevaría a Gosport.



Había llegado la hora. Estaban en el pequeño estudio de Ty Bryn que había junto al salón de la primera planta. Las paredes octogonales estaban cubiertas de estanterías. El escritorio de Noble se erigía en el centro de la estancia. Desde el lugar en el que Liberty se encontraba podía distinguir algunos títulos inquietantes sobre la mesa de su esposo.

Tratado sobre disciplina militar, Ensayo sobre el arte de la guerra y Guía militar para oficiales jóvenes.

El uniforme a medio terminar descansaba sobre su costurero. Quería acabarlo. Ahora que Noble se había trasladado al estudio de Ty Bryn (por muy pequeño que fuera), estaba deseando quitarse aquel vistoso vestido y limitarse a disfrutar de su presencia. Incluso el violín que se había traído de Ty Mawr estaba pidiendo a gritos que lo tocaran. Por desgracia, ahora mismo había asuntos más urgentes que requerían su tiempo y su atención.

—He rezado porque refrescara un poco —dijo Noble con tanta calma como si estuvieran hablando de un documento legal.

—Y ya hace menos calor —replicó ella. Miró la puerta abierta de Ty Bryn. Era imposible no hacer caso del ruido del carruaje en el camino de entrada. Se parecía mucho al coche fúnebre que había visto tantas veces en Williamsburg.

¿Sentiría Noble que su miedo iba en aumento? ¿Las ganas que tenía de salir corriendo por la puerta y refugiarse a la sombra y en la comodidad del pórtico? A pesar de sus oraciones y del ligero cambio en la temperatura, el viaje de Ty Bryn a Gosport seguiría siendo sofocante.

Noble tomó una de sus manos enguantadas, aunque hubiera preferido que la abrazara para sofocar así el nudo que tenía en el estómago. El aroma del agua de rosas con la que Isabeau la había rociado tan generosamente pendía entre ellos.

—También he rezado por un viaje seguro —señaló él—. Que el encuentro sea civilizado y que discurra de forma pacífica.

Sabía a lo que se estaba refiriendo. Que no hubiera exceso de alcohol, que no se produjera ninguna inmoralidad y que los soldados y oficiales se comportaran como caballeros.

—Continúa rezando. —Liberty suspiró cuando le apretó los dedos—. Tus oraciones son muy necesarias y aprecio mucho el gesto.

Noble clavó la vista en ella y Liberty pudo ver fisuras en la estoicidad de su gesto.

—Dos puertas más abajo de la mansión Sprowle hay un almacén con un letrero azul que pone «Merrick's». Recuerda que, si hay algún problema, puedes ir allí en cualquier momento. Yo no estaré lejos. Ni tampoco Dougray.

—Un letrero azul —repitió ella—. Merrick's.

—Ahora, vamos a volver a rezar, *anwylyd*.

Cuando ella asintió, él apoyó las manos sobre su cabeza con suavidad para no alterar el elaborado peinado que le había hecho Isabeau, casi de forma simbólica, como si la estuviera cubriendo con ellas. Cerró los ojos y recitó unas palabras en galés; palabras tranquilas llenas de energía y fuerza. No entendió su significado, pero percibió a la perfección el sentimiento que puso en ellas. Era la oración de un marido por su mujer. Para que la protegiera y la bendijera. Un momento sagrado.

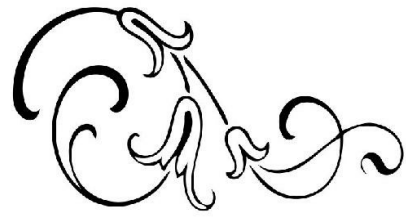
—Amén —dijo él al terminar, abrazándola por fin.

Liberty apoyó la cabeza en su hombro y se permitió un instante para oír el susurro de las hojas fuera, como si el verano estuviera anunciando que se acercaba el otoño. Desde que era una niña, siempre se había imaginado que el sonido del viento era igual que el de las alas de los ángeles. Volvió a acordarse del cuarto infantil, de los querubines de la chimenea. ¿Y si nunca volvía a llenarse? No, no podía pensar en eso. Lo mejor que podía hacer era dejar a un lado sus preocupaciones y disfrutar de la proximidad de Noble, que la estuvo sosteniendo durante un buen rato, como si quiera atesorar en la memoria aquel instante. Entre sus fuertes brazos se sentía segura, como en casa.

Cuando volvió a hablar, sintió su cálido aliento contra la oreja.

—Iré a cierta distancia por delante de vosotros. En cuanto estemos en Gosport, me ocuparé de mis asuntos hasta que termines en Sprowle.

Y de nuevo le vino a la cabeza que su marido corría más peligro que ella entrando en una fortaleza *tory*.





## Capítulo 31

**E**n Gosport, el olor a sal y brea era más fuerte y la brisa del mar más caliente. El agua estaba lleno de balandros de su majestad, pero no había ningún buque de guerra británico. Todavía. Cuando llegaran, aplastarían el espíritu de la rebelión y la sedición. Un velero solitario patrullaba la bahía; su estela blanca dibujaba un cordón en el tranquilo río Elizabeth.

La mansión de Sprowle daba al agua y solo estaba flanqueada por almacenes, alguno de ellos de cinco plantas, que eran un fiel reflejo de la industria y fortaleza escocesa de la zona. Lo primero que hizo fue ver dónde estaba el Merrick's y se lo grabó a fuego en la memoria. Habían alojado a las tropas de Dunmore en un astillero cercano; era imposible obviar su presencia y sus brillantes uniformes.

Liberty se bajó del carruaje un par de manzanas antes para evitar cualquier indicio que pudiera relacionarla con Ty Mawr. La puerta de la mansión Sprowle estaba abierta de par en par y un mayordomo anunció su llegada por encima del estruendo de cien o más voces provenientes de ciudadanos de la más alta alcurnia; su padre el más importante de todos ellos. Lord Stirling estaba de pie junto a su anfitrión, Andrew Sprowle, en un extremo del salón de baile. La mujer de Sprowle se acercó a ella y la saludó con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Vaya, la encantadora hija de lord Stirling —murmuró mientras la llevaba hasta un rincón lleno de plantas—. Creo que coincidimos en una fiesta en el jardín que organizó *lady* Dunmore.

—Sí, la recuerdo con mucho cariño. —Aunque en realidad lo hacía con melancolía. Examinó a su anfitriona. Kate Sprowle era conocida por su carácter beligerante, y lo que más recordaba de ella era el rubor que siempre lucía en la cara. Sin embargo, hoy lo que se veía en su rostro era una tensión que no había apreciado en los jardines del palacio del gobernador—. ¿Va todo bien, señora Sprowle? ¿No se siente cómoda con tanta gente?

—Exacto, *milady*. —Kate la miró fijamente unos instantes, como si estuviera decidiendo si debía hablarle o no de sus temores—. Ese es el problema, que hay demasiada gente. Lord Dunmore y su séquito se han establecido en mi casa, están despilfarrando nuestras provisiones y generando un auténtico caos.

Liberty solo necesitó echar un vistazo a su alrededor para hacerse una idea de lo que estaba sucediendo ¿Sería su padre una de sus principales molestias?

Kate continuó abanicándose energicamente.

—Su señoría se refiere a mi marido como el nuevo vicegobernador de Gosport, lo que enfurece a lord Stirling.

Sí, se lo imaginaba perfectamente. Su padre solía mostrarse muy susceptible en lo que a su orgullo se refería.

—Entonces lord Dunmore considera que la capital ahora es Gosport y no Williamsburg.

—Eso mismo —replicó Kate—. Y aquí toda su comitiva se comporta como si fueran una horda de paganos, tratando mi casa y a mis sirvientes de forma muy poco civilizada.

—Seguro que esto se acabará en cuanto lleguen los buques de guerra británicos.

—Entonces rezaré para que el Señor los envíe cuanto antes —murmuró ella antes de volverse hacia una ventana de la alcoba—. Su señoría y su padre esperan todos los días su llegada.

Liberty contempló el horizonte, fijándose en el puerto y en la desembocadura del río.

—Podrían llegar esta misma noche.

¿Y si venían? ¿Qué consecuencias tendría aquello para Washington, Henry, Noble y otros patriotas? Sabía cuál era la respuesta: alta traición. La muerte. Antes la política no era más que noticias en el periódico, chismes, rumores... Pero ahora había adquirido tintes muy personales.

—¿Y qué hay del eminente invitado al que mi padre y lord Dunmore quieren agasajar? —insistió Liberty con genuino interés.

Kate se encogió de hombros, unos hombros que llevaba cubiertos de seda.

—No sé nada de eso.

—¿Hija? —Su padre estaba detrás de ellas.

Kate y ella se apartaron de la ventana.

—Hola, padre. —Esbozó una sonrisa falsa. ¿Se había alegrado alguna vez de verlo? Isabeau tenía razón. Su padre era como una nube de tormenta llena de furia y bravuconería. Incluso en ese momento podía sentir lo irritado que estaba con ella, su impaciencia por conocer cualquier noticia que le trajera.

—Dejémonos de formalidades y vayamos al estudio. —La agarró por el brazo con tanta fuerza que le dolió—. Si nos disculpa, señora Sprowle.

Vaya una forma de despedirse. Liberty se sintió un poco mal por Kate, que obviamente se sentía molesta por la grosería. Echó un último vistazo al atestado salón de baile. Lord Dunmore estaba en el otro extremo con su amante, Kitty. Menos mal que *lady* Charlotte ya no estaba allí. Todavía no había visto a la favorita de su padre, la pelirroja Phila.

Le siguió hasta un estudio con paredes llenas de estanterías atestadas de libros que olía a alcohol y a humo. Aun así, se alegró de haberse alejado de todos aquellos *tories*. Era una estancia oscura, iluminada por una ventana cerrada por la que entraba muy poca luz; solo la suficiente como para vislumbrar la figura de un hombre.

¿El doctor Hessel?

El médico se volvió.

—*Lady* Elisabeth. —Se acercó a ella vestido de forma impecable y le besó la mano.

En su cabeza se agolparon un montón de preguntas. ¿Había elegido Hessel bando? ¿Se había puesto del lado de su padre? Esa noche era la formalidad personificada, tan almidonado como la colada del Raleigh. No se parecía en nada al médico amable y atento que conocía. Seguro que lo hacía por el bien de su progenitor.

Oyó que la puerta se cerraba.

—Dime lo que sabes —exigió su padre.

Y eso fue lo que hizo. Aunque, para que no la tildaran de mentirosa, mezcló hechos reales con invenciones. Ambos hombres escucharon con atención, haciéndole algunas preguntas sobre el

nuevo Regimiento de Virginia, los esclavos que huían (con las consecuencias catastróficas que aquello tenía para las plantaciones) y el *Virginia Gazette* que seguía publicando artículos incendiarios.

Cuando terminó, su padre se quedó callado unos minutos llenos de tensión, asimilando todo lo que había contado.

—Muy bien, hija. Ha llegado el momento de que me seas más útil aquí que allí.

—¿Aquí, en Gosport? —Buscó el respaldo de la silla junto a la que estaba parada para apoyarse en él, notando la dureza de los adornos de estilo rococó bajo el guante—. ¿Quieres que me quede aquí?

—En efecto. Te alojarás en una habitación de la segunda planta de esta misma casa y asistirás a todos los eventos.

—Pero yo... tengo trabajo. Pedidos de encaje que debo entregar...

—Ese ardid ya no nos sirve —sentenció con voz tajante—. El doctor Hessel me ha dicho que el lugar donde vivías se quemó hasta los cimientos. Ya no vas a poder enterarte de más movimientos de los patriotas en el Raleigh. —Se detuvo un instante y la miró directamente a los ojos—. Te han descubierto.

Ambos la estaban mirando, esperando que les diera una explicación. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Sospechaban que estaba con Noble? ¿Que vivía en Ty Bryn? Desesperada, trató de buscar una respuesta.

—Pero esta casa... está llena de gente...

—No estarás mucho tiempo aquí. En cuanto lleguen los buques avanzaremos por Chesapeake y levantaremos una defensa allí.

Liberty dio un paso atrás, hacia la puerta cerrada, pero Hessel se colocó detrás de ella.

—Si te niegas a seguir mi plan, el doctor te administrará un sedante. Diré a todo el mundo que te dio un ataque de histeria y tuvimos que confinarte en tu habitación. Teniendo en cuenta que a tu madre la ingresaron hace poco en el Hospital Público nadie lo pondrá en duda.

Se volvió para enfrentarse a Hessel y, aunque vio un destello de compasión en su gesto, este desapareció enseguida.

Su padre fue hacia la puerta.

—Cuando recobres la compostura, puedes volver al salón de baile. Después te retirarás arriba.

Dicho eso se marchó, dando un portazo. Lo primero en lo que Liberty pensó fue en los lacayos de la entrada. No le cabía la menor duda de que irían armados y que seguramente habrían recibido la orden de no dejar que abandonara la mansión Sprowle. Cualquier salida estaría vigilada. Estaba atrapada, así de simple, con tan poca libertad de movimientos como si le hubieran atado las manos.

Nada la había preparado para algo tan irreversible. Miró a su alrededor, abrumada cuando vio al doctor Hessel hurgando en un bolsillo y sacando un frasco. Por primera vez en su vida se puso tan histérica como Isabeau.

—Es no es necesario, Bram —apuntó con voz dulce, a pesar del pánico que se había apoderado de ella, en un intento por volver a los viejos tiempos—, Si de verdad eres mi amigo y un buen cristiano como yo, no harás lo que te ha dicho mi padre, que no es ni de amigo ni de buen

cristiano.

—Elisabeth... —Él la miró—. ¿No crees que es preferible que vengas a vivir con nosotros en vez de seguir trabajando como encajera? Te rebajas tanto ejerciendo un oficio...

—No. Es algo que he elegido por propia voluntad y es algo perfectamente honorable. Esto — Señaló toda la habitación—, sin embargo, no lo es.

—Es lo que es. Tu padre y lord Dunmore me han nombrado su médico personal y haré todo lo posible por mantener ese puesto.

¿Desde cuándo le importaban esas cosas?

Liberty lo miró, harta de todos esos rangos, clases sociales y orden jerárquico; todo ello más británico que de aquellas tierras. Como era incapaz de felicitarle por aquel ascenso se limitó a decir:

—Haz lo que quieras pero mantenme al margen. Tengo que irme. Se dio la vuelta e intentó abrirla, pero estaba cerrada con llave.

—¿Ir adónde?

—Al baile. —Todavía tenía la mano sobre el pomo. Reuniría el suficiente coraje y volvería al salón de baile, aunque solo fuera un rato, para engañarlos. Después, intentaría escapar de allí.

—No hasta que te tranquilices. Aquí tengo un poco de opio mezclado con brandí.

—Si me bebo eso estaré demasiado somnolienta para bailar —dijo ella por encima del hombro.

—Cierto. No soporto a toda esa gente de mar mirándote como idiotas, pero tengo la sensación de que el objetivo de tu padre exhibiéndote de ese modo solo obedece a que quiere buscarte un buen partido.

—Pues tendrá que ir olvidándose de eso. —Se dio la vuelta y lo miró. El miedo había dado paso a la furia. ¿Se atrevería a confesarle lo que más le importaba en ese momento? ¿Lo que ocupada el primer lugar en su corazón, cuando ella misma apenas se lo creía?—. Porque ya estoy casada.

Hessel la miró con ojos entrecerrados.

—¿Casada?

—Con un patriota.

—¿Que tú... qué? —Parecía tan indignado como sorprendido—. Debes de estar bromeando.

—No. —Omitió los detalles. Quería proteger a Noble a toda costa y al mismo tiempo guardar las distancias con el médico y que se olvidara de cualquier sentimiento romántico que tuviera con respecto a ella. Si se daba cuenta de que ya no tenía ninguna esperanza, ¿la dejaría ir?—. Nos casamos hace unos días y somos muy felices.

Hessel la contempló un instante en silencio y después miró el frasco que tenía en la mano.

—¿Sabes lo que hará tu padre cuando se entere?

—Sí, lo sé. Y si me traicionas y se lo cuentas tendrás que vivir con las consecuencias.

—¿Traicionarte? ¿Acaso no nos has traicionado tú? —Su pálido rostro se tiñó de rojo—. ¿Y con quién te has casado? Espero que no con ese desleal de Rynallt.

—Con alguien que siempre ha estado pendiente de mi bienestar y de lo que era mejor para mí. —Casi se atragantó por la emoción al recordar las muchas bondades de Noble y los sacrificios

que había hecho por su persona. Incluso en ese mismo momento estaba corriendo un enorme riesgo personal por estar cerca de ella—. Un hombre que no me encerraría y me amenazaría con administrarme láudano.

Hessel la agarró por la muñeca en un movimiento tan rápido que se le cayó el frasco al suelo, aunque no se rompió.

—¿Con quién, Elisabeth? —La estaba sujetando con tanta fuerza que le dolió el brazo—. Dímelo y puede que lleguemos a un acuerdo.

—¿A un acuerdo? —Liberty se zafó de él—. Hablas como mi padre. No todo tiene un precio. Ni siquiera lord Dunmore puede anular un matrimonio.

Hessel se agachó para recuperar el frasco con la mandíbula apretada. Ya no era el médico que ella conocía. Ambos habían cruzado una línea peligrosa de forma irreversible.

—Eres una buena persona —continuó ella—. Un médico excelente. —Usó un tono más suave, aunque se mantuvo firme—. No conviertas a mi esposo o su causa en uno de tus enemigos. A pesar de las dificultades, terminarán ganando. —No tenía ningún don para predecir el futuro, pero sí una repentina confianza y una fe inquebrantable en que las colonias vencerían, porque los hombres como su marido eran los cimientos de la libertad.

Hessel la miró conmocionado, como si de pronto se hubiera puesto enfermo. Se guardó el frasco en el bolsillo y sacó una llave.

—Un puñado de traidores no tienen ninguna posibilidad de vencer a la fuerza de combate más poderosa del mundo. Tampoco puedo cometer alta traición contra el rey. —Usó la llave para abrir la puerta—. Te dejo con tus delirios.

El médico salió y cerró la puerta. Segundos después oyó la llave en la cerradura. Volvía a estar atrapada allí dentro. Corrió hacia la ventana, un rectángulo sellado y con el cristal sucio que daba al río y a la enorme compañía naviera Sprowle. En el paseo que había debajo vio a media docena de casacas rojas hablando y fumando.

«Dios mío, ayúdame».

¿Habría ido Hessel a contárselo todo a su padre? ¿Volvería su progenitor corriendo y se pondría violento con ella? En el salón de baile terminaron un minueto y comenzaron con una danza popular.

Tenía la sensación de que el corazón se le iba a salir del pecho. Se esforzó por respirar. Debería haber hecho caso a Noble. Haberse olvidado de Gosport. Lo que daría por volver a Ty Bryn. A su refugio. El oscuro estudio en el que estaba era una prisión, opresivo y en mal estado por lo mucho que lo habían usado.

Se sentó en un sofá e intentó calmarse rezando y deteniéndose a pensar las cosas. Noble estaba cerca, igual que Dougray e Isabeau. El reloj de la chimenea dio las nueve. La cena se serviría sobre las diez y luego el baile continuaría hasta altas horas de la madrugada.

¿Iban a dejarla allí toda la noche? Se acercó a la repisa de la chimenea, ricamente ornamentada, y la recorrió con las manos en busca de alguna palanca o resorte secreto. Pero aquello no era Ty Bryn con su escalera oculta y su puerta de servicio.

Transcurrió un cuarto de hora que le pareció una eternidad. Paseó de un lado a otro. Trató de volver a abrir la puerta. Solo Dios podría sacarla de Gosport.

Encima de la mesa había un jarrón lo suficientemente pesado como para romper un cristal... y atraer la atención de demasiados soldados. Uno de ellos ya estaba mirando en su dirección. ¿O solo era producto de su alterada imaginación?

El sudor le caía por el corpiño, era una noche de agosto en la que estaba haciendo mucho calor. La música se detuvo. Volvió a sentarse. Al cabo de un rato oyó un ruido en el pasillo y se levantó de un salto. ¿Sería su padre? ¿Hessel? Entonces la puerta se abrió y entró una criada con una bandeja con los platos que se estaban sirviendo en el comedor Sprowle, aunque en ese momento lo que menos le apetecía era comer.

Detrás de la criada estaba Kate, con un aspecto igual de alterado que antes.

—¿Por qué está encerrada en el estudio de mi marido?

¿Sería Kate una aliada o una enemiga?

—Estoy aquí en contra de mi voluntad. Mi padre insiste en que me quede. —Rodeó la bandeja y fue hacia la puerta—. Si hubiera sabido cuáles eran sus intenciones no habría venido.

Kate ordenó a la sirvienta que se marchara y se volvió hacia ella.

—No puedo atender a una persona más en el caos en que se ha convertido mi casa.

¿Acaso iba a ser tan sencillo? ¿Iba Kate, con lo enfadada y agobiada que estaba, a vengarse de lord Dunmore por invadir su casa, frustrando sus planes?

Kate agitó una mano.

—Váyase ahora, rápido, y no le diré nada a lord Stirling.

Liberty pasó junto a su anfitriona, susurrándole un «gracias» y buscó el vestíbulo y la puerta de entrada a la mansión. Ante la insistencia de Kate, el guardia la dejó salir. Una vez fuera, bajó los escalones de la entrada prácticamente corriendo y se topó con Noble en el primer poste de luz. En cuanto le vio, sintió una enorme alegría nada acorde con la complicada situación que estaban viviendo.

—Sigue andando —le dijo su marido mientras los casacas rojas, apostados en el paseo, se volvían y los veían pasar—. Presentía que estabas en peligro, así que me mantuve cerca de la casa.

La oscuridad los engulló, proporcionándoles el camuflaje que necesitaban. A lo lejos, vislumbró el contorno de un carruaje. ¿Dougray? Seguro que Isabeau estaba dentro. Cuando se dio cuenta de lo cerca que se encontraba de la seguridad de su hogar quiso llorar de alivio.

—He tenido algunos problemas. —Le temblaba la voz, al igual que las piernas. Sin duda una reacción tardía a la tensión de las últimas horas—. Mi padre quería que me quedara en casa de Sprowle.

Noble le colocó un brazo alrededor de los hombros, infundiéndole la fuerza que tanto necesitaba. Se apoyó en él y pasó por encima de una botella rota de ginebra que había sobre la calzada. La calle estaba mal iluminada y llena de basura.

Les quedaba muy poco. Vio a Isabeau salir del carruaje y esperarles con la puerta abierta. Dougray estaba sobre el pescante, dispuesto para partir a toda prisa.

—Rynallt, ¿eres tú? —gritó una voz con tono helado.

De pronto una figura salió de un callejón y derribó a Noble. Lo siguiente que vio fue a su marido junto con el otro hombre, enzarzándose en una pelea que sorprendió tanto a ratas como a

gaviotas.

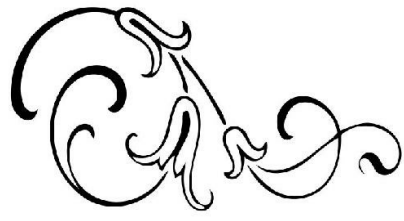
Aturdida, dio un paso atrás cuando la lucha se volvió más encarnizada. Vio a Dougray saltar del pescante y dirigirse hacia ellos justo cuando un segundo hombre emergió de entre las sombras y le bloqueó el paso.

Noble logró ponerse de pie con gran esfuerzo, al igual que su atacante, que volvió a abalanzarse sobre él. Liberty se acercó un poco más, dividida entre huir o ayudar en la medida de sus posibilidades. Sabía que no harían daño a una mujer. Aunque una mujer sí podía hacerles daño. Pero ¿con qué? No tenía ningún arma a mano.

Temblando, se inclinó y se sacó un alfiler de sombrero que había decidido llevar consigo en el último momento y que ahora le ayudaría a salvar a su marido. En el instante en que Noble agarró a su oponente, se adelantó un paso y apuntó, pero en un abrir y cerrar de ojos el otro hombre lo arrojó a un lado, frustrando su golpe. Frenética, inició el ataque y enseguida se vio recompensada con un aullido de dolor.

Dougray, que había superado al segundo hombre, se unió a la reyerta y, junto con Noble, hicieron retroceder al primer asaltante con un puñetazo y un empujón que le tiró al agua.

Jadeando, Liberty se refugió debajo de un poste de luz. Segundos después, su marido le dio un fuerte tirón en la mano y eso fue todo lo que necesitó para ponerse a correr y abandonar Gosport.





## Capítulo 32

—Deja que te cuide —dijo Liberty—. Eso es algo que debe hacer una esposa, no un ayuda de cámara.

Noble tenía un corte profundo en la mandíbula y el ojo derecho morado, fruto de su escaramuza en el muelle. Aun así, le hizo un guiño y la miró de reojo mientras se acercaba a él en la intimidad de su sala de estar en la segunda planta,

—¿Con qué lo atacaste al final de la pelea? —preguntó él.

Ella esbozó una sonrisa satisfecha.

—Con un temible alfiler de sombrero de color marfil. Casi tan formidable como tu espada o bayoneta.

—Cuídate de las mujeres que lleven alfileres en los sombreros. —Noble se sentó en una silla y soltó un pequeño gruñido de dolor que a ella no le pasó desapercibido—. No sabía que lo llevabas encima.

—No soy solo lazos y rosas.

—No, desde luego que no. Ese pobre hombre jamás volverá a ser él mismo.

—Sí, pobre hombre. ¿Quién crees que era?

El leve encogimiento de hombros que hizo le produjo más dolor.

—Uno de tantos *tories*.

Olió el ungüento que la señora Tremayne le había dado y el aroma a consuelda y romero del huerto de Ty Mawr penetró en sus fosas nasales. Después, se hizo con un paño limpio y se lo aplicó con suavidad.

—¿Quién necesita al doctor Hessel cuando tiene a la enfermera Rynallt? —bromeó Noble, recibiendo de buen grado sus cuidados.

—No sé si volveré a ver al doctor o a mi padre.

—¿Y eso te da pena, Libby?

Ella cambió de posición, provocando un frufú de su vestido de tela plateada.

—Me hace temer por la salvación de mi padre. Es un hombre que no conoce la misericordia, ningún Salvador. Aunque, por otro lado, hace que me sea mucho más fácil escoger mis lealtades. Saber cuál es mi verdadera familia.

—¿Qué hay del invitado que Dunmore y tu padre esperaban? ¿Ha llegado ya él o ella?

—Sospecho que solo fue una estratagema para animar a los *tories* y que sus menguantes expectativas de victoria se mantuvieran.

Recordó lo sucedido aquella noche como una sórdida obra de teatro. Eran casi las dos de la madrugada y estaba agotada, pero continuó aplicándole el ungüento. Su prioridad era que se encontrara lo más cómodo posible.

—He apostado un guardia fuera por si alguien nos ha seguido.

Se detuvo asustada.

—Solo por precaución —prosiguió él—. Hiciste bien en no decirles que eres mi esposa. Has despertado su curiosidad y has conseguido escapar de allí, con un poco de ayuda de la furibunda Kate.

Cierto, de no haber sido por la señora Sprowle, que estaba enfadadísima, lo más probable era que todavía siguiera encerrada en ese estudio. Le sonrió con timidez. Se sentía un tanto avergonzada. Había sido una tonta imprudente.

—Si al final se desencadena lo peor, rezo porque no tengamos que alojar aquí a ningún casaca roja.

Noble se puso de pie.

—Diré a Isabeau que entre.

Liberty dejó a un lado el unguento. A pesar del calor, le apetecía un poco de té o café, pero lo que de verdad necesitaba era irse a dormir.

—¿No vas a descansar un poco?

—Todavía no. Tengo algo de correspondencia pendiente.

Solía ver todo el correo que se le amontonaba procedente de Filadelfia, incluso de Boston y Nueva York, hasta mensajes entregados por vía confidencial. Seguro que hoy le habían llegado más. Se puso de pie, esperando que no se notara mucho lo decepcionada que estaba. Lo único que había querido era que la ayudara a quitarse el vestido y todos esos abalorios. No había pensado en ningún interludio romántico, sino más bien en la comodidad que Noble podía ofrecerle. Él era su refugio en todo lo que importaba.

—Si me necesitas, estaré abajo —dijo antes de marcharse.

Liberty asintió y empezó a quitarse el collar y los pendientes de zafiros mientras oía a Isabeau subiendo por las escaleras. Cuando por fin la doncella entró en la estancia, llevando una bandeja con la encantadora porcelana de Ty Bryn, la miró con asombro.

Isabeau se encogió de hombros a modo de respuesta y dijo:

—Me parece una locura beber té en medio de una noche de verano tan calurosa como esta, pero el señor es el que manda y me ha pedido que se lo subiera.

Liberty juntó las manos encantada, más por el detalle de Noble que por el delicioso líquido. Con té o sin té, sabía que después de lo ocurrido tardaría mucho en conciliar el sueño. Puede que lo esperara levantada. Y quizás hasta terminara de coser el uniforme.

Aliviada, se despojó del pesado vestido y de los recuerdos más desagradables.

—Quédatelo —le dijo a Isabeau, a la que le encantaba el ornamentado estilo francés por encima de cualquier otro—. Sería un vestido de novia espectacular.

El rubor de la doncella habló por sí solo y se lo agradeció con gran efusividad. Luego se marchó con los brazos llenos del tejido plateado y la dejó sola con su bata sultana y su té.



«La adversidad es una escuela en la que pocos hombres quieren ser educados».

Noble se despertó tan pronto como el gallo cantó, con las palabras de la última carta que había leído rondando todavía por su embotado cerebro. Su primer pensamiento fue para Libby. Su *anwylyd*.

Ty Bryn estaba en silencio; no había sirvientes rondando como en Ty Mawr. Las velas del candelabro se habían apagado y la cera derramada yacía sobre el escritorio, formando una masa endurecida. El rastro de cenizas en la chimenea mostraba la correspondencia que había quemado. Los riesgos iban en aumento. Le habían enviado un mapa robado a los británicos donde se identificaba a Ty Mawr como la propiedad que pertenecía al «patriota Rynallt». Otra carta confiscada a oficiales británicos hablaba de «enviar a Rynallt y a Henry a Boston encadenados». El general Gage se había establecido allí como comandante de las fuerzas británicas en las colonias de Norteamérica. No le cabía duda de que era un hombre al que tenían muchas ganas de aprehender, pero en lo único en lo que podía pensar era en la mujer que había en la planta de arriba, que convertía la política en algo terriblemente árido.

Subió las escaleras de dos en dos, acostumbrando a sus ojos a la penumbra del pasillo. La mayoría de las puertas de la segunda planta estaban cerradas, incluidas las de Libby y la suya. Al final del pasillo, había una puerta ligeramente entreabierta que dejaba pasar los primeros rayos de sol.

Caminó con curiosidad por el estrecho corredor, evitando el tablón que sabía que crujía como una bocina. ¿Lo habría limpiado alguna sirvienta y se le había olvidado cerrar la puerta? En ese momento vio salir a *Madoc*, meneando la cola y ronroneando contento.

Que él recordara, aquella estancia en particular siempre había estado vacía. Abrió la puerta y lo recibieron la luz del sol y el aroma a lavanda. Había pequeños manojos esparcidos en sitios estratégicos que difundían su agradable olor en lo que ahora era, sin duda, un cuarto infantil.

Se vio invadido por una miríada de emociones. ¿Aquello era obra de Libby? Llevaba días desatendiendo a su esposa, creyendo que ella necesitaba más tiempo para acostumbrarse al matrimonio. Convencido de que todavía no estaba lista para abordar la intimidad de una pareja. Esperando que le ofreciera cualquier señal de aliento para dar el paso.

«¿Pero qué te pasa, hombre? ¿Estás loco?».

Así que Libby quería tener hijos. Pero ¿no soñaba también él con formar una familia? Sí, cuando llegaran tiempos más seguros y tranquilos. Su peor pesadilla no era la guerra, o que lo encarcelaran o mataran, sino dejar solos a una viuda y a un bebé.

Se quedó quieto, haciendo todo lo posible por recuperar la calma e intentando ver las cosas desde un punto de vista objetivo. Libby le había hablado de lo mucho que admiraba y quería a *lady* Charlotte y a su extensa prole. Para una hija única, con un padre con el que siempre había guardado las distancias y una madre ausente, la perspectiva de verse rodeada por una familia feliz debía de atraerla sobremanera. Para una mujer joven con ganas de tener hijos, sería el paraíso en la tierra.

Ese cuarto infantil era una invitación tácita, aunque lo hubiera decorado sin decirle nada. En ese momento se dio cuenta de lo poco que conocía a su esposa y los sueños y esperanzas que tenía; algo que le puso infinitamente triste.

Rodeó a *Madoc* y entró en la estancia, tratando de imaginarse cómo sería su primer hijo y el resto de su familia. La cuna, aunque pequeña, se veía robusta. Toda la habitación era una muestra del cariño que su mujer había puesto en ella. Incluso el gato parecía estar dando el visto bueno con su presencia.

—Y bien... ¿qué te parece?

La suave voz le sonó tan seductora como siempre. Se dio la vuelta y se encontró a Libby vestida con la sultana, descalza y con el cabello recogido en una trenza. Se olvidó de todo lo que había estado pensando hacía un instante.

Ella lo miró con gesto contrito.

—Espero que no te importe que te haya robado algunas cosas del ático.

Él le guiñó un ojo.

—También es su ático, señora Rynallt.

—Entonces ya no me siento tan culpable por no preguntar primero.

—No. —Noble volvió a fijarse en la habitación—. Ha sido una sorpresa inesperada, aunque nada desagradable.

Supo que le había dado la respuesta correcta al ver como su rostro adquiría el mismo tono rosa que la sultana que llevaba.

—Y hemos llegado hasta aquí —dijo ella en voz baja—, sin apenas haber hablado del asunto de los hijos.

—Normalmente vienen sin necesidad de hablar mucho —murmuró.

Ella se rio y ahora fue él el que se ruborizó.

—Cierto.

—Está claro que has puesto mucho interés en esta habitación. —Recorrió con los dedos el respaldo de una mecedora—. Sin duda tendrás algunos nombres en mente.

Libby estaba ahora a su lado, con *Madoc* en sus brazos. Así, hombro con hombro, contemplaron el trabajo que con tanto cariño ella había realizado.

—Un nombre galés estaría bien.

—Hablas como una esposa complaciente.

—Pero te ha gustado la idea —repuso ella con una sonrisa—. Lo veo en tu rostro.

—Lo que ves es a un hombre que necesita desayunar. —Se pasó una mano por el cabello despeinado—. O por lo menos un café.

—¿Has pasado toda la noche en el estudio?

—Sí, y ha sido una auténtica tontería por mi parte.

—Te... te estuve esperando...

¿En serio? Liberty lo miró y luego clavó la vista en la cuna. En ese momento Noble hubiera dado lo que fuera por leerle la mente. Esa mirada azul reflejaba un sinfín de emociones.

Vio que dejaba al gato en el suelo. Ninguno de los dos hizo ningún movimiento para tomar el desayuno que había mencionado. Se volvió lentamente hacia ella. Llevaba arrepintiéndose desde el día de su boda por no haberla besado como correspondía. Simplemente le había levantado el velo antes de dejar caer los pliegues de encaje sobre sus hombros. Ahora no se interponía ningún velo entre ellos. No había ningún jardín lleno de invitados. Ninguna tarta que cortar o brindis que

hacer. Nada que les hiciera sentirse incómodos. Si había un lugar en donde el amor fuera tangible, sin duda era ese cuarto tranquilo que contenía tantas esperanzas; las de él y las de ella. Las de ambos.

Le rodeó la cintura con las manos y sintió lo cálido y suave que era su cuerpo. Sin el corsé y los elaborados vestidos, la sultana que llevaba parecía una invitación. Inclino la cabeza y acarició con los labios la pálida curvatura de su cuello, antes de ascender hasta su oreja, donde una hebra rubia se le había soltado de la trenza. Si la primavera tenía un olor era el de ella. Y ahí fue cuando se dio cuenta de que Libby era la pieza que le había faltado a Ty Bryn. Estaba hecha para encajar y llenar todos los espacios vacíos de su vida.

Libby subió las manos hasta sus hombros y entrelazó los dedos a la altura de la nuca, en el lugar donde se cerraba su pañuelo de cuello. A Noble le estaba costando respirar con normalidad y el corazón le latía a toda prisa. Volvió a inclinar la cabeza y besó los labios entreabiertos de ella, una vez, dos... y Liberty le respondió con la misma pasión. El tiempo... la habitación... todo desapareció de la faz de la Tierra.

Y entonces ella se separó de él, bajó las manos hasta su chaleco y se medio volvió hacia la puerta del cuarto infantil al oír unos pasos en el pasillo. El tintineo de llaves que siempre acompañaba a la señora Tremayne era inconfundible. Con los brazos llenos de sábanas, el ama de llaves pasó por delante de la puerta abierta del cuarto en dirección al armario de la ropa blanca que había al final del pasillo.

—¿Me acompañas? —Le ofreció su brazo en lo que esperó fuera un gesto galante.

Libby lo miró con las mejillas enrojecidas y un brillo especial en los ojos y deslizó la mano sobre su brazo. Noble volvió a acordarse de lo vacío que estaba aquel cuarto y de lo que tenía que hacer para llenarlo.

—¿Un poco de té de la Independencia y *bara brith*? —Ella recobró la compostura y cerró la puerta del cuarto detrás de ellos—. Aunque una taza cargada de café con un poco de leche y azúcar también me sirve. Y después seguiré con mis encajes.

—¿Estás con tus últimos pedidos?

Liberty asintió.

—Aunque mejor podría dedicar mi tiempo a imitar a esas patriotas de las que me habló mi madre en una de sus cartas. Está muy ocupada supervisando reuniones en las que las mujeres se dedican a crear telas caseras para que los colonos no dependan del tejido inglés o boicoteando el té. Dice que las colonias deben terminar convirtiéndose en una nación que beba café.

—¿Le escribirás para contarle que nos hemos casado?

—Ahora que en Gosport van detrás de nosotros, sí. Mi madre se encargará de que la noticia sea la comidilla de Filadelfia.

—Sabes que es bienvenida aquí, ¿verdad?

—¿No debería antes volver a Ty Mawr como señora de la casa?

—No. —Lo dijo con tanta vehemencia que Libby abrió los ojos de par en par—. Ty Mawr se ha convertido en un objetivo para los británicos. No sé en qué derivará eso, pero por el momento estás más segura aquí, en Ty Bryn, sin que nadie te vea. Sobre todo cuando me vaya a...

—¿Irte?

—Nos han convocado mañana en Williamsburg. —Mientras lo decía solo pensaba en repetir lo que acababa de suceder entre ellos—. Y Patrick Henry quiere que nos reunamos esta tarde en el Raleigh.

Liberty pareció tan decepcionada como él.

—Entonces este será un desayuno de despedida.

—Más o menos. —Parecía como si fuera la Última Cena. Algo fatal. Definitivo.

—Casi tengo listo tu uniforme.

Una buena noticia. Entonces, ¿por qué sentía esa opresión en el pecho?

Entraron en el comedor donde se servían los desayunos y pasaron delante de Nell, que se marchó corriendo a la cocina. Un jarrón con flores adornaba la mesa y su aroma le recordó que, antes de marcharse, tenía que reunirse con el jardinero y el capataz. Libby se inclinó hacia las flores y aspiró su intenso olor con los ojos cerrados. Noble agradeció en silencio la eficiencia de su personal. Sabía que a su esposa no le faltaría nada durante su ausencia.

—Café, por favor —pidió ella con una sonrisa cuando Nell se dispuso a servirle el desayuno.

El bebió el suyo solo y Libby añadió leche y azúcar a su taza. Los platos de ambos estaban llenos de huevos, salchichas y gruesas rebanadas de pan tostado con mantequilla y miel del establo y las colmenas de Ty Mawr. Le sorprendió que Libby estuviera tan silenciosa mientras *Madoc* los miraba desde el umbral de la puerta.

Cuando terminó de desayunar por fin se decidió a decir algo.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera?

—Unas dos semanas. Henry ha ordenado que levanten el campamento detrás de la Universidad de William y Mary. —Los edificios universitarios estaban bien como base, pero Williamsburg no era su casa y estaba demasiado lejos de Libby.—. Cómo me habría gustado tener una casa en la ciudad para que ahora pudieras alojarte allí.

—Un buen soldado no tiene que distraerse con su pobre esposa.

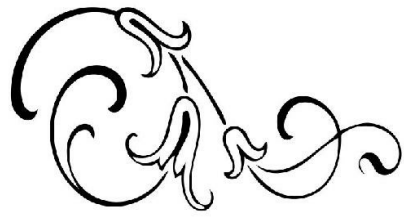
—Cierto, pero yo no te definiría como «pobre esposa», no después de lo bien que te las arreglaste con ese alfiler de sombrero. —Terminó lo que le quedaba del plato mientras ella volvía a llenarle la taza de café—. Envíame un mensaje en cualquier momento que lo necesites. Cuando no esté entrenando con los soldados, me dedicaré todo lo que pueda a leer mis libros militares. — Se recostó en su silla—. No quiero que sientas que solo puedes estar entre estas cuatro paredes, pero es muy importante que no salgas de Ty Bryn, al menos por ahora. Que sean los sirvientes los que entreguen tus últimos pedidos de encaje, ¿de acuerdo?

—Por supuesto. —Liberty dejó su taza en la mesa—. En Ty Bryn te vamos a echar mucho de menos. «Yo» te echaré mucho de menos.

Sus miradas se encontraron. Le entraron unas ganas enormes de desobedecer las órdenes que tenía. A Patrick Henry le daría un síncope.

—Ojalá no estemos mucho tiempo separados y todo esto se quede en nada.

Pero no tenía mucha fe en sus palabras, y a tenor de cómo le miraron sus hermosos ojos, ella tampoco.



## Capítulo 33

*Querida mamá:*

*A estas alturas debes de estar preguntándote por qué no te escribo. Desde mi última carta, el sitio en el que vivía y donde elaboraba los encajes se incendió. También he estado en contacto con padre, que se ha atrincherado en Gosport con lord Dunmore. Lo que la mayoría de la gente no sabe es que me he casado con Noble Rynallt y por la presente declaro mi lealtad a nuestra causa. Lo que no sé son las consecuencias que traerá toda esta charla sobre la libertad y la rebelión. Son tantos y tantas las fortunas que están en peligro ...*

*Ahora estoy a salvo en la finca de mi esposo a orillas del río James. Esperamos contar con tu compañía cuando el tiempo y las circunstancias lo permitan. Rezo todos los días para que estés bien y te sientas tan cómoda en Filadelfia como me encuentro yo en mi nuevo hogar.*

*Tu hija que te adora.*

**L**a tinta brillaba cuando Liberty echó polvo de arena sobre ella. Después dobló la carta y la selló, sintiendo especial satisfacción al usar su nuevo nombre. Su madre se sentiría aliviada y feliz por ella. Su padre, cuando se enterara, ni lo uno ni lo otro. Y se enteraría. Virginia no era muy grande y había espías por todas partes. También rezaba todos los días para que se fuera de allí para siempre.

Noble llevaba una semana en Williamsburg. Había terminado con los pedidos de encaje y los uniformes y había empezado a tejer calcetines para la milicia, animada por las noticias de que noventa y dos mujeres pertenecientes a las Hijas de la Libertad de Massachusetts se habían reunido con sus rucas y juntas habían conseguido hilar ciento setenta madejas de hilo. Ella también quería aportar su modesto grano de arena.

*Madoc* se encontraba junto a ella, jugando con los hilos sueltos y saltando sobre su regazo cada vez que se tomaba un descanso.

—Me haces mucha compañía —le dijo, acariciándole las orejas plateadas—. Es una lástima que no pueda enseñarte a tejer. Entre los dos podríamos hacer felices a un montón de soldados.

No dejaba de preguntarse cómo le estaría yendo a Noble. Cuando el sol ardía en el cielo y no soplaba la más mínima brisa en el James, le preocupaba que Williamsburg se convirtiera en un horno. Y siempre que le llegaba alguna noticia sobre un nuevo brote de fiebre estival, le inquietaba que se hubiera contagiado y que no hubiera podido enviarle ningún mensaje para avisarla.

Por fin le llegó una carta.

*Querida anwylyd:*



*Encontré tu nota en el bolsillo del uniforme y ahí es donde la dejé para no tener que desprenderme de ella. Me hace muy feliz saber que me llevas en tu corazón. Espero que la preocupación que sientes porque tus cartas se puedan extraviar y caer en las manos equivocadas no te impida escribirme, sobre todo si al final estamos separados más tiempo del esperado. Perdóname si estos garabatos te resultan ilegibles y demasiado breves. No se asemejan en nada a mis pensamientos, que solo se centran en ti.*

*Por ahora me encuentro bien de salud. Doy gracias a Dios porque nuestra compañía está resistiendo bastante bien, a pesar del calor. Los libros militares que estoy leyendo me están siendo de gran utilidad.*

*Tu esposo que te quiere.*

Era la primera carta que Noble le enviaba. Y aunque breve, la recibió como el más delicioso de los postres. Cuando se fue a dormir, la metió debajo de su almohada. Le respondería al despertar y saborearía el momento. Aunque todas las expectativas parecían cargadas de incertidumbre.

En medio de la noche, Isabeau la sacó de un sueño profundo.

—¡Despierte, señora! ¡Rápido! Se ven llamas ahí fuera. Dicen que la flota británica está prendiendo fuego a las plantaciones rebeldes.

Liberty se espabiló al instante y buscó la sultana antes de correr hacia la ventana donde Isabeau estaba señalando. En el horizonte se podía ver un resplandor naranja y carmesí que parecía expandirse ante sus ojos.

—Creo que se trata de la plantación Carter's Grove —dijo ella. La casa, al igual que Ty Mawr y Ty Bryn, era una construcción de ladrillo cuyo interior alojaba una de las mejores ebanisterías de las colonias. Puede que cuando llegara la ayuda fuera demasiado tarde. ¿Incendiarían más plantaciones? Todas las fuerzas de Virginia estaban reunidas en Williamsburg. Se apartó de la ventana—. Puede que solo sea el establo o alguno de los edificios anexos.

—*Oui*, quizá solo sea eso. Con este tiempo tan seco... —Isabeau se llevó una mano a la frente, como si estuviera a punto de desmayarse—. ¿Pero y si vienen aquí? ¿Y si prenden fuego a esta casa?

—No, verás como no. —Aunque no estaba tan segura.

La siguiente exclamación de Isabeau la puso alerta al instante.

—*L'aide de Dieu!*

Abajo se veían una docena o más de siluetas iluminadas por la luz de las antorchas. Sintió un escalofrío en la columna cuando Nell entró y dijo:

—Dougray ha despertado a todos los arrendatarios y capataces.

Armados con guadañas, hachas y mosquetes, el pequeño ejército de Ty Mawr se dirigía hasta la puerta de entrada a la propiedad.

—Ninian y varios arrendatarios armados están rodeando Ty Bryn —continuó Nell—. El amo dio órdenes antes de marcharse.

No le sorprendió que Noble hubiera pensado en todo. A pesar de que apenas habían intercambiado unas cuantas palabras sobre los potenciales problemas que se podían producir, sabía que su marido se había dejado muchas cosas en el tintero. En ese momento se alegró de que el cuarto infantil estuviera vacío.

Las tres abandonaron su dormitorio sin demora y se dirigieron al rellano. Ninian estaba abajo, con un arma en la mano cuyo cañón brillaba a la luz de las velas. Mientras Isabeau y Nell se unían a él, Liberty agachó un instante la cabeza. ¿Cómo podía ayudar en un momento así? Parecía que lo que más necesitaban ahora era la ayuda de Dios, así que se puso a rezar.



En ningún momento dejó de pensar en Liberty. Lo que fue todo un logro, ahora que sus jornadas estaban llenas de nombres desconocidos e innumerables maniobras militares de día y un sinfín de correspondencia militar de noche. Noble acababa de recostarse en la cama para dormir un poco bajo el arco de su tienda cuando le llegaron las malas noticias.

Fuego en el James.

Los incendios en agosto siempre eran complicados, daba igual cómo comenzaran. Nunca se había puesto de pie tan rápido, su miedo a que Dunmore atacaría como una vil serpiente en cuanto la milicia estuviera en el interior se había hecho realidad. Oyó la conmoción que había fuera mientras su asistente le preparaba el caballo. No era el único oficial al que le habían dado permiso para regresar a casa. El coronel Woodford era un hombre sensato y muy inteligente que sabía perfectamente que la flota británica había tomado el control de la bahía de Chesapeake y que tenía puesto el ojo en las plantaciones de los patriotas.

Noble salió de la tienda a la oscuridad, ya que la luna apenas brillaba.

—Comandante Rynallt, a veces es mucho más seguro viajar acompañado, sobre todo con tan poca luz como ahora —dijo el asistente.

—Sí, pero yo conozco el camino, incluso a oscuras, y tú no —respondió él antes de sentarse en la silla—. Y puede que solo se trate de una falsa alarma.

Aunque no se lo creía.

Cabalgó a toda velocidad los kilómetros que le separaban de casa y muy pronto el caballo tuvo espuma alrededor de la boca. La Providencia le guio a través de la negrura de la noche. Se mantuvo alejado del camino principal, saltando cercas de los campos adyacentes e inclinándose sobre la silla para evitar las ramas de los árboles. Apenas necesitó usar la fusta, solo cuando pasó frente al mastín que había al lado del molino, justo antes de tomar la senda que llevaba a Ty Mawr. El perro corrió detrás de él ladrando, pero él continuó en su salvaje galope hasta que estuvo cerca de la casa. Le recibió un grupo de inquilinos en la puerta de entrada. Nadie sabía de dónde venía el incendio, ni cómo había empezado, aunque los capataces habían salido en busca de respuestas.

—Ninguna de las dos casas ha sufrido daño alguno, señor —explicó Dougray. Su rostro brillaba bajo la luz de la antorcha—. Ni tampoco las caballerizas ni los caballos.

Sintió un alivio inmenso, subió por el sendero hacia Ty Bryn, atraído por la única luz que brillaba como una estrella desde una de las ventanas de la primera planta; la ventana de Libby,

—Comandante Rynallt, señor. —Uno de sus trabajadores del campo más capacitados proyectó

una sombra sobre los establos—. Por aquí todo está tranquilo.

—Bien. Pronto sabremos lo que ha pasado. Mientras tanto, sigue vigilando y serás recompensado.

—Me encargaré de su caballo, señor.

Noble desmontó y le pasó al hombre las riendas de *Seren*. En cuanto estuvo en los escalones de entrada de Ty Bryn, intercambió unas cuantas palabras con Ninian antes de que Nell se encontrara con él en la puerta. La sirvienta lo miró con los ojos como platos.

—¡Alabado sea Dios, señor! No esperaba verle en una noche como esta. Ta vez a los piratas de lord Dunmore, pero a usted no.

—¿Cómo esta la señora Rynallt?

—Tranquila como una mañana de verano. —Nell miró hacia arriba y puso los ojos en blanco—. Pero su doncella no.

Se imaginó a Isabeau retorciéndose las manos nerviosa; un gesto que no parecía molestar a su esposa. Quizá Ninian pudiera calmarla lo suficiente durante su ausencia.

—¿Tiene hambre, señor?

—Solo sed.

—Le traeré algo entonces.

Antes de que le diera tiempo a poner un pie sobre las escaleras, un ligero ruido en el rellano hizo que alzara la vista. ¿Isabeau? No. Vio a una sonriente Libby, un tanto somnolienta, mirándole encantada a la luz de las velas. Y tan feliz de verlo como él a ella.



Liberty bajó corriendo las escaleras para encontrarse con Noble. Por extraño que pareciera, se sentía como una heroína en una novela. Los problemas les acechaban, pero ahí estaba su héroe, con su uniforme azul y sus botones brillando. Olía a caballo, a sudor y a cuero, pero le daba igual. Prácticamente se arrojó a sus brazos, encontrándolo tan sólido y firme como una de las columnas del pórtico que daba al río.

Arriba, Isabeau se apoyó en la balaustrada y *Madoc* maulló antes de que Nell lo levantara en brazos y se marchara, dándoles un poco de intimidad.

—Has venido. —La admiración impregnaba su voz—. En plena oscuridad.

—No estaba muy lejos. —Se volvió y cerró la puerta de una patada—. Y si te soy sincero, en lo único que puedo pensar es en lo que más importa.

Ella lo agarró por las solapas del uniforme.

—En tu causa.

—No. —Noble esbozó una cálida sonrisa con un toque de timidez—. En mi esposa.

—¿Estás coqueteando conmigo mientras se está produciendo un misterioso incendio a pocos kilómetros de distancia?

—El coronel Woodford ha enviado a varias patrullas para que lo investiguen. Pronto

obtendremos respuestas y montaremos una defensa, en caso de que sea necesaria.

Liberty jugueteó con el botón superior del uniforme.

—Necesitas cambiarte de ropa. Beber algo.

Él se quitó la pesada levita. Tenía la camisa y el chaleco húmedos por el sudor. Nell se acercó con un candelabro y ambos se retiraron al estudio. Noble colocó el candelabro en el despacho, se sentó y miró sus botas polvorientas, como si quisiera deshacerse de ellas. Después se bebió de unos cuantos tragos la sidra de pera que le sirvió. ¿Le habría calmado la sed? Parecía estar a punto de decirle algo importante, así que Liberty se sentó en el reposapiés que había junto a él.

Noble extendió las manos y tomó las suyas.

—Debes saber que el rey ha puesto precio a mi cabeza. Me lo confirmaron en Williamsburg. Dicen que Miles Roth es uno de los que quieren ganar ese dinero.

—¿Miles? —Se echó para atrás, aturdida—. ¿Tu propia sangre?

—Está endeudado hasta el cuello y necesita dinero como sea. Hay quien sospecha que es un espía británico. También tenemos que cuidarnos de otras personas. Como Cressida Shaw.

Liberty se quedó callada. Cressida dejó de ser su amiga cuando intentó culparla de ser una espía *tory*, pero la perfidia de Miles le parecía mucho peor. Miles no solo era familia de Noble, sino un vecino desde hacía mucho tiempo. Puede que él y Cressida estuvieran compinchados.

—Dunmore tiene a un grupo de gente dedicado a buscar patriotas. Si nos atrapan, nos castigarán para dar ejemplo. —Al verle vacilar, tuvo la sensación de que se estaba guardando lo más importante—. Te estoy contando esto porque, si algo me sucediera, todo lo que tengo pasará a ser tuyo. Mi abogado en Williamsburg ya se ha encargado de redactar los documentos oportunos. Me quedo más tranquilo sabiendo que no te faltará de nada. —Intentó sonreír de nuevo—. Serás una viuda tan rica como lo fue Martha Curtis Washington antes de contraer segundas nupcias.

—Prefiero ser pobre y tenerte a mi lado.

—Me alegra oír eso. Por ahora, Washington ha asignado a los que nos han puesto en busca y captura a algunos de los miembros de su guardia personal hasta que pase lo peor.

Liberty miró hacia el vestíbulo a oscuras.

—¿Y el tuyo está...?

—De camino. —Noble se levantó y ella hizo lo mismo. Contempló con tristeza que volvía a ponerse la levita azul—. Regresaré tan pronto como pueda. Estoy esperando órdenes del coronel Woodford. No salgas de casa a menos que esté en llamas.

—Omitiré contar ese detalle a Isabeau.

Él sonrió.

—No, será mejor que le restes importancia.

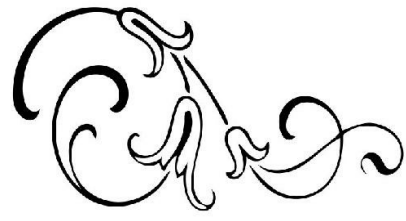
—A sus órdenes, comandante. —Intentó parecer despreocupada porque no quería que Noble se fuera con una sensación agri dulce.

Cuando salió de la casa se puso a pensar en todo lo que él no le había contado. Antes de despedirse, le pareció que él quería decirle algo. Quizás algo tierno. Algo que pudiera recordar si no volvía. Todavía no le había dicho que la quería, aunque sí que la llamaba *anwylyd*...

Lo vio montar a *Seren*. Se le veía tan firme sobre la silla. Tan seguro de sí. No le costaba imaginárselo al frente de todo un ejército. Se cruzó de brazos e intentó tragar el nudo que se le

había acumulado en la garganta mientras reprimía el impulso de correr hasta él y desmoronarse por completo. Pero tenía que permanecer fuerte para honrar al hombre que estaba dispuesto a cuidarla y a arriesgar su vida.

«Señor, si tienen que atrapar a alguien como si fuera un delincuente y acusarlo de traición, que sea yo».



## Capítulo 34

Liberty se quedó levantada y lo esperó, un tanto eufórica por la combinación de café y las circunstancias, tejiendo a toda velocidad. De vez en cuando entraba Isabeau, aunque ahora que Ninian había venido con un montón de armas casi tan formidables como las del propio señor de Ty Mawr, se la veía más tranquila. Ambos se habían quedado abajo, dejándola sola con *Madoc* en la sala de estar de arriba. Podía oírlos moverse en la planta baja y comunicarse de vez en cuando con alguien de fuera.

Cuando oyó los cascos de caballo, el amanecer ya estaba besando el James con su pálida luz. Una vez más, esperó a Noble en la puerta y se alegró tanto de verlo como antes. Solo que ahora se le veía más demacrado, con los ojos rojos y sin afeitarse, pero con el porte de un soldado.

Se encontró con él en los escalones de entrada a la casa. El aire todavía olía a humo y el viento procedente del río estuvo a punto de tirarle el sombrero. Liberty se agarró la falda para que no se le subiera más de lo debido.

—*Anwyllyd* —la saludó él, tomándola de la mano.

Esa forma tan dulce de dirigirse a ella y el tacto de sus manos volvieron a provocarle mariposas en el estómago. Había revivido miles de veces el beso que se dieron en el cuarto infantil, pero del mismo modo que en aquel momento fueron interrumpidos por la señora Tremayne, ahora las noticias que le traía no les permitieron abandonarse a su antojo.

—Una fragata británica ha transportado soldados hasta Hartwell y estos, al llegar, han exigido que les dieran una gran cantidad de provisiones. El encargado se negó y el resultado ha sido que han destrozado la plantación.

—¿Ha habido algún herido?

—Por suerte la familia estaba en Richmond, pero muchos de sus esclavos se han convertido en *tories* y se han unido a la flota británica. —Noble se pasó una mano por el pelo—. El capitán Graves del *Savage* viene de camino aquí.

¿Graves? Lo recordaba de Gosport.

—Entonces será mejor que me enseñes a disparar.

—¿Disparar? Tenía intención de mandarte con tu madre a Filadelfia, pero dudo que estés mucho más segura allí.

¿La enviaría tan lejos? Se negaba en redondo.

—No te voy a dejar. Ni tampoco me voy a marchar de mi casa. —Y eso era más fácil de decir que de entender. ¿Por qué tenía la sensación de que Ty Bryn era más su hogar que la casa de Williamsburg en la que había vivido toda la vida?

Una repentina ráfaga de viento obligó a Noble a mirar hacia la puerta trasera con vistas al James.

—Dijiste que habías estado rezando. No le habrás pedido al Todopoderoso que lance algún huracán que ayude a la causa patriota, ¿verdad?

Liberty sonrió mientras otra ráfaga de viento los golpeaba.

—Pedí a Dios que frenara cualquier daño que mi padre y la flota británica pudieran ocasionar. Si eso incluye una tormenta, bienvenida sea. Aunque tendré que disculparme por los desperfectos que eso conlleve.

—Todavía estamos recuperándonos de los estragos que causó la del 69.

Liberty se estremeció por dentro.

—Sí, me acuerdo perfectamente. —No había forma humana de prepararse para un acontecimiento así, ¿pero podría mantenerlos a salvo del enemigo?

—Da igual. —Noble se quitó el pañuelo de cuello—. Ambos sabemos quién controla de verdad el tiempo y esto nos ha permitido estar juntos en casa. ¿Qué te parece si aprovechamos la coyuntura?



A pesar de que un viento del noreste sacudía las ventanas y ululaba salvaje fuera de la casa, Noble consiguió dormir tras llevar casi dos días en pie. Pero no lo hizo durante mucho tiempo y solo después de proteger la finca lo mejor que pudo para la tormenta que se avecinaba. Habían guardado todo el ganado, puesto todos los vehículos a cubierto y cerrado todos los establos. Por los cultivos y jardines, sin embargo, no podía hacer mucho. Las edificaciones adyacentes (cocina de verano, el almacén de suministros, el de hielo y en el que se ahumaban los alimentos y el palomar) estaban hechos de ladrillos y eran tan resistentes como podía serlo el material.

Los altos y viejos robles serían los más expuestos, debilitados por las raíces empapadas por la lluvia y las ráfagas de viento inclementes. Ninguno de ellos estaba cerca de Ty Mawr o Ty Bryn, así que no dañarían las casas, pero sí podrían causar socavones en los caminos que estarían atestados de ramas y hojas cuando la tormenta amainara. Noble ya estaba sintiendo su pérdida. Adoraba aquellos antiguos y majestuosos árboles plantados por John Rolfe y su prole que formaban parte de su propio legado. Un legado que pasaría a sus hijos, si Dios tenía a bien concedérselos.

Quiso que todos los sirvientes se refugiaran en Ty Mawr, incluso Isabeau, que se quedó un poco disgustada por tener que separarse de su señora. Se despidió de ellos y emprendió el camino que le llevaría hasta Ty Bryn, que permanecía oculta gracias a la vegetación y solo era visible en invierno. La lluvia caía de lado y el suelo era como una esponja bajo sus pies.

El estómago vacío le retumbó como un trueno. Mantuvo la mirada fija en la veleta que había sobre la puerta de hierro forjado del jardín, que giraba de forma tan frenética que el pájaro de cobre que tanto le gustaba a Libby parecía estar a punto de echarse a volar.

A lo lejos, el James, que normalmente ofrecía una imagen pintoresca, ahora se veía revuelto y oscuro. El río se llamaba así en honor a un rey británico. ¿Seguiría con ese nombre si ganaban la



independencia? En ese momento, el agua parecía un reflejo de los tiempos cambiantes, tan inquieta y espumosa como jamás la había visto.

«¡Qué Dios nos proteja!».

A pesar de que tenía el sombrero empapado y el viento le azotaba sin tregua, se sintió profundamente satisfecho, incluso estuvo a punto de reírse cuando vio la puerta principal entreabierta, pero en esa ocasión se trataba solo del viento y Libby no lo estaba mirando. Llevaba sin verla desde su breve siesta; se había pasado casi todo el día recorriendo la propiedad, asegurándose de que sus arrendatarios estuvieran a salvo antes de que llegara lo peor de la tormenta.

Entró en la casa. El viento disimuló el ruido que hizo al moverse y al cerrar la puerta. Echó el cerrojo y dio una vuelta a la llave.

¿Estaba Libby allí? A través de la puerta trasera al final del pasillo vio como el jardín empezaba a sufrir los estragos del temporal. Los pétalos de rosa caían por todas partes y las malvas se retorcían. Incluso vio desplomarse una reja de hierro.

—¿Anwylyd?

Una nueva ráfaga de viento sacudió el tejado y por fin la oyó.

—Estoy aquí, marido.

¿En su estudio?

Se la encontró sentada encima de una alfombra de piel de búfalo, frente a la chimenea sin encender. La alfombra era gruesa y suave como el pelaje de *Madoc*. Desde luego no esperaba encontrársela allí, tejiendo con una cesta llena de calcetines a su lado. Normalmente se sentaba en el butacón que había junto a la ventana.

Ella le sonrió sin perder un solo punto.

—No sé por qué, pero me siento más segura sentada en el suelo. Tengo miedo de salir volando de la silla.

—Siempre nos queda la despensa de abajo.

—Oh, Dios mío. Espero que la cosa no se ponga tan fea como para tener que usarla. —La llama de la vela del taburete que tenía al lado se movía constantemente. A su derecha tenía otra cesta que le recordó a la que usaron en el pícnic que compartieron en su inexistente luna de miel.

Se fijó en sus labios. Estaban casados y solo la había besado una vez. Una de dos, o era un hombre con mucha paciencia, o un tonto de remate.

Libby palmeó la cesta.

—No te rías, pero la señora Tremayne nos ha enviado una canasta desde Ty Mawr para que no nos quedáramos sin cenar.

—¿Y qué es lo que contiene?

—Pollo frito y galletas. Pepinos y rábanos. Y tu tarta de melocotón favorita.

Pareció sorprendida cuando se sentó a su lado.

—Debes de estar hambrienta —dijo él.

Ella dejó a un lado el punto.

—Sí. Por lo visto vamos a disfrutar de otro delicioso pícnic a pesar del tiempo —dijo, por encima del sonido de la lluvia cayendo sobre el tejado.

Se notaba que estaba contenta. Noble casi se ríó al verla así de dichosa. En ocasiones, Liberty podía mostrarse tan feliz como un niño con las cosas más sencillas.

—¿Damos las gracias? —Ella extendió las manos hacia él y lo miró expectante.

Ambos inclinaron las cabezas y él improvisó una oración de su infancia.

—Padre nuestro, te agradecemos de corazón la misericordia que nos haces. Haz que seamos conscientes de las necesidades de los demás por medio de Jesucristo nuestro Señor. Y protégenos de la tormenta. Amén.

Liberty le entregó la cena en una servilleta de lino. Noble miró la tarta y deseó un poco de café para acompañarla, pero dos tazas de sidra también le sirvieron.

—Bendita sea la señora Tremayne —dijo él.

—En efecto. Sabe cómo mimarnos. No estoy acostumbrada a esto. De joven, mi madre siempre estaba demasiado ocupada leyendo y escribiendo y mi padre casi nunca estaba en casa. Solo me divertía cuando iba al palacio del gobernador, con *lady* Charlotte y los niños. Allí hacíamos muchos pícnicos.

—Yo me pasé la adolescencia rodeado de capataces y administradores cuando no estaba estudiando. Todos estaban demasiado ocupados llevando fincas y libros de contabilidad para compartir un poco de diversión.

Liberty mordisqueó con delicadeza un trozo de pollo y se terminó una galleta. En el breve período que llevaba siendo su esposa, viviendo bajo su techo, había florecido. Ya no se la veía tan pálida y delgada. Recordó el momento en que la había tenido entre sus brazos en el cuarto infantil. Si la señora Tremayne no les hubiera interrumpido, ahora no estaría allí sentado, obsesionado con algo más que la cena. Era hora de terminar con las interrupciones.

—Hablando de administradores y capataces, ¿dónde están Isabeau, Nell y tu ayuda de cámara? —preguntó ella como si le estuviera leyendo la mente.

—Los he desterrado a la casa grande.

La vio enarcar las cejas.

—¿Entonces estamos solos?

Noble miró a su alrededor, buscando a *Madoc*.

—Salvo por nuestro amigo felino, sí.

—Parece que a *Madoc* no le gustan las tormentas. Lleva todo el día escondiéndose dentro de casa.

—Mejor. Así te tengo para mí solo. —Levantó su taza para brindar y ella siguió su ejemplo. Los ojos de su esposa brillaron bajo la chisporroteante luz de la vela. En breve se quedarían a oscuras.

Se olvidó por completo del aullido del viento. Del magnolio que se rompía en pedazos al otro lado de la ventana. De la vela que necesitaba reemplazar. No solo tenía el estómago lleno, también se sentía pleno por dentro. Estaba allí encerrado con la mujer que amaba. ¿Qué más podía pedir? Solo le importaban el aquí y el ahora.

Cuando Liberty terminó de comer, acarició la suave piel de búfalo que cubría el suelo.

—Jamás había visto una alfombra así, excepto por las pieles que trajeron a Williamsburg las delegaciones indias para intercambiar con el gobierno.

—Esta es de Kentucky, fue un regalo de George Rogers Clark. Enid creía que no era apropiada para un hogar civilizado, así que la saqué de Ty Mawr y la traje aquí.

—Bueno, me gusta. Es mucho mejor que esas alfombras turcas que ahora están tan de moda. — Volvió a acariciar la piel como si fuera el pelaje de *Madoc*—. Tal vez pase la noche en tu estudio.

—Entonces haré lo mismo.

Libby alcanzó el catalejo y apuntó con él en dirección al James. La tormenta estaba en pleno apogeo, el viento soplaba con gran virulencia. ¿Estaría el *Savage* abriéndose camino río arriba? No se veía ninguna embarcación británica en el agua. Ni el mejor marinero capearía ese temporal. Pero el enemigo también podía llegar por tierra. En ese caso, tenía a mano sus pistolas y la espada, aunque lejos de la vista de su mujer para no preocuparla.

—¿Tienes miedo, Libby?

Ella bajó el catalejo.

—¿Miedo? Con un oficial del Ejército Continental protegiéndome? Jamás me he sentido más a salvo en mi vida.

—Buena respuesta.

—Hablo en serio. Tengo la intención de arroparme con esta piel y dormir a pierna suelta toda la noche.

—Eso suena un poco... aburrido.

—Bastante aburrido. —Libby ladeó la cabeza y le sostuvo la mirada. El fervor con que lo miró surtió más efecto de lo que podría haber hecho su timidez. Y eso le encendió más que si se hubiera puesto a coquetear con él con un abanico y batiendo las pestañas—. ¿Qué se te está pasando por la mente? ¿Una partida de ajedrez? ¿Cartas? ¿Encontrar a *Madoc*?

—Nada que requiera luz —respondió él con ironía.

Justo en ese momento se apagó la vela, sumiendo la estancia en sombras que se proyectaban a través del crepúsculo

Cuando ella por fin se decidió a hablar, lo hizo en apenas un susurro, pero él la escuchó por encima del viento atronador.

—Entonces cuenta conmigo.

Noble se quedó inmóvil un segundo. Ninguno de los dos tenía dudas sobre sus respectivas intenciones. Un último y tenue rayo de luz atravesó las ventanas, pero se desvaneció rápidamente por la tormenta que tenían encima. A pesar del sonido del viento, el silencio cayó entre ellos como una losa.

Y luego ella se sentó frente a él. Su falda de seda azul parecía un lago que los separaba.

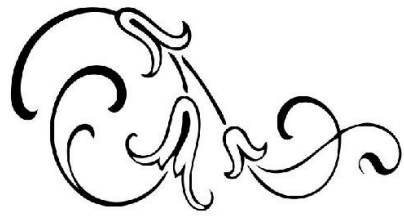
Noble tenía el corazón a punto de salirse del pecho. El deseo le proporcionó la audacia que necesitaba. Se inclinó hacia ella para besarla. Sus labios se encontraron y Liberty le rodeó el cuello con los brazos. Cuando se separaron, se dio cuenta de lo empapado que estaba por la lluvia. Ella empezó a desatarle el pañuelo del cuello con dedos ágiles.

Anhelaba quitarle todas esas horquillas. Excepto por aquella vez que salió corriendo de su estudio en Ty Mawr, nunca la había visto con el pelo suelto. No le resultó difícil encontrarlas al palpar sus cabezas perladas. Y por fin el cabello le cayó en cascada sobre los hombros en suaves ondas.

Según la Biblia, el cabello de una mujer era un tesoro. En ese momento se dio cuenta de la gran verdad que escondían aquellas palabras. Su Libby estaba... radiante. Esa mujer era su esposa. La persona que Dios había creado para él. La madre de sus hijos, cuando estos llegaran.

Era suya a pesar de la tormenta. A pesar de la guerra. Pasara lo que pasase.

Era su *anwylyd*.



## Capítulo 35

Liberty durmió acurrucada en la exuberante alfombra, con el cuerpo de Noble dándole calor. De vez en cuando se despertaba por algún golpe que oía fuera, pero en ningún momento tuvo miedo. Se centró solo en su marido. En su olor. Sus caricias. En lo que sentía por ella. En aquella noche especial y única él había satisfecho todos sus deseos y había pronunciado las palabras que tanto anhelaba oír:

—Te quiero, Libby.

Ella le había contestado con las mismas palabras:

—Te quiero.

Jamás se olvidaría de aquella noche. Si la guerra se lo llevaba, atesoraría aquellas palabras eternamente, como un precioso regalo que calmaría su corazón en los días más largos y las noches más frías.

El asombro por todo lo que habían compartido la mantuvo más despierta que el viento. Se volvió con suavidad para no despertarlo y se tumbó de espaldas, mirando los frescos del techo e imaginándose el cuarto infantil de la planta de arriba. No podía explicarlo, pero en ese momento supo que sus oraciones habían sido escuchadas. Tenía un marido. Un hogar. Una familia. En lo profundo de su ser, donde vivían su alma y su espíritu, sintió un extraño estímulo. Una nueva vida. Aunque sabía muy poco acerca bebés y de cómo se concebían, algo maravilloso acababa de suceder. Ella había cambiado, se había convertido en una auténtica esposa y, pronto, sería madre.

La tormenta amainó con el amanecer. El jardín se llenó con el sonido de los pájaros cantando, primero con cautela, como si tuvieran miedo de despertar a la tormenta y luego plenamente, inundándola con su alegre sinfonía.

Noble se movió a su lado y se fue despertando poco a poco. Así de cerca, pudo distinguir las finas líneas en su rostro bronceado como si fueran grietas diminutas en una jarra de barro.

Ella le saludó con una sonrisa.

—Creo que ahora lo sé todo de ti, salvo cuántos años tienes.

—Soy lo suficientemente viejo como para tener treinta —bromeó él antes de besarla profundamente. Después clavó la vista en una ventana a la que se había pegado una capa de hojas—. Tenía intención de quedarme despierto para estar pendiente de la tormenta, pero... —Oyeron un golpe fuera y la preocupación ensombreció su rostro.

Liberty tuvo claro que su interludio había terminado.

—Espero que no se hayan producido daños irreparables.

—Va a ser un día largo —dijo él—. Voy a tener que supervisar toda la finca para evaluar el alcance de los daños. Cuando llegue a Ty Mawr te enviaré a las sirvientas para que te hagan compañía.

—¿Es seguro salir? Hemos oído un montón de ruidos durante la noche.

—Primero echaré un vistazo. —Su sonrisa perezosa le dijo que no tenía ninguna prisa—. Haces que a un hombre le resulte tremendamente difícil cumplir con sus obligaciones.

Noble se vistió y se despidió de ella. Al poco tiempo vio subir con precaución a los sirvientes, con Ninian a la cabeza. Liberty se vistió y comió algo, pero nada parecía igual que antes, ni fuera, ni dentro de ella. ¿Estaría equivocada? ¿De verdad habían concebido un hijo? Estuvo paseando por la casa con la cabeza en las nubes.

La mañana dio paso al mediodía. Liberty estaba en el jardín de Ty Bryn con Nell e Isabeau. Si había un motivo que justificara el hecho de que no dejara de retorcer las manos era sin duda una tormenta.

—Miren eso... —dijo Nell asombrada.

Todas las miradas se dirigieron al lugar donde estaba apuntando el dedo de la sirvienta.

Más allá del jardín, la mitad del muelle de Ty Mawr había desaparecido bajo el embravecido James. Una goleta yacía volcada en las inmediaciones sin que pareciera que hubiera nadie a bordo.

El caos que podía verse tanto en la tierra como en el agua era tan impactante a la vista que casi suplantó los increíbles recuerdos de la noche anterior. Pero a pesar de los estragos, Liberty hizo todo lo posible por aferrarse a sus frágiles comienzos y a la felicidad plena que había sentido en su auténtica noche de bodas.

Recorrió el jardín dañado, colocando unas cuantas cosas aquí y allá, con Isabeau amonestándola para que entrara dentro. El hermoso paisaje había sufrido un duro revés, pero tanto las dos casas como las edificaciones anexas seguían en pie.

Cómo le habría gustado ver un rayo de sol. Una franja sin nubes. Pero el cielo continuaba con un sombrío tono gris.

Por primera vez en mucho tiempo, la política pasó a ocupar un segundo plano. El *Virginia Gazette* y el *Norfolk Intelligencer* casi se quedaron sin tinta por todos los informes de daños que publicaron.

El temporal había tirado al cartero de su caballo al río James. En el último momento consiguió agarrarse a un árbol y lo salvó un hombre que pasaba por allí que tenía una cuerda. Los caminos y carreteras estaban llenos de escombros y árboles arrancados de raíz. Las ciudades portuarias sufrieron daños imposibles de cuantificar. Cuarenta barcos se perdieron o sufrieron importantes desperfectos en su estructura. Durante la tormenta, el balandro de lord Dunmore que se había dedicado a patrullar la bahía encalló cerca de Hampton y la gente le prendió fuego.

¿Cómo estaría su padre? ¿Habrían sobrevivido él y sus hombres al huracán?

No dejaban de llegar noticias trágicas. Cientos de marineros ahogados. Cabezas de ganado perdidas, campos inundados... Nadie preguntaba quién era patriota o *tory*. De pronto dejaron de importar tales distinciones.

Observó a Noble desde las amplias ventanas de Ty Bryn mientras Nell limpiaba los cristales e Isabeau charlaba sobre lo preocupada que estaba por Ninian, que había salido con Dougray a buscar algunos caballos que se habían escapado. Cuando los primeros rayos de sol se abrieron paso entre la densa capa de nubes, todos empezaron a animarse.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Nell, a punto de terminar con la ventana.

Muy pronto empezó a funcionar la cocina y Liberty contempló la columna de humo ascendiendo en espiral hacia el cielo azul. ¿Llegaría Noble a tiempo para la cena? Con tantos sirvientes a su alrededor, no podrían disfrutar de otra noche sobre la alfombra de piel de búfalo del estudio. A menos que los desterrara de nuevo a Ty Mawr.

Sabía que la cocinera estaba preparando pollo. Hasta ella llegó el sabroso aroma del caldo, el tomillo y el romero, junto con el olor a pan recién hecho. Aunque nada le sabría tan bien como el pícnic que habían compartido durante la tormenta.

—¿Qué se va a poner esta noche, señora? —quiso saber su doncella, mientras hurgaba en su armario. Le habían llevado a Ty Bryn todos los vestidos nuevos de Enid. Usarlos hacía que se sintiera más cerca de la hermana de Noble.

—El azul con motivos florales. —El azul era el color favorito de Noble. Su marido le había contado que, la primera vez que la vio, lo que más le llamó la atención fueron sus ojos. Hacía unos años, la vio bajar por Palace Green con *lady* Charlotte y sus hijas cuando salía de una de sus sesiones de la Cámara y casi se chocaron. Ella no se acordaba de aquel encuentro, pero él no lo había olvidado.

«Sí, lo primero en lo que me fijé, fue en tus ojos azules. Tan azules como Llyn Llydaw, un lago de Snowdonia».

—¿Y cómo quiere que la peine? —continuó preguntando Isabeau—. Se lo rizo con las tenacillas y se lo recojo, ¿no?

—Déjalo tal cual, solo átamelo con una cinta de seda.

—¿No cree que es demasiado atrevido? —Isabeau la miró con cara de consternación—. Es como si fuera en ropa interior.

—En Ty Bryn no se guardan tantas formalidades. No lo convirtamos en un escándalo.

Isabeau empezó a cepillarle el pelo con ímpetu, como si estuviera recuperando el tiempo perdido.

—He oído que los lunares falsos ya no están de moda. ¡Se imagina! ¿Qué será lo siguiente? ¿Hombres sin peluca? ¿Damas sin corsés?

—Tonterías —la reprendió ella suavemente—. Me gusta mucho el corsé, pero detesto las pelucas. Noble no tiene ninguna.

—Entonces es un auténtico rebelde.

Ambas se rieron.

Isabeau le aplicó un generoso chorro de agua de rosas y dio por finalizado su sencillo atuendo. Cuando se puso de pie, los pliegues del vestido cayeron en su lugar. Extendió los brazos para que la doncella pudiera abrocharle las mangas de encaje y ajustarle algún que otro volante.

—La veo... distinta, señora.

—¿Distinta?

Isabeau le colocó una gargantilla de perlas.

—Más soñadora. Como si se hubiera producido un cambio en su interior. Puedo sentirlo. Ya no está a la sombra de su padre y no echa tanto de menos a su madre. Se nota que está encantada siendo la señora de Ty Bryn.



Liberty entrelazó los dedos a la altura de su cintura e intentó no sonreír.

—Me conoces bien.

—¿En serio? Pues yo creo que me está ocultando algo.

Se rio.

—¿Y ahora quién está dejando volar su imaginación?

La doncella se inclinó hacia delante y le susurró:

—Estoy deseando ver ese cuarto infantil repleto de niños. Tengo el presentimiento de que esta noche volverán a desterrarnos a Ty Mawr. —Su queja fue atenuada por la nostalgia—. Nos mandarán a la casa grande para que el señor de Ty Mawr la tenga para sí solo.

Liberty se rio de nuevo.

—Cierto. —Se dirigió hacia la puerta, convencida de que había oído a un caballo—. Pero mientras vayas con Ninian tampoco te importa mucho, ¿verdad?

Isabeau esbozó una sonrisa cómplice y se quedó atrás cuando ella bajó las escaleras con el corazón lleno de alegría.

Liberty abrió la puerta antes de que le diera tiempo a Nell, casi esperando que el viento le golpeará la cara, pero fuera no se movía ni una brizna de aire. Y tampoco se trataba de Noble, sino de un sonriente desconocido. ¿Sería el oficial de la guardia personal de Washington que habían asignado a Noble para que le protegiera?

Liberty echó un rápido vistazo al hombre que se presentó como el capitán Hodge. Casaca azul con detalles blancos. Chaleco y pantalones de montar blancos. Pañuelo de cuello negro y polainas del mismo color y sombrero redondo con una pluma azul y blanca. Excepto que ahora las partes blancas de su atuendo estaban manchadas de barro por la tormenta.

—Entre, por favor —dijo Liberty sintiendo que su mundo volvía a ponerse del revés—. Mi esposo puede llegar en cualquier momento.

Justo cuando el hombre accedió al vestíbulo, Nell bajó las escaleras apuntándole con un arma. Liberty le hizo una señal con la mirada para que la bajara, pero la sirvienta solo tenía ojos para el joven oficial.

—Por favor, Nell. Nuestro invitado lleva una casaca azul, no una roja.

El capitán Hodge se rio por lo bajo, se quitó el sombrero y les hizo una reverencia.

—A su servicio, señoras.

Nell siguió sin moverse, pero le devolvió la reverencia.

—Es un milagro que haya salido ileso de la tormenta —señaló Liberty antes de dirigirse a Nell—. Por favor, trae algún refrigerio para el oficial, seguro que le vendrá muy bien.

—Ah, sí, la tormenta. —Por el gesto que puso supo que había tenido uno o dos contratiempos—. La mayoría de los caminos están bloqueados, pero he conseguido apañármelas. Además, esto no es nada con la otra «tormenta» que se avecina.

—Estoy convencida de que nos trae noticias del cuartel.

—Sí, las noticias abundan en estos tiempos, pero intentaré reservar la mayor parte de ellas para el comandante Rynallt y no herir sus sensibilidades.

Para cuando entraron en el salón, Noble ya había llegado. Liberty fue a recibirlo al vestíbulo y pasó un rato a solas con él.

—Ha llegado tu guardia personal y Nell está preparando un sitio más en la mesa para la cena. Supongo que dormiré junto a tu puerta.

—A «nuestra» puerta. —Él le guiñó un ojo—. Ty Mawr tiene habitaciones de invitados de sobra. Los guardias personales no forman parte de la luna de miel de nadie.

—Aun así, estoy segura de que será una noche larga.

—Sí. —Noble se inclinó para darle un beso en la mejilla—. Pero no por culpa del capitán Hodge.

Liberty se ruborizó como una colegiala y entró encantada en el comedor, donde Nell estaba colocando un jarrón con las pocas flores que habían sobrevivido a la tormenta. Se fijó en que llevaba el cabello pelirrojo recogido bajo la cofia y que se había cambiado de delantal.

—He servido el refrigerio, señora.

—Gracias. Al principio temí que terminaras disparando a nuestro invitado.

Nell se puso roja como la grana.

—Una nunca sabe qué esperar de los hombres con uniformes. —Miró de reojo el estudio—. Me pregunto cuánto tiempo se quedará el capitán Hodge.

—Tal vez deberías preguntárselo tú misma. E incluso ofrecerte a limpiar las prendas manchadas de su uniforme. O tejerle unos calcetines.

—¡Gracias, *milady*!

La cocinera había preparado una cena exquisita. Pollo asado en salsa, patatas y guisantes. El típico pan galés e incluso unas pocas bayas. La tormenta no había afectado a su entusiasmo y destreza.

El capitán Hodge se la comió maravillado.

—Esto es una gran mejora con respecto a la carne ahumada y las galletas saladas. —Repitió plato y fue muy educado y atento en todo momento.

Liberty atisbó una parte de la cofia blanca de Nell detrás de la puerta.

—¿Tiene familia, capitán Hodge? —le preguntó durante el postre—. ¿Esposa e hijos?

—No, pero si encuentro a una buena chica patriota, ¿quién sabe?

Al cabo de un rato la conversación tomó derroteros más sombríos. ¿Qué debía hacer? ¿Presentar sus excusas y marcharse o quedarse? Al notar que Noble le apretaba la mano debajo de la mesa, se quedó.

—En Boston, el almirante Graves ha ordenado al capitán del *Asia* que arreste y detenga a los delegados del Congreso Continental y a cualquier general u oficial rebelde, así como a todos los líderes radicales posibles —explicó Hodge.

—Sí, eso he oído —replicó Noble, recostándose sobre la silla—. No hay suficientes guardias personales para evitarlo.

—Washington está especialmente preocupado por los oficiales como usted, que prestan sus servicios sin recibir ninguna remuneración a cambio y a los que han marcado como objetivo prioritario.

—¿Son ciertos los informes de que lord North y el gabinete británico planean enviar un ejército de dieciocho mil hombres a Nueva Inglaterra y otros doce mil a Virginia y a las provincias del centro?

—Así es. —Hodge dio un trago a su bebida. Ya no se mostraba tan alegre como antes—. Mientras tanto, al general Washington le está costando mucho reunir a nuestras tropas, en parte debido al plan de los británicos de enviar a víctimas de la viruela a las líneas patriotas.

Cuando terminaron de hablar, se dirigieron al salón. En un intento por agradecer al guardia que hubiera acudido a ellos a pesar del temporal, quisieron ofrecerle un poco de diversión. Así que Liberty se sentó delante de su arpa mientras Noble afinaba el violín. Hasta ese momento solo habían tocado juntos escasos minutos. Lanzó una mirada expectante a su marido. ¿Podrían formar un dueto apropiado sin haber practicado apenas?

—Confío en que mi esposa compensará mi escasa elegancia —murmuró Noble con una sonrisa de disculpa antes de deslizar el arco sobre las cuerdas.

—No necesitas para nada mi arpa —lo contradijo ella—. Dicen que tocas tan bien como el señor Jefferson.

Comenzaron con una sonata, tocando con tal alegría que consiguieron que Hodge volviera a sonreír. Y así pasaron otra hora entretenidos. Después, Liberty se disculpó, contuvo un bostezo y subió las escaleras en dirección a su dormitorio. En el rellano superior se detuvo en la ventana mirador y contempló unos instantes el río James que, aunque seguía embarrado, había vuelto a su calma habitual. Una luna llena coronaba el cielo.

Isabeau le había dejado un camisón, pero no la vio por ninguna parte. Probablemente estaría echando una mano a Nell e intercambiando cotilleos sobre el capitán Hodge. O quizás estuviera disfrutando de unos momentos a solas con Ninian. De todos modos no le costó mucho quitarse el sencillo vestido de muselina y el corsé con cierre delantero. Luego apartó la mosquitera y se subió a la cama. Le pareció oler a tabaco. Los hombres sin duda tomarían otra copa de brandi.

Cuando el reloj dio las nueve en punto se metió debajo de las sábanas. Oyó una ligera conmoción en el vestíbulo, seguida de una carcajada de Isabeau. Se bajó de la cama y fue hacia una ventana. Le alegró ver al capitán Hodge y a Ninian escoltando a Nell y a su doncella por la colina. Seguro que Dougray todavía estaba en el establo atendiendo al caballo del oficial.

La casa se sumió en una inusual calma. Cuando oyó a Noble subir las escaleras volvió a sentir mariposas en el estómago. Después de estar todo el día montando, debía de estar agotado. No lo culparía si caía rendido en la cama. Aunque no podía dejar de pensar en la maravilla que había sucedido la noche anterior. Anhelaba sentirlo cerca de ella. Su fuerza.

Por el sonido del agua supo que estaba junto al palanganero. Después la puerta del dormitorio que daba al pasillo se abrió y Noble bajó las escaleras, salió por la parte de atrás de la casa que daba al río y cruzó el pasto oscuro. Se quedó un poco aturdida al verle llevar una toalla con él, pero entonces se percató de sus intenciones. ¿Un baño?

«Lo que es bueno para uno, es bueno para otro», solía decir su madre.

Bajó las escaleras de dos en dos. No quería ni imaginarse lo que podrían pensar Isabeau y el resto de los sirvientes si la veían persiguiendo a su marido semidesnudo, con solo unos pantalones de montar. ¿Sería algo de lo que se reiría con Noble en el futuro? ¿O solo estaría ella para recordarlo?

Anduvo con cuidado, tratando de acercarse sigilosamente a él. El embarcadero destrozado había creado una especie de cala, empujando hacia atrás la arena, y las enormes vigas de madera

caían torcidas en el agua en ángulos extraños. Intentó mantenerse alejada de ellas, por miedo a que terminaran de desmoronarse del todo.

Noble estaba de espaldas a ella, con el cuerpo sumergido hasta la cintura. Había dejado la pistola y la toalla sobre la arena. Si ella hubiera sido un casaca roja... La punzada de miedo desapareció cuando le vio darse la vuelta con todos los músculos en tensión, en una posición defensiva.

En cuanto la vio, su gesto de cautela dio paso a la sorpresa y después al placer. Noble abrió los brazos de par en par y ella corrió hacia él sin pensárselo dos veces. El agua fría la hizo jadear. Cuando estaba a medio camino las piernas se le enredaron con el dobladillo mojado del camión y tropezó, cayendo de cabeza al río. Mientras se incorporaba escupiendo y echa un desastre, le oyó reír antes de envolverla en sus fuertes brazos.

—El James está volviendo a asentarse. Ten cuidado con las ranas, las tortugas y las avispas.

Liberty se limpió el agua de los ojos y lo único que vio fueron luciérnagas.

—No le tengo miedo al río. No contigo a mi lado.

—De modo que nuestra aventura continúa. —Noble miró hacia el cielo. La luna pendía sobre ellos y unas pocas estrellas brillaban a lo lejos—. La mayoría de los recién casados disfrutan de una luna de miel tranquila, pero nosotros hemos tenido que enfrentarnos a un huracán y a una guerra en ciernes.

—Pero el huracán ya ha pasado y la guerra todavía no ha empezado.

Sus miradas se encontraron.

—Cierto. —Él extendió la mano y le acarició el pelo mojado. Luego miró hacia la casa y al paisaje que había detrás de ella. Se le veía muy precavido. ¿Qué más le habría dicho el capitán Hodge?—. ¿Sabes nadar, *anwylyd*?

Liberty soltó un suspiro.

—No soy una sirena.

—Entonces quizá serás un hada del agua. Una *Gwrqagedd Annwn*. —Colocó sus anchas manos en su cintura y la arrastró hacia lo hondo, hasta que la arena bajo sus pies desapareció—. Habitan en los lagos y ríos y viven en castillos con torreones que a veces emergen sobre el agua—. La besó suavemente en la frente—. Se dice que una de esas doncellas del agua posee una belleza extraordinaria y un cabello largo y rubio y que navega sobre un bote dorado.

Ella se dejó llevar por sus palabras.

—Haces que desee estar en Gales.

—Algún día lo conocerás, si Dios quiere.

—También me gustaría conocer a tu hermano, el heredero de la auténtica Ty Mawr.

—¿Con que la auténtica Ty Mawr? —Sus apuestos rasgos reflejaron una mezcla de burla e indignación—. ¿Así que soy un impostor, un continental tan ficticio como el papel moneda que han falsificado los británicos?

Su estado de ánimo decreció.

—Así que todo lo que hacen es para hundirnos.

—Sí, Libby. Nuestra causa es similar a la lucha de David contra Goliat. —Todavía con ella en brazos, Noble nadó un poco más allá del embarcadero—. En cuanto a mi hermano, todavía no le

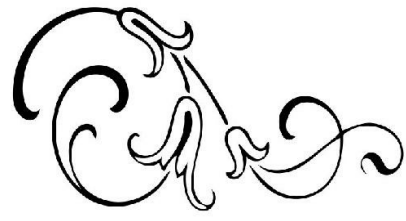
he contado que estamos casados porque nos interceptan el correo a menudo. Como Elon todavía no ha contraído matrimonio, me he llevado el primer premio.

¿Elon Rynallt? Y pensaba que el nombre de Noble era tan poético. En cuanto a eso de que la considerara su premio... Bueno, ya no se veía como la hija caída en desgracia del enemigo. Sino como una princesa galesa.

Estuvieron bañándose juntos en el agua fría, quitándose de encima el pegajoso calor propio de la época. Cuando regresaron a la casa era completamente de noche. Nell les había dejado una vela encendida en la ventana mirador que parecía una estrella dorada en medio de la oscuridad. Fueron de la mano hacia esa luz y el interior de Liberty saltó de alegría ante la perspectiva de pasar otra noche a solas con él.

Así debía de ser la vida sin sirvientes. Poder hacer todo lo que quisieran sin nadie mirándolos. Correr por la colina, bañarse y reír como niños sin ningún testigo. Besarse en el pasillo hasta quedar sin aliento y olvidarse de que llevaban la ropa mojada, mientras dejaban charcos a su paso. Que no existiera nadie excepto ellos dos, ni siquiera el gato.

El paraíso en la tierra.



## Capítulo 36

**Y** antes de que pudiera darse cuenta, Noble se había marchado. No hubo lágrimas de por medio. Ni despedidas prolongadas. Al fin y al cabo, el capitán Hodge estaba mirándolos. Solo se había ido a Williamsburg para formar parte del entrenamiento militar con el coronel Woodford. Entonces, ¿por qué se sentía como si se hubiera marchado al otro lado del mundo?

Liberty le echaba de menos más que antes porque ahora su dormitorio ya no solo era suyo, ni su cama, ni su cuerpo, ni todo lo demás. Ahora ambos se habían convertido en un solo ser. Se sentía un poco perdida. Derrotada. Puede que el primer día fuera el más difícil. Su olor todavía impregnaba la casa. Se envolvió en una de sus camisas para sentirlo más cerca.

Noble le había dejado una carta encima de su tocador, cerrada con un sello azul. Lo rompió sin miramientos, ansiando tener algo de él, aunque solo fuera su elegante y firme letra.

*Mi muy querida anwylyd:*

*Me has proporcionado un regalo muy valioso cuando me he marchado. De ahora en adelante, nunca más estaré solo, siempre llevaré tu recuerdo en mi corazón. No sabes lo mucho que me complace saber que me estarás esperando, mirando por la puerta entreabierta de Ty Bryn, o aguardando en la escalera de entrada y contemplando con expectación el camino. Guardo un profundo afecto por ti, que ni el tiempo ni la distancia podrán cambiar, y que no puedo describir con palabras.*

*No sé cuándo volveré. En breve nos trasladaremos de Williamsburg para enfrentarnos a nuestro oponente en otro lugar. Procura mantenerte a salvo hasta que regrese a casa. Ten mucho cuidado. Siempre estarás presente en mis oraciones.*

*Continúa llenando nuestro hogar con tu música celestial y presta la hospitalidad por la que se nos conoce a todo el que la necesite, sobre todo a los pobres. Que nadie se vaya con hambre.*

*Tuyo por siempre,  
NR*

Una lágrima cayó sobre sus iniciales. La limpió y miró por la ventana el río James, ahora tranquilo y con su habitual tono azul. Había hombres reparando el embarcadero y los martillazos que daban acentuaron su angustia.

Sabía perfectamente lo que no le había contado en aquella nota. Que el nuevo ejército continental se enfrentaría muy pronto a su padre y a la flota británica. Se imaginó a su esposo bajo el sol abrasador del verano, reuniendo tropas y suministros y preparándose para el inminente conflicto.

«Dios mío, solo es un abogado, un antiguo burgués al que ahora han convertido en soldado para que lidere a otros hombres; a algunos de ellos, hacia su propia muerte».

¿Qué le había dicho antes de partir? ¿Antes de que llegara el capitán Hodge?

«No sé a qué peligros tendremos que enfrentarnos, pero nadie les dirá nunca a mis hijos que su padre fue un cobarde».

Se llevó las manos a su ceñida cintura, sintiendo la familiar presión del corsé. Él le había hablado de sus hijos como si conociera su secreto, y eso que Liberty jamás se lo había mencionado. ¿Acaso el vínculo entre marido y mujer también incluía ese misterioso sexto sentido?

Encontró el consuelo que necesitaba en el cuarto infantil. El pequeño traje de bautizo que acababa de empezar estaba en el amplio alféizar de la ventana, junto con el encaje que había hecho para adornarlo. La habitación estaba llena de luz. Hacía que le entraran ganas de dejar a un lado la oscuridad de lo desconocido y le infundía una paz enorme cada vez que entraba en ella. Era como si el mismo Dios estuviera allí dentro, encarnando sus esperanzas y sueños.

Se sentó en la mecedora y observó la cocina de verano. Allí había un hombre descalzo y vestido con harapos. Le había dado a Nell varios pares de calcetines para que entregara a los pobres, así como carne, pan y otros alimentos. Desde la tormenta, el número de personas que acudía a Ty Mawr en busca de ayuda había aumentado. Todo el personal era plenamente consciente de la hospitalidad que los Rynallt brindaban a los necesitados.

Se pasó el resto de la tarde cosiendo y solo se detuvo para leer una carta de su madre en donde hablaba con entusiasmo de su matrimonio y le decía que le enviaría un regalo de bodas, si es que lograba dar con algo ahora que el comercio en Filadelfia estaba sufriendo una importante merma. Releyó la misiva mientras daba un paseo por el jardín, disfrutando de la alegría de su progenitora. Las flores volvían a lucir en todo su esplendor y habían limpiado la mayor parte de los estragos causados por la tormenta. ¿Cómo sobrellevaría Noble un tiempo como aquel? ¿Obligaban a los oficiales a ponerse el uniforme al completo cuando hacía tanto calor?

Se guardó la carta en el bolsillo y echó un vistazo a su alrededor por debajo de su sombrero *bergère*. Se fijó en el río. ¡Qué recuerdos habían creado! En su cabeza casi podía verlos a ambos con sus hijos nadando o montando en barca como una familia feliz, disfrutando de todas las cosas buenas que podía ofrecerles Ty Mawr.

—¿Quiere volver a cenar en el estudio del señor esta noche, *milady*? —preguntó Nell, colocándose a su lado y entrecerrando los ojos por la luz del sol.

—Eso estaría muy bien, gracias. —Seguro que al personal le parecería raro que rehuyera el comedor, pero estaba tan vacío sin él. Se sentía mucho más cerca de Noble en su estudio. Además, allí tenía sus plumas y el tintero a mano. Cada noche, después de la cena, le escribiría una carta, contándole todo lo que había sucedido a lo largo del día, hasta el último detalle.

Seguro que querría saber cómo se había recuperado el trigo de invierno y que por fin habían encontrado a las preciadas vacas que se habían perdido después de la tormenta. O que una de sus yeguas favoritas había dado a luz un potro y que Dougray y todos los mozos de cuadra lo habían celebrado. Y que justo hoy habían estado inspeccionado los árboles del huerto que habían logrado sobrevivir y de ellos colgaban unos cuantos melocotones y manzanas de sidra. Tampoco se olvidaría de mencionarle que había recibido noticias de su madre y que los felicitaba a ambos por



su matrimonio.

No le contaría, sin embargo, lo vacía que estaba la casa sin él, que la cama le parecía demasiado grande y que incluso echaba de menos sus ligeros ronquidos. Tampoco que había empezado a sentirse un poco indispuesta y que el olor del café que le había llevado Nell esa mañana le había revuelto el estómago. Ni que cuando se ponía de pie demasiado deprisa todo parecía dar vueltas a su alrededor. O que estaba encantada con aquellos pequeños inconvenientes porque esperaba que significaran que muy pronto el cuarto infantil se llenaría con los ruiditos de un bebé.

No, ella se guardaría para sí esas cosas hasta que volviera a estar en sus brazos.



Noble jamás había visto a una compañía de fusileros así. Siempre se había considerado como un buen tirador, pero aquellos hombres de la frontera estaban en otro nivel. No le sorprendió que algunos fueran amigos de su viejo conocido George Rogers Clark. Los francotiradores del general Daniel Morgan estaban equipados con los mejores rifles de Pensilvania en vez de con mosquetes, lo que les permitía mejorar la precisión hasta diez veces más en la distancia. Estos sesenta y nueve hombres se habían unido al ejército del norte con una tarea especial.

Vestidos con ropa de caza ofrecían todo un espectáculo, derribando objetivos que parecían imposibles a más de cien metros de distancia entre los vótores de los demás hombres. Según la información recopilada por el *Virginia Gazette*, la flota británica había amenazado con bombardear las ciudades costeras si esos fusileros entraban en la contienda. Lord Dunmore incluso había convencido a sus tropas de que, si caían en manos de estos pioneros, les cortarían la cabellera, pues se rumoreaba que eran las personas más sanguinarias de Norteamérica, después de los indios.

—Puede que esta sea la ventaja que necesitamos para poner fin al conflicto —señaló el normalmente imperturbable coronel Woodford sumamente complacido—. Al ser de Virginia, hubiera preferido que se quedaran en el ejército del sur, pero las órdenes son órdenes.

—Sospecho que los recibirán con los brazos abiertos vayan donde vayan —dijo Noble antes de volverse a un mensajero que le traía una carta.

Woodford y Hodge se quedaron mirándole. Woodford con indiferencia y Hodge casi con envidia. Noble se guardó la última carta de Libby en el bolsillo en medio del sonido de rifles disparando y el humo blanco que impregnaba el húmedo ambiente.

—El ejército debería hacer alguna excepción con los oficiales recién casados —comentó Woodford.

Noble sonrió.

—O al menos dar permiso a las damas para que visiten a sus esposos en el campamento.

—Creo que eso es exactamente lo que el general Washington quiere hacer, incluida su propia esposa, siempre que las damas lo deseen.

—Pero lejos del peligro. —Noble no podía imaginarse a Libby en tales circunstancias, ni siquiera en Williamsburg. Allí había acampados varios centenares de hombres, así como algunas mujeres, incluida Thalia, recién llegada del Raleigh. Dougray estaba a punto de alistarse. Muchos sirvientes se habían unido al Ejército Continental para sustituir a sus amos reacios.

En las dos semanas que llevaba en Williamsburg, la corta distancia que lo separaba de Ty Mawr le había parecido abismal; un auténtico tormento. Hasta el campamento habían llegado todo tipo de rumores. El más persistente de todos ellos era que la flota británica no solo tenía intención de robar provisiones, sino que quería ir apoderándose de las plantaciones costeras hasta recuperar por completo el control de Virginia.

Le habría gustado que Libby estuviera en la ciudad, pero su esposa no había querido abandonar Ty Bryn. Los sirvientes estaban muy atentos y tenían un plan de escape. Aun así, no dejaba de rezar por su seguridad.

Tras unas breves palabras con su supervisor, abandonó el extenso campamento detrás de la universidad y tomó una calle trasera hacia la armería. La fragua de James Anderson casi nunca estaba tranquila; los fuegos de carbón y los fuelles de sus siete fraguas funcionaban hasta bien entrada la noche. Los herreros y aprendices se movían como hormigas entre martillazos, vestidos con delantales de cuero y con las caras manchadas de hollín. Ya no hacían las herramientas ordinarias y utensilios de la época colonial. Ahora cualquier transeúnte se daba cuenta de la diferencia: esos hombres se estaban preparando para una guerra.

Se detuvo bajo la sombra de un alero, se sacó del bolsillo la carta de Libby y la leyó con fruición. Después, se cercioró de que nadie lo estaba mirando y se la llevó a la nariz. ¿Cómo era posible que un simple papel tuviera tal fragancia? Era como si ella hubiera logrado capturar el aroma del jardín de Ty Mawr y se lo hubiera enviado por carta.

—Buenas tardes, señor.

Esa voz le resultó familiar. Al darse la vuelta se encontró con Cressida Shaw, cuyo amplio sombrero ensombrecía su rostro serio.

—¿Tiene un momento, comandante Rynallt?

El placer que había obtenido con la carta desapareció al instante.

—No mucho.

Sus secas palabras no impidieron que continuara, aunque sí la vio ponerse tensa.

—Solo quería felicitarle por su matrimonio.

—Gracias —se limitó a decir. Empezó a preocuparse.

—De nada. —La señorita Shaw esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Muy pronto su matrimonio con una *tory* será la comidilla de toda Virginia. Aunque no sé dónde ha escondido a su esposa. Se rumorea que no en Ty Mawr.

—¿Y cómo sabe usted tanto?

—Tengo confidentes en lugares estratégicos. Más de los que puedo contar. Solo quería visitar a su nueva esposa y felicitarla.

—No es necesario ya que, como bien ha dicho, la señora no se encuentra en casa. —Se acordó de la acusación de espionaje que esa mujer había vertido sobre su esposa, junto con el sentimiento de disgusto que siempre sentía en su presencia.

—Qué lástima. —Cressida dejó de mirarle para fijarse en un carruaje que pasaba en ese momento—. Por supuesto que todo el mundo sabe por qué se casó con ella. Era eso o ella terminaría tan pobre como los indigentes que llaman a su puerta,

Noble dobló la carta y se la volvió a guardar en el bolsillo.

—Señorita Shaw, para ser una mujer de una posición tan humilde tiene una lengua muy afilada. He visto mendigos con mucho más estilo que usted.

Dicho esto se metió en la fragua y se centró en la tarea que le había llevado allí: un pedido de mosquetes para su regimiento. Pero la amarga sensación que le trajo el intercambio de palabras con la antigua amiga de Libby no le abandonó tan rápido como le habría gustado.



Habían pasado dos semanas y Noble todavía no había vuelto a casa. Por sus cartas, casi tan frecuentes como las de ella, llegó a la conclusión de que pronto se trasladarían las tropas. Rezó para que no se unieran a Washington en el noreste. Sin duda Virginia los necesitaba aquí. Desde el huracán, las noticias sobre lord Dunmore y su padre se habían reducido a unos cuantos informes acerca de los daños que había sufrido la flota británica. Se rumoreaba que su padre había desembarcado en Westover, un poco más abajo del James, para visitar a Mary Byrd, la esposa lealista de William Byrd, un hombre acuciado por las deudas. Pero había tantos rumores como dientes de león en los campos de barbecho de Ty Mawr.

La última carta de Noble había venido magistralmente escondida en una bobina de nogal exquisitamente tallada. De alguna manera, había conseguido hacerse con unos cuantos retales y agujas de importación. ¿Serían de contrabando? Los había examinado maravillada.

Cuando no tenía nada que hacer, volvía a su costura. Ya había terminado el faldón de bautizo, solo faltaba incorporarle el encaje. Solía bordar junto al amplio ventanal del cuarto infantil. Sus manos se movían con rapidez y las bobinas de madera creaban un sonido parecido al de una campanilla. De vez en cuando, descansaba la vista y se quedaba un rato mirando la cuna. Estar en aquella habitación, imaginándose que ya era madre, le levantaba el ánimo.

Y allí era donde estaba sentada cuando sonó la aldaba de bronce de la puerta de entrada. ¿Lo había oído bien? En esos tiempos no era normal que alguien llegara más lejos de Ty Mawr. Había empezado a pensar en la casa principal como su guardiana, la primera línea de defensa de Ty Bryn. Oyó hablar a la señora Tremayne y el suave tono de Nell y luego una voz masculina que llenó todo el vestíbulo.

Salió del cuarto infantil, recorrió el pasillo y miró por encima de la barandilla. La alegría dio paso a la sorpresa y al recelo.

¿El doctor Hessel?

Todavía se sentía abrumada por el incidente en Gosport y todo lo que podría haber sucedido. Si el médico y su padre se hubieran salido con la suya, aún seguiría con la flota británica, quizás hasta casada con algún oficial o incluso de camino a Inglaterra.

El médico alzó la vista con el sombrero en mano.

—*Lady Elisabeth.*

Su antiguo título parecía fuera de lugar. La señora Tremayne y Nell intercambiaron una mirada. Se notaba que no estaban cómodas con aquella visita.

—Buenos días, doctor. —Se mostró tan fría como una mañana de invierno. Ese hombre había sido su amigo, su médico. Ahora no era ni lo uno ni lo otro. Qué lástima haber llegado a esos extremos.

Bajó hasta el último escalón.

—Necesito hablar contigo urgentemente. A solas.

Liberty no hizo nada por pisar el vestíbulo.

—¿Por qué a solas?

—Traigo noticias de tu padre. —Por su tono parecía estar diciendo la verdad, pero también se le veía molesto por la presencia de las otras dos mujeres—. Es un asunto privado.

La tensión fue en aumento mientras esperaban su respuesta en silencio. Liberty no sabía si echarle de allí o dejar que hablara en el mismo vestíbulo, delante de todos.

—Por favor... no tenemos mucho tiempo —indicó él.

Podía imaginarse la reacción de Noble. Siempre había tenido la sensación de que no le gustaba mucho Hessel. Le hizo la pregunta que sin duda le habría hecho su marido.

—¿Cómo me has encontrado?

El médico apretó su sombrero.

—La última vez que nos vimos dijiste que te habías casado. Hace poco hablé con la señorita Shaw.

En su interior empezaron a sonar campanas de alarma. ¿Cómo se había enterado Cressida? Terminó de bajar las escaleras.

—Habla en el salón. Señora Tremayne, ¿le importa esperar en el vestíbulo?

Nell reanudó sus tareas.

Liberty fue al salón y dejó la puerta abierta para que el médico la siguiera.

—*Elisabeth*, por favor. Sé que la última vez que nos vimos no terminamos precisamente bien. Me imagino lo que debes pensar de mí. Pero dejemos eso atrás. Vengo en nombre de tu padre. Está muy enfermo.

Le miró sin decir nada. No se fiaba de sus palabras.

—Ha pedido que vayas de inmediato. —Los ojos azules del doctor se clavaron en ella como si quisiera leerle el alma—. Quiere verte una última vez.

—¿Qué tipo de enfermedad tiene?

—Una infección en la garganta que podría ser fatal. En este momento tu madre está con él.

—¿Mi madre? —Aquello la impactó más que la noticia de la inminente muerte de su padre.

—Acaba de llegar de Filadelfia. Lo único que ella quiere, y tu padre también, es que volváis a reuniros los tres, aunque solo sea por última vez. Que lo pasado se quede en el pasado.

¿Ahora sus padres eran de la misma opinión? No se lo podía creer.

—¿Dónde están?

—A bordo del *William*, en el río *Elizabeth*.

—¿Por qué no vino mi madre aquí primero?

—Porque la urgencia de la situación requería que fuera en barco. Era demasiado peligroso viajar por tierra.

Tenía respuesta para todo.

Clavó la vista en la alfombra de vivos colores sin fijarse en el diseño. Los pensamientos se arremolinaban sin orden ni concierto en su cabeza. Últimamente las náuseas eran cada vez más intensas y a veces le llegaban de forma tan inesperada que la tomaban completamente desprevenida. Tendría que llevarse algún cuenco en el carruaje...

El doctor Hessel se acercó un poco más a ella.

—Me han pedido que te escolte hasta ellos.

—¿Tienes alguna prueba? ¿Una nota de mi madre en la que me pida que vaya?

—Solo mi palabra. —Él se ruborizó, aunque Liberty no supo si por su palpable desconfianza o por no haber llevado ninguna prueba consigo—. Por el amor de Dios, Elisabeth. Somos amigos de toda la vida, aunque tengamos ideas políticas dispares. ¿No vas a venir conmigo?

—Solo si lo permite mi marido.

—No te dejará. No hay tiempo...

—Si eres el médico de mi padre y está tan enfermo como dices, ¿por qué estás aquí y no a su lado, atendiéndole?

—Porque tu padre creyó que era mejor, y te fiarías más, si te daba la noticia un conocido, que además te acompañara y velara por tu seguridad, que un completo desconocido. Teniendo en cuenta su precaria salud, fue un gesto muy considerado por su parte.

¿Considerado? Era algo inaudito. Aunque también era cierto que los moribundos solían hacer cosas impropias de ellos. ¿Acaso su padre había cambiado ahora? ¿Qué tipo de hija sería si hacía caso omiso a semejante súplica? Sin embargo, sentía como si una mano invisible la estuviera deteniendo, le estuviera advirtiéndole que no le prestara atención.

El doctor Hessel dio un paso atrás.

—Ven conmigo. Ahora. No tenemos tiempo que perder.

La señora Tremayne estaba parada en el umbral de la puerta y por la cara que tenía debía de estar sufriendo el mismo conflicto interno que ella.

—Quizá si Isabeau la acompaña y Dougray la lleva... Yo también podría ir con usted, si lo desea.

—No. —El doctor Hessel se volvió hacia ella—. Es un asunto de familia...

—No voy a ir —le interrumpió ella, encontrando algo de consuelo en el simple hecho de decir que no.

Él la miró con incredulidad.

—¿Me estás rechazando? ¿Te niegas a cumplir el último deseo de tu padre? —Cada una de sus acaloradas palabras despedía una inusitada ira, pero ella se mantuvo firme.

—Mi lugar está aquí. —«Con mi marido». Aunque Noble no estuviera presente, sabía que no querría que se marchara. Al igual que sucedió en Gosport, el riesgo era demasiado grande.

Recordó un versículo de las Sagradas Escrituras que confirmó su decisión:

«Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos se fundirán

en un solo ser».

Miró a la señora Tremayne que ahora parecía más aliviada. Hessel no se tomó la molestia de despedirse, simplemente se dio la vuelta y se marchó empujando a Ninian y a Nell en el vestíbulo y dejando tras de sí un montón de sensaciones desagradables.



Durante los días siguientes pasó mucho tiempo en el jardín de Ty Bryn. Estar allí la ayudaba a no pasarse todo el rato pensando en la salud de su padre, ni en la inquietante visita de Hessel. Era domingo y los sirvientes, a excepción de Ninian e Isabeau que estaban en la casa, la habían dejado sola. Con los brazos llenos de margaritas (la flor que parecía haber sobrevivido mejor a la tormenta) buscó un jarrón en la despensa adyacente a la cocina de verano.

Abrió la puerta de la despensa y vio un estante con la vajilla y un sencillo jarrón de loza que servía a su propósito. Pero primero tenía que echar agua. Fue hacia el pozo que estaba detrás de la cocina con las flores y el jarrón y pensando, como siempre, en su marido.

¿Qué estaría haciendo Noble en un día tan nublado como aquel?

«Señor, protéjelo por completo y cúbrelo con la palma de tu mano».

—Disculpe, señora.

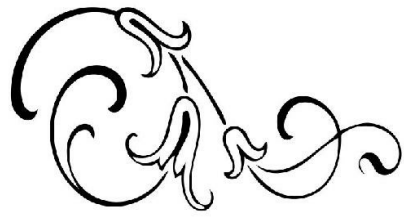
Se dio la vuelta ante la desconocida voz. Se trataba de un hombre con ropa sencilla y raída que estaba de pie detrás de ella, cerca de la puerta de la cocina. Se le encogió el corazón. ¿Tendría hambre? ¿Querría que le diera algo de comer como tantos otros que se habían quedado sin nada por culpa de la tormenta?

—¿Necesita algo? —Se dio cuenta de la estupidez de su pregunta nada más salir de su boca. Al ver que el hombre asentía, fue hacia la cocina—. Estoy segura de que la cocinera ha dejado a mano algo de pan y carne. —Se volvió hacia el pomo de la puerta, dándole la espalda,

Noble siempre insistía en lo mismo.

«Presta la hospitalidad por la que se nos conoce a todo el que la necesite, sobre todo a los pobres. Que nadie se vaya con hambre».

Se dio cuenta de que el hombre se acercó a ella (quizá demasiado) por la sombra que se cernía sobre su persona y por el olor que desprendía su ropa sucia. Avergonzada por su reacción, cruzó el umbral de la puerta... y se hundió en la más absoluta oscuridad.



## Capítulo 37

**S**i Noble hubiera estado en su casa aquel fatídico día, nada de eso habría sucedido. Aquel pensamiento recurrente se clavaba en su alma como una espada afilada una y otra vez. ¿Lo lamentaría hasta su muerte? ¿Por qué no había dejado a su guardia personal protegiendo a su esposa? Ahora, tres meses después, el dolor por la desaparición de Libby, junto con la furia que sentía por Hessel y su padre, se habían consolidado en su interior con la misma fuerza que las barricadas erigidas por sus hombres. La ira había ganado la batalla a su razón, socavando su fe.

Dios había permitido que aquello sucediera. Y mientras él había actuado con honor en defensa de su mujer y de su país, un espía *tory* haciéndose pasar por mendigo la había separado de él, puede que para siempre.

Una fría ráfaga del viento de noviembre sacudió el papel que sostenía. La tinta se había descolorido por las muchas veces que había leído la carta y la emoción de esos primeros momentos. Ninian le había dado la noticia justo después de la desaparición de Libby y luego vino la confirmación de lo ocurrido:

*Comandante Rynallt:*

*Según la información que nos ha llegado, su esposa ha sido capturada por tories al servicio de lord Dunmore. La han llevado a bordo de un buque desconocido en Gosport. Hemos sabido también que lord Stirling está vivo y sano. No conocemos más detalles. En cuanto sepamos algo más, volveremos a contactar con usted.*

La nota venía sin firmar pero provenía de fuentes fidedignas, a través de la red de espionaje que habían tejido los patriotas.

Había estado a punto de volver a casa para contarle a Libby en persona que iban a trasladar a sus tropas a Hampton, para contrarrestar un ataque naval de los británicos, cuando se enteró de la noticia. Cuando llegó a Gosport, el barco en el que viajaba lord Stirling había desaparecido y nadie había sido capaz de decirle dónde se habían ido él o su hija.

Sin saber nada, había regresado a un hogar lleno de sirvientes devastados y con una doncella más histérica que nunca.

Y para colmo de males, ahora tenía que soportar a Patrick Henry y a su habitual lengua afilada. En la intimidad de su tienda, Henry tuvo la audacia de decirle:

—¿Acaso no te lo advertí? Sabía que pagarías un precio muy alto si te casabas con esa mujer. ¿Y qué es todo eso de que la han capturado? Para mí que en realidad es una *tory* de la cabeza a los pies y te la ha jugado...».



—No. —El dolor de Noble era tan grande que sus palabras sonaron roncas. Su mujer no se había vuelto en su contra. Su Libby no le haría eso. Ella lo amaba tanto como él a ella. Y en los asuntos del corazón la política no tenía nada que hacer.

Henry sacó un papel de su bolsillo.

—He hecho todo lo que he podido para confirmar lo que ya sabes. Se supone que tienen a *lady* Elisa..., a tu esposa, a bordo de una goleta de nombre desconocido en algún lugar de Chesapeake. Los últimos informes apuntan a que se la va a trasladar a una fragata con destino a Inglaterra, a Nueva York o a alguno de los barcos prisión amarrados en Long Island.

Noble estuvo a punto de maldecir en voz alta. Lo último era nuevo. Y era algo horrible.

—He hablado con Elías Boudinot para un posible intercambio de prisioneros.

—¿Con el comandante general de los prisioneros de Washington?

Noble hizo un gesto de asentimiento.

—Le he propuesto entregarme a cambio de que la liberen.

—¿Te has vuelto loco? —Henry lo miró estupefacto, con la frente perlada de sudor—. Los británicos te consideran uno de sus enemigos más activos y agresivos. En cuanto te tengan te ahorcarán sin demora. O lo que es peor, las autoridades británicas intentarán convencerte para que te unas a ellos y luches contra los patriotas.

—¿Y si fuera tu esposa? ¿No harías lo mismo?

Silencio. Henry se sacó un pañuelo y se limpió el sudor de la frente. Después, siguió hablando:

—El general Washington no lo permitirá. Ni siquiera dejará que se intercambien soldados británicos por ciudadanos de las colonias; con eso lo único que se consigue es que los ingleses tengan más razones para capturar civiles.

—Soy un oficial patriota, no un civil.

—Sí, sí. Y si desobedeces las órdenes es que has perdido la cabeza.

—Todavía no se ha dado ninguna orden. —Tenía que reconocer que Washington estaba bastante preocupado por Libby, pero tenía las manos atadas—. Mis circunstancias están por encima de cualquier ley militar.

—Entonces sentarás un precedente y te ganarás la ira y la censura de Washington.

—Que así sea.

Henry arrugó el papel en un puño.

—Entiendo el dilema en el que te encuentras, pero no te apoyaré en esto.

Fuera de la tienda oyeron un repique de tambores demasiado conocido.

—Después de esto iremos a Great Bridge —comentó Noble, aunque Henry también lo sabía. En ese momento estaban en Norfolk, a más de treinta kilómetros del fuerte Murray, donde Dunmore comandaba un pequeño ejército con los suministros que había confiscado en las incursiones que habían hecho a lo largo de la costa.

Noble ya había tomado la decisión. Si lograba comunicarse con las autoridades británicas en Chesapeake, donde se llevaría a cabo la siguiente confrontación, quizá descubriera dónde tenían a Libby.

Y si Dios quería, haría todo lo posible por liberarla.



El espacio del que disponía Liberty a bordo del *HMS Sapphire* no era mucho más grande que un armario de suministros, pero la Providencia había evitado que terminara encerrada en la bodega, junto con un gran número de hombres también prisioneros. La «chusma rebelde», como los llamaba la tripulación, estaba compuesta en su mayor parte por milicianos continentales entre los que había algún que otro civil. Ella era el premio a bordo de esa gran cárcel flotante, la única mujer, y solía recibir invitaciones a compartir la mesa del capitán. Cuando declinaba la oferta, recibía a cambio un galleta mohosa y medio tazón de arroz y guisantes. El agua se la llevaban en un orinal.

Cada mañana se levantaba al grito de «¡Despertad, perros rebeldes!». A medida que el tiempo de otoño se volvía más sofocante y las enfermedades se propagaban, los prisioneros iban cayendo uno a uno. Desesperada, y todavía con náuseas, se aferró a cualquier bendición, por mínima que fuera. Tenía un ojo de buey como ventana. Un colchón, aunque lleno de moho. Intimidad. El mayor milagro de todos fue que alguien le llevó material para bordar que habían requisado de una plantación cercana. Si bien al principio se preguntó por qué había terminado en sus manos, luego lo vio como un regalo de Dios.

¿Qué otra cosa podía hacer ahora que se pasaba todo el día encerrada? Aquello no solo le dio una excusa para mantenerse ocupada, también le permitió intercambiar y vender trozos de encaje a miembros de la tripulación que estaban deseando obtener ganancias con ellos. A cambio le traían un trozo de queso, un poco de pan, una ración extra... Tenía que comer y cuidarse todo lo que pudiera para que su bebé naciera sano. A esas alturas el embarazo ya era visible y su vestido sucio no ocultaba nada. Había vuelto a adelgazar, excepto en la zona de la cintura. El recuerdo del delicioso *bara brith* se le hacía insoportable. Cada vez que se miraba al espejo roto este le devolvía la imagen de un espantapájaros despeinado vestido con seda azul. Ojalá lograra salir de allí...

Debajo del corsé tenía escondida la última carta que había recibido de Noble en septiembre con la tinta descolorida de tanto leerla. ¿Seguiría considerándola su *anwylyd*? ¿La echaría tanto de menos como ella a él? ¿Soñaría con ella?

Lo que más lamentaba era no haberle contado su secreto. Según sus cálculos, Noble sería padre al finalizar la primavera. Quizás el que no se lo dijera fuera obra del Señor. Seguro que le resultaría mucho más difícil saber que no solo estaba en peligro la vida de su esposa, sino también la de su hijo no nato.

Noble debía de estar dando vueltas a la cabeza. No sabía dónde se encontraba, aunque ella tampoco. Cuando se la llevaron de Ty Bryn, la metieron en una insignificante goleta anclada en Chesapeake, en la costa de Virginia, en medio de la poderosa flota británica. Nadie le dijo nada de lord Stirling, ni tampoco había visto a Hessel, aunque sospechaba que estaban detrás de su secuestro. Pronto descubrió que su padre no había fallecido ni se estaba muriendo. Había sido una treta para llevarla allí. El capitán del barco le había confiado que, como no habían podido capturar a Noble, fueron a por ella para hacerle daño.

La luz que entraba por la ventana empezó a disminuir. Como no tenía velas, pronto estaría completamente a oscuras, excepto por los pequeños destellos dorados de las embarcaciones circundantes.

Oyó un golpe en su puerta.

—Su cena, *milady* —dijo una voz apagada desde el otro lado.

El sonido de la llave accionando la cerradura dio paso al único amigo que tenía allí, que venía con su escasa cena de esa noche: una galleta de color verdoso y un trozo de carne de cerdo que flotaba en un caldo lleno de grasa. Miró hacia el pasillo. La apertura de la puerta parecía haber traído los peores olores de la nave. Agua en descomposición. Humedad. El hedor de los cuerpos sucios.

Trató de no pensar en ellos y esbozó una sonrisa.

—Gracias, Nathaniel.

No era más que un niño al que habían separado de su familia y obligado a servir allí. Su propia desgracia y los abusos que había sufrido por parte de la tripulación hicieron que se apiadara de ella. A veces, la situación en la que se encontraba le parecía una nimiedad comparada con la del muchacho.

—Recuerdo cuando la trajeron a bordo. Se rumoreaba que era una mujer de alta cuna casada con un patriota. Cada vez que venía esperaba que me insultara, pero siempre me ha tratado con amabilidad.

Una rata pasó corriendo a su lado. Liberty presionó las suelas de su maltrecho calzado contra el suelo de madera y reprimió un grito nada femenino. Allí era normal que las ratas camparan a sus anchas. A veces, las sentía corretear por encima de su cuerpo cuando dormía.

Se sintió un poco mareada y se sentó en un barril que había del revés.

—Estás tan cautivo como yo. No eres mi enemigo.

Nathaniel asintió y miró la bandeja como si lamentara haberle llevado tal inmundicia.

—Sus oraciones parecen estar funcionando, *milady*. Últimamente no me ha pegado nadie y esta mañana solo han muerto dos rebeldes.

Solo dos. Que Dios los tuviera en su gloria.

—No te he agradecido como corresponde todo lo que has hecho por mí. —Se sacó un rollo de encaje del bolsillo y se lo entregó.

El pequeño la miró encantado.

—Conseguiré un buen precio en Norfolk.

¿Así que estaban cerca de una ciudad *tory*? De vez en cuando navegaban un poco, no sabía si para crear confusión o como una maniobra de escape. Cada vez que el barco se movía temía que se dirigieran a Inglaterra.

—¿Alguna noticia?

Nathaniel se apoyó contra la puerta y acarició con el dedo sucio el pálido encaje.

—Dunmore se está preparando para la batalla. Se dice que están pensado en trasladarla dentro de poco a uno de los almacenes de azúcar que hay a lo largo de la costa.

Fue incapaz de ocultar la alegría que le produjo aquello. ¡Volvería a estar en tierra! Allí tendría más posibilidades de escapar. En el barco era prácticamente imposible.

—¿Podrías sacar una carta a escondidas? —Hacia poco, el muchacho había conseguido llevarle todo lo necesario para escribir, con un enorme riesgo para él.

—Sí, *milady*.

—Si crees que puede ponerte en peligro no...

—Por usted, lo que haga falta. Por nadie más. —La cara marcada por la viruela del pequeño reflejó perfectamente el conflicto interno que le suponía aquella decisión—. La están reteniendo aquí contra su voluntad. A usted y a su bebé. No tengo miedo por mí, sino por su persona.

—De acuerdo. Tendré la carta lista para mañana. Procura entregarla en tierra a alguien que simpatice con la causa patriota. Si termina en las manos adecuadas, se asegurarán de que llegue a su destino.

¿Pero si terminaba en las manos equivocadas? Prefería no pensar en eso. Rezaría con todas sus fuerzas para que llegara a Noble. Se les estaba agotando el tiempo. Tenía la sensación de que muy pronto se iba a producir un cambio irrevocable en su situación, y no para mejor.

Oyeron un cúmulo de voces en la cubierta del barco. Nathaniel se puso mortalmente serio.

—Será mejor que suba para alimentar a esa tripulación miserable.



Noble vio a su asistente en el borde del campo donde estaba practicando con su regimiento. Lo vio impaciente, mirando una y otra vez algo que tenía en la mano. Sin interrumpir sus órdenes, terminó el ejercicio con los mosquetes con voz fuerte y firme:

—Preparados... Apunten... ¡Fuego! —Después, en medio de la humareda, agregó—: Descansen.

Y sin más, abandonó el campo con el sol dándole en los ojos y consciente del escrutinio al que le estaban sometiendo sus hombres, como si también se hubieran percatado de que algo no iba bien.

Su asistente le miró con gesto preocupado.

—Esto acaba de llegar. Lo ha traído una lavandera de Norfolk.

A Noble le temblaron los dedos mientras aceptaba el papel sin sellar. Fuera estaba escrito su nombre con la elegante letra de... ¿sería posible?... Libby. Pero no se trataba de uno de aquellos pliegos caros y fragantes de Ty Mawr, sino de un breve mensaje en la parte posterior de un recibo de melaza.

*Mi muy querido esposo:*

*No me encuentro muy lejos. Tu hijo y yo...*

Se detuvo en seco y volvió a leer la frase, ¿Su hijo? Su hijo por nacer. «Dios mío, no». Miró el

suelo cubierto de hojas que formaba una alfombra de colores cálidos. Aquel era el primer indicio que tenía de su paradero. Devoró el resto de sus palabras como si no hubiera probado bocado en meses.

*Tu hijo y yo estamos a bordo del Sapphire.  
El capitán Graves está al mando. Puede que dentro de poco me trasladen a uno de los  
almacenes de azúcar de Norfolk. No he podido conseguir tinta y papel hasta ahora.  
Te quiero con todo mi corazón y rezo todos los días para volver a estar en tus brazos.*

*Tu anwylyd.*

Habían pasado tres meses desde que se la habían llevado de Ty Mawr. Sabía exactamente el día y la hora en la que sucedió. El dolor por su pérdida no había disminuido ni un ápice. Todos los hombres que había contratado para que dieran con ella no habían tenido éxito. Lo único que podía hacer era rezar y rezar. Y ahora, esas pocas palabras revivieron sus esperanzas.

No solo estaba cerca, también llevaba a su hijo en su vientre. Su adorado hijo o hija. El heredero de Ty Mawr.

«Padre nuestro que estás en los cielos, ayúdanos».



Y un buen día cesaron las náuseas y Liberty sintió un aleteo en su interior. Un movimiento que le llegó al alma y que le devolvió el recuerdo del soleado cuarto infantil con su cuna de nogal y los ángeles de la chimenea.

Hacia una semana que Nathaniel había conseguido sacar su carta del barco. Estaban a finales de noviembre y hacía un frío desagradable y húmedo que empeoraba con el viento gélido que penetraba a través de los tablones de madera de la nave, haciendo que se envolviera a todas horas con la manta raída que le habían dado.

Cuando Nathaniel bajó, venía con las mejillas coloradas por el frío.

—Le traigo un poco de sopa, *milady*, aunque no sé de qué está hecha.

El muchacho entró y dejó el cuenco sobre la cama. Se fijó en que no salía humo. La sopa debía de estar tan helada como ellos. Le dio las gracias y deseó en silencio haber tenido más encaje para darle, pero últimamente tenía los dedos demasiado rígidos para bordar con soltura.

Nathaniel miró hacia la escalera del pasillo y bajó la voz.

—Dunmore y los ingleses destinados en Virginia se están reuniendo en Great Bridge.

Liberty lo miró y el aleteo en su interior se hizo más intenso.

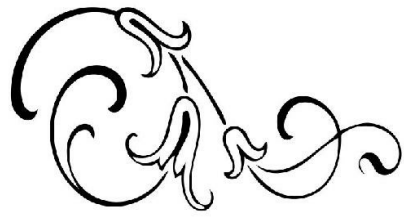
—¿Crees que habrá una batalla?

—Sí, los rebeldes están erigiendo sus defensas allí. Hay un montón de parapetos y...

El joven se detuvo sobresaltado al oír una repentina conmoción en cubierta. Inmediatamente

después, y sin previo aviso, la goleta giró sotavento (al igual que su estómago) y se puso en marcha. Se estaban moviendo.

¿Pero adónde?



## Capítulo 38

Amanecer. 9 de diciembre. El aliento de Noble flotaba como plumas en el aire mientras observaba a los centinelas de avanzada arrastrarse hacia el fuerte Murray, la defensa que los británicos habían erigido a toda prisa y que los continentales preferían llamar «la Pocilga». El 2º Regimiento de Virginia había acampado cerca de la iglesia local y la guardia principal de los patriotas se había atrincherado detrás de una empalizada de más de dos metros de altura. Lo único que separaba a los casacas rojas de los azules era el puente que atravesaba el pantano Great Dismal Swamp.

Las tropas del coronel Woodford habían llegado a finales de noviembre, cansadas de los saqueos a lo largo de la costa de Dunmore, y desde entonces habían estado intercambiando disparos de mosquetes y cañonazos. Se estaban quedando sin municiones.

«Dios mío, que llegue pronto la artillería» se había convertido en su súplica constante.

En cuanto tuvieran el cañón que necesitaban, la Pocilga caería como un castillo de naipes y los patriotas expulsarían a Dunmore y a los británicos de Virginia para siempre. O eso esperaban.

Las sombras se movían a través de la niebla helada, impidiéndole ver el puente.

—Están volviendo a poner los tablones que quitaron anoche en la cubierta del puente — informó un lugarteniente, haciendo un barrido de izquierda a derecha con el catalejo.

—Eso es porque quieren avanzar —dijo Noble mirando hacia atrás, a sus hombres.

Por encima del silbido de los perdigones oyó la orden proveniente del bando patriota.

—¡Detened el fuego!

Segundos después vio a Fordyce, el capitán del ejército británico, gritar:

—¡Al ataque!

Un alarmante número de casacas rojas corrió hacia ellos a través del estrecho puente para ser recibidos con una repentina explosión de fuego patriota. Noble alzó su arma, apuntó y derribó al oficial británico que lideraba la carga. El hijo del alguien. Puede que el hermano, esposo o padre de otra persona.

Si aquello era lo que implicaba la guerra, esperaba que Dios lo perdonara por no querer formar parte de ella. El secuestro de Libby lo había debilitado del mismo modo que si hubiera sufrido una larga enfermedad. Y ahora estaba a punto de perder su espíritu de lucha. Sin embargo, recargó el arma y disparó de nuevo a toda prisa, casi ahogándose con el humo de la pólvora.

En cuestión de minutos el coronel Woodford había hecho avanzar al contingente principal de los patriotas y la batalla comenzó en serio.

Pero Noble todavía tenía que ganar su propia lucha personal.





Casi era Navidad. Lo sabía no solo por la nieve, sino porque Nathaniel llevaba la cuenta de los días que pasaban. Liberty estaba junto al ojo de buey, oyendo unas aristocráticas voces masculinas muy diferentes a las rudas de los marineros. ¿Lord Dunmore? No lo había vuelto a ver desde el baile en Gosport meses atrás. Nathaniel le había dicho que había ido a Great Bridge a combatir.

Sintió un calambre en el estómago al oír un golpe en la puerta del camarote, seguido por el sonido de la llave en la cerradura. Cuando vio el gesto aturdido del muchacho todo su cansancio desapareció.

—Lord Dunmore se va de Virginia, *milady*. Pero primero ha subido a bordo para hacer un intercambio de prisioneros y ha preguntado por usted.

Antes de que terminara de hablar, ya estaba en el pasillo. ¿Cuánto tiempo hacía que no salía de aquel cubículo. La habían llevado allí en septiembre y ahora estaban en diciembre. Nathaniel corrió detrás de ella, intentando seguirle el paso a pesar de que Liberty tenía las piernas tan inestables por la falta de movimiento que le temblaban como flanes.

Subió la escalera y fue recibida por una nevada de principios de invierno. La amplia cubierta estaba resbaladiza y Nathaniel extendió una mano para que no se cayera. Parpadeó ante la intensidad de la luz del día. Con los ojos entrecerrados pudo ver a un buen número de marineros y soldados británicos con sus casacas rojas...

Y a uno con una azul.

Estuvo a punto de parársele el corazón. A menos de diez metros de distancia estaba Noble. Tan apuesto como lo recordada. Igual de imponente. Con un gesto entre tierno y estoico y esperándola con los brazos abiertos.

Empezó a ir hacia él, con las piernas temblándole todavía pero con una alegría que la impulsaba a continuar. No tenía ojos para nadie más, ni para el aristócrata con mirada fría que la había convocado a cubierta, ni para los hombres a su alrededor que la miraban con la boca abierta.

En cuanto se vio entre los brazos de su esposo, presionó la mejilla contra su uniforme frío y húmedo. De pronto fue consciente de lo sucia que estaba. Sí, había intentado mantenerse lo más decente posible, pero llevaba semanas sin bañarse y con el mismo vestido azul. Por no hablar de lo notorio de su embarazo.

—¿Te encuentras bien, *anwylyd*? —preguntó él con la cabeza inclinada, con la boca muy cerca de su oreja—. ¿Te han hecho daño? ¿O a nuestro hijo?

—No —respondió entre lágrimas, tratando de controlar sus emociones—. Pero me alegro de estar en cubierta. De respirar un poco de aire fresco—. Se le quebró la voz—. De verte.

Noble asintió y le acarició el pelo enmarañado que una vez cuidara con mimo Isabeau.

—Tu doncella te está esperando en el carruaje con una cesta de comida. Dougray te llevará de vuelta a Ty Bryn.

Abrumada, se enderezó un poco más, tan feliz de poder marcharse de allí que ni siquiera se molestaría en recoger sus escasas pertenencias. Pero ¿por qué no se movía Noble? Lo agarró de la

manga y empezó a temblar de frío.

Él se quitó a toda prisa la capa de lana y la envolvió con ella. Era tan grande que le arrastraba, pero la calentó de tal manera que le recordó al fuego de la chimenea de Ty Bryn. Le dio las gracias en un susurró y le miró a los ojos.

—Venga, vámonos de aquí.

—No. —Noble tragó saliva. Tenía lágrimas en los ojos pero su rostro reflejaba una determinación absoluta.

—¿No? Pero Great Bridge... —Lo miró tensa—. Los patriotas ganasteis la batalla, ¿no?

—Sí, pero no la guerra. —Estuvo a punto de caérsele el tricornio por una ráfaga de viento, pero él se lo sujetó a tiempo—. Yo me quedo. Eres tú la que se va.

«Me quedo... te vas». El viento inclemente se llevó sus palabras, y con ellas, todo su mundo.

¿Irse? ¿Sola? Volvió a mirarle a los ojos, pero él apartó la mirada, como si fuera incapaz de soportar otra separación. Las náuseas regresaron con fuerza cuando se dio cuenta de lo que él le estaba queriendo decir. Se abrazó a él con desesperación.

—¡No!

Al ver que se aferraba a su marido con toda su alma, los hombres entraron en acción y pusieron a Noble los grilletos de inmediato. Liberty se volvió para pedir clemencia a lord Dunmore, pero ya no estaba allí. Nathaniel y el capitán Graves se acercaron para sacarla de un barco que ahora no tenía ningún deseo de abandonar.

—¡No! —volvió a gritar, sin importarle perder las formas. Se retorció, intentando ver una última vez a su marido.

Pero ya lo estaban llevando bajo cubierta y lo único que alcanzó a atisbar fue su uniforme azul desapareciendo bajo la nieve.



—¿No le dijo el comandante Rynallt que su abuela era gemela? —preguntó la señora Tremayne.

Liberty negó con la cabeza, tan impresionada como el primer día. En cada brazo sostenía a un bebé; uno con una gorra de encaje con una cinta azul y otro con una de color rosa. Ambos bebés eran pequeños y, según sus cálculos, habían nacido con un mes de antelación, pero estaban completamente sanos. Aunque se parecían físicamente, tenían temperamentos distintos.

Solo tenían tres días de vida, pero ya eran el orgullo de Ty Bryn y Ty Mawr... y de su abuela materna, recién llegada de Filadelfia.

—Encargaremos una segunda cuna —dijo su madre—, aunque por ahora tendremos que apañarnos con esta.

Isabeau se acercó a ella y se hizo cargo del niño que se quejaba desconsolado.

—*Oui*, ¡pero qué compañero más ruidoso se ha buscado tu hermana! La pobre va a dormir poco y tomar menos leche que tú.

Y era cierto. Siempre tenían que despertar a la más pequeña de los Rynallt para que comiera.

Parecía ser feliz solo con dormir, mientras que su hermano reclamaba para sí más leche y más atención.

—¿Cómo los vas a llamar? —preguntó su madre con dulzura.

—De ningún modo —replicó ella—. Esperaré a que llegue su padre.

Las dos mujeres mayores se miraron. Habían pasado cuatro meses desde que la habían sacado del *Sapphire* como parte de un intercambio de prisioneros. Desde entonces no había sabido nada del paradero de Noble, aunque todos temían que lo hubieran trasladado al *Jersey*, el horrible barco prisión anclado en el puerto de Nueva York.

—No es tan raro esperar un poco antes de darles un nombre —señaló la señora Tremayne, colocándole la bandeja con la cena en una mesa auxiliar. Tuvo el detalle de no decir el porqué. Muchos bebés morían antes de cumplir un año.

Liberty miró la comida galesa que tanto conocía ahora y el desánimo se apoderó de ella. ¿Qué estaría comiendo Noble? Aquella era una pregunta que se hacía constantemente. Apenas había empezado a recuperarse del escaso alimento que había recibido en el barco. Según la partera, era un milagro que hubiera dado a luz a dos bebés sanos.

Su vida, tan yerma y solitaria durante el crudo invierno, ahora estaba tan llena y exuberante como la primavera. El nacimiento de sus hijos había marcado una nueva etapa agridulce.

Liberty volvió a aferrarse a las bendiciones que le habían dado. «Hermanos, alegraos cuando tengáis que enfrentaros a diversas pruebas». Sus hijos habían nacido bien. El cuarto infantil estaba lleno. El Señor les había dado más de lo que había soñado. Su madre estaba allí. Todos estaban a salvo en una casa donde no les faltaba comida y con un hermoso verano por delante. Todo gracias a Noble.

Durante el día estaba tan ocupada que no tenía tiempo para pensar en ello. Era por las noches cuando se daba cuenta de la magnitud de lo que su marido había hecho. Había cambiado su vida por la de ella. Por la de sus hijos. Por su país.

Mientras tanto, Norfolk había ardidido en llamas. Los británicos se habían retirado de Boston y todas las colonias estaban unidas y listas para luchar y defender sus territorios. Ty Bryn parecía una isla en sí misma.

A finales de abril recibió un sonajero de plata que le había enviado *lady* Washington desde Mount Vernon. Su amable carta puso fin a todas las preguntas que se había hecho sobre la misión de Noble y su prestigio dentro del ejército. Martha le había escrito: «No hay amor más grande que el que da su vida por sus amigos o, en este caso, por su esposa e hijos».

Después de aquello Liberty encontró las fuerzas para ponerse de pie.

—No puedo seguir más tiempo en la cama. No con dos bebés que cuidar, un jardín floreciente por el que pasear y camisas que coser para el ejército.

—Señora, va a estar demasiado ocupada —dijo Isabeau.

—A veces estar ocupada es una bendición —replicó ella, caminando por la habitación con su hijo en brazos.

De vez en cuando, se sentía agotada y hacía poco más que tomar una taza de café y oír los ronroneos de *Madoc* mientras contemplaba a sus hijos sin nombre dormir, o agitar los puños o hacer los entrañables ruidos propios de los recién nacidos.

—Odio tener que dejarte —dijo su madre al cabo de dos semanas—. Cuando te encuentres con más fuerza y los gemelos estén en condiciones de viajar tienes que venir a Filadelfia. Allí tengo una casa lo suficientemente grande para todos. Entre tanto, podrías plantearte contratar a una nodriza.

Liberty contestó con evasivas. Ninguna de las dos perspectivas le atraía lo más mínimo. Proporcionar a sus hijos el alimento que necesitaban era un auténtico regalo. ¿No formaba eso parte de la maternidad? Además, Ty Bryn la había conquistado por completo y allí se quedaría. Y allí esperaría y rezaría con cada aliento que tomara para que Noble regresara a casa.



Lo que peor llevaba no era la escasez de comida, ni el espacio reducido en el que estaba encerrado, ni las enfermedades, sino que Libby, su *anwylyd*, parecía un sueño lejano. Sí, esa era la parte más difícil. El no saber. La reunión que habían tenido en cubierta el invierno pasado, cuando se produjo el intercambio, había sido demasiado corta y el paso de los meses solo le trajo nuevas preguntas.

¿Había dado a luz a su hijo? ¿Estaba bien? ¿Seguían en pie Ty Mawr y Ty Bryn? ¿Cómo estaban sus arrendatarios y sus sirvientes? ¿Y su tabaco y el resto de los cultivos?

Su mundo se había reducido a un borrón de sombras grises. Apenas sabía nada, excepto que lo habían encerrado, junto con otros cuarenta y tantos patriotas, en el *Packhorse*, una goleta que navegaba por el puerto de Charles Town.

Cada día, el capitán del barco le ofrecía su libertad a cambio de que renunciara a su causa y firmara un juramento de lealtad al rey; un juramento que lo alistaría inmediatamente en el ejército británico. Y él se negó en todas las ocasiones. Le habían azotado dos veces y había recibido un fuerte golpe en la cabeza de regreso a la bodega. No lo colgarían mientras existiera la posibilidad de que deshonrara a los patriotas convirtiéndolo en un traidor.

El elegante uniforme que le había confeccionado Libby muy pronto se transformó en harapos que le colgaban por doquier. Estaba muy delgado y demacrado pero había sobrevivido al cólera, aunque muchos otros no lo hicieron. La orilla de la bahía de Charles Town estaba llena de tumbas.

¿Serían las oraciones de Libby lo que le mantenía con vida?

La primavera dio paso al verano y el calor se volvió insoportable, pero la tripulación decidió cerrar los ojos de buoy y los barrotes de hierro brillaban con el sol despiadado. A su lado tenía a Charles Pinckney, un oficial del mismo rango que se estaba recuperando de la viruela y tenía la cara llena de llagas abiertas.

—Están hablando de prender fuego a la nave —dijo Pinckney en voz baja y débil—. Mejor una muerte rápida que esta tortura.

Noble lo miró. Pinckney era un aliado, un hombre de prestigio de Carolina del Sur que parecía haberse dado por vencido.

—He oído que a los que se niegan a alistarse los llevan al Caribe y los meten directamente en

buques de guerra.

—Yo propongo que nos enfrentemos a ellos. —Noble se frotó la espesa y descuidada barba—. Antes de que nos lleven al sur.

Pinckney lo miró estupefacto.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué posibilidades tenemos de salir con vida? No necesitan que les demos más razones para matarnos...

—Solo quedan dieciséis tras la epidemia de viruela. La mayoría de ellos no se encuentra bien, incluido el capitán. Nosotros somos el doble. —Habló como el oficial que era; la precaria situación en la que se encontraban demandaba que tomaran una decisión audaz—. Los números nos dan la ventaja.

—¿Y cómo te propones que consigamos lo imposible?

Noble hizo caso omiso de las dudas de Pinckney.

—He estado dándole muchas vueltas y rezado mucho. Sabes que nuestros captores odian cualquier signo de patriotismo ¿verdad?

—Sí, vi como tiraban a Lawrence por la borda por tararear *Yankee Doodle*.

—Exacto. Esta noche nos pondremos a cantar a pleno pulmón canciones patriotas. Eso hará que abran la escotilla y...

—¿Para que nos hagan pedacitos con sus puñales y espadas?

—Yo iré en cabeza —continuó él con calma—. El resto venid detrás de mí. En cuanto abran la escotilla, les atacaremos.

Pinckney frunció el ceño.

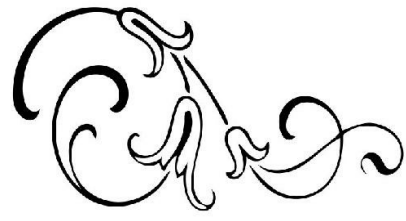
—Jamás hemos intentado nada parecido. Siempre hemos actuado como los oficiales y caballeros que somos.

—Y ahí radica parte del problema. —Noble a veces se lamentaba de que no hubiera delincuentes ni asesinos entre ellos, la mayoría pertenecían a la alta sociedad de Carolina y algunos de Virginia, como él mismo—. Tenemos que actuar como nunca lo haría un caballero. La tripulación no lo verá venir y así obtendremos ventaja.

Ahora fue Pinckney el que se frotó la barba.

—¿Y si fallamos?

—No hay margen para el fracaso. La alternativa es la muerte. No sobreviviremos todo el verano en este barco. Avisa al resto... y rezad.



## Capítulo 39

Liberty estuvo sintiendo un extraño temor durante días, pero inmediatamente después celebraron el bautizo de los bebés, un acontecimiento alegre que borró aquella desagradable sensación. Los dos pequeños permanecieron tranquilos durante la ceremonia, con los ojos azules abiertos, mirando todo a su alrededor y disfrutando de pasar de unos brazos a otros. Había hecho un día espléndido y la cocinera había preparado un delicioso banquete para la ocasión. Aunque el sitio de Noble estaba vacío, fue un acontecimiento que llenó de felicidad a todos los presentes.

—Son unos angelitos —dijo la señora Tremayne—. Qué contento y orgulloso estaría su padre.

A diferencia del día del bautizo, junio trajo un montón de tormentas. El ama de llaves cada vez se pasaba más por Ty Bryn, según decía por los gemelos. ¿O tenía otra razón?

—Últimamente no es usted misma —confesó la mujer, en el umbral del cuarto infantil.

Liberty estaba al lado de la cuna, meciendo con suavidad a sus hijos.

—Ah, ¿no?

—Está más callada, sumida en sus pensamientos. —Podía verse la preocupación en su rostro arrugado—. Sin duda por el comandante Rynallt.

—No dejo de pensar ni un segundo en mi esposo —dijo ella—. No sé dónde está, ni cómo se encuentra. Es como si se hubiera esfumado de la faz de la Tierra. Últimamente he tenido un terrible presentimiento.

—¿Es la primera vez que lo tiene?

—Los sentimientos van y vienen, pero esto... es como si estuviera atrapada en una pesadilla, como si estuviera a punto de ocurrir algo trascendental, solo que no sé qué.

—Entonces debemos rezar con más fuerza que nunca. —La señora Tremayne agachó la cabeza—. Padre nuestro que estás en los cielos, aunque tenemos una visión muy limitada nuestros corazones están llenos. Nos reconforta saber que estás al lado del comandante, donde quiera que esté. Te pedimos que lo protejas para que no sufra ningún daño. Te rogamos que lo traigas a casa sano y salvo. Estos niños necesitan un padre. Y la señora un marido. Consuela su corazón y tranquiliza su espíritu. Bendito seas por siempre, amén.

—Amén —repitió Liberty.

La niña se despertó y se puso a llorar. La alzó en brazos y sintió cómo le subía la leche, así que se sentó en la mecedora y empezó a amamantarla, sin dejar de pensar en la inesperada oración del ama de llaves.

¿Volvería Noble por tierra o por mar? Aquello no tenía importancia. ¿Debía tener esperanza?

«Dios mío, por favor, haz que regrese».

El último rayo de luz de ese día primaveral cayó diagonalmente sobre su regazo, creando un

halo alrededor de la cabeza de su bebé. Mientras su hermano dormía, la pequeña la miró con los ojos muy abiertos.

Tenía el pelo del mismo tono oscuro que Noble, pero su tez y el hoyuelo eran de ella. Era perfecta. Tenía más de un mes y aún no le había puesto nombre. Le acarició la tersa mejilla e intentó recordar la canción de cuna galesa que le había enseñado Nell y todos los nombres, también galeses, que le había ido mencionado la señora Tremayne.

—Te llamaré Rhian Hope Rynallt. —Besó la frente del bebé—. Rhian que significa «doncella» en galés y Hope, «esperanza» en inglés, porque tengo la esperanza de que tu padre volverá con nosotros. Cuando llegue, él le pondrá un nombre a tu hermano.



El ruido que estaban haciendo era tan ensordecedor que a Noble le dolían los oídos. Sus voces, a pesar de lo cansados y débiles que estaban, cobraron fuerza cuando la canción llegó a su punto más álgido.

*En un mundo de tiranos, bajo este cielo occidental,  
hemos formado una nueva nación, una tierra de libertad,  
El mundo reconocerá que somos los dueños de este lugar  
¡Hurra, hurra, hurra, hurra por un país libre!*

El corazón le latía con tanta fuerza que creyó que se le saldría del pecho. Estaba inmensamente orgulloso de esa nueva nación. Esos hombres que le rodeaban, vestidos con harapos y que jamás se doblegarían, le motivaban a seguir adelante, al igual que el amor que sentía por su esposa y por su hogar. Por Virginia. Por su causa.

Se preparó para la apertura de la escotilla mientras la luz de la cubierta penetraba en la oscuridad de la bodega. Cuando llegara el momento, ¿qué pasaría? La expectación a su alrededor era palpable. Sus compañeros patriotas se acercaron, listos para subir la escalera hacia el aire fresco. Hacia la libertad.

Cantaron otro estribillo, más alto, más claro, más orgullosos. El barco se sacudió ante el repentino movimiento en cubierta.

Y por fin se abrió la escotilla.

Noble encabezó la carga con un grito que resonó en toda la embarcación.

—¡Libertad o muerte!





Ni soñándolo hubiera sido más memorable. Liberty estaba mirando el James, a unos metros de distancia de donde Noble y ella habían nadado después de la tormenta hacía tantos meses. A diferencia de aquel día, este crepúsculo era oro puro; no hacía calor y el agua traía una brisa que le agitó las cintas del sombrero y el dobladillo del vestido. En su cabeza no había lugar para otra cosa que no fuera su marido. Continuó reflexionando sobre el Salmo 139, el pasaje de las Escrituras que parecía hablarle con más fuerza en esos días solitarios. Había un versículo que la animaba especialmente:

«Si me elevara sobre las alas del alba y me instalara en los confines del mar, también allí me guiaría tu mano y me sostendría tu fuerza».

Los gemelos estaban durmiendo en su cuarto. Sabía que Dougray no andaba muy lejos. Desde su secuestro, Ninian y él parecían seguirla a todas partes, aunque hacían todo lo posible por mantener una distancia prudencial. Ella también se había vuelto más precavida y estaba más pendiente de todo lo que le rodeaba. Por eso no tardó mucho en ver la mancha oscura que se acercaba a lo lejos por la colina que había detrás de Ty Bryn. Un extraño. Y venía a caballo.

Observó como desmontaba y guiaba a su caballo a pie, con una leve cojera.

Entrecerró los ojos, intentando ver un poco mejor. Ninian había salido de detrás del muro del jardín y empezó a dirigirse hacia el extraño. Y entonces, en un súbito movimiento, se volvió hacia ella y se marchó.

¿Pero qué...?

Caminó hacia la figura que se aproximaba con el corazón latiéndole a gran velocidad. Se quedó sin aliento y estuvo a punto de tropezar con una piedra que sobresalía de la hierba porque toda su atención se centraba en ese hombre. Y él... él soltó las riendas del caballo y fue hacia ella tan rápido como su pierna renqueante se lo permitió a través del pasto verde y el pequeño riachuelo que serpenteaba entre los robles.

El corazón le dio tal vuelco que se sintió desfallecer. Era como si volviera a estar a bordo del *Sapphire*, cuando Noble fue a liberarla e intercambió su vida por la de ella. Solo que ahora no había soldados, ni cubiertas resbaladizas, ni olía a agua salada ni a traición. Ahora solo estaban ellos dos en la pradera, mecidos por un viento cálido y bajo la puesta de sol. Corrió hacia él todo lo rápido que pudo. Se le cayó el sombrero, que se le quedó colgando sobre la espalda, precariamente sostenido por las cintas de la barbilla.

—*Anwylyd* —la llamó él con un grito que contenía risas, alegría y una incredulidad tan grande como la suya.

—Noble —pronunció su nombre una y otra vez, por temor a que se desvaneciera si dejaba de decirlo, como si fuera otro sueño más de los muchos que había tenido con ese encuentro.

Pero los fuertes brazos que la rodearon eran muy reales, al igual que ese olor tan característico suyo y que ella no había olvidado, pero que había anhelado todos y cada uno de los días que duró su ausencia.

Liberty lloró, rio y dijo palabras ininteligibles mientras él seguía abrazándola, demasiado conmovido para hacer otra cosa. Y entonces...

—He vuelto a casa. Para siempre.

Sus miradas se encontraron a través de una tormenta de emociones. «A casa». Parecía una

promesa irrevocable. «Para siempre». ¿Ya no habría más ausencias? ¿Más separaciones?

Noble le alzó la barbilla con sus ásperas manos y la besó. Y no fue uno de esos besos circunspectos que le daba al principio, sino una declaración salvaje y decidida del nuevo vínculo que se había forjado entre ellos por el amor, la pérdida y la devoción.

—¿Estás libre? ¿Cómo... Cuándo?

—Hace tres días nos revelamos. Era eso o terminar en otra nave o que nos llevaran a algún lugar desconocido. Superábamos en número a la tripulación y gracias a Dios el plan funcionó.

Ella le tocó el muslo.

—Pero estás herido...

—Me recuperaré. Otros no tuvieron tanta suerte.

Liberty apoyó la cabeza sobre su pecho, notando la tela áspera de la sencilla camisa que llevaba puesta.

—Te podrían haber matado. No puedo creer que estés aquí. Sin duda Dios ha respondido a nuestras oraciones.

—Sin duda esas oraciones ayudaron. Encerramos a la tripulación en la bodega e hicimos encallar el *Packhorse* en una playa aislada de Carolina del Norte. Pasó algún tiempo hasta que encontramos a alguien que simpatizara con nuestra causa, pero a los que salimos con heridas leves nos dieron comida y ropa. Incluso pude bañarme y afeitarme y me prestaron un caballo.

—No sabes lo mucho que se lo agradezco a quien fuera. ¿Lo sabe tu comandante? ¿Y los patriotas?

—Todavía no. Quería verte primero y asegurarme de que estabas bien. Conocer a nuestro primer hijo.

—Están durmiendo en el cuarto infantil con Isabeau y la señora Tremayne cerca...

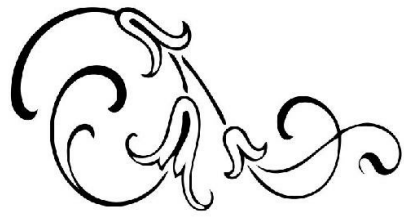
—¿Están?

Al ver su cara de asombro se puso a reír.

—Sí. Niño y niña. La pareja perfecta. Vamos a despertarlos. Tienen que conocer a su padre. — Quería contarle un montón de cosas más, pero contuvo su lengua para no abrumarlo con demasiada información a la vez.

Noble tomó las riendas del caballo, le dio la mano y caminaron juntos hacia Ty Bryn y Ty Mawr.

Por fin estaba en casa.



## Epílogo

TY BRYN. OCTUBRE DE 1776.

**L**o amargo hace que lo dulce se vuelva más dulce.

Los gemelos ya tenían seis meses y eran una fuente constante de alegría. Rhian era más tranquila y se reía a menudo, mostrando su característico hoyuelo. Había conquistado el corazón de todo Ty Mawr, hasta el del más humilde de los mozos de cuadra. Ewen, «guerrero» en galés, con su pelo oscuro con mechas pelirrojas, hacía honor a su nombre. Según la señora Tremayne, era el tirano del cuarto infantil. Y también era el orgullo de su padre, así como Rhian su dicha.

—Sin duda ha sido la Providencia la que ha permitido que pueda quedarme en casa contigo en un momento como este —dijo Noble mientras paseaban sobre un lecho de hojas otoñales por el camino de entrada a Ty Mawr—. Por muy dolorosa que sea, doy gracias por esta herida.

—La Providencia, y nuestras oraciones, nos salvaron la vida. —Liberty seguía sin poder creérselo del todo. Miró a su hijo en brazos de su padre, mientras ella llevaba a la niña—. Y ahora que te han llamado para ayudar a redactar los Artículos de la Confederación, puedes hacer lo mismo por la libertad y la causa patriota fuera del campo de batalla que dentro.

Patrick Henry y otros patriotas solían pasarse por allí a menudo. Y a veces, Liberty iba con Noble a Williamsburg para sus reuniones en el Raleigh. No habían reconstruido el capricho; algo que no le importó, pues se alegraba de poder dejar atrás los malos recuerdos de esos días.

—Para el próximo Congreso Continental iremos toda la familia y nos quedaremos con tu madre en Filadelfia —comentó él, meciendo a Ewen.

—No pensemos todavía en eso. Queda muy lejos. Disfrutemos del presente, de los próximos días de fiesta. Será la primera Navidad que pasemos juntos en Ty Bryn. Todavía me cuesta creer que el otoño pasado estuviera prisionera en un barco y tú jugándote la vida en la guerra. Hay que ver lo que puede cambiar todo en un solo año.

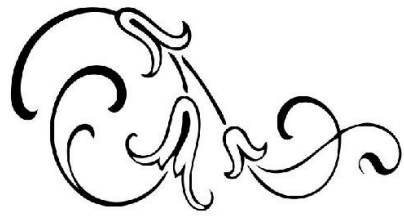
—Y el año que viene, ¿qué crees que nos espera?

Liberty le apretó la mano, feliz de vivir el momento.

—Mientras estemos los cuatro juntos, me da igual.

—Bien dicho, Libby. —Noble sonrió y le dio un beso en el dorso de la mano—. *Cael rhad Duw, cael y cyfan.*

—Amén —dijo ella, profundamente satisfecha y conmovida por sus palabras galesas—. Si tienes la bendición de Dios, entonces lo tienes todo.



## *Mantequilla de hadas*

Se pueden encontrar recetas de mantequilla de hadas en los libros de cocina de mediados del siglo XVIII. En *El arte de cocinar de forma fácil y sencilla* (1747), Hannah Glasse dice que es un «estupendo detalle para servir en una mesa durante la cena».

Echar la yema de dos huevos duros en un mortero junto con una cucharada generosa de agua de azahar y dos cucharadas de azúcar en polvo. Mezclarlo todo hasta formar una pasta fina y luego agregar la misma cantidad de mantequilla fresca. Batirlo todo y pasarlo por un colador.



## *Bara brith (pan moteado)*

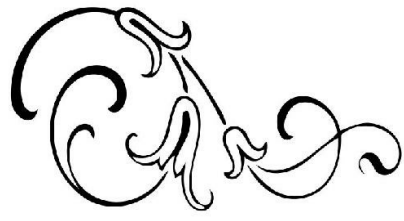
Existen muchas recetas para este pan tradicional galés. Mi favorita es una que he adaptado y que os dejo a continuación. ¡Algunas versiones incluyen el té como ingrediente! Pero yo prefiero tomar el té con el pan ya hecho. Está absolutamente delicioso si lo cortáis en rebanadas, lo tostáis y lo untáis con mantequilla.

- 1 taza de leche.
- ¼ taza de azúcar moreno.
- 4 cucharaditas de levadura.
- 450 gramos de harina.
- 1 cucharadita de sal.
- 85 gramos de mantequilla sin sal.
- 1 cucharadita de pimienta de Jamaica.
- 1 huevo batido.
- 350 gramos de frutos secos mezclados.

Calienta la leche en un cazo y viértela en un cuenco. Agrega una cucharadita de azúcar moreno y la levadura y deja reposar la mezcla durante 20 minutos a temperatura ambiente. Tamiza la harina con la sal en otro cuenco y agrega el azúcar restante. Mezcla la mantequilla con los frutos secos hasta que tenga una textura similar a la de las migas de pan. Agrega la pimienta de Jamaica, el huevo batido y la leche hervida y mézclalo todo hasta formar una masa. Coloca la masa en una superficie ligeramente enharinada y amásala unos 10 minutos. Vuelve a colocar la masa en el cuenco, cúbrelo y déjala fermentar a temperatura ambiente hasta que se haya duplicado en tamaño (aproximadamente una hora).

Una vez lista la vuelves a amasar, añadiendo la mezcla de frutos secos. Después unta un molde de horno con mantequilla y vierte la masa en su interior, formando un rectángulo. Luego enróllala desde el lado corto y coloca el rollo con el borde hacia abajo en el molde. Déjalo reposar otros 45 minutos.

Precalienta el horno a 190 grados y hornéalo en el estante más bajo durante 30 minutos. Deja que el pan se enfríe y córtalo en rebanadas finas.





## *Agradecimientos*

**M**ientras escribía *El destino de Elisabeth*, me topé con algo que dijo el pastor Chuck Swindoll y que recogieron Melinda Schmidt, Anita Lustrea y Lori Neff en su libro *Daily Seeds from Women Who Walk in Faith*: «Si estás completamente comprometido a hacer que Cristo sea lo que cuente, eso significa que tu vida será como un marco que muestre la obra más importante de todas: Jesucristo. Y un marco digno no es uno que esté empañado o sin brillo, o sencillo o barato; ni tampoco uno tan ornamentado que supere a la imagen que enmarca. Sin embargo, un marco con un encanto sutil, atraerá la atención del espectador a la hermosa obra de arte que muestra». Mi mayor ilusión es que cualquier cosa que escriba refleje la belleza divina, no mi limitada capacidad como narradora. También espero que tú, como lector, puedas sentir la dulzura y nobleza que encontré en estas páginas y en estos personajes mientras escribía esta novela en particular.

En el proceso de creación de un libro intervienen muchas personas. Gracias de corazón a todas ellas, desde mi agente, Janet Grant, a mi editorial, Revell, y a los miles de librerías. Ninguna contribución es pequeña. Siempre me ha maravillado el proceso de publicación, e incluso después de nueve novelas, todavía sigo sin creérmelo del todo.

Te invito a disfrutar de otra historia sobre una encajera en *A Refuge Assured*, de Jocelyn Green. Jocelyn y yo nos divertimos mucho creando una conexión entre Vivienne y Liberty y sus orígenes franceses en nuestras últimas novelas, tras descubrir que nuestras heroínas compartían una habilidad encantadora y que era tan apreciada en el siglo XVIII.

Cada vez que escribo una novela, hay personas que me acompañan para hacer el viaje más ameno y la historia más sólida. Susan Marlene Kinney es una de esas amigas especiales que comparte mi amor por el siglo XVIII, el Williamsburg colonial, la ficción y el Señor. Agradezco muchísimo su carácter alegre, su generosidad constante y cómo sabe animarte en el momento adecuado. Susan es un marco precioso para el Señor.

Este libro no habría sido posible sin la existencia del Williamsburg colonial, la Universidad de William y Mary, la ayuda con el galés y tantas fuentes primarias y secundarias que es imposible enumerarlas aquí. Cuanto más investigo la vida colonial de la época más de acuerdo estoy con Ronald W. Michener, profesor de Economía de la Universidad de Virginia, que dijo que «mirándolo desde el punto de vista del siglo XX, la vida en la Norteamérica colonial era como vivir en un planeta distinto». Como autora, esto es precisamente lo que hace que este período sea tan fascinante, rico y que merezca ser recordado, incluso en la ficción.

Por último, mi más sincero agradecimiento a mis adorados lectores que tan bien acogen siempre mis libros. Como se dice en la carta a los Filipenses 1:3: «Cada vez que me acuerdo de vosotros, doy gracias a Dios».



Descarga la guía de lectura gratuita  
de este libro en:

<https://librosdeseda.com/>